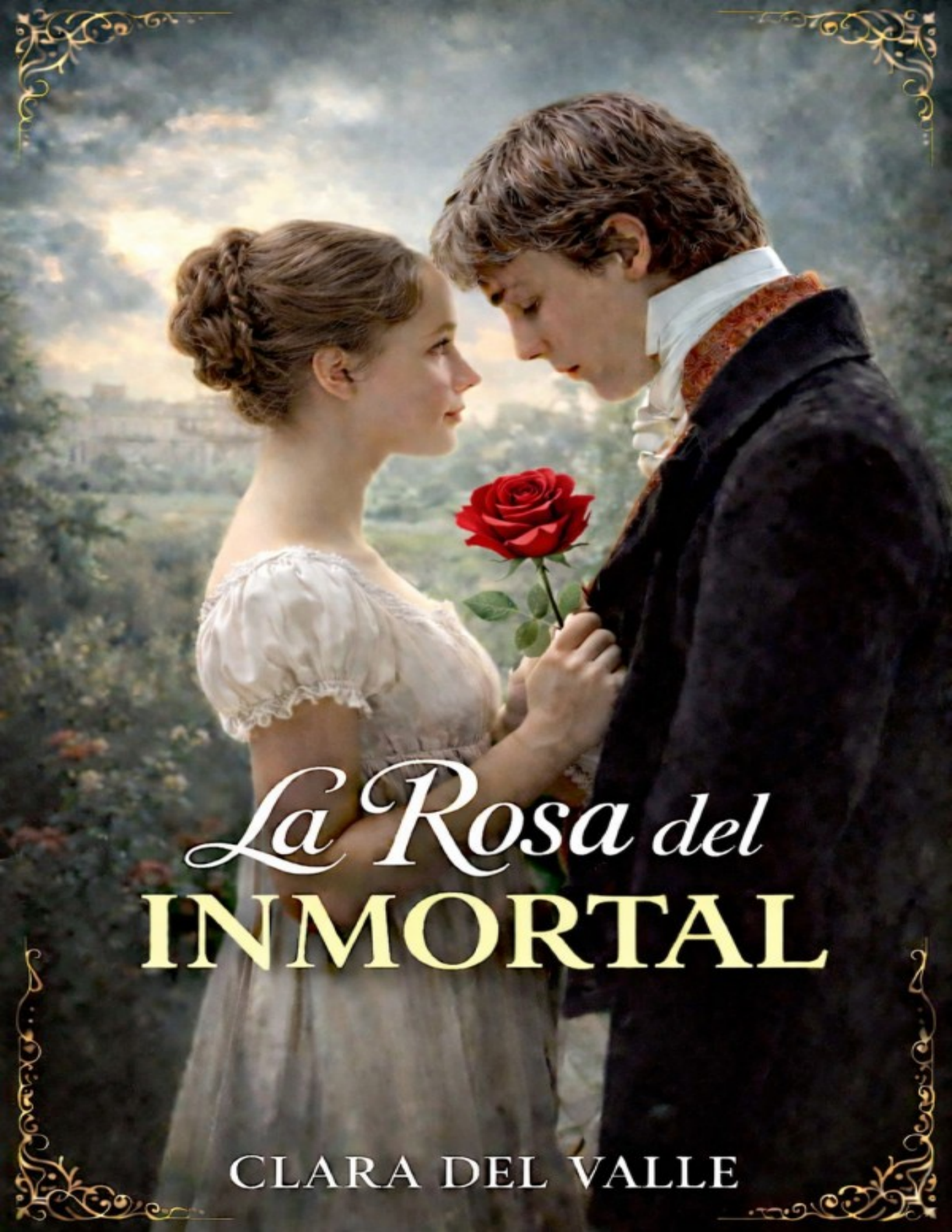

La Rosa del
INMORTAL
CLARA DEL VALLE

La Rosa del Inmortal

~

Clara del Valle

La Rosa del Inmortal
© 2026 Clara del Valle

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso previo por escrito de la autora.

Primera edición digital: 2026

Para las que eligen su propio final.

«Una rosa no necesita predicar. Se limita a esparcir su perfume.»

Mahatma Gandhi

«Lo que se puede perder se quiere más.»

Leonor Ashworth, marquesa de Ravenscar

ACTO PRIMERO

El trato

Capítulos 1–8

Capítulo 1

El último baile de una Ashworth

Almack's olía a cera de abejas, a perfume de lavanda aplicado con mano excesiva, y a esa variedad particular de sudor que la alta sociedad londinense producía cuando intentaba bailar con elegancia bajo la luz de seiscientas velas. Leonor Ashworth lo sabía porque llevaba tres Temporadas catalogando olores, gestos y silencios en el cuaderno que guardaba bajo llave en su escritorio — material de primera calidad para las novelas góticas que nadie debía saber que escribía.

Esta noche, el cuaderno se habría escrito solo.

Junio de 1816, y el salón de Almack's vibraba con el murmullo de trescientas personas que fingían no notar que el verano no había llegado. Fuera, los cielos llevaban semanas del color del plomo, un gris sin fisuras que se extendía de horizonte a horizonte como una sábana tendida sobre Inglaterra. Llovía todos los días. Las cosechas se pudrían en los campos de Hampshire. Pero dentro de Almack's, bajo los candelabros y las miradas de las patronesas, la Temporada continuaba con la obstinación de un reloj que nadie se ha molestado en parar.

Leonor ajustó el guante izquierdo — se le arrugaba siempre en la costura del pulgar, delator de una calidad inferior a la que una hija de barón debería lucir — y recorrió el salón con la mirada que había perfeccionado en tres años de práctica: la de una mujer que observa sin ser vista, que anota sin escribir, que se divierte con el espectáculo porque sabe que ya no forma parte de él.

Después de esta noche, no habría más Almack's.

La carta del acreedor había llegado esa mañana. Su padre la había dejado sobre el escritorio del estudio, probablemente sin intención, junto a una botella de brandy mediada y un pañuelo manchado de algo que Leonor prefería creer que era tabaco. La cifra

era obscena. El plazo, cuatro semanas. Y la finca de Wiltshire — los invernaderos de su madre, el jardín donde había aprendido a distinguir una rosa alba de una damascena antes de saber leer — estaba hipotecada hasta los cimientos.

Charlotte dormía arriba, en la habitación de invitados de la casa de tía Graves, con una mano sobre su vientre de cuatro meses y la fe intacta de quien cree que Dios provee y los hermanos pagan las deudas. Charlotte no sabía. Y Leonor no sabía cómo decírselo.

—Señorita Ashworth, ¿me concede este baile?

Lord Phillip Cavendish apareció a su lado con la puntualidad de un hombre que ha estado observándola desde el otro extremo del salón y ha esperado el momento exacto entre dos piezas. Era alto, rubio, con unos hombros que llenaban la levita azul con la perfección irreflexiva de quien nunca ha tenido que preocuparse por el precio de la tela. Sonreía con todos los dientes, como un niño al que la vida todavía no ha enseñado a sonreír solo con la mitad de la boca.

—Lord Cavendish. —Leonor aceptó la mano que le ofrecía y compuso la sonrisa que reservaba para los hombres amables que nunca se casarían con ella—. Si no le importa que le pise los pies. Los míos llevan toda la noche buscando una excusa para moverse.

—Me arriesgaré con gusto.

La contradanza los llevó al centro del salón, donde el calor de los cuerpos y las velas creaba una atmósfera que oscilaba entre lo festivo y lo asfixiante. Phillip bailaba bien — con corrección, sin genio, como hacía todo lo demás. Hablaron de la lluvia, del último concierto en Hanover Square, del precio del grano, que preocupaba vagamente a todo el mundo sin que nadie hiciera nada al respecto. Phillip mencionó que su madre había preguntado por ella.

—Me honra la atención de Lady Cavendish —dijo Leonor, consciente de lo que significaba la pregunta. Una madre que pregunta por una joven soltera no está haciendo conversación; está calculando.

—Mi madre tiene buen ojo —respondió Phillip, y por un instante dejó caer la máscara de cortesía y la miró con algo que se parecía a

la honestidad—. Para las personas que merecen atención.

Leonor tragó la verdad como quien traga una espina: Phillip Cavendish la habría hecho feliz. Una casa en Kent, una renta de tres mil libras al año, hijos que crecerían en un jardín sin hipotecas, y un marido que sonreía con todos los dientes y no tenía secretos. Un buen hombre. Una buena vida. Y completamente imposible, porque Phillip Cavendish podía permitirse casarse por afecto, pero no por caridad, y la hija arruinada de un barón con deudas de juego no era un afecto sino un lastre.

La pieza terminó. Phillip la devolvió junto a tía Graves con una reverencia impecable y una mirada que decía todo lo que la cortesía le impedía pronunciar. Leonor le devolvió una sonrisa que esperaba pareciera agradecida y no triste, y se volvió hacia la mesa de refrescos con la intención de beber limonada rancia y componer mentalmente el tercer capítulo de su novela, donde la heroína — una huérfana llamada Arabella que sospechaba cosas terribles de su benefactor — recorría un pasillo a oscuras en un castillo de los Cárpatos.

Entonces la puerta se abrió y el salón se detuvo.

No fue un silencio. Almack's nunca se quedaba en silencio; el murmullo era su latido, y un corazón que deja de latir está muerto. Fue algo más sutil: una interrupción, una pausa colectiva que duró el tiempo de una respiración contenida. Las patronesas levantaron la vista. Lady Jersey dejó una frase a medio terminar. Y trescientas personas — acostumbradas a mirar de reojo, nunca de frente — se volvieron hacia la entrada con un descaro que ningún manual de etiqueta habría aprobado.

El hombre que cruzó el umbral no entró en Almack's. Almack's se reorganizó alrededor de él.

Era alto, pero no de la forma obvia de Phillip Cavendish. Su altura tenía algo vertical y contenido, como la de un ciprés o un campanario. La levita era negra, de un corte que Leonor no reconoció — no francés, no inglés, algo más antiguo o más extranjero, como si el sastre trabajara con tijeras de otro siglo. El

chaleco, de un borgoña tan oscuro que parecía sangre seca bajo la luz de las velas, era la única concesión al color. El corbatín era un nudo imposible, elaborado con la clase de precisión que sugiere o un ayuda de cámara genial o un hombre que ha tenido demasiado tiempo para practicar. Y el rostro.

Leonor era escritora. Tenía un vocabulario extenso para la descripción de rostros masculinos, cultivado a lo largo de tres cuadernos de borradores y dos novelas incompletas. Pero el rostro de aquel hombre le pedía palabras que no tenía. No era guapo del modo en que Phillip era guapo — abierto, saludable, comprensible. Era guapo como es guapa una iglesia medieval o un acantilado sobre el mar: algo construido para durar más que una vida, tallado por un tiempo que no era humano. Tenía la mandíbula marcada, la nariz recta, el pelo oscuro y ondulado peinado hacia atrás con un rigor que sugería disciplina más que vanidad. Y los ojos, cuando el candelabro más cercano los iluminó, eran del color del ámbar sostenido contra la luz — claros, imposibles, viejos.

Ridículo. Un hombre no tiene ojos viejos a los treinta y dos años. Leonor apartó la mirada y se odió un poco por no poder mantenerla apartada.

—Lord Valderas —dijo Lady Jersey a su lado, con el tono de una mujer que controla información valiosa—. Marqués de Ravenscar. Medio español por parte de padre, heredó el título por línea materna. Recién llegado del Continente. Fortuna considerable, según dicen, aunque nadie sabe exactamente cuánto. Soltero. —La pausa fue estratégica—. Si alguna vez hubo un partido para la Temporada, señorita Ashworth, acaba de entrar por esa puerta.

—Qué generosa, Lady Jersey. Pero me temo que mis días de cazar partidos terminaron hace dos Temporadas, cuando la señora Drummond-Burrell declaró que mi sentido del humor era incompatible con el matrimonio.

Lady Jersey soltó una carcajada breve y afilada.

—El sentido del humor es lo último que se pierde, querida. Incluso después de la fortuna.

Leonor habría respondido — tenía ya la frase compuesta, envenenada y lista —, pero entonces vio a la mujer que se acercaba a Valderas desde el otro extremo del salón y la frase se le murió en la lengua.

Lady Seraphina Blackwood llevaba negro. No el negro apagado del luto ni el negro discreto de la viuda reciente, sino un negro vivo, denso, que absorbía la luz de las velas como terciopelo mojado. El vestido era de una sencillez que solo el dinero obsceno puede comprar, y caía sobre su cuerpo con la obediencia de algo que ha sido cosido directamente sobre la piel. Era rubia, pálida, con facciones de camafeo y unos ojos azules que parecían divertidos por algo que solo ella entendía. Debía de tener treinta años, o quizá cuarenta — su piel tenía esa calidad extraña de las mujeres que no envejecen del todo, como si el tiempo las hubiera mirado y hubiera decidido que no merecía la pena.

Se acercó a Valderas y le puso la mano en el brazo con una familiaridad que no pertenecía a Almack's. No era un toque social — era un reclamo, un gesto de propiedad que atravesó el salón como una nota aguda. Valderas no se apartó, pero Leonor vio la rigidez que le subió por la espalda, el modo en que sus hombros se cuadraron un milímetro. El gesto de alguien que tolera un contacto que no desea.

Le dijo algo al oído. Él inclinó la cabeza para escuchar y respondió con tres palabras que Leonor no pudo leer desde esa distancia. Seraphina sonrió — no con los labios sino con los dientes, un destello blanco que duró medio segundo y que por alguna razón hizo que Leonor pensara en lobos.

Anotación mental para el cuaderno. *Capítulo cuatro: la condesa enemiga de Arabella. Vestida de negro. Sonrisa de depredador.*

La orquesta atacó un vals. Las parejas se formaron. Y Lord Valderas cruzó el salón en dirección a Leonor con pasos que no hacían ruido sobre el parqué.

Tía Graves, que llevaba dormitando en su silla desde la segunda contradanza, se enderezó de golpe con el instinto de una carabina

veterana que detecta peligro. Pero Valderas ya estaba frente a ellas, y la reverencia que ejecutó fue tan perfecta que parecía aprendida en un siglo donde las reverencias se hacían de verdad.

—Señorita Ashworth. —Su voz era grave, controlada, con una cadencia que no era del todo inglesa. Como si el idioma le quedara un poco estrecho—. Lord Valderas. ¿Me permite solicitar una presentación formal?

Tía Graves la hizo, tartamudeando ligeramente sobre el título. Leonor hizo una reverencia de la que se habría sentido orgullosa si no hubiera estado ocupada intentando entender por qué aquel hombre la miraba como si la conociera de antes.

—Tengo entendido que tiene usted un interés particular por la botánica —dijo Valderas.

Leonor calibró la frase. Un «interés particular» era un eufemismo demasiado específico para ser casual.

—Me distraigo con los jardines cuando la conversación social me resulta insuficiente, milord. Lo cual, en Almack's, es con frecuencia.

Un destello en los ojos de ámbar. No una sonrisa — Valderas no parecía un hombre dado a la sonrisa — sino algo más cercano al reconocimiento, como si ella hubiera dicho la frase correcta sin saber que era una prueba.

—He leído un artículo en la *Botanical Magazine* de Curtis. El número de abril. Las láminas eran extraordinarias — en particular una serie sobre rosas antiguas. La *Rosa gallica officinalis*, si no recuerdo mal. El trazo era preciso pero tenía algo más. Una comprensión de la planta que iba más allá de la taxonomía, como si el artista supiera lo que la rosa quiere.

La sangre se le subió a la cara. Leonor la contuvo con una disciplina de tres Temporadas, pero el calor estaba ahí, en las mejillas, en la base del cuello. Nadie debería conectar ese artículo con ella. El pseudónimo — E.L. Hartwell, un nombre lo bastante anodino para pasar desapercibido — era su protección. Una mujer no publicaba láminas botánicas bajo su propio nombre; una mujer

no publicaba nada bajo su propio nombre, a menos que quisiera que la Temporada la convirtiera en objeto de diversión.

—No conozco al señor Hartwell —dijo con una tranquilidad que le costó esfuerzo—. Pero le transmitiré el cumplido si alguna vez tengo el placer.

Valderas la miró. Fue una mirada larga, quieta, sin la prisa social que dictaba apartar los ojos después de tres segundos. La miró como se mira algo que uno necesita entender antes de poder hablar.

—Hágalo —dijo—. Y dígale que tiene un don para ver lo que otros pasan por alto. Eso es más raro de lo que imagina.

Le hizo una reverencia breve — más breve que la primera, como si las convenciones empezaran a estorbarle — y se retiró. No la sacó a bailar. No pidió permiso para visitarla. No hizo nada de lo que un caballero interesado habría hecho en Almack's, y eso, paradójicamente, fue lo más interesante que un hombre le había dicho en tres años.

Leonor se quedó de pie junto a la mesa de refrescos con la limonada intacta en la mano y una frase girando en la cabeza: «sabe lo que la rosa quiere». Un hombre que hablaba de rosas como si fueran seres con voluntad. Un hombre que conocía su pseudónimo — o lo sospechaba — y había elegido no delatarla. Un hombre cuyos ojos eran demasiado viejos y cuya reverencia pertenecía a otra era y que olía, cuando se había acercado lo suficiente para que ella lo percibiera, a algo que no era del todo humano: a sándalo, a tinta, y debajo, dulce y metálico, a rosas.

Arabella, en la novela, habría sentido terror. Pero Leonor no era Arabella, y lo que sentía no era miedo. Era curiosidad. Y la curiosidad, en su experiencia, siempre era más peligrosa.

El carruaje de tía Graves la dejó en la casa de Bruton Street pasada la medianoche. Charlotte dormía. Tía Graves subió a su habitación entre bostezos y órdenes al servicio. Y Leonor, en lugar de subir, se quitó los guantes, se aflojó el corsé un centímetro — lo justo para respirar con el diafragma entero — y bajó al estudio.

La puerta estaba entornada. La luz de una vela bailaba sobre la alfombra del pasillo.

Su padre estaba desplomado en el sillón de cuero, con la botella de brandy vacía y una segunda carta abierta sobre el escritorio. Roncaba con la boca abierta. El fuego de la chimenea se había reducido a ascuas, y el frío húmedo de un junio que se negaba a ser verano llenaba la habitación con olor a ceniza mojada y a fracaso.

Leonor recogió la carta. El membrete era de un bufete de abogados en Lincoln's Inn Fields. El tono, cortés con la cortesía de un verdugo que afila el hacha. El plazo se había acortado: ya no eran cuatro semanas. Eran tres. Y la finca — los invernaderos, los jardines, la casa donde su madre había vivido y muerto y donde las rosas que ella había plantado todavía florecían cada junio, si es que este junio sin sol las dejaba florecer — sería embargada.

Leonor dejó la carta sobre el escritorio. Cubrió a su padre con la manta del sofá. Apagó la vela.

Subió las escaleras en la oscuridad, con la mano en la barandilla y la mente ya trabajando como trabajaba siempre — no con pánico sino con la lógica fría de quien lleva años resolviendo los problemas que su padre crea. Necesitaban dinero. Necesitaban mucho dinero, rápido, de una fuente que no fuera un prestamista con intereses de usura. Y la única fuente de dinero rápido que la sociedad Regency ofrecía a una mujer de veinticuatro años sin dote, sin fortuna y sin más capital que un rostro agradable y una inteligencia que a la mayoría de los hombres les resultaba incómoda era el matrimonio.

Se detuvo frente a la puerta de su habitación. A través de la pared llegaba la respiración suave de Charlotte en la habitación contigua.

Un matrimonio. Un hombre con fortuna suficiente para pagar las deudas, restaurar la finca, asegurar el futuro de Charlotte y del bebé. Un hombre al que Leonor pudiera tolerar, si no amar. Un hombre que la quisiera a ella y no solo a una esposa decorativa con buen temperamento y habilidad para el bordado.

La imagen de Lord Phillip Cavendish le cruzó la mente. Y detrás, sin pedirlo, la imagen de Lord Valderas: los ojos de ámbar, los pasos sin ruido, la voz que hablaba de rosas como si supiera cosas sobre ellas que nadie vivo debería saber.

Leonor entró en su habitación, cerró la puerta, y sacó el cuaderno del cajón del escritorio. Pasó las páginas hasta la última entrada — el borrador del capítulo tres de la novela de Arabella — y escribió debajo, con letra rápida y desigual:

«Cosas que no son normales en Lord Valderas:

1. No hizo ruido al caminar.

2. No pidió bailar — y en Almack's, eso es casi una declaración de guerra.

3. Sabe quién soy. Sabe lo que escribo.

4. Huele a rosas. En junio. Cuando no hay rosas.»

Cerró el cuaderno. Apagó la vela. Y se quedó en la oscuridad escuchando la lluvia contra la ventana y pensando que Arabella, si fuera real, le habría dicho que tuviera cuidado con los hombres que huelen a rosas en un verano sin sol.

Capítulo 2

La propuesta indecente

El carruaje llegó al atardecer, cuando la poca luz que los cielos de 1816 se dignaban conceder estaba ya retirándose detrás de las colinas de Wiltshire como un invitado que sabe que no es bienvenido. Leonor lo vio desde la ventana del estudio de su padre — su padre no estaba; su padre no estaba nunca, últimamente, que era una forma elegante de decir que pasaba las tardes en la taberna del pueblo pidiendo brandy con un crédito que pronto dejaría de existir — y lo primero que pensó fue que los acreedores habían decidido presentarse en persona.

Después reconoció el escudo en la puerta del carruaje. No era el de un bufete de abogados.

Era el de Lord Valderas, Marqués de Ravenscar. Un león rampante y una rosa, grabados en pan de oro sobre madera lacada en negro. El carruaje era cerrado — cortinas de terciopelo oscuro en cada ventanilla, como si su ocupante tuviera alergia a ser observado o al paisaje o a la luz — y lo conducía un cochero de librea impecable que saltó del pescante con la agilidad de un hombre al que le pagan lo suficiente para ser ágil.

Leonor se apartó de la ventana. Miró la habitación a su alrededor: las estanterías medio vacías donde antes había habido primeras ediciones que su padre había vendido una a una, el escritorio con marcas de copa de brandy en la madera, las cortinas desteñidas que Charlotte había remendado dos veces. La casa Ashworth se estaba muriendo del mismo modo que se mueren los jardines sin riego — despacio, por los bordes, con una dignidad decreciente que solo servía para hacer más visible la ruina.

No era una casa para recibir a un marqués.

Se quitó el delantal de trabajo — había pasado la tarde en los invernaderos, intentando salvar las últimas rosas damascenas del

frío antinatural que llevaba semanas devorando los brotes — y se alisó el pelo con los dedos. No le dio tiempo a cambiarse el vestido. El vestido de trabajo era de muselina gris, lavado tantas veces que la tela había adquirido una suavidad de pañuelo viejo, con manchas de tierra en los puños y un desgarrón en el dobladillo que llevaba un mes prometiéndose remendar. No era un vestido para recibir visitas. Pero Leonor Ashworth había aprendido hacía tiempo que las mujeres que esperan a estar presentables para enfrentar sus problemas no los enfrentan nunca.

Bajó las escaleras. Abrió la puerta antes de que el cochero terminara de llamar.

—Lord Valderas —dijo, con la misma voz que habría usado si el cartero hubiera traído una carta ordinaria—. Qué inesperado.

Valderas estaba bajando del carruaje. Lo primero que Leonor notó fue la hora: el sol acababa de desaparecer tras la línea de colinas, y solo quedaba esa franja de luz anaranjada que precede al crepúsculo. Había elegido llegar exactamente en el momento en que la luz directa se retiraba. Coincidencia, quizá. Pero a Leonor no le gustaban las coincidencias; le gustaban los datos, y este era uno más para la lista que había empezado en su cuaderno hacía una semana.

Llevaba levita oscura, sin sombrero, y el pelo le caía sobre la frente con un desorden controlado que sugería que el viaje desde Londres había sido largo. O que no le importaba especialmente lo que un peine opinara de él. Tenía la mandíbula apretada — ¿por el viaje, por los nervios, por el hábito de apretar la mandíbula de quien lleva siglos conteniendo algo que no debe escapar? — y cuando levantó la vista hacia la fachada de la casa Ashworth, Leonor vio que sus ojos de ámbar registraban cada grieta, cada postigo descolgado, cada ventana con el cristal turbio, con la eficiencia fría de un tasador.

No miraba la casa como alguien que juzga. Miraba la casa como alguien que calcula.

—Señorita Ashworth. —La reverencia fue impecable, como la de Almack's, con esa cualidad anticuada que a Leonor le recordaba a las ilustraciones de los manuales de etiqueta de su abuela—. Disculpe la visita sin anunciar. He tomado la libertad de... —la pausa fue casi imperceptible— no escribir previamente porque tenía la impresión de que una carta le habría dado tiempo suficiente para componer una negativa educada. Y lo que tengo que decirle merece al menos el esfuerzo de rechazarlo en persona.

La franqueza la desarmó un segundo. Solo un segundo.

—Entra usted con ventaja, milord. Yo no he tenido tiempo de componer nada, ni siquiera una excusa para el estado de la casa.

—La casa no necesita excusas.

—La casa necesita un tejado nuevo, tres ventanas, un tramo de cañería y aproximadamente cuatrocientas libras en reparaciones urgentes. Pero supongo que eso no es lo que ha venido a discutir.

Algo cruzó los ojos de Valderas. No una sonrisa — seguía sin sonreír, aquel hombre; era como si la sonrisa fuera un idioma que había olvidado hacía tiempo — sino un destello de algo que podría haber sido respeto.

—¿Puedo pasar?

Leonor calculó las opciones. Tía Graves estaba en Londres. Charlotte dormía la siesta. La cocinera y la doncella — las dos últimas empleadas que quedaban, pagadas con un mes de retraso — estaban en la cocina. Recibir a un caballero soltero a solas era el tipo de transgresión social que la señora Drummond-Burrell habría convertido en una sentencia de muerte. Pero la señora Drummond-Burrell no iba a pagar las deudas de su padre, y algo en la forma en que Valderas había dicho «lo que tengo que decirle» sugería que lo que tenía que decir no era trivial.

—Puede pasar. Pero le advierto que solo puedo ofrecerle té de calidad dudosa y una chimenea que no funciona del todo.

—He sobrevivido a cosas peores que el té malo.

La frase era ligera, pero el peso que llevaba debajo no lo era. Leonor lo condujo al salón — el menos arruinado, el que Charlotte mantenía decoroso a fuerza de flores secas y cojines estratégicamente colocados sobre las manchas del tapizado — y lo observó entrar. Otra vez los pasos sin ruido. Otra vez esa forma de moverse que era demasiado fluida, demasiado precisa, como si cada músculo supiera exactamente qué estaba haciendo y el cuerpo entero fuera un instrumento afinado para no perturbar el aire.

Se sentó donde ella le indicó. No tocó el respaldo de la silla; se mantuvo erguido, con las manos sobre las rodillas, como un hombre acostumbrado a no apoyarse en nada.

—No ha venido a hablar de botánica —dijo Leonor, sentándose frente a él.

—He venido a hablar de botánica. Y de otras cosas.

—Entonces empiece por las otras cosas. La botánica puedo discutirla durante horas, y tengo la impresión de que lo que quiere decirme tiene prisa.

Valderas la miró. Esa mirada suya, quieta, sin la cortesía social de apartar los ojos. Como si midiera algo que no tenía unidades de medida.

—Conozco la situación financiera de su familia —dijo.

El calor le subió a la cara. No de vergüenza — hacía tiempo que la vergüenza se le había agotado, como un músculo que ha trabajado demasiado y ya no responde — sino de furia. La furia fría de la persona a la que le han quitado lo último que le quedaba: el derecho a elegir cuándo y a quién contar sus miserias.

—Qué observador.

—Su padre debe siete mil ochocientas libras a tres acreedores distintos. La finca está hipotecada por un total de cuatro mil doscientas. Los intereses se acumulan al ocho por ciento mensual, lo cual es usura pero legalmente válido dado que su padre firmó las condiciones. Tiene usted tres semanas antes de que se ejecute el embargo. —Una pausa—. Disculpe la brutalidad de los números.

—Disculpe usted la brutalidad de venir a mi casa a recitarlos.

—He venido a resolverlos.

El silencio que siguió fue de una textura particular: denso, vibrante, como el aire antes de una tormenta. Leonor lo dejó extenderse. No iba a ser ella quien lo rompiera. Las personas que hablan primero en una negociación pierden terreno, y esto — lo supiera Valderas o no — era una negociación.

Él habló.

—Le propongo un matrimonio.

Leonor había esperado muchas cosas. Un préstamo, quizá. Una oferta de empleo como institutriz o acompañante. Incluso, en la parte más oscura de su imaginación, una propuesta de otro tipo — el tipo que se hacía a mujeres arruinadas en habitaciones cerradas. Pero un matrimonio, dicho así, sin preámbulo ni decoración, con la limpieza quirúrgica de quien corta una rosa del tallo, no estaba entre ellas.

—¿Perdón?

—Un matrimonio de conveniencia. Pagaré las deudas de su padre en su totalidad. Restauraré la finca de Wiltshire. Estableceré una renta vitalicia para su hermana Charlotte y una dote para su hijo. Le proporcionaré a usted acceso ilimitado a fondos, un invernadero privado en mi casa de Londres, y la libertad de continuar con sus publicaciones botánicas bajo el pseudónimo que prefiera. —Otra pausa, más larga—. A cambio, pido su mano. Y su conocimiento.

—¿Mi conocimiento?

—De rosas.

Leonor se levantó. No porque necesitara levantarse sino porque necesitaba que él dejara de mirarla a los ojos mientras procesaba lo que acababa de oír. Fue hasta la ventana. Fuera, el crepúsculo había madurado hasta convertirse en noche, y la luna — menguante, parcialmente velada por nubes de ese gris uniforme que no se movía nunca — asomaba entre los olmos del jardín.

—¿Por qué yo? —Habló sin volverse—. Hay herederas más ricas. Debutantes más jóvenes. Mujeres con menos opiniones y más disposición a adorar.

—Necesito exactamente lo que usted tiene —dijo Valderas, y su voz, desde detrás de ella, sonaba diferente sin la distancia visual: más grave, más próxima, como si se hubiera levantado también aunque Leonor no lo había oído moverse—. Conocimiento de rosas que va más allá de lo amateur. Inteligencia que no se doblega bajo presión social. Y la discreción de quien sabe guardar secretos propios. He leído sus publicaciones. Todas. No solo las láminas: los textos técnicos, las notas al margen que dejó en el ejemplar de Redouté que vendió su padre a un librero de Jermyn Street hace dos meses.

Se volvió.

—Ha comprado las notas de mi padre.

—He comprado el libro que contenía sus notas. —La distinción era deliberada—. Su padre vendió un Redouté firmado por el propio autor. Lo que tenía valor no era la firma de Redouté sino sus anotaciones en los márgenes. Usted corrigió tres errores taxonómicos de *Les Roses* con una precisión que haría palidecer a cualquier miembro de la Royal Horticultural Society. Y en la página dedicada a la *Rosa × damascena*, escribió algo que me... interesó particularmente.

Leonor sabía exactamente qué había escrito. Lo recordaba porque lo había escrito a las dos de la mañana, después de una noche entera observando las damascenas del invernadero bajo la luna, y porque era la clase de idea que una mujer cuerda tacharía a la mañana siguiente: *«La rosa damascena responde a la luz lunar como si fuera consciente de ella. No es fototropismo estándar. Es algo más: una relación, una conversación. La planta quiere la luna.»*

—Escribí una nota informal en un margen —dijo—. No una tesis doctoral.

—Fue más revelador que cualquier tesis. Usted ve las plantas como seres con voluntad. Eso es extraordinariamente raro. Y es,

exactamente, lo que necesito.

—¿Para qué?

—Para salvar un jardín.

La respuesta era absurda. Un marqués con una fortuna «considerable» no necesitaba casarse con la hija arruinada de un barón para salvar un jardín. Contrataba a un jardinero. O a diez jardineros. O compraba la maldita Royal Horticultural Society y les ordenaba que salvaran lo que hubiera que salvar. Un matrimonio para salvar un jardín era como usar un cañón para encender una vela — desproporcionado, irracional, y por lo tanto fascinante.

Leonor volvió a sentarse. Esta vez, más cerca de él. Lo bastante cerca para confirmar lo que había notado en Almack's: el aroma a sándalo y a tinta, y debajo, dulce y metálico, a rosas. En Wiltshire, en julio, cuando las rosas se negaban a florecer. Un hombre que olía a rosas imposibles.

—Tengo condiciones —dijo.

Si a Valderas le sorprendió que no dijera que no, no lo mostró. Inclinó la cabeza un milímetro — el gesto de un hombre que ha negociado tratados, no matrimonios — y esperó.

—Dormitorios separados.

—Aceptado.

—Libertad completa para continuar mis escritos. No solo la botánica. Escribo... otras cosas. —No iba a explicar las novelas góticas. No todavía. Quizá nunca.

—Aceptado. No tengo interés en controlar lo que usted escribe ni cuándo lo escribe.

—Acceso a toda la casa. Sin puertas cerradas. Sin habitaciones prohibidas. Si voy a vivir bajo su techo, quiero saber qué hay bajo su techo.

La pausa que siguió fue distinta de las anteriores. Las anteriores habían sido estratégicas — silencios calculados de negociador. Esta fue involuntaria. La vio en el modo en que los dedos de Valderas se cerraron levemente sobre las rodillas, en la tensión que le subió por

el cuello, en el destello de algo — ¿miedo? ¿cautela? — que cruzó los ojos de ámbar como una sombra rápida.

—Acepto el acceso a toda la casa excepto al invernadero privado.

—¿Disculpe?

—El invernadero tiene condiciones delicadas. Las plantas que cultivo requieren un entorno controlado que no puede ser alterado por visitas imprevistas. Le daré acceso a su debido tiempo, cuando haya tenido la oportunidad de preparar...

—¿De preparar qué?

—De prepararla a usted.

La frase colgó entre los dos como una cortina sin descorrer. Leonor la examinó desde todos los ángulos y no encontró uno que no fuera inquietante.

—Me está pidiendo que me case con un hombre al que no conozco, que viva en una casa con una habitación prohibida, y que confíe en que «a su debido tiempo» me explicará por qué. ¿Es consciente de que acaba de describir la trama de al menos cuatro novelas góticas, y en ninguna de ellas el matrimonio termina bien?

La comisura izquierda de la boca de Valderas se movió. Fue un movimiento minúsculo, contenido al instante, pero estaba ahí: el fantasma de una sonrisa que había muerto antes de nacer. La primera grieta en la fachada.

—Soy consciente —dijo—. Y si sirve de algo, le aseguro que no hay esposa encerrada en el ático.

—Eso es exactamente lo que diría el marido de una novela gótica.

—Tiene usted razón. —Y esta vez la grieta se abrió un poco más: no una sonrisa todavía, pero algo vecino, algo que vivía en la misma calle—. Pero le ofrezco algo que los maridos góticos no ofrecen: la verdad. Toda la verdad. A su debido tiempo.

—Su «debido tiempo» me exaspera, Lord Valderas.

—Le pido paciencia. No mucha. Semanas, no meses.

—¿Y si lo que encuentro en ese invernadero me hace querer anular el matrimonio?

—Entonces tendrá usted la finca restaurada, las deudas pagadas, la renta de su hermana asegurada, y un motivo legítimo para pedir la anulación. Se llevará todo lo que le he ofrecido. Yo me llevaré... — la pausa fue larga, y algo pasó por su rostro que Leonor no supo interpretar— nada que no merezca perder.

Era una respuesta extraordinaria. Una respuesta que convertía el matrimonio en un acto de generosidad asimétrica: él daba todo, pedía poco, y estaba dispuesto a perderlo. O bien era el hombre más generoso que había conocido, o bien lo que necesitaba de ella valía más que doce mil libras y una finca en Wiltshire.

Leonor pensó en Charlotte, dormida arriba, con la mano sobre el vientre. En su padre, en la taberna, bebiendo un futuro que ya no existía. En los invernaderos de su madre, con los cristales rotos y las rosas marchitándose bajo un cielo que se negaba a dejar pasar el sol. En la carta del bufete de Lincoln's Inn Fields y en el plazo de tres semanas que caía sobre su familia como un hacha lenta.

Y pensó en el olor a rosas imposibles y en los ojos demasiado viejos y en la reverencia de otro siglo y en la frase «lo que la rosa quiere», dicha en Almack's por un hombre que conocía su pseudónimo y que no sonreía nunca y que acababa de ofrecerle la salvación a cambio de paciencia.

—Acepto —dijo.

No lo dijo con alegría ni con resignación. Lo dijo con la precisión de una mujer que toma una decisión consciente, de ojos abiertos, sabiendo que está firmando un contrato cuya letra pequeña no ha leído y que probablemente está escrita en un idioma que todavía no habla.

Valderas asintió. No le tomó la mano. No la felicitó. No mostró alivio ni triunfo. Simplemente dijo:

—Gracias. —Y la palabra sonó como si viniera de un lugar más hondo de lo que una sílaba debería poder alcanzar—. No se arrepentirá.

—Eso está por ver, milord.

—En efecto.

Se levantó. La reverencia de despedida fue más breve que la de llegada, como si las formalidades hubieran empezado a estorbarle. Le dijo que su abogado se pondría en contacto con el de la familia para los términos del acuerdo, que la boda podía celebrarse en tres semanas — lo justo para las amonestaciones — y que enviaría un carruaje para llevarla a Londres cuando estuviera lista.

Leonor lo acompañó a la puerta. En el umbral, Valderas se detuvo y miró hacia el jardín — los rosales de la madre de Leonor, las hileras de arbustos que habían sido el orgullo de la finca y que ahora parecían filas de soldados derrotados, con las hojas amarillentas y los tallos doblados por un frío que no correspondía a julio.

—¿Cuántas variedades tiene? —preguntó.

—Tenía cuarenta y tres. Quedan veintisiete. El frío se ha llevado el resto.

—¿Damascenas?

—Siete. Tres en estado crítico. Necesitan más luz de la que este cielo les permite. —Leonor se detuvo—. ¿Cómo sabe tanto de rosas, Lord Valderas?

Él seguía mirando el jardín. La luna había salido del todo, redonda y velada tras nubes finas, y bajo su luz los rosales proyectaban sombras retorcidas sobre la grava del sendero.

—Llevo... mucho tiempo cultivándolas.

La frase tenía una fisura por la que se asomaba algo que no debía. Leonor la archivó junto a las demás.

—Buenas noches, señorita Ashworth.

—Buenas noches, Lord Valderas. Que el viaje de regreso sea leve.

El carruaje se alejó por el camino de grava con un traqueteo que la noche amplificó hasta que el silencio se lo tragó. Leonor cerró la

puerta. Se apoyó en ella. Respiró.

Se había comprometido con un desconocido.

Había vendido su mano a cambio de un tejado y unas cuantas miles de libras y la promesa de un invernadero que no podía ver. Era exactamente lo que hacían las heroínas de las novelas que ella despreciaba: casarse por desesperación, con un hombre misterioso, en una casa con una habitación prohibida. Si Arabella, la protagonista de su novela, hubiera hecho lo mismo, Leonor la habría juzgado severamente y habría reescrito el capítulo.

Pero Arabella no tenía una hermana embarazada ni un padre borracho ni una finca con goteras ni veinticuatro años sin dote ni perspectiva. Y Arabella, en su castillo de los Cárpatos, nunca había olido a rosas imposibles en un hombre imposible y pensado: *Quiero saber qué hay en ese invernadero más de lo que quiero casi cualquier otra cosa en el mundo.*

La curiosidad. Siempre la curiosidad. La espina que no podía arrancarse.

No pudo dormir.

Lo intentó durante dos horas, tumbada en la cama con los ojos abiertos y la mente recorriendo la conversación como un perro que da vueltas alrededor de un hueso demasiado grande para su boca. Los números. La oferta. La habitación prohibida. La frase «de prepararla a usted», que sonaba a advertencia envuelta en cortesía. Y el jardín — la pregunta sobre las damascenas, formulada con la precisión de alguien que no solo sabe de rosas sino que las necesita.

A las dos de la mañana se rindió. Se echó un chal sobre el camisón, se calzó las botas de jardín sin atar los cordones y bajó las escaleras evitando el tercer peldaño, que crujía. La casa dormía con el sueño pesado de las casas en ruinas, ese silencio que no es paz sino agotamiento.

Salió al jardín por la puerta de la cocina. El frío la golpeó como un reproche — ¿julio?, ¿esto era julio? — y el suelo bajo las botas estaba blando de lluvia reciente. La luna había bajado y colgaba sobre los olmos con una palidez de moneda gastada, apenas lo

bastante brillante para distinguir los senderos de grava de los parterres de tierra.

Iba hacia los invernaderos. Quería comprobar la temperatura del sustrato de las damascenas, que había modificado esa tarde añadiendo una capa de estiércol de caballo para retener calor. Era una excusa razonable. La verdadera razón era que no podía estar quieta dentro de una casa que acababa de vender a cambio de un misterio, y las plantas no juzgaban.

Dobló la esquina del seto de boj y se detuvo.

Valderas estaba en el jardín.

No en el camino de grava ni junto a la puerta ni en ningún lugar donde un invitado que se hubiera olvidado algo habría esperado. Estaba entre los rosales. En medio de ellos, rodeado de tallos y espinas, con los pies sobre la tierra húmeda y la levita quitada, en mangas de camisa bajo la luna, inmóvil como una estatua a la que alguien hubiera abandonado allí hacía siglos.

No se había ido. El carruaje se había alejado — ella lo había oído — pero él no estaba dentro. Se había quedado. En su jardín. Entre las rosas de su madre. A las dos de la madrugada. Y no la había visto llegar, o si la había visto no daba muestras de ello, porque toda su atención estaba dirigida hacia un rosal que Leonor conocía bien: la damascena más antigua de la finca, plantada por su madre treinta años atrás, una planta que llevaba dos semanas negándose a florecer.

La mano derecha de Valderas estaba extendida hacia el capullo más grande del rosal. Los dedos, largos, pálidos bajo la luna, no tocaban el capullo — estaban a un centímetro, quizá menos, suspendidos en el aire con una quietud que no parecía humana porque los humanos no se quedan así de quietos, no sin temblar, no sin respirar visiblemente, no sin que el cuerpo delate algún signo de vida.

Leonor contuvo el aliento.

Los dedos de Valderas tocaron el capullo.

Y el capullo se abrió.

No como se abre una flor bajo el sol — despacio, pétalo a pétalo, durante horas o días. Se abrió como una mano que se extiende para recibir algo: los pétalos se desplegaron hacia fuera con un movimiento que era suave pero imposiblemente rápido, como si la planta hubiera estado esperando ese contacto durante semanas y ahora que por fin llegaba no pudiera contenerse. Un carmesí oscuro, casi negro bajo la luz de la luna, con bordes que parecían mojados de algo que no era rocío.

Una rosa damascena florecida en julio de 1816, cuando ninguna rosa florecía en toda Inglaterra.

Leonor se quedó detrás del seto de boj con las manos agarradas al chal y el corazón golpeándole las costillas y la certeza, fría y clara como el agua de un pozo, de que acababa de ver algo que no pertenecía al mundo que conocía. No era botánica. No era un truco de la luz ni una coincidencia ni su imaginación de novelista jugándole una mala pasada a las dos de la madrugada. Era un hombre que tocaba una rosa y la rosa respondía como si lo reconociera.

Valderas bajó la mano. Se quedó mirando la flor abierta con una expresión que Leonor, desde su escondite, no podía descifrar. Después se volvió — despacio, sin sobresalto, como si hubiera sabido todo el tiempo que ella estaba allí — y sus ojos de ámbar encontraron los de ella a través de la oscuridad con una precisión que no debería haber sido posible a esa distancia, con esa luz, desde detrás de un seto.

No dijo nada. Ella tampoco.

La rosa brillaba entre los dos como una pregunta que ninguno de los dos estaba listo para formular.

Después Valderas se puso la levita, hizo una reverencia leve — a ella, o a las rosas, o a la luna, Leonor no habría sabido decirlo — y se alejó por el sendero de grava hacia la oscuridad del camino donde, presumiblemente, el carruaje lo esperaba en algún lugar que ella no podía ver.

Leonor se quedó sola en el jardín con una rosa que no debería haber florecido y un compromiso de matrimonio y la primera certeza real de que lo que había en ese invernadero cerrado con llave en Half Moon Street no era un jardín.

Era un secreto del tamaño de un mundo.

Subió las escaleras en silencio. Se sentó en la cama. Sacó el cuaderno. Y debajo de la lista que había titulado «Cosas que no son normales en Lord Valderas», añadió un quinto punto:

«5. Las rosas le obedecen.»

Cerró el cuaderno. Apagó la vela. Y se quedó en la oscuridad sabiendo, con la misma certeza con la que sabía el nombre de cada rosa del jardín de su madre, que acababa de comprometerse con algo mucho más grande — y mucho más peligroso — que un matrimonio.

Capítulo 3

La boda más fría de la Temporada

St. George's, Hanover Square, olía a azahar importado, a piedra vieja y a las esperanzas nupciales de catorce generaciones de familias inglesas que habían desfilado por ese altar creyendo que Dios y un buen contrato matrimonial eran más o menos lo mismo. Leonor lo sabía porque había asistido a suficientes bodas ajenas para catalogar los olores, las lágrimas y las mentiras, y porque el oficio religioso era el único momento de la sociedad Regency en el que estaba socialmente aceptado llorar en público, lo cual proporcionaba material de escritura excelente.

Hoy, sin embargo, la novia era ella. Y no había llorado.

La ceremonia fue impecable y brevísima, como si el propio reverendo Hodgson tuviera prisa por terminar algo que intuía defectuoso. El órgano tocó una pieza que Leonor no reconoció — algo barroco y vagamente español que Damián había solicitado y que el organista había ensayado con expresión de perplejidad durante tres días. Charlotte, a su lado, temblaba más que ella, con una mano en el vientre de cinco meses y la otra aferrada a un pañuelo que ya estaba empapado. Sir Edmund, que ejercía de padre de la novia con la dignidad precaria de un hombre sobrio a la fuerza desde hacía cuarenta y ocho horas, caminó con Leonor hacia el altar sin tropezar, lo cual era, en las circunstancias, un logro considerable.

Damián esperaba de pie ante el reverendo con la quietud de una escultura que alguien hubiera olvidado retirar después de decorar la iglesia. Levita negra, chaleco de seda gris perla, corbatín blanco atado con esa precisión que a Leonor le recordaba a un nudo de cirujano más que a un accesorio de moda. No se movió cuando ella llegó a su lado. No sonrió. Lo que hizo fue mirarla — esa mirada suya, larga y sin prisa, como si el tiempo fuera un recurso del que

disponía en cantidades obscenas — y decir en voz tan baja que solo ella pudo oírlo:

—Está preciosa.

—Estoy aterrada —respondió Leonor, igual de bajo.

—Lo sé. Yo también.

Fue lo más honesto que le había dicho desde la noche en Wiltshire, y Leonor no supo qué hacer con esa honestidad a las once de la mañana en una iglesia llena de gente, así que hizo lo que mejor sabía hacer: guardársela para procesarla después, como una semilla que necesita oscuridad antes de germinar.

Los votos fueron estándar. El reverendo Hodgson los pronunció con la cadencia de quien ha casado a tantas parejas que las palabras le salen sin intervención de la conciencia, como el latín de un sacerdote dormido. Leonor repitió las frases que le correspondían con voz clara, sin temblor, mirando al frente con la disciplina de una mujer que ha decidido que si va a hacer esto lo hará con los ojos abiertos. Damián repitió las suyas con esa gravedad que convertía cada sílaba en algo más antiguo y más pesado de lo que la liturgia anglicana pretendía.

Entonces llegó el anillo.

La mano de Damián tomó la de Leonor para deslizar la alianza en su dedo, y el contacto fue como sumergir la mano en un arroyo de enero. Fría. No fría como la mano de un hombre nervioso, que es un frío húmedo y pasajero, sino fría como la piedra, como el metal, como las cosas que nunca han tenido calor propio. Los dedos de él eran firmes, seguros, y temblaban tan poco que parecían los de un hombre que no necesita respirar para mantener el pulso estable.

El anillo encajó. Oro, con un rubí engastado que Leonor no había visto antes — oscuro, del color de la sangre venosa, con una profundidad que le hizo pensar en el líquido del frasco que Damián bebía cada mañana en lugar de desayunar. No sabía eso todavía. Lo sabría después. Pero el rubí tenía ya, en ese momento, algo de premonición.

—Puede besar a la novia —dijo el reverendo Hodgson.

Damián no besó a la novia.

Hubo un instante — medio segundo, quizá menos — en que se inclinó hacia ella y Leonor sintió su aliento en la mejilla, frío también, como una brisa que entra por una ventana que nadie recuerda haber abierto. Después, con la naturalidad de un hombre que lleva siglos esquivando gestos que lo expondrían, giró la cabeza un milímetro y le rozó la sien con los labios. Un contacto tan leve que podría haber sido el aire, o una disculpa, o una promesa aplazada. Desde los bancos, pareció un beso. Leonor, que lo sintió en la piel, supo que no lo era.

La iglesia aplaudió. Charlotte lloró con renovado entusiasmo. Sir Edmund se sonó la nariz. Y la sociedad londinense, reunida en las primeras diez filas de St. George's con la avidez de quien asiste a un espectáculo del que espera poder hablar durante semanas, observó al nuevo matrimonio Ravenscar recorrer la nave con la atención forense de trescientos pares de ojos que buscaban defectos como quien busca grietas en la porcelana.

Encontraron varios.

Lady Jersey, que había asegurado un asiento en la tercera fila gracias a una combinación de rango, insistencia y la insinuación velada de que sin su aprobación el matrimonio sería socialmente DOA, se inclinó hacia la señora Drummond-Burrell mientras los novios pasaban y dijo, con el volumen calibrado para ser escuchada por exactamente las personas correctas:

—Encantador. De una forma que no se puede precisar. Lo cual, en mi experiencia, significa que hay algo que se está precisando en otra parte.

La señora Drummond-Burrell, cuya expresión permanente sugería que había mordido un limón en 1790 y no había cerrado del todo la boca desde entonces, respondió:

—Es medio español. Los españoles son todos así: apasionados con el decorado e indiferentes con la esposa.

—O al revés —dijo Lady Jersey, y la ambigüedad de la frase contenía más información que un informe parlamentario.

Leonor no las oyó. Pero no habría necesitado oírlas para saber lo que decían. La sociedad londinense era predecible en su malicia como el clima inglés en su grisura: inevitable, constante, y ocasionalmente pintoresca.

La recepción se celebró en la residencia de Half Moon Street, y aquí la primera anomalía visible para el público: fue exclusivamente nocturna. Las invitaciones, grabadas en papel color crema con el escudo de los Ravenscar en tinta negra, especificaban las nueve de la noche como hora de inicio. Leonor había cuestionado esto durante la planificación — «¿Una recepción de boda que empieza cuando normalmente terminan?» — y Damián había respondido con la misma frase que usaba para todo lo que no podía explicar todavía: «Es una preferencia personal». La frase estaba empezando a parecerle a Leonor lo que un candado le parece a una cerradura: algo que existe para impedir el paso, no para decorar la puerta.

Pero la recepción, dentro de su horario excéntrico, fue magnífica. La casa de Half Moon Street, que Leonor apenas había visto durante las tres semanas frenéticas entre el compromiso y la boda — semanas de modistas, abogados, amonestaciones, y la logística imposible de casar a una mujer arruinada con un marqués rico en un plazo que habría avergonzado a Gretna Green —, se reveló esa noche en toda su extraña elegancia. Candelabros de cristal que multiplicaban la luz de mil velas. Cortinas de terciopelo oscuro que caían como cascadas de tinta desde techos que se perdían en la penumbra. Muebles que olían a siglo y a cera, a maderas que ya no se talaban, a un lujo que no era ostentoso sino antiguo, acumulado con la paciencia de quien no tiene prisa porque tiene todo el tiempo del mundo.

Los invitados llenaron los salones con la eficiencia de un ejército que toma posiciones. La banda tocaba valses. Los criados — pocos, silenciosos, con una coordinación que rozaba lo coreográfico — circulaban con bandejas de champán y canapés que Leonor no había probado y que, notó, Damián tampoco tocó. Él se movía entre los

invitados con la cortesía automatizada de un hombre que ha asistido a suficientes eventos sociales para simular naturalidad. Aceptaba felicitaciones, respondía preguntas sobre el Continente con anécdotas vagas y elegantes, y evitaba, con una habilidad que a Leonor le pareció olímpica, cualquier situación que lo pusiera bajo la luz directa de las lámparas de gas más potentes.

Lord Phillip Cavendish llegó a las diez, con la puntualidad de un hombre que ha debatido consigo mismo durante una hora si debía venir y ha decidido que la cobardía era peor que el dolor. Leonor lo vio cruzar el salón y sintió algo que se parecía a la culpa y sabía a limonada rancia: el gusto de lo que podría haber sido y no fue.

Phillip la encontró junto a la chimenea, sola por primera vez en toda la noche. Le tomó la mano enguantada, se inclinó sobre ella con una corrección que destilaba sufrimiento educado, y dijo:

—Mis más sinceras felicitaciones, Lady Ravenscar. Le deseo toda la felicidad que merece. Y merece usted mucha.

—Lord Cavendish. —El título nuevo le pesaba en la lengua como una moneda extranjera: valiosa pero ajena—. Es usted muy generoso al venir.

—No es generosidad. —Phillip sonrió, y la sonrisa era la de un hombre que ha decidido ser bueno a pesar de que la bondad le está costando algo vital—. Es la última oportunidad de bailar con usted antes de que el decoro me lo prohíba definitivamente.

No la invitó a bailar. Las dos frases quedaron suspendidas entre ellos como las notas finales de una pieza que nadie va a repetir. Después Phillip le hizo una reverencia, le soltó la mano, y se marchó entre la multitud con la espalda muy recta y los hombros de quien carga algo que no piensa mostrar a nadie.

Leonor se quedó junto a la chimenea con los dedos de la mano derecha cerrados sobre el punto donde Phillip la había tocado, y pensó: *Si la vida fuera justa, o al menos legible, me habría enamorado de él. Pero la vida no es una novela de las que yo escribo. Es una novela de las que no me atrevo a escribir.*

—Qué escena tan conmovedora.

La voz llegó desde su izquierda, dulce como el arsénico disuelto en miel. Lady Seraphina Blackwood se materializó a su lado con la facilidad de alguien que no necesita abrirse paso entre la gente porque la gente se aparta sola. Llevaba un vestido de seda negra que no era apropiado para una boda ni remotamente, con escote suficiente para escandalizar a las patronesas y un collar de rubíes que Leonor habría jurado que latía bajo la luz de las velas. Sonreía. La sonrisa de Seraphina era un instrumento quirúrgico: precisa, estéril, diseñada para abrir cosas.

—Lady Blackwood. Qué amable al honrarnos con su presencia.

—No me la habría perdido por nada, querida. Los matrimonios de Damián siempre son memorables.

La frase detonó en silencio. *Los matrimonios.* Plural. Leonor la registró, la archivó, y no cambió la expresión.

—Me alegra saber que tiene usted experiencia como invitada a sus bodas. Confío en que la práctica le haya enseñado qué regalo es apropiado.

Seraphina amplió la sonrisa medio milímetro. El gesto habría resultado encantador si no hubiera parecido, por un instante, que tenía demasiados dientes.

—Mi regalo es un consejo. —Se acercó lo suficiente para que Leonor pudiera olerla: gardenia, almizcle, y algo debajo que no era perfume sino otra cosa, algo orgánico y metálico que recordaba al olor del invernadero prohibido—. Damián es un hombre de apetitos muy particulares. Apetitos que satisfizo conmigo durante más tiempo del que usted puede imaginar. Espero que esté a la altura, Lady Ravenscar. Los hombres como él necesitan algo más que una mujer lista con un microscopio.

El silencio que siguió duró tres latidos. En el primero, Leonor calibró las opciones. En el segundo, descartó la cortesía. En el tercero, eligió.

—Si sus apetitos fueran tan particulares, Lady Blackwood, supongo que no habría necesitado buscar una esposa nueva. — Inclinó la cabeza con una gracia que habría hecho llorar de orgullo a

tía Graves—. Pero le agradezco el consejo. Siempre es útil saber qué no funcionó antes de intentar mejorarlo.

Seraphina no parpadeó. No cambió de expresión. Pero algo se movió detrás de sus ojos azules — algo rápido y frío, como el reflejo de una llama en un bloque de hielo — y Leonor tuvo la certeza instantánea y sin fundamento racional de que acababa de hacer algo más peligroso que insultar a una viuda en una recepción de boda. Acababa de desafiar algo que no entendía y que no era del todo humano.

—Qué encantadora eres —dijo Seraphina, y la palabra «encantadora» sonó como suena el filo de un cuchillo cuando roza un plato de porcelana—. Damián siempre tuvo debilidad por las mujeres que muerden. Espero que no le moleste que él muerda de vuelta.

Se dio la vuelta y desapareció entre los invitados con la elegancia de humo que se disuelve en aire frío. Leonor se quedó de pie con el corazón latiéndole en la garganta y la frase «que él muerda de vuelta» clavada en la cabeza como una espina.

Metáfora, se dijo. *Es una metáfora. Las viudas despechadas hablan así.*

Pero Leonor era escritora, y las escritoras saben que a veces las metáforas no son metáforas.

La recepción terminó pasada la medianoche. Los últimos invitados se fueron con la reluctancia de quien abandona un espectáculo antes del acto final, y Leonor los despidió con la sonrisa automática que llevaba manteniendo desde las nueve. Charlotte la abrazó en el vestíbulo con fuerza suficiente para comprometer la circulación, le susurró «Escríbeme cada semana o vendré a buscarte», y subió al carruaje de tía Graves con los ojos húmedos y la fe intacta de quien cree que el amor existe porque así debe ser. Sir Edmund le apretó la mano sin decir nada, con la mirada de un hombre que sabe que ha vendido algo que no le pertenecía y no ha encontrado las palabras para disculparse.

Después, la puerta se cerró.

La casa se vació de ruido como se vacía una bañera: despacio, y después de golpe. Los criados desaparecieron con esa eficiencia espectral que Leonor empezaba a encontrar desconcertante — nunca los oía irse; simplemente dejaban de estar —, y el silencio que quedó era de una calidad particular. No el silencio cómodo de una casa que se va a dormir sino el silencio tenso de un teatro cuando se apagan las luces y el público contiene el aliento antes de que empiece la función.

Damián estaba al pie de la escalera. Se había quitado la levita en algún momento de la última hora y estaba en mangas de camisa, con el chaleco desabotonado y el corbatín aflojado. Era la primera vez que Leonor lo veía sin la armadura completa de la formalidad, y la vulnerabilidad del detalle — un cuello abierto, unos puños doblados — la golpeó con una fuerza inesperada, como si debajo de la ropa de marqués hubiera un hombre real y no solo un enigma con título nobiliario.

—¿Está cansada? —preguntó.

—Exhausta. ¿Usted?

—Los de mi... constitución no nos cansamos con facilidad.

La pausa antes de «constitución» fue casi imperceptible. Casi.

Subieron la escalera juntos. Leonor notó que él ajustaba su paso al de ella — más lento, más pesado, más humano — y que sus pies sobre los peldaños de roble no hacían más ruido que los de un gato sobre terciopelo. El pasillo del primer piso estaba iluminado por dos candelabros de pared que proyectaban sombras largas sobre el papel pintado, y al fondo, la puerta cerrada del invernadero exhalaba su calor húmedo e imposible como la respiración de un animal dormido.

Se detuvieron frente a la puerta del dormitorio de Leonor. El dormitorio que sería solo de ella, según el acuerdo. Dormitorios separados. Condición número uno.

Damián se volvió hacia ella. La luz de las velas le iluminaba medio rostro y dejaba el otro en sombra, y el efecto era el de un hombre partido en dos: la mitad que mostraba al mundo y la mitad

que guardaba bajo llave, como el invernadero, como todo lo que había en él que Leonor todavía no entendía.

—Buenas noches, Lady Ravenscar.

—Buenas noches, Lord Ravenscar.

Los títulos sonaron extraños en sus bocas, como disfraces que ninguno de los dos terminaba de ajustarse. Damián hizo un gesto —no una reverencia completa sino algo más íntimo, una inclinación de cabeza que era casi una confesión — y se retiró.

Leonor lo vio alejarse por el pasillo. Sus pasos no hacían ruido. No hacían ruido nunca, pero esta vez el silencio era más denso, más absoluto, como si el pasillo entero contuviera el aliento. Lo vio llegar al final, girar a la derecha, y desaparecer.

Esperó. Escuchó.

Nada.

No una puerta cerrándose. No pasos en el piso de arriba. No el crujido de una cama, ni el sonido del agua en una jofaina, ni el tintineo de un reloj de bolsillo dejado sobre una mesilla. Nada. Un silencio tan completo que Leonor tuvo la sensación irracional de que Damián Valderas, Marqués de Ravenscar, su marido desde hacía catorce horas, había dejado de existir en el momento en que dobló la esquina del pasillo.

Se quedó de pie frente a su puerta durante un minuto entero, contando los latidos de su propio corazón porque eran el único sonido en toda la casa.

Después entró en su dormitorio. La habitación era hermosa —papel pintado de seda azul, una cama con dosel de damasco, un tocador con espejo de marco dorado, un escritorio junto a la ventana que daba al jardín interior — y completamente impersonal, como una habitación de hotel lujoso preparada para alguien que todavía no ha llegado. Sobre la almohada había una rosa. Una sola. Carmesí oscuro, casi negro, con pétalos que parecían húmedos de algo que no era rocío. Olía como olía Damián cuando se acercaba

demasiado: a algo dulce y metálico que no pertenecía a ningún jardín que ella conociera.

Leonor tomó la rosa. Le dio la vuelta entre los dedos. Una espina le pinchó el pulgar — un dolor mínimo, un punto de sangre — y el pétalo más cercano se estremeció. Fue un movimiento imperceptible, el tipo de cosa que una mujer cuerda atribuiría al aire o a sus propios nervios. Pero Leonor no era una mujer cuerda. Era una mujer que había visto a un hombre abrir una rosa con la punta de los dedos en un jardín a las dos de la madrugada, y las mujeres que han visto eso no tienen el lujo de la cordura convencional.

Dejó la rosa sobre la mesilla. Se quitó el vestido de novia ella sola — no había llamado a la doncella; no quería a nadie cerca esta noche — y se puso el camisón con la eficiencia de quien está acostumbrada a vestirse sin ayuda. Se sentó en la cama. El silencio de la casa la envolvió como agua fría.

Sacó el cuaderno del cajón del escritorio — lo había traído de Wiltshire en el baúl, envuelto en camisolas como un contrabandista protege la mercancía — y lo abrió en la página de la lista. La lista que había empezado la noche de Almack's. Cuatro entradas. Ahora necesitaba más.

Escribió con letra firme:

«Mi marido no come. No he visto a Lord Ravenscar llevarse un solo bocado a los labios en toda la recepción. Aceptó una copa de champán durante el brindis y la sostuvo sin beber durante cuarenta minutos. Lo sé porque cronometré.»

Saltó una línea.

«Mi marido no duerme. O si duerme, no lo hace como los demás. Son las dos de la mañana de mi noche de bodas, y la casa está en un silencio que no es el silencio de alguien dormido. Es el silencio de algo vacío.»

Otra línea.

«Su piel está fría. No fresca, no templada: fría. La mano que me puso el anillo tenía la temperatura de la piedra de la iglesia. Y no

temblaba. En tres horas de recepción, rodeado de cien personas, estrechando manos, aceptando abrazos, no le vi temblar ni una vez. Los hombres tiemblan. Los hombres nerviosos tiemblan. Los hombres en su noche de boda tiemblan.»

Y debajo, en una letra distinta — más pequeña, más apretada, la letra de alguien que escribe algo que le da miedo formular:

«Si esto fuera una de mis novelas, sabría exactamente lo que es. Conozco los tropos: el aristócrata pálido, la mano helada, la aversión a la luz, la vida nocturna, la edad que no corresponde con los ojos. Lo he leído en Polidori. Lo he leído en las leyendas que mi madre me contaba de niña, las que venían de España, las que hablaban de muertos que caminan y beben sangre bajo la luna.

Pero esto no es una novela. Esto es mi vida. Y en la vida, los hombres que no comen, no duermen y tienen la piel fría no son vampiros. Son hombres enfermos, o hombres extraños, o hombres que guardan secretos que tienen explicaciones perfectamente racionales.

¿Verdad?»

Cerró el cuaderno. Lo guardó bajo la almohada, no en el cajón — esta noche lo quería cerca, como un escudo hecho de papel y tinta. Apagó la vela.

La oscuridad se instaló en la habitación con la autoridad de algo que lleva ahí mucho más tiempo que las velas. Leonor se quedó acostada con los ojos abiertos, mirando el dosel de damasco que no podía ver, escuchando el silencio que no era silencio sino la ausencia de algo que debería estar ahí — un latido, una respiración, una presencia humana al otro lado del pasillo.

Después, muy lejos y muy abajo, como si viniera de las entrañas de la casa o de un lugar más hondo todavía, escuchó música. Un piano. Una melodía que no conocía — lenta, en tono menor, con una dulzura que parecía rota, como una voz que intenta cantar una canción de cuna y se le quiebra a mitad de la primera nota.

La melodía subió por las paredes, atravesó los suelos de roble, se filtró por debajo de la puerta y llenó la habitación de una tristeza tan

antigua que no podía pertenecer a un hombre de treinta y dos años. No podía pertenecer a nadie que Leonor hubiera conocido ni a ningún siglo que ella hubiera vivido. Era una tristeza de antes, de otro lugar, de alguien que ha tenido demasiado tiempo para echar de menos algo que ya ni recuerda.

Leonor cerró los ojos. La música la arropó como una manta hecha de hilo frío.

¿Quién eres?, pensó. *¿Qué eres? ¿Y por qué, si me das tanto miedo, lo único que quiero es bajar a escucharte tocar?*

No bajó. Pero tampoco durmió. Y cuando la música cesó, justo antes del amanecer, el silencio que dejó fue peor que cualquier sonido, porque un silencio así solo lo produce alguien que ha terminado de tocar lo que necesitaba tocar y ahora está sentado a oscuras, solo, con las manos sobre las teclas y los ojos cerrados, esperando un día que llega siempre demasiado pronto y dura siempre demasiado.

En la mesilla, la rosa carmesí había abierto un pétalo más durante la noche. Nadie la había tocado. Nadie la había regado. Pero la gota de sangre que Leonor se había hecho con la espina había desaparecido de su dedo, y el pétalo nuevo tenía el color exacto de la sangre fresca.

Capítulo 4

La casa de Half Moon Street

La casa tenía demasiadas habitaciones y muy pocos espejos.

Leonor lo descubrió el primer día, cuando se propuso hacer lo que cualquier esposa sensata habría hecho al mudarse a la casa de un marido al que no conocía: explorarla. No como una invitada — con la timidez de quien pide permiso para abrir puertas — sino como una propietaria, con la curiosidad metódica de una científica que examina un espécimen nuevo y sospecha que es venenoso. Se levantó a las ocho, se vistió sin llamar a la doncella — una mujer pálida y silenciosa llamada Marta que aparecía y desaparecía como una corriente de aire y que probablemente llevaba años atendiendo una casa sin señora, lo cual explicaba su expresión de perplejidad contenida ante la novedad de tener una — y comenzó por la planta baja.

Desde fuera, la residencia Ravenscar era una casa georgiana elegante pero no extraordinaria: fachada de ladrillo con molduras blancas, tres plantas, un sótano que prometía bodega y cocina, y una entrada discreta que no delataba la riqueza de su propietario. Mayfair estaba llena de casas así, todas compitiendo por parecer más modestas de lo que eran, como damas que se ponen corsé para disimular lo que tienen.

Por dentro, la casa era otra cosa.

Por dentro, la casa era un secreto que alguien llevaba mucho tiempo guardando.

El vestíbulo daba paso a un salón largo cuyas ventanas — orientadas al norte, todas, y Leonor lo comprobó en cada habitación con la obstinación de quien toma datos — estaban cubiertas por cortinas de terciopelo tan gruesas que la tela parecía tener peso propio. Detrás de las cortinas había visillos; detrás de los visillos, cristales ligeramente ahumados que filtraban la poca luz de julio

hasta convertirla en algo tenue y ambiguo, una penumbra que no era oscuridad pero tampoco día. Leonor descorrió una cortina por curiosidad y la luz gris del exterior — que en cualquier otra casa habría sido insuficiente — pareció demasiado cruda para aquel espacio, como si la habitación le tuviera alergia. Soltó la cortina. La penumbra volvió, aliviada.

Había un Caravaggio entre la chimenea y la puerta del comedor.

No una copia, no una reproducción, no un «al estilo de» con el que un aristócrata ambicioso decoraba sus paredes para impresionar a las visitas. Un Caravaggio. Leonor había pasado suficientes tardes en la Royal Academy como para reconocer la diferencia entre un original y una imitación, y la diferencia estaba en la oscuridad: la oscuridad de Caravaggio no decoraba el lienzo sino que lo habitaba, como si la pintura fuera una ventana a un cuarto donde alguien había apagado todas las velas menos una. Un joven con expresión de éxtasis levantaba una copa de vino hacia una fuente de luz invisible, con medio rostro dorado y medio rostro en sombra, y el claroscuro era tan perfecto que Leonor tuvo la sensación de que la oscuridad del cuadro y la oscuridad de la habitación respiraban juntas.

Junto al Caravaggio, un retrato más pequeño, sin firma visible. Un hombre vestido con ropas del siglo XVII — gorguera, jubón oscuro, barba recortada con la geometría de una era que tomaba la barba muy en serio — miraba al espectador con una intensidad familiar. Los ojos eran del color del ámbar. La mandíbula, marcada. La nariz, recta como una línea trazada con regla.

Leonor se acercó al retrato. Lo estudió durante un minuto largo, con el mismo ojo que usaba para examinar una lámina botánica en busca de errores taxonómicos.

Después se apartó con la determinación de una mujer que ha decidido no pensar en lo que acaba de ver hasta disponer de más datos, y continuó.

El comedor era formal e impecable y olía a muebles que nadie usaba: caoba pulida, un mantel de hilo blanco sin una arruga, una

vajilla de porcelana china que Leonor contó por costumbre — veinticuatro servicios, suficiente para una cena que sospechaba no se había celebrado en décadas — y un candelabro central que necesitaba treinta velas y que probablemente no se había encendido desde que Wellington estaba en la Península.

La cocina, en el sótano, fue más reveladora que cualquier salón. Era competente pero pequeña para una casa de ese tamaño, con una despensa ordenada con una lógica que a Leonor le pareció militar: cada tarro etiquetado, cada saco pesado, cada suministro medido con la precisión de alguien que sabía exactamente cuánta comida se necesitaba y para cuántas personas. Es decir, para ninguna. Las cantidades eran mínimas: pan para una, huevos para una, fruta para una. Como si la casa hubiera estado esperándola con la despensa calculada al gramo para la única persona que iba a comer.

—¿Lord Ravenscar no desayuna aquí? — le preguntó a la cocinera, una mujer robusta de mejillas coloradas que parecía la única persona completamente humana de todo el servicio.

—Su señoría toma sus... — la cocinera buscó la palabra con el esfuerzo de quien intenta describir algo que no entiende del todo — preparados en su estudio. Marta se los lleva. No requiere cocina.

—¿Preparados?

—Una taza. Algo oscuro. No es café, milady. Se lo prepara el señor Vane.

Leonor archivó la información. La lista del cuaderno empezaba a necesitar páginas adicionales.

Pero fue la biblioteca la que la detuvo.

Ocupaba toda la primera planta — no una habitación sino un piso entero —, y era, sin exageración ni concesión a la hipérbole, la colección privada más extraordinaria que Leonor había visto en su vida. Y Leonor había visto la biblioteca de Lord Spencer en Althorp, que se consideraba la mejor de Inglaterra, y esto la hacía reventar.

No era la biblioteca de un aristócrata que compra libros por metros para impresionar las visitas y llenar estanterías vacías de contenido como de ideas. Era la biblioteca de un lector. De un lector voraz, obsesivo, hambriento, que había acumulado volúmenes durante un período de tiempo que no correspondía con la edad de ningún hombre vivo.

Las estanterías llegaban del suelo al techo y cubrían las cuatro paredes, con una galería superior accesible por una escalera de caracol de hierro forjado que gemía levemente cuando Leonor la subió. Los lomos estaban en inglés, español, francés, latín, italiano, y al menos dos idiomas más que no supo identificar — ¿griego? ¿árabe? Las ediciones abarcaban siglos: incunables junto a panfletos recientes, manuscritos iluminados junto a tomos de la Enciclopedia, primeras ediciones de Shakespeare junto a un ejemplar de *Don Quijote* que, por el estado de las páginas y la tipografía, podía ser de la primera impresión de 1605. Leonor lo abrió con las manos temblando y encontró, en la guarda, una anotación manuscrita en tinta descolorida: *«Para D., que entiende a los molinos. — M.C.»*

M.C.

Las iniciales le dieron vueltas en la cabeza como una mariposa atrapada en un tarro. M.C. Miguel de Cervantes se había muerto en 1616. Doscientos años atrás. Un libro firmado por el autor era una reliquia de museo, no algo que un hombre de treinta y dos años guardara en una biblioteca privada como si fuera un préstamo de un amigo.

A menos que el amigo llevara muerto doscientos años. O a menos que el hombre no tuviera treinta y dos.

Cerró el libro. Lo devolvió a su sitio. Se obligó a respirar.

La organización de la biblioteca era, en sí misma, un misterio. Leonor tardó una hora en descifrar el sistema: no era alfabético ni temático ni cronológico. Era personal — los libros estaban agrupados por asociación emocional o intelectual, como si alguien los hubiera ordenado según una lógica interna que solo tenía sentido para una mente particular. La botánica estaba junto a la poesía, la anatomía

junto a la música, los tratados de esgrima junto a la filosofía griega. Era el sistema de alguien que leía como vivía: sin fronteras, sin épocas, sin la noción de que el conocimiento debía estar compartimentado.

Era, pensó Leonor con una punzada de algo que no era admiración ni envidia sino su bastardo feroz, el sistema de alguien que había tenido tiempo suficiente para leerlo todo.

La tentación fue irresistible.

Pasó el resto de la mañana reorganizando la sección de botánica. No toda la biblioteca — ni siquiera Leonor, en su estado más obsesivo, se habría atrevido a tocar la totalidad de una colección de ese tamaño —, pero la sección de botánica era un desastre emocional que ofendía su sentido del orden científico: *Les Roses* de Redouté junto a un tratado de alquimia medieval, la *Botanical Magazine* de Curtis enterrada detrás de un volumen de Ovidio, y un cuaderno manuscrito sobre el cultivo de rosas que parecía escrito en castellano del siglo XVI metido entre dos tomos de Linneo como si alguien lo hubiera dejado ahí por descuido o por costumbre.

Reorganizó. Clasificó. Etiquetó mentalmente. Apiló los volúmenes por género y subgénero, separó los tratados científicos de los especulativos, y reservó los manuscritos en un estante aparte, ordenados por fecha cuando pudo determinarla y por tamaño cuando no. Cuando terminó, la sección de botánica resplandecía con la claridad de un herbario bien organizado, y Leonor estaba tan satisfecha que casi había olvidado que estaba casada con un hombre que no comía, no dormía y hacía florecer rosas con las manos.

Casi.

Damián la encontró a las siete de la tarde.

Leonor no lo oyó llegar — nunca lo oía llegar; la ausencia de ruido era tan constante que había dejado de esperarlo y había empezado a aceptarlo como una cualidad del aire — y solo supo que estaba ahí cuando la temperatura del pasillo cambió: un descenso sutil, como cuando se abre una ventana en diciembre.

—Buenas tardes — dijo, entrando en la biblioteca con la levita del día y el corbatín perfecto y esa forma de moverse que hacía pensar en agua sobre piedra lisa, algo que no necesita esfuerzo para fluir —. ¿Ha explorado la casa?

—Exhaustivamente — respondió Leonor desde lo alto de la escalera de caracol, con un tomo de Tournefort en una mano y polvo de siglo en la otra —. Su cocina está equipada para una persona, su comedor no se ha usado en años, tiene usted un Caravaggio que debería estar en un museo, y alguien en esta casa no entiende la diferencia entre botánica y alquimia.

Damián subió un peldaño. Miró la sección que Leonor había reorganizado. Y su expresión — la expresión controlada e impecable que Leonor empezaba a conocer como la máscara detrás de la cual vivía un hombre que probablemente no se la había quitado en décadas — se resquebrajó.

No fue enfado. Fue algo más cercano al horror.

—Ha movido los libros.

—He organizado los libros. Antes estaban en un desorden que habría hecho llorar a Linneo.

—Estaban en *mi* orden.

—Un orden que mezcla a Redouté con alquimia medieval no es un orden, Lord Ravenscar. Es un grito de socorro.

Se miraron. Leonor desde arriba, con el Tournefort como escudo; Damián desde abajo, con una mano en la barandilla de hierro y la mandíbula apretada de un hombre que está descubriendo que alguien ha entrado en su mente y ha movido los muebles. La luz de las velas — encendidas a las siete de la tarde porque en la casa de Half Moon Street siempre era de noche — les iluminaba las caras desde ángulos opuestos, y la escena parecía, pensó Leonor con la parte de su cerebro que nunca dejaba de escribir, sacada de una de sus propias novelas: la heroína en lo alto de la torre, el señor oscuro al pie de la escalera, y entre ambos, una discusión sobre taxonomía que en realidad era sobre todo lo demás.

—El *Redouté* estaba junto a Al-Razi porque ambos tratan del poder curativo de las rosas — dijo Damián, con una paciencia que le costaba esfuerzo visible —. La *Botanical Magazine* estaba detrás de Ovidio porque Ovidio describe la transformación de Adonis en anémona, que es el primer registro mitológico de una planta nacida de la sangre. Y el cuaderno manuscrito estaba entre los Linneo porque Linneo se equivocó en tres clasificaciones de rosas que ese cuaderno corrige.

Leonor bajó dos peldaños. Lo miró con ojos nuevos.

—¿Es suyo? ¿El cuaderno manuscrito?

La pausa fue medio segundo demasiado larga.

—Es de un conocido.

—Un conocido que escribe en castellano del siglo XVI.

—Era un hombre de su tiempo.

—Lord Ravenscar. — Leonor bajó el último peldaño y se quedó frente a él, lo bastante cerca para olerlo — sándalo, tinta, y debajo el aroma dulce y metálico que la perseguía desde Almack's —. Ese cuaderno tiene al menos trescientos años. La tinta está oxidada, el papel es trapo de lino, y la encuadernación es costura pamphlet del tipo que se usaba en Castilla antes de que los Borbones importaran la encuadernación francesa. Puedo fechar un manuscrito por el papel igual que puedo fechar una rosa por el tallo. Y usted lo guarda entre sus libros como si fuera una carta reciente de un amigo.

Damián la miró. Esa mirada suya, quieta, sin prisa, que a Leonor le producía la sensación contradictoria de estar siendo examinada y protegida al mismo tiempo.

—Es usted extraordinariamente observadora — dijo.

—Es usted extraordinariamente evasivo. ¿Me devuelve los libros a su sitio o me explica por qué los tenía así?

—¿Me da una tercera opción?

—No.

La comisura izquierda. Otra vez ese fantasma de sonrisa que vivía y moría en el mismo segundo, como una luciérnaga con problemas de compromiso.

—Devuélvalos, entonces. — Subió un peldaño, pasando junto a ella con un roce de manga que dejó un trazo de frío en el aire —. Pero deje la *Botanical Magazine* donde la ha puesto. Su sistema es mejor que el mío para los periódicos.

Era una concesión. Pequeña, deliberada, ofrecida con la gracia torpe de un hombre que no está acostumbrado a ceder porque lleva demasiado tiempo sin tener a quien cederle nada. Leonor la aceptó con la dignidad de quien gana una batalla menor en una guerra que piensa ganar entera.

—¿Y el Tournefort?

—Quédeselo. No lo leo desde hace ochenta... — se detuvo — desde hace tiempo.

Leonor contuvo la corrección aritmética que le subía por la garganta como ácido. *Ochenta*. Había dicho ochenta antes de tragarse la cifra. Un hombre de treinta y dos años no dice «desde hace ochenta» ni en broma ni por error. Un hombre de treinta y dos años no tiene una biblioteca de cuatro siglos ni amigos que escriben en castellano del Renacimiento ni un sistema de organización que solo funciona si asumes que el dueño ha leído todo lo publicado desde la invención de la imprenta.

Pero Leonor había aceptado un trato: paciencia a cambio de verdad. Y el plazo, según él, eran semanas.

—Gracias — dijo, y se llevó el Tournefort bajo el brazo como botín de guerra.

El ritmo de la casa se reveló durante los días siguientes con la inevitabilidad de una marea: constante, predecible, y profundamente extraño.

Los desayunos eran para una. Marta le servía a Leonor en el comedor pequeño — huevos, tostadas, mermelada de grosella, té — a las ocho y media, con la ventana norte descorrida hasta el visillo.

Damián no aparecía. Si preguntaba por él, la respuesta era siempre la misma: «Su señoría ha desayunado en su estudio.» Leonor lo verificó al tercer día, cruzando el pasillo hasta el estudio a las nueve. La puerta estaba entornada. Vio la taza sobre el escritorio: porcelana blanca, líquido oscuro, del color de la granada madura. No era café. No era chocolate. No era té de ninguna variedad que ella conociera. Olía a hierro y a rosas.

Los almuerzos también eran para una. Damián sugería, con la cortesía impecable de quien ha ensayado la frase mil veces, que ella almorzara cuando le apeteciera y que él se uniría a ella para el té de la tarde, si le parecía bien. El té de la tarde, a las cinco, era la primera vez que lo veía cada día: aparecía vestido para la noche — siempre para la noche, nunca para el día; las levitas oscuras, los chalecos de colores profundos, como un hombre que vive permanentemente en el último acto de una ópera — y se sentaba frente a ella con una taza que sostenía sin beber y un platillo de galletas que no tocaba.

—¿No tiene hambre? — le preguntó Leonor el cuarto día, señalando las galletas con la punta de la cucharilla.

—He comido antes.

—No ha comido antes. Sé que no ha comido antes porque la cocinera prepara comida exclusivamente para mí, y Marta me ha confirmado que usted no ha entrado en la cocina desde que se mudó a esta casa. Hace cuatro años.

Damián la miró por encima de la taza que no bebía.

—¿Ha interrogado a mi servicio?

—He mantenido conversaciones cordiales con las personas que trabajan en la casa donde vivo. Que es lo que hace cualquier esposa competente. La información ha sido un efecto secundario.

—Un efecto secundario con la precisión de un informe parlamentario.

—Conteste la pregunta, milord.

Damián dejó la taza sobre la mesa. El gesto fue deliberado, como si necesitara las manos libres para lo que iba a decir.

—Tengo necesidades dietéticas específicas que no se satisfacen con comida convencional. El señor Vane se encarga de mis... suplementos.

—Suplementos.

—Es la mejor palabra que tengo por ahora.

—¿Y cuándo tendrá una mejor?

—Cuando confíe en que la palabra no la hará huir.

La frase colgó entre los dos como un telón a medio descorrer: mostraba lo justo para saber que había algo detrás, pero no lo suficiente para verlo. Leonor abrió la boca para insistir. La cerró. Bebió su té. Las galletas se quedaron intactas en el platillo de Damián, y el silencio que compartieron no fue cómodo pero fue honesto, que era más de lo que muchos matrimonios conseguían.

Las tardes le pertenecían a ella. Leonor dedicaba las horas entre el almuerzo y el té a la correspondencia — Charlotte escribía cada dos días con la puntualidad de un reloj de agua, preguntas ansiosas sobre la casa, el marido, la felicidad, como si la felicidad fuera algo que se pudiera inventariar en una carta —, a sus cuadernos de botánica, y a la novela de Arabella, que avanzaba con la velocidad de algo que se alimenta de la experiencia de su autora. Arabella, en su castillo de los Cárpatos, había descubierto una habitación cerrada con llave en el ala este. Leonor no necesitaba demasiada imaginación para escribir esa escena.

Las noches eran de Damián. Proponía actividades con la insistencia educada de un hombre que tiene todo un Londres nocturno a su disposición y ningún interés en el diurno: la ópera en el King's Theatre, donde llegaban siempre después del segundo acto y se sentaban en un palco con las cortinas a medio cerrar; paseos por Hyde Park al crepúsculo, cuando la poca luz se retiraba detrás de los olmos y los senderos se vaciaban de paseantes decentes; cenas en casas de conocidos que compartían, Leonor empezaba a

notar, la misma palidez, la misma elegancia excesiva, la misma aversión a las ventanas orientadas al sur.

Héctor Vane era el eje silencioso alrededor del cual giraba toda la maquinaria doméstica. No era un mayordomo en el sentido convencional — Leonor había conocido mayordomos, y los mayordomos no se movían así, no miraban así, no tenían esa cualidad de presencia comprimida, como un resorte que lleva demasiado tiempo enrollado. Héctor era bajo, seco, con un rostro que parecía tallado en madera de boj y unos ojos negros que no parpadeaban con la frecuencia que los ojos humanos requerían. Hablaba poco. Cuando hablaba, lo hacía con la economía de alguien que considera cada palabra un gasto innecesario.

—¿Necesita algo la señora? — le preguntó el quinto día, apareciéndose a su espalda en el pasillo con una brusquedad que habría matado a tía Graves de un síncope.

—Que deje de aparecer detrás de mí sin hacer ruido sería un comienzo.

—Lo tendré en cuenta, señora.

No lo tuvo en cuenta. Héctor siguió materializándose en los rincones con la discreción de una corriente de aire y la puntualidad de alguien que siempre sabía dónde estaba ella, incluso cuando ella no lo sabía.

El sexto día, Leonor encontró el pasillo.

Estaba en la planta baja, detrás de la biblioteca, en una zona de la casa que el recorrido social no cubría: la parte de servicio, los cuartos traseros, las tripas domésticas que los invitados no veían. Habría pasado de largo — era un pasillo estrecho, sin decoración, con el suelo de piedra en lugar de madera — si no hubiera sido por el calor.

El calor era imposible.

Julio de 1816, y Londres tenía la temperatura de un noviembre anticipado. Los fuegos de las chimeneas ardían día y noche. La gente llevaba chales y pelisses como si el verano hubiera decidido no

presentarse, lo cual, técnicamente, era exacto. Pero en aquel pasillo, a tres metros de la cocina donde la cocinera se quejaba del frío, el aire era húmedo, espeso, tropical. Le pegó en la cara como el aliento de un animal grande. Le adhirió la muselina del vestido a la piel. Le rizó los mechones sueltos del recogido.

Y olía a rosas.

No el olor tenue y civilizado de un ramo de mesa ni la fragancia educada de un perfume francés. Olía a rosas vivas, a rosaleda en plena floración bajo un sol de agosto, con esa intensidad que solo producen las plantas cuando están haciendo algo activo — creciendo, abriendo pétalos, alimentándose. Y debajo del aroma floral, mezclado con él como un bajo continuo que sostiene la melodía, algo metálico. Algo que olía a la herida que se había hecho con la espina la noche de bodas. Algo que olía a sangre.

Al fondo del pasillo, una puerta. De roble, pesada, con una cerradura de hierro que tenía más de decorativa. La madera estaba caliente al tacto — Leonor puso la palma y retiró la mano por instinto, como si hubiera tocado una estufa —, y en los bordes del marco, donde la puerta no ajustaba del todo, se filtraba una luz que no era de vela ni de gas. Era verdosa, pálida, lunar.

El invernadero.

Leonor apoyó la oreja contra la puerta. A través de la madera, gruesa como un cofre, llegaba un sonido que no debería haber estado ahí: el goteo lento y pesado de agua — o de algo más denso que agua — cayendo sobre hojas. Un goteo rítmico, casi biológico, como el latido de un corazón vegetal.

—Todavía no.

La voz llegó desde detrás de ella. Leonor se giró con el corazón en la garganta y encontró a Damián al fondo del pasillo, a contraluz, inmóvil. No lo había oído llegar. Nunca lo oía llegar. Pero esta vez la ausencia de sonido le pareció menos una cualidad y más una advertencia.

No estaba enfadado. Eso fue lo primero que registró. La expresión que llevaba no era de ira ni de reprimenda; era de algo

más complejo, más hondo, una mezcla de cautela y preocupación que le cruzaba el rostro como sombras de nubes sobre un campo. Miedo. Eso era lo que veía. Damián Valderas, Marqués de Ravenscar, el hombre que se movía sin ruido y no comía y tenía manos de piedra fría, tenía miedo.

No miedo de ella. Miedo *por* ella.

—El acuerdo — dijo, y su voz era la de siempre: grave, controlada, con esa cadencia que no era del todo inglesa —. El invernadero no estaba incluido.

—El acuerdo también incluía su «debido tiempo». — Leonor no se apartó de la puerta —. Llevo una semana en esta casa. He catalogado sus anomalías, he interrogado a su servicio, he encontrado un retrato que se parece a usted con doscientos años de diferencia y un *Quijote* firmado por alguien que debería estar muerto. Creo que el debido tiempo ha llegado, milord.

—No ha llegado.

—¿Cuándo, entonces? ¿Cuándo exactamente llega ese tiempo?

Damián avanzó por el pasillo. Cada paso era silencioso, deliberado, y la luz que se filtraba bajo la puerta del invernadero le iluminaba los zapatos y nada más, como si caminara sobre un río de luna. Se detuvo a un metro de ella. Lo bastante cerca para que Leonor pudiera ver el detalle de sus ojos bajo las sombras del pasillo: ámbar claro, con algo moviéndose en el fondo de las pupilas que no era reflejo de luz.

—Cuando confíe en usted lo suficiente para mostrarle algo que podría hacerla huir.

—¿Y qué necesita para confiar en mí?

—Tiempo.

—Tiempo es lo que le he dado. Una semana de silencio, de preguntas sin respuesta, de comidas sola y noches con un piano que suena a las tres de la mañana tocando música que no debería existir. He sido paciente, Lord Ravenscar. La paciencia no es mi virtud más natural, y se la he ofrecido entera. ¿Qué más necesita?

La pregunta quedó en el aire entre los dos, en el pasillo estrecho que olía a rosas y a sangre y a algo antiguo e irresoluble. Damián la miraba con una expresión que Leonor, escritora de oficio y observadora de vocación, no conseguía descifrar del todo. Había dolor. Había deseo — no el deseo físico, o no solo; algo más amplio, el deseo de ser conocido por alguien y no ser destruido por ello. Y había una soledad tan vasta que Leonor, en la penumbra de un pasillo de servicio, a un metro de un hombre al que llevaba casada una semana, la sintió como un cambio de presión en los oídos.

—No quiero que huya — dijo Damián. Y la frase sonó distinta de todo lo que le había dicho antes: sin armadura, sin cálculo, sin la cortesía impecable que usaba como escudo. Sonó como lo que era: la verdad, pelada y frágil, ofrecida en un pasillo oscuro como una rosa sin espinas.

Leonor tragó algo que podría haber sido emoción o podría haber sido prudencia o podría haber sido las dos cosas luchando por el mismo espacio.

—Yo tampoco — dijo —. Pero no puedo quedarme en una casa cuyo secreto más importante está detrás de una puerta que me prohiben abrir. No soy una esposa que se conforma con no saber. Si quería eso, debió casarse con otra.

—Si hubiera querido eso, no la habría necesitado a usted.

El silencio que siguió fue de una textura distinta: no tenso sino grávido, cargado con el peso de algo a punto de cambiar de forma. Leonor lo sintió en la piel como se siente la presión antes de una tormenta. Damián levantó una mano — lentamente, como si el gesto le costara un esfuerzo que no era físico — y la posó en la puerta del invernadero, a un palmo de la cabeza de Leonor. El calor de la madera le enrojecía los nudillos.

—Pronto — dijo —. Se lo prometo. Y mis promesas, Lady Ravenscar, son lo único que no he roto en tres...

Se detuvo.

—¿En tres qué?

—En mucho tiempo.

Se apartó de la puerta. Le hizo un gesto para que lo precediera por el pasillo, de vuelta a la parte de la casa donde la luz era de vela y no de luna y donde las preguntas podían esperar hasta mañana. Leonor caminó delante de él con la espalda recta y la mente girando como un torno, devanando los hilos de lo que acababa de oír: *tres*. Tres semanas, tres meses, tres años, tres décadas, tres siglos. ¿En tres *qué*?

La respuesta estaba detrás de esa puerta, alimentándose de sangre y oliendo a rosas.

Esa noche, Leonor no pudo dormir.

Lo intentó. Se metió en la cama con el Tournefort, leyó tres capítulos sobre clasificación de rosáceas, apagó la vela, cerró los ojos, y le ordenó a su cerebro que dejara de funcionar con la misma eficacia con la que una le ordena a la lluvia que pare.

A las tres de la mañana se rindió.

La casa estaba en su silencio habitual, ese silencio de fondo que no era ausencia de ruido sino presencia de algo que no necesitaba hacer ruido. Leonor se quedó inmóvil en la cama, con las mantas hasta la barbilla y los ojos abiertos en la oscuridad, esperando.

La música empezó como un susurro.

Un piano. Las primeras notas llegaron tan bajas que podrían haber sido el viento o la madera de la casa contrayéndose con el frío o la imaginación de una mujer que lleva una semana sin dormir bien. Pero después la melodía tomó forma: lenta, en tono menor, con una estructura que Leonor no reconocía. No era Bach ni Handel ni Mozart ni Haydn ni ninguno de los compositores que una mujer de educación musical estándar habría identificado. Era algo más antiguo, más desnudo, con una melancolía que no estaba en las notas sino entre ellas, en los silencios que separaban cada frase como respiraciones contenidas.

Se levantó. Se echó el chal sobre los hombros. No se calzó — los pies descalzos sobre la madera fría la anclaban a la realidad, le

recordaban que esto no era un sueño ni una de las escenas nocturnas de Arabella sino su vida, su casa, su marido tocando el piano en la oscuridad.

Bajó las escaleras sin hacer ruido — ella sí hacía ruido; los peldaños crujían bajo sus pies con la indiscreción de los objetos que no tienen secretos — y siguió la música hasta el salón del fondo, el que daba al jardín interior, el que Leonor no había explorado todavía porque siempre estaba cerrado.

La puerta estaba entornada.

Entró.

El salón estaba a oscuras. Sin velas, sin lámparas, sin una sola fuente de luz excepto el resplandor de la luna que se filtraba por una ventana sin cortina — la única ventana sin cortina de toda la casa, como si alguien hubiera querido que la luna entrara aquí y solo aquí. El piano era un instrumento magnífico, de cola, de una madera oscura que brillaba bajo la luna como agua negra. Y frente al piano, con los ojos cerrados y las manos sobre las teclas con la ligereza de algo que no necesita ver para saber dónde está cada nota, estaba Damián.

Tocaba sin partitura. Tocaba con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente inclinada, como si escuchara algo que la música le estaba contando, algo que solo él podía oír. Las manos se movían con una fluidez que no pertenecía a la práctica sino a la memoria — una memoria tan profundamente grabada en los músculos que los dedos recordaban las notas como el cuerpo recuerda respirar.

Leonor se quedó en el umbral. No se movió. No habló. La música le llenó los oídos y después le llenó el pecho y después algo más hondo, algo que no tenía nombre anatómico y que respondía a la melodía como las rosas respondían a la luna.

La pieza terminó. Las últimas notas se disolvieron en el aire con la lentitud de algo que no quiere irse. Damián mantuvo las manos sobre las teclas un momento más — los dedos inmóviles, la cabeza inclinada, los ojos todavía cerrados — y después dijo, sin abrirlos:

—Es de Antonio de Cabezón.

Leonor conocía el nombre. Vagamente. Un compositor español del siglo XVI, ciego de nacimiento, organista de la corte de Felipe II. Llevaba muerto doscientos cincuenta años.

—No sabía que se conservaran partituras suyas para piano —dijo, porque la alternativa a la pregunta técnica era una pregunta que no estaba lista para formular.

—No se conservan.

La frase cayó en el silencio como una piedra en un pozo. Leonor esperó el impacto.

—La aprendí de él — dijo Damián, y abrió los ojos.

Eran ámbar. Eran viejos. Y en la oscuridad del salón, bajo la luna, brillaban con una luz propia que no era reflejo sino origen.

Leonor se apoyó en el marco de la puerta. Las rodillas le temblaban, y no era de frío.

—De Cabezón murió en 1566 — dijo.

—Sí.

—Usted no tiene treinta y dos años.

—No.

Dos síes y dos noes. Cuatro monosílabos que demolían el mundo y lo reconstruían al mismo tiempo, como una bomba que destruye una casa y debajo aparece otra, más antigua, más extraña, con las raíces metidas en una tierra que Leonor no sabía que existía.

No dijo nada más. Damián tampoco. La luna se movió un centímetro sobre el suelo del salón, y el silencio entre ellos fue el silencio de dos personas que han llegado al borde de algo y necesitan un momento antes de decidir si saltan.

Leonor se enderezó. Le dolían las rodillas de temblar y el pecho de contener el aliento y la cabeza de pensar demasiado rápido.

—Buenas noches, Lord Ravenscar.

—Buenas noches, Lady Ravenscar.

Subió las escaleras con las piernas de algodón y la mente en llamas. Entró en su dormitorio. Cerró la puerta. Se sentó en la cama.

Sacó el cuaderno.

Y escribió, con una letra que temblaba por primera vez desde que tenía memoria:

«Antonio de Cabezón, 1510-1566. Organista del rey Felipe II. Ciego. Muerto hace doscientos cincuenta años.

»Mi marido dice que aprendió su música de él.

»Mi marido no tiene treinta y dos años. Mi marido no tiene cien. Mi marido tiene... no sé cuántos tiene. No sé *qué* tiene. No sé qué es.

»Solo sé que la música que tocaba a las tres de la mañana en un salón sin velas era lo más hermoso y lo más triste que he oído en mi vida, y que un hombre capaz de tocar así no puede ser lo que mi mente racional — la que se aferra a Linneo y a la taxonomía y al método científico como a un salvavidas — me está gritando que es.

»¿Puede serlo?»

Cerró el cuaderno. Lo apretó contra el pecho. En el piso de abajo, el piano guardó silencio, y el silencio fue más elocuente que cualquier nota.

En la mesilla, la rosa que había dejado allí la noche de bodas seguía viva. Había abierto dos pétalos más. No la había regado nadie. No la había tocado el sol. Pero crecía, en la oscuridad, alimentándose de algo que Leonor no podía ver y empezaba, contra todo instinto racional, a imaginar.

Capítulo 5

Almack's y el vals que no se bailó

Almack's y el vals

La Marquesa de Ravenscar entró en Almack's a las diez de la noche y el salón se plegó a su alrededor como un abanico que se cierra y se abre en otra dirección.

Leonor lo sintió en la piel: la recalibración. Las mismas mujeres que tres semanas atrás la habían mirado con la compasión educada que se reserva para las solteras sin remedio ahora la miraban con otra cosa — no respeto, exactamente; algo más transaccional, más hambriento, como la expresión de un corredor de apuestas que descubre que el caballo que había descartado acaba de ganar la carrera. Era marquesa. Tenía título, fortuna por matrimonio, acceso a palcos y a cenas y a las puertas que tres Temporadas de ingenio y buenas láminas botánicas no habían podido abrir. El mundo que la había despreciado como soltera la cortejaba como esposa, y la ironía era tan espesa que Leonor podía masticarla.

Sabía a limonada rancia. A Almack's siempre le había sabido así.

Damián caminaba a su lado con esa forma suya de ocupar el espacio sin perturbarlo, como agua que se vierte en un vaso sin salpicar. Levita negra, chaleco de seda color burdeos — siempre colores de vino y de sangre, los chalecos de Damián; Leonor había empezado a notar el patrón —, corbatín impecable. No le había ofrecido el brazo al entrar; le había puesto la mano en la base de la espalda, un contacto leve y frío que atravesó la muselina del vestido como un susurro y que Leonor había sentido vibrar en la columna durante los tres segundos que duró. No era un gesto de posesión. Era un gesto de navegación: *aquí estoy, no te pierdas*.

Lady Jersey los interceptó antes de que llegaran a la mesa de refrescos. Llevaba un vestido de gasa dorada que en cualquier otra mujer habría sido un error y en ella era una declaración de guerra

estética, y la sonrisa con la que recibió a Leonor tenía la amplitud calibrada de una mujer que controla el flujo de información social como un ingeniero controla las esclusas de un canal.

—Lady Ravenscar. Qué alegría verla de vuelta entre nosotros. El matrimonio le sienta bien. Tiene usted un color que no le conocía.

—El color de la solvencia, probablemente — dijo Leonor —. Es un matiz muy favorecedor. Se consigue pagando las facturas a tiempo.

Lady Jersey soltó una carcajada que cortó el murmullo circundante como unas tijeras cortan seda.

—Ya veo que el matrimonio no le ha domesticado la lengua.

—Me temo que eso no estaba en el contrato.

—Nunca lo está, querida. Nunca lo está.

Lady Jersey desvió la atención hacia Damián con la precisión de un francotirador que cambia de blanco.

—Lord Ravenscar. Encantador como siempre. Debe contarme sobre el Continente. He oído que Viena es espléndida desde el Congreso.

—Viena tiene sus encantos — dijo Damián, con la cortesía automatizada de un hombre que ha tenido esta conversación en cada sala de Europa durante más décadas de las que Lady Jersey podía imaginar —. Aunque la encuentro excesivamente iluminada.

La frase era neutral. Inocua. Perfectamente educada. Y contenía, pensó Leonor, una verdad literal que nadie en aquel salón excepto ella estaba equipado para detectar.

Se separaron. Damián fue absorbido por un grupo de caballeros junto a la chimenea — Lord Alvanley, Mr. Brummell, los habituales del White's que olían a tabaco y a opiniones —, y Leonor quedó sola con Lady Jersey, que la observaba con el ojo clínico de una entomóloga ante un insecto interesante.

—Ravenscar es encantador de una forma que no se puede precisar — dijo Lady Jersey, bajando la voz medio tono —. Lo cual, en mi experiencia, significa que la forma exacta de su encanto es algo que él no quiere que se precise. Tenga cuidado con los maridos

encantadores, Lady Ravenscar. Suelen serlo más de noche que de día.

Leonor sonrió con la mitad de la boca.

—Le agradezco el consejo. Pero he descubierto que mi marido es igualmente encantador a todas horas. Es una de sus pocas cualidades constantes.

Lady Jersey le dio una palmadita en el brazo con la familiaridad condescendiente de quien ha decidido adoptarla como protegida, y se alejó a sembrar rumores en otro parterre. Leonor la vio irse y pensó: *Si supieras. Si supieras la mitad de lo que no se puede precisar, necesitarías algo más fuerte que la limonada de Almack's.*

La orquesta atacó un cotillón. Las parejas se formaron con la coreografía social de quien ha bailado toda la vida: las miradas, los abanicos, las inclinaciones de cabeza que significaban *acepto*, *quizá*, *ni muerta*. Leonor se dispuso a observar desde la periferia — su posición favorita, la de la escritora que mira — cuando vio a Seraphina.

Lady Blackwood había elegido blanco esta noche. No el blanco de novia ni el blanco virginal de las debutantes, sino un blanco helado, invernal, que le daba a su piel de camafeo un resplandor que no era del todo saludable y que no era del todo humano. Diamantes en el cuello, diamantes en las muñecas, y un escote que desafiaba la gravedad y la decencia con la misma indiferencia olímpica. Cruzó el salón sin mirar a nadie y se detuvo junto al grupo de caballeros donde estaba Damián.

Lo que pasó después fue tan sutil que Leonor habría necesitado estar mirando para verlo, y estaba mirando.

Seraphina se colocó entre Damián y Lord Alvanley con un movimiento que no fue un movimiento sino una inserción, como una aguja que entra en la tela sin que la tela se entere. Le puso la mano en el brazo — el mismo brazo que hacía media hora había estado en la espalda de Leonor — y dijo algo que solo él pudo oír. Damián no se apartó. No reaccionó. Pero la quietud que le recorrió el cuerpo fue distinta de su quietud habitual: más rígida, más contenida, como la

de un animal que ha detectado a un depredador y no quiere moverse para no provocar el ataque.

La orquesta cambió a un vals.

Seraphina no esperó a ser invitada. Tomó a Damián de la mano y lo condujo a la pista con la autoridad de una mujer que ha bailado con ese hombre tantas veces que la pregunta es un trámite. Damián la siguió. Leonor buscó en su rostro una señal de reluctancia, de incomodidad, de algún gesto que le dijera *esto no es lo que quiero*. No la encontró. Lo que encontró fue algo peor: resignación. La resignación de quien conoce a su pareja de baile demasiado bien para resistirse.

Bailaron.

Y Leonor, que había visto bailar a centenares de parejas en tres Temporadas de Almack's, que había catalogado cada variación posible de la danza social — la rigidez de los novios, la fluidez de los amantes, la indiferencia de los matrimonios viejos —, vio algo que no pertenecía a ninguna de sus categorías.

Damián y Seraphina no bailaban como dos personas que han aprendido los mismos pasos. Bailaban como dos cuerpos que se conocen. La familiaridad era antigua, demasiado fluida, demasiado precisa para pertenecer a un conocimiento reciente. Él la guiaba con una mano que sabía exactamente dónde posarse en la cintura de ella; ella le seguía las variaciones antes de que las ejecutara, como si pudiera leer su intención en el aire que los separaba. No se miraban a los ojos — eso habría sido demasiado; eso habría delatado lo que Leonor ya estaba viendo —, pero la distancia entre sus cuerpos era más corta de lo decoroso, y la forma en que Seraphina inclinaba la cabeza hacia el cuello de él tenía la intimidad automática de un gesto repetido cientos de veces.

Cientos. No decenas. Cientos. La palabra acudió a la mente de Leonor con la precisión de un diagnóstico. No era un vals entre dos personas que se habían conocido en una temporada social. Era un vals entre dos personas que habían bailado juntas durante más tiempo del que Leonor llevaba viva.

Seraphina le dijo algo al oído. Damián se tensó. Fue visible — un endurecimiento de los hombros, una rigidez que le subió por el cuello como escarcha — y cualquiera que estuviera mirando lo habría notado. Pero nadie miraba. Nadie excepto Leonor, que llevaba dos semanas aprendiendo a leer el cuerpo de su marido como se lee un manuscrito en un idioma que todavía no dominas: con esfuerzo, con atención, con la certeza de que cada gesto significa algo y el miedo de que ese algo sea peor de lo que imaginabas.

La pieza terminó. Seraphina se separó de Damián con una sonrisa que era toda dientes y ningún calor, le dijo algo que lo hizo apretar la mandíbula, y se alejó entre la multitud con la elegancia de algo que no necesita esfuerzo para moverse porque no está sujeto a las mismas leyes que los demás.

Leonor se volvió hacia la mesa de refrescos. Necesitaba algo que hacer con las manos que no fuera cerrar los puños.

—Lady Ravenscar.

Lord Phillip Cavendish estaba a su lado. Había aparecido con la discreción de un hombre que ha estado esperando el momento exacto para acercarse — no la primera pausa sino la correcta, la que ocurre cuando una mujer necesita compañía pero no la pide. Llevaba levita azul, porque Phillip Cavendish siempre llevaba azul, como si la claridad de su carácter necesitara un correlato cromático. Sonreía con esa sonrisa suya de todos los dientes, la que no escondía nada porque no tenía nada que esconder.

—Lord Cavendish. — Leonor aceptó la copa de limonada que le ofrecía con la gratitud de quien recibe un salvavidas disfrazado de refresco —. ¿Ha venido a rescatarme de la mesa de las bebidas, o solo a demostrar que todavía sabe sonreír en mi presencia?

—Ambas cosas, si me lo permite. — Phillip hizo una reverencia leve, la justa, sin la gravedad anticuada de Damián ni la elegancia depredadora de Seraphina. Una reverencia normal, de un hombre normal, en un mundo normal —. ¿Me concede un baile?

La orquesta atacó otro vals. Leonor le dio la mano.

Fue como entrar en agua templada después de nadar en un río de enero.

Phillip bailaba bien — con corrección, con ritmo, con la competencia aprendida de un hombre que ha tomado las clases correctas y las ha practicado lo suficiente para no pensar en los pasos. No había nada sobrenatural en la forma en que la sostenía: su mano en la cintura era cálida, su agarre era firme pero no posesivo, y la distancia entre sus cuerpos era exactamente la que dictaba el decoro. Bailar con Phillip era como leer un libro bien escrito pero predecible: agradable, cómodo, sin sorpresas.

—¿Cómo se encuentra en su nueva casa? — preguntó Phillip, guiándola en un giro.

—Sobreviviendo. La casa tiene más habitaciones de las que necesito y menos respuestas de las que quiero.

—Ravenscar es un hombre reservado.

—Reservado es una forma generosa de describirlo. Un monje trapense encontraría excesiva la conversación de mi marido.

Phillip rio. Una risa limpia, sin aristas, que olía a brandy bueno y a jabón de sándalo inglés — no español, no antiguo, no imposible; sándalo normal de Bond Street, del que se compra en una tienda y dura una temporada.

—Le echamos de menos — dijo, y la frase no era plural por cortesía sino por verdad: hablaba por los salones, por las cenas, por el espacio que Leonor había dejado vacío al pasar de soltera a marquesa —. Las conversaciones en Almack's han perdido al menos un tercio de su interés desde que usted ya no está disponible para comentarlas.

—Sigo comentándolas. Solo que ahora comento las de mi marido en lugar de las de los demás.

—¿Y son interesantes?

—Son... enigmáticas. — La palabra fue cuidadosa. Diplomática. Un puente sobre un abismo que Phillip no podía ver —. Mi marido

tiene el talento de hacer que cada conversación termine con más preguntas de las que tenía al principio.

—Eso suena agotador.

—Suena — dijo Leonor, y le sorprendió la honestidad que le salió a continuación, como un pétalo que se suelta de una flor sacudida — a la persona más fascinante y más frustrante que he conocido en mi vida. En proporciones exactamente iguales.

Phillip la miró. No con la intensidad inmóvil de Damián — los ojos de Phillip se movían, parpadeaban, hacían todas las cosas que los ojos humanos hacen y que Leonor había dejado de dar por sentadas —, sino con algo más simple y más doloroso: comprensión. La comprensión de un hombre que sabe que ha perdido y que ha decidido perder con gracia.

—Entonces es usted afortunada — dijo —. Las personas fascinantes y frustrantes son las únicas que merecen la pena. Las demás somos un poco aburridas.

—Usted no es aburrido, Lord Cavendish.

—Soy exactamente lo bastante aburrido para ser inofensivo, y lo sé. — La sonrisa no cambió, pero algo detrás de ella sí: una grieta, un atisbo de la herida que Phillip Cavendish llevaba con la misma educación con la que llevaba la levita azul —. No tiene que consolarme, Lady Ravenscar. Soy un hombre adulto con una renta considerable y todos mis dientes. Sobreviviré.

La pieza terminó. Phillip le soltó la mano, le hizo una reverencia de despedida, y se alejó hacia el grupo de Lord Alvanley con los hombros rectos y la mandíbula firme y el paso de alguien que ha decidido que el dolor de una sala abarrotada es preferible al dolor de una sala vacía.

Leonor lo vio irse y le dolió. No del modo en que le dolía Damián — un dolor con raíces, con espinas, con algo vivo en el centro que crecía sin permiso. Le dolió como duele cerrar un libro que te gustaba pero que sabes que no vas a terminar: con la melancolía limpia de lo que podría haber sido y la certeza de que no habría sido suficiente.

Cuando se volvió, encontró a Damián al otro lado del salón.

La miraba.

No con discreción — Damián no era discreto cuando algo le importaba de verdad; era contenido, que es distinto y que cuesta más — sino con una intensidad que Leonor no le había visto antes. Los ojos de ámbar estaban fijos en ella con la concentración de alguien que intenta grabar una imagen en la memoria, como si temiera que Leonor pudiera desaparecer si dejaba de mirar. No era enfado. No eran celos, o no solo. Era algo más desnudo: la expresión de un hombre que acaba de ver a la mujer a la que no tiene derecho a querer bailando con el hombre que debería haber elegido.

La mirada duró tres segundos. Después Damián apartó los ojos, dijo algo al caballero que tenía a su lado, y se movió hacia la salida con la naturalidad estudiada de quien ha decidido retirarse antes de que la máscara se le caiga en público.

El carruaje los esperaba en la calle. Subieron en silencio — Damián primero, ofreciéndole la mano para ayudarla; el contacto fue breve, frío, cargado de electricidad estática que no era estática. El cochero azuzó a los caballos. Las ruedas traquetearon sobre el adoquinado de King Street. Y dentro del carruaje, en la oscuridad que solo rompían los faroles de gas que pasaban a intervalos, el silencio se espesó hasta hacerse sólido.

Leonor habló primera. Porque Leonor siempre hablaba primera, y porque el silencio le pesaba más que la respuesta que temía.

—¿Quién es Seraphina Blackwood para usted?

Damián estaba sentado frente a ella, con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas y la cara medio iluminada por cada farol que pasaba: luz, sombra, luz, sombra, como un retrato que se encendiera y apagara.

—¿Qué ha visto?

—Lo que ve cualquiera que mire: a una mujer que baila con mi marido como si su cuerpo le perteneciera. No le estoy preguntando

qué he visto. Le estoy preguntando qué es.

—¿Es su amante?

La pregunta era una piedra lanzada al cristal. Limpia, directa, imposible de esquivar. Leonor la formuló sin temblar, sin bajar los ojos, sin la delicadeza que la sociedad esperaba de una esposa que sospecha y elige no saber.

Damián cerró los ojos. Fue el primer gesto incontrolado que Leonor le había visto: no una pausa estratégica ni un silencio calculado sino el reflejo de un hombre al que le han dado un golpe y necesita un segundo antes de abrir los ojos y enfrentar el daño.

—Fue — dijo. Y abrió los ojos —. Hace mucho tiempo. Más del que usted puede imaginar.

—Tiene usted treinta y dos años. ¿Cuánto puede ser «más de lo que puedo imaginar»?

—Más de lo que debería ser.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que puedo darle esta noche.

El carruaje giró por Berkeley Square. Un farol le dio a Damián en la cara — toda la cara, sin sombras — y Leonor vio algo que la detuvo: agotamiento. No el cansancio de un hombre que ha bailado demasiado ni el de un marido que discute con su esposa en un carruaje. Un agotamiento más hondo, más viejo, el de alguien que lleva demasiado tiempo cargando algo demasiado pesado y que acaba de descubrir que el peso no disminuye con los años sino que se acumula.

—Le vi bailar con ella — dijo Leonor, más bajo —. No bailaban como dos personas que se conocen de una temporada. Bailaban como dos personas que se conocen de una vida.

—De más de una.

La frase se le escapó. Leonor la vio salir de la boca de Damián como se ve escapar un pájaro de una jaula mal cerrada: involuntaria, veloz, imposible de recuperar. Él lo supo en el instante en que la pronunció. La mandíbula se le endureció. Los ojos se le

cerraron otra vez, medio segundo, como si pudiera borrar las palabras parpadeando.

De más de una vida. Otra entrada para la lista. Otra grieta en la fachada de un hombre de treinta y dos años que decía cosas que solo podía decir alguien que hubiera vivido mucho más.

Leonor no insistió. No porque no quisiera sino porque reconoció en el silencio de Damián algo que había visto antes: en su padre, las noches en que la vergüenza era más fuerte que el brandy; en Charlotte, cuando hablaba de las deudas y se le rompía la voz a mitad de frase. Lo reconoció porque era dolor, y el dolor tiene una gramática universal que no necesita traducción.

El carruaje se detuvo en Half Moon Street. Damián bajó primero, le ofreció la mano. Entraron en la casa. El vestíbulo estaba a oscuras excepto por dos candelabros de pared que Héctor había dejado encendidos con la precisión de un hombre que sabía exactamente a qué hora llegarían.

Leonor se dirigió a la escalera. Damián la detuvo. No con un gesto sino con la voz, y la voz sonó distinta de todo lo que le había oído decir: despojada, sin barniz, sin la cortesía que usaba como armadura.

—Lord Cavendish es un buen hombre.

Se volvió. Él estaba al pie de la escalera, con medio rostro en la luz y medio en la sombra — siempre partido en dos, siempre la mitad que muestra y la mitad que esconde.

—Lo sé — dijo Leonor.

—Es mejor que yo. En todos los sentidos que importan. — La pausa fue larga, dolorosa, y Leonor la sintió como se siente una espina que se clava despacio —. Si pudiera deshacer nuestro acuerdo y dejarla libre para elegirlo, lo haría.

La escalera crujió bajo el pie de Leonor al bajar un peldaño. Después otro. Se detuvo frente a él, a medio metro, lo bastante cerca para oler las rosas y la tinta y la tristeza, que también tiene olor aunque nadie lo haya catalogado.

—No le he pedido que me libere — dijo —. Le he pedido que me diga la verdad.

—La verdad la hará huir.

—No huyo. Nunca he huido. Lo que hago es hacer preguntas hasta que alguien me da una respuesta que merezca la pena, y entonces hago más preguntas. Es muy cansado para los demás, lo sé. Pero es lo único que sé hacer.

Damián la miró. Bajo la luz del candelabro, los ojos de ámbar tenían esa profundidad líquida que Leonor había visto la noche del piano — no un reflejo sino una fuente de luz propia, un brillo que no necesitaba velas para existir. Le sostuvo la mirada sin parpadear, sin respirar, sin ninguna de las interrupciones que el cuerpo humano exige y que el de él parecía haber dejado de necesitar hacía tiempo.

—Pronto — dijo —. Se lo prometo.

—Lo sé. Sus promesas son lo único que no ha roto en tres... lo que sea.

La comisura izquierda. Un temblor. No la sonrisa entera — Damián todavía no le había regalado eso, y Leonor empezaba a sospechar que cuando lo hiciera sería un acontecimiento de la magnitud de un eclipse —, pero su fantasma, su huella, la marca que la sonrisa dejaba en el músculo al pasar.

—Buenas noches, Lady Ravenscar.

—Buenas noches, Lord Ravenscar.

Se separaron. Leonor subió la escalera. Damián se quedó abajo, al pie, mirándola subir con esa forma suya de mirar que era como una mano que sostiene algo frágil a distancia: sin tocar, sin soltar.

Llegó a su dormitorio. Cerró la puerta. Se apoyó en ella con el corsé demasiado apretado y el corazón demasiado lleno.

Sobre la almohada había un libro.

No la rosa — la rosa seguía en la mesilla, con dos pétalos más y esa vitalidad imposible que Leonor había dejado de intentar explicar. Sobre la almohada, donde esa mañana no había nada, había un libro

encuadernado en piel marrón con el lomo gastado por dedos que lo habían abierto muchas veces.

Lo cogió. Lo giró. Leyó el título grabado en letras doradas: *The Mysteries of Udolpho. By Ann Radcliffe. 1794.*

Primera edición.

Lo abrió con las manos temblando — porque una primera edición de Radcliffe merecía el temblor, con independencia de quién la regalara y por qué — y encontró, en la primera página en blanco, una nota manuscrita en tinta negra, con una caligrafía que conocía ya: la misma letra inclinada y antigua del cuaderno renacentista de la biblioteca, la misma mano que había anotado márgenes de Redouté.

«Para la escritora de ficción gótica que se ha casado con su propia novela. Capítulo IV es el mejor, aunque Radcliffe no se atreve con el final que la historia merece. D.»

Leonor se sentó en la cama con el libro abierto en el regazo y las lágrimas en los ojos. No de emoción — o no solo. De rabia. De ternura. De la frustración inmensa de estar enamorándose de un hombre que le regalaba primeras ediciones y le dejaba rosas que bebían sangre y sabía que escribía novelas góticas y tocaba el piano a las tres de la mañana y *no le decía la verdad*.

Porque sabía que escribía. Lo había sabido desde Almack's, desde el primer día, desde la frase sobre la *Botanical Magazine* y la mirada que la había recorrido como un dedo sobre un mapa buscando un punto exacto. Sabía de las láminas y sabía de las novelas y la había elegido no a pesar de sus secretos sino por ellos, y ahora le regalaba el libro que más amaba con una nota que le decía, en seis líneas de tinta: *te veo, te conozco, y creo que lo que escribes merece un final más valiente del que Radcliffe se atrevió a darle*.

Era, con diferencia, lo más romántico y lo más aterrador que un hombre le había hecho.

Leonor cerró el libro. Lo apretó contra el pecho. Se limpió los ojos con el dorso de la mano, porque los guantes se los había quitado al entrar y las lágrimas no esperan a que una se prepare.

Después abrió el cuaderno. Y debajo de la última entrada — la del piano, la de Cabezón, la de «mi marido no tiene treinta y dos años» — escribió:

«Sabe que escribo. Lo ha sabido siempre. Y en lugar de usarlo contra mí, me ha regalado a Radcliffe.

»No sé qué es. No sé cuántos años tiene. No sé qué hay en ese invernadero ni qué bebe cada mañana ni por qué Seraphina Blackwood lo mira como si le perteneciera.

»Pero sé esto: un hombre que regala libros en lugar de joyas, que deja notas sobre finales que merecen ser más valientes, y que sabe que escribo ficción gótica y no lo usa como arma sino como ofrenda — ese hombre, sea lo que sea, merece que yo me quede el tiempo suficiente para entenderlo.

»Aunque lo que entienda me rompa el mundo en dos.»

Cerró el cuaderno. Apagó la vela. Se acostó con el Udolpho en la mesilla, junto a la rosa que seguía creciendo en la oscuridad.

Y por primera vez desde la noche de bodas, durmió. Sin música, sin miedo, con el olor a rosas imposibles metiéndosele en los sueños como una raíz que busca agua.

Capítulo 6

Sangre y pétalos

Llovía. Llevaba lloviendo veinte días consecutivos, que Leonor sabía porque los había contado en el margen del cuaderno con la obstinación de una mujer que se niega a aceptar que julio pueda ser esto: gris, empapado, frío como la palma de su marido. Veinte días de lluvia sobre Londres, veinte días de cielos de plomo, veinte días sin una sola hora de sol, y en el invernadero prohibido de Half Moon Street, detrás de la puerta de roble que olía a rosas y a algo que Leonor ya no fingía no reconocer, las plantas estaban muriendo.

Lo sabía porque el olor había cambiado.

Durante las dos primeras semanas en la casa, el aroma que se filtraba por los bordes del marco había sido denso, vivo, con esa intensidad que solo producen las plantas en plena actividad: fotosíntesis, transpiración, el trabajo silencioso y obstinado de un organismo que convierte luz en vida. Pero en los últimos días, algo se había corrompido en ese aroma. La dulzura seguía ahí, pero debajo crecía otra cosa: un olor orgánico, pesado, el de la materia vegetal que se descompone. Leonor lo conocía bien. Lo había olido en los invernaderos de Wiltshire cada vez que una planta se rendía al frío y empezaba a pudrirse desde las raíces, y era un olor que le producía la misma angustia que a otras personas les produce el llanto de un niño.

Las rosas de Damián se estaban muriendo. Y él lo sabía, porque en los últimos tres días había dejado de fingir que el invernadero no existía. Ya no evitaba el pasillo trasero. Ya no cambiaba de tema cuando Leonor preguntaba por las plantas. Simplemente callaba, con esa forma suya de callar que no era silencio sino compresión — todo lo que no decía apretado en la mandíbula como una espina tragada.

El vigésimo día de lluvia, Leonor tomó una decisión.

Lo hizo a las dos de la tarde, mientras Damián dormía — o hacía lo que fuera que hacía durante el día en la habitación del segundo piso a la que se retiraba al amanecer y de la que no salía hasta el crepúsculo. Lo hizo sola, en el pasillo de servicio, con una horquilla del pelo entre los dedos y la convicción tranquila de que una mujer que ha aceptado un matrimonio con un hombre que no come, no duerme, hace florecer rosas con las manos y lleva trescientos años vivo no puede permitirse seguir respetando una cerradura.

La cerradura era buena. De hierro, mecanismo de doble palanca, probablemente instalada por alguien que sabía lo que protegía. Leonor tardó cuatro minutos en abrirla. Cuatro minutos de horquilla doblada, de presión en el punto exacto, de escuchar el clic interior del mecanismo con el oído pegado a la madera caliente. Había aprendido a forzar cerraduras a los dieciséis años, cuando su padre empezó a encerrar las botellas de brandy en el aparador y Charlotte necesitaba la llave del aparador para acceder a la cubertería de plata que vendía, pieza a pieza, para pagar la compra semanal. Las habilidades que la pobreza enseña son tan variadas como inconfesables.

La cerradura cedió. Leonor giró el pomo. Y la puerta se abrió hacia un mundo que no pertenecía a Londres ni a julio ni a ningún lugar que ella hubiera visto fuera de sus propios sueños.

El calor la golpeó primero.

No un calor de chimenea ni de cocina ni de habitación cerrada en verano. Un calor húmedo, espeso, tropical, que le pegó la muselina al cuerpo en el primer segundo y le rizó el pelo en el segundo. Un calor de invernadero botánico, sí, pero amplificado hasta lo imposible — como si alguien hubiera capturado una noche de agosto en Cádiz y la hubiera metido en una habitación de Mayfair. La piel se le cubrió de una película de humedad antes de dar el primer paso.

Después llegó el olor.

Rosas. Pero no como las rosas de los jardines de Wiltshire ni como las damascenas de su madre ni como ninguna rosa que Leonor hubiera encontrado en tres años de publicaciones botánicas y

un centenar de láminas dibujadas a pluma. Estas rosas olían a sí mismas multiplicadas por algo que no era vegetal: una dulzura densa, casi narcótica, con un fondo metálico que le llenó la nariz y le bajó por la garganta como un licor demasiado fuerte. Olía a miel oxidada. Olía a fruta madura a punto de pasarse. Olía, reconoció con un estremecimiento que le recorrió la columna entera, a sangre.

Abrió los ojos.

El invernadero era más grande de lo que la casa debería haber permitido — se extendía hacia atrás, aprovechando el jardín interior, con un techo de cristal emplomado que capturaba la poca luz del cielo gris y la filtraba hacia abajo en tonos de plata y ceniza. No había lámparas. No había velas. La única iluminación era esa luz muerta de un mediodía sin sol, que entraba por los tragaluces como agua sucia y caía sobre las plantas con la desgana de algo que ha olvidado para qué servía.

Y las plantas.

Leonor se quedó en el umbral con la mano todavía en el pomo y el corazón latiendo en un lugar del pecho que no sabía que tenía, porque lo que veía delante no era un jardín. Era un santuario.

Rosas. Decenas de rosales distribuidos en bancales de piedra que formaban un semicírculo alrededor de una fuente central — seca, con un cuenco de mármol manchado de algo oscuro que Leonor no quiso identificar todavía. Los rosales eran altos, viejos, con troncos que tenían el grosor de una muñeca y una corteza que delataba décadas de crecimiento. Las hojas eran de un verde tan oscuro que parecía negro bajo la luz filtrada. Y las flores — las pocas que quedaban abiertas — eran de un carmesí que Leonor no encontró en ninguna clasificación de su memoria.

No era rojo. No era granate. No era borgoña ni escarlata ni bermellón ni ninguno de los rojos que conocía por nombre y por pigmento. Era el color de la sangre arterial un instante después de salir de la vena: oscuro, brillante, con una profundidad líquida que hacía que los pétalos parecieran mojados. Bajo la luz gris del

tragaluz, las rosas abiertas relucían como heridas frescas en la carne verde de las plantas.

Leonor avanzó. Despacio. Con las manos a los costados y los ojos moviéndose de planta en planta con la velocidad de una científica que cataloga lo que ve antes de permitirse sentir lo que siente.

Muchas estaban marchitas. Eso fue lo segundo que registró, después del color. De los cuarenta o cincuenta rosales que ocupaban el invernadero, al menos un tercio tenía las hojas amarillentas, los tallos doblados, los capullos cerrados y ennegrecidos por algo que no era helada ni plaga ni ninguna enfermedad que Leonor reconociera. Se estaban muriendo, pero no de causas naturales. Se estaban muriendo de otra cosa — de algo que les faltaba, de un alimento que ya no recibían.

Se arrodilló junto al bancal más cercano. Hundió los dedos en el sustrato.

No era tierra.

Es decir, había tierra — tierra negra, rica, del tipo que cualquier jardinero reconocería como excelente para rosales. Pero mezclada con la tierra había otra sustancia: oscura, viscosa, con la consistencia del barro mojado pero más densa, más pesada. Le manchó los dedos de un marrón rojizo que, cuando Leonor se los llevó a la nariz, olía a hierro. Olía exactamente a lo que olía la taza que Marta le llevaba a Damián cada mañana. Olía a lo que olía el rubí del anillo de bodas, si un rubí pudiera oler. Olía a sangre seca.

Las raíces de las rosas crecían en un sustrato mezclado con sangre.

Leonor se limpió los dedos en el vestido — el gesto fue automático, el de una mujer acostumbrada a ensuciarse las manos en un invernadero y limpiárselas en lo primero que encuentra — y se levantó. Miró el sistema de riego: un entramado de tubos de cobre que conectaba los bancales entre sí y con una cisterna elevada en la pared del fondo. Los tubos goteaban. El líquido que caía de ellos no era transparente. Tenía un tinte rosáceo, diluido, como agua de lavar un pincel manchado de carmín.

No era agua. O no era solo agua.

Se acercó a la cisterna. Era de cobre también, con una tapa que levantó con ambas manos. Dentro, un líquido oscuro — más oscuro que el de los tubos, más concentrado — llenaba la cisterna hasta la mitad. Olía a rosas y a sangre en proporciones que Leonor ya no intentaba separar porque empezaba a entender que, en este invernadero, eran la misma cosa.

Se quedó de pie frente a la cisterna con las manos manchadas y la mente funcionando a una velocidad que habría agotado a un caballo de carreras. Las rosas se alimentaban de sangre. Las rosas producían pétalos de un color que era literalmente el de la sangre. El líquido que Damián bebía cada mañana — oscuro, del color de la granada madura — se destilaba de estas rosas. Y las rosas se estaban muriendo, lo cual significaba que el suministro de lo que fuera que Damián necesitaba beber se estaba agotando.

La ecuación era simple. Aterradora, pero simple.

—No debería haber entrado.

Leonor no se sobresaltó. Se habría sobresaltado si la voz le hubiera llegado sin aviso, pero la verdad era que lo había sentido antes de oírlo: un cambio de presión en el aire del invernadero, un descenso de temperatura que le erizó el vello de los brazos a pesar del calor tropical. Damián estaba detrás de ella. No sabía desde cuándo.

Se volvió.

Estaba en el umbral, donde ella había estado minutos antes. Sin levita — en mangas de camisa, con el cuello abierto y el pelo revuelto de alguien que se ha levantado deprisa. La luz del tragaluz le caía encima como agua gris, y bajo esa luz su palidez no parecía un rasgo sino una condición, algo constitutivo, como la blancura del mármol o la frialdad de la piedra. Tenía los ojos muy abiertos. Las manos, a los costados, no estaban relajadas: los dedos se curvaban hacia dentro con la tensión de alguien que se contiene.

Y la expresión. La expresión de Damián era lo que detuvo a Leonor en seco, más que la voz, más que la postura, más que el

hecho de que estuviera ahí cuando debería estar dormido.

Miedo.

No el miedo que Leonor había visto en él frente a la puerta del invernadero tres días antes — cauteloso, calculado, el miedo de un hombre que controla lo que muestra. Este era miedo sin filtro. Le oscurecía los ojos de ámbar, le tensaba los tendones del cuello, le apretaba la boca en una línea que no era enfado sino terror contenido. Y no la miraba a ella. Miraba sus manos. Las manos de Leonor, manchadas del sustrato oscuro del bancal. La sangre seca que le teñía los dedos.

—¿Qué son estas rosas? — dijo Leonor.

La pregunta cayó en el aire húmedo del invernadero como una piedra en un estanque: limpia, inevitable, con ondas que se expandieron en todas direcciones. Damián cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, el miedo seguía ahí pero había algo más: alivio. El alivio terrible de alguien que ha estado esperando un golpe y por fin lo recibe.

—Son lo único que me mantiene...

Se detuvo.

El silencio que siguió fue vegetal: húmedo, cálido, cargado de oxígeno y de lo que Damián no había dicho. La palabra que le faltaba a la frase flotaba entre los dos como un pétalo que cae de una rosa y tarda en llegar al suelo. *Humano.* Leonor la oyó sin que la pronunciara. La oyó en el hueco que dejaba, en la forma en que la boca de él se cerró alrededor de la sílaba que no salió, en la rigidez de los hombros y las manos crispadas y el terror en los ojos de un hombre que acababa de confesar, sin palabras, que sin estas rosas sería algo que ella no querría conocer.

—Enséñemelo — dijo Leonor.

Damián parpadeó. El gesto fue casi cómico en su humanidad — los inmortales también parpadean de sorpresa, aparentemente.

—¿Disculpe?

—Lo que hace su sangre con las rosas. He visto el sustrato, he visto la cisterna, he deducido el circuito. Pero necesito verlo en acción. Si va a pedirme que salve su jardín, que es lo que lleva queriendo pedirme desde la noche en Almack's, necesito entender cómo funciona.

—No le he pedido que las salve.

—No ha necesitado pedírmelo. Me ha traído aquí, me ha dado acceso a una biblioteca de cuatro siglos de botánica, me ha casado con su problema y me ha dejado la puerta lo bastante débil como para que una mujer con una horquilla pudiera forzarla. Si eso no es pedir ayuda, es la forma más elaborada de no pedirla que he visto en mi vida.

La comisura izquierda. El fantasma. Un temblor que nació y murió en el mismo músculo, pero esta vez Leonor lo vio con claridad porque estaba a dos metros de él, bajo la luz gris del invernadero, y la distancia que llevaban manteniendo desde la boda se había encogido de golpe, comprimida por la verdad que crecía entre ellos como las raíces en la sangre.

Damián avanzó hacia el bancal más cercano. Se arremangó la camisa hasta el codo con un gesto que era práctica pura, sin ceremonia, el de un hombre que va a hacer algo que ha hecho muchas veces. El antebrazo quedó al descubierto: pálido, con tendones visibles bajo la piel, con venas azules que se ramificaban como ríos en un mapa. Leonor lo miró con el ojo de una botánica y con el ojo de algo más que no tenía nombre técnico.

Damián extendió la mano hacia un rosal marchito — uno de los peores, con las hojas colgando como trapos mojados y los capullos ennegrecidos — y la cerró sobre un tallo lleno de espinas.

Las espinas le abrieron la palma.

El corte fue limpio, rápido, y la sangre que brotó no era roja. Era oscura, casi negra, con una densidad que no correspondía a sangre humana — más espesa, más lenta, brillante bajo la luz del tragaluz como laca líquida. Cayó sobre las raíces del rosal. Una gota. Dos. Tres.

Y la rosa revivió.

No fue gradual. No fue el proceso lento de una planta que se recupera con riego y paciencia durante semanas. Fue inmediato, imposible, y tan hermoso que Leonor se olvidó de respirar.

El tallo se enderezó. La corrección fue visible, centímetro a centímetro, como una columna vertebral que se estira después de llevar años encorvada. Las hojas recuperaron color: del amarillo enfermo al verde oscuro en un latido, dos latidos, tres. La turgencia volvió a los tejidos con la urgencia de algo que tiene sed y bebe por primera vez en días. Y el capullo — el capullo ennegrecido, seco, que Leonor habría dado por muerto si lo hubiera encontrado en cualquier otro invernadero — empezó a abrirse.

Despacio. Pétalo a pétalo. Con la misma deliberación que había visto en el jardín de Wiltshire, la noche en que Damián tocó la damascena de su madre. Solo que aquí no había dedo, no había contacto: era la sangre la que abría la rosa, la sangre cayendo sobre las raíces como lluvia sobre tierra seca, y la planta respondiendo con una gratitud que no era metafórica sino biológica. La rosa quería esa sangre. La necesitaba. Se abría hacia ella como un girasol se abre hacia el sol.

El carmesí del pétalo nuevo era idéntico al de la sangre de Damián. El mismo tono, la misma densidad, la misma luz oscura y líquida. La rosa no representaba la sangre. La rosa *era* sangre hecha flor.

Leonor no huyó.

No gritó, no se apartó, no hizo ninguna de las cosas que las heroínas de sus novelas góticas habrían hecho en circunstancias equivalentes — y que ella, como autora, les habría reprochado por predecibles. Lo que hizo fue arrodillarse.

Se arrodilló junto al bancal, con el vestido de muselina gris sobre la tierra húmeda y las rodillas contra la piedra, y acercó la cara a la rosa recién abierta. La examinó con los ojos de una científica. Midió el ángulo de los pétalos, la curvatura del tallo, la velocidad de recuperación de las hojas. Contó los estambres. Buscó el pistilo.

Olfateó el centro de la flor — rosas y hierro, dulce y metálico, vida y sangre entrelazadas en una simbiosis que no existía en ningún tratado de botánica que ella hubiera leído.

—No es una especie conocida — dijo, más para sí misma que para él —. El número de pétalos no corresponde a ninguna clasificación de Linneo. La estructura del pistilo es aberrante — demasiados carpelos, fusionados de una forma que no he visto nunca. Y la respuesta al estímulo hematológico es... — buscó la palabra, la encontró, la rechazó, buscó otra — imposible. No existe mecanismo vascular que explique una recuperación de esta velocidad. No en el reino vegetal. No en ningún reino.

Levantó la vista.

Damián seguía de pie junto al bancal, con la mano sangrando sobre las raíces. La herida no se cerraba — o se cerraba despacio, mucho más despacio de lo que Leonor habría esperado de un corte superficial, como si la sangre que producía su cuerpo fuera demasiado valiosa para desperdiciarla en algo tan vulgar como la cicatrización. La miraba con una expresión que Leonor tardó un momento en descifrar porque no la había visto antes en su cara.

Asombro.

Damián Valderas, el hombre que no se sorprendía de nada porque lo había visto todo, estaba asombrado. No por las rosas — las rosas las conocía, las había alimentado con su sangre durante tiempo suficiente para que dejaran de sorprenderlo. Estaba asombrado por ella. Por la mujer que se había arrodillado en la tierra y había respondido a lo imposible no con miedo sino con taxonomía.

—¿No tiene miedo? — dijo.

Leonor se levantó. Se sacudió la tierra de las rodillas. Se limpió las manos en el vestido — otra vez, el gesto automático de la mujer que prioriza la información sobre la apariencia.

—Tengo preguntas — dijo —. El miedo puede esperar.

—El miedo es la respuesta más sensata que podría tener.

—Las respuestas sensatas son para las personas que no tienen preguntas mejores. — Le sostuvo la mirada. Ámbar contra gris, bajo la luz enferma del tragaluz, en un invernadero que olía a rosas y a sangre y a la verdad que llevaba semanas creciendo entre los dos como una raíz bajo el suelo —. ¿Qué son, Damián?

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila. La formalidad del título — Lord Ravenscar, milord, su marido de conveniencia a distancia de cortesía — se le había caído en algún momento entre la cerradura forzada y la rosa que se abría con sangre, y no le interesaba recogerla.

Damián cerró la mano herida. La sangre dejó de caer. La rosa, ya abierta, brilló en su bancal con la satisfacción obscena de algo que acaba de alimentarse.

—Se llaman Rosas de Sangre — dijo —. Son una especie que no existe en la naturaleza. Fueron creadas hace siglos, por alguien cuyo nombre no conozco, mediante un proceso que es mitad botánica y mitad... otra cosa. Crecen solo bajo la luz de la luna. Se alimentan de sangre. Y destiladas en un elixir, suprimen...

Se detuvo. Se pasó la mano sana por la cara con el gesto de un hombre que lleva demasiado tiempo cargando algo demasiado pesado.

—¿Qué suprimen? — dijo Leonor.

—La sed.

La palabra cayó como una gota de sangre sobre una raíz. Pequeña, densa, cargada con todo lo que no decía.

—¿Sed de qué?

—Sabe de qué.

Sí. Lo sabía. Lo había sabido desde la noche de bodas, desde la lista en el cuaderno, desde los ojos demasiado viejos y la piel demasiado fría y la música de un compositor muerto hacía doscientos cincuenta años. Lo había sabido con la parte de su cerebro que escribía novelas góticas y que reconocía los tropos como un botánico reconoce las especies: por instinto, por familiaridad, por

la certeza profunda de quien ha leído el manual antes de encontrarse con el espécimen.

Pero saberlo en el cuaderno, en la oscuridad del dormitorio, como una hipótesis escrita con letra temblorosa, era una cosa. Y oírlo — casi oírlo, porque Damián seguía sin pronunciar la palabra, como si la palabra fuera el último candado de una puerta que una vez abierta no se podía cerrar — era otra.

—Dígalo — dijo Leonor.

—No.

—Dígalo, o lo diré yo.

Damián la miró. Los ojos de ámbar tenían una profundidad líquida que la luz del invernadero convertía en algo vivo, algo que se movía en el fondo de las pupilas como una llama bajo el agua. Le sostuvo la mirada con la resistencia de alguien que ha sobrevivido a siglos de cosas peores que una mujer con una horquilla y un temperamento imposible, y después, con una lentitud que era rendición, cerró los ojos.

—Sin el elixir de las rosas — dijo, con los ojos cerrados, con la voz de un hombre que se confiesa ante algo más grande que un sacerdote —, yo sería algo que usted ha leído en sus novelas góticas y que ha descartado como ficción. Sin las rosas, yo tendría sed. No de agua. No de vino. De algo que usted tiene en las venas y que puedo oler desde que la conocí.

Abrió los ojos.

—¿Es suficiente? ¿O necesita que diga la palabra?

Leonor tragó. Le costó. La garganta se le había cerrado con la fuerza de algo que no era miedo — o no solo miedo — sino la magnitud de lo que estaba oyendo, el tamaño del secreto que acababa de caer entre los dos como una piedra en un pozo sin fondo.

—No necesito la palabra — dijo —. Necesito saber cuántas rosas le quedan.

Algo se rompió en la cara de Damián. No la máscara — la máscara se había roto antes, en algún punto entre la puerta del invernadero y la rosa que se abría con su sangre. Lo que se rompió fue algo detrás de la máscara: una expectativa, una certeza, la convicción de que cualquier ser humano que supiera lo que él era respondería con horror. Leonor no respondió con horror. Respondió con una pregunta práctica, y la practicidad de la pregunta fue más devastadora que cualquier grito.

—Venga conmigo — dijo.

La condujo al fondo del invernadero, detrás de los bancales, donde una mesa de trabajo de piedra ocupaba la pared entera. Sobre la mesa había instrumental que Leonor reconoció — alambiques, matraces, un destilador de cobre, morteros de mármol — y frascos. Decenas de frascos de cristal, alineados en un estante como soldados esperando órdenes.

La mayoría estaban vacíos.

Damián cogió uno de los pocos que todavía contenían líquido y se lo tendió. Leonor lo tomó con ambas manos. El frasco era pesado para su tamaño, y el contenido — un líquido carmesí, translúcido, que se movía con la lentitud del aceite — brillaba bajo la luz gris con una luminosidad que no necesitaba sol para existir. Olía a rosas. Y debajo, dulce y viejo, como un vino que ha envejecido más allá de lo que cualquier bodega debería permitir, olía a algo que Leonor no tenía vocabulario para describir. A antigüedad. A supervivencia. A la determinación obstinada de un organismo que se niega a morir.

—Esto es lo que bebo cada mañana en lugar de desayunar — dijo Damián —. Cada frasco contiene el destilado de cincuenta pétalos. Cincuenta pétalos, dos semanas de maceración, tres horas de destilación. Un frasco dura un día. Sin él, la sed vuelve en horas. Sin él, yo sería...

—Algo que no querría conocer — completó Leonor —. Sí. Ya lo ha dicho.

—Algo que *usted* no querría conocer. — La corrección fue deliberada —. Yo lo conozco bien. Lo he sido. Hace mucho tiempo,

antes de las rosas, antes de aprender que había otra forma. Y no tengo intención de volver a serlo.

Leonor miró el frasco. Miró las rosas — las vivas, las muertas, las que agonizaban entre ambas categorías con la dignidad silenciosa de las plantas que saben que les queda poco. Miró los cielos grises a través del tragaluz, los cielos sin sol que llevaban semanas asfixiando a toda Europa y que estaban matando estas rosas del mismo modo que mataban las cosechas de Hampshire y los rosales de Wiltshire: por hambre de luz.

Y entendió la ecuación.

Las rosas necesitaban luz para producir pétalos. Los pétalos se destilaban en elixir. El elixir suprimía la sed. Sin luz, las rosas morían. Sin rosas, no había elixir. Sin elixir, Damián se convertiría en lo que era antes de las rosas. Y lo que era antes de las rosas — lo que eran todos los de «su constitución» antes de las rosas — era algo que hacía que Leonor, una mujer que había visto una rosa alimentarse de sangre y había respondido contando estambres, sintiera por primera vez esa noche algo que se parecía al miedo.

No miedo de él. Miedo de perderlo. De perder al hombre que tocaba el piano a las tres de la mañana y le regalaba primeras ediciones y decía «está preciosa» en un susurro el día de su boda. De perder eso y encontrar en su lugar lo que vivía debajo, lo que el elixir mantenía dormido, lo que los ojos de ámbar ocultaban cada vez que la miraba demasiado cerca.

—¿Cuántos frascos quedan? — preguntó.

—Seis.

—¿Seis días?

—Seis días.

Leonor dejó el frasco sobre la mesa. Se volvió hacia los bancales. Recorrió el invernadero con la mirada de una mujer que ya no estaba explorando sino evaluando: cuántas plantas vivas, cuántos capullos viables, cuántos pétalos podrían cosecharse. Los números no eran buenos. Los números eran desastrosos.

—Necesito instrumentos — dijo —. Mi microscopio de Wiltshire. Cuadernos nuevos. Acceso a los registros de cultivo de estas plantas, si existen. Muestras de sustrato, de la sangre que usan para el riego, del elixir destilado. Y necesito saber todo — no parte, no lo que usted considere relevante, todo — sobre la historia de estas rosas. Quién las creó, cuándo, cómo. Qué condiciones necesitan. Qué ha cambiado.

Damián la miraba con la boca ligeramente abierta. Era la primera vez que Leonor veía esa expresión en su cara: no asombro ya, sino algo más frágil. Esperanza. La esperanza cuidadosa de alguien que ha aprendido a no esperar nada y que de pronto se encuentra con una mujer arrodillada en un invernadero imposible que le pide instrumentos de botánica en lugar de una explicación de por qué no debería salir corriendo.

—¿Va a intentar salvarlas? — dijo.

—Voy a salvarlas. — Leonor se limpió las manos en el vestido por tercera vez, un gesto que ya era un tic, una declaración de principios: las manos limpias son para las mujeres que no trabajan —. Es lo que hago, Lord Ravenscar. Salvo rosas. Y las suyas necesitan que alguien deje de alimentarlas con sangre y misterio y empiece a tratarlas como lo que son: plantas. Plantas extraordinarias, sí. Plantas imposibles, probablemente. Pero plantas. Y las plantas, por imposibles que sean, obedecen reglas. Solo hay que encontrarlas.

—Es la mujer más extraordinaria que he conocido — dijo Damián, y la frase no sonó a cumplido sino a diagnóstico.

—Es la mujer más enfadada que ha conocido — corrigió Leonor —. Llevo dos semanas casada con un hombre que bebe sangre de rosa en lugar de desayunar, y lo más indignante de todo es que ni siquiera me ha dejado ayudar. ¿Sabe lo frustrante que es ser botánica y vivir a diez metros de las rosas más importantes del mundo sin poder tocarlas?

—Ahora lo sé.

—Bien. — Se recogió el pelo con las dos horquillas que le quedaban — la tercera seguía en la cerradura — y se arremangó las mangas de la muselina gris hasta los codos —. Entonces deje de mirarme como si fuera un milagro y empiece a contarme la historia de estas rosas. Desde el principio. Desde antes del principio, si es necesario.

—El principio fue hace mucho tiempo.

—Tengo paciencia. — Lo miró con una sonrisa que era mitad desafío, mitad algo que todavía no se atrevía a nombrar —. Y según tengo entendido, usted tiene tiempo.

La comisura izquierda. El fantasma de sonrisa. Pero esta vez, por primera vez, el fantasma se quedó un segundo más de lo habitual — un parpadeo, un temblor, algo que casi llegó a ser sonrisa antes de replegarse como un capullo que todavía no es hora de abrir.

Leonor se sentó en el borde de un bancal, con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas y la espalda contra un rosal marchito que, bajo la lluvia del vigésimo día de julio de 1816, empezaba a morirse.

Y Damián empezó a contarle la historia de las rosas.

No la historia completa — la historia completa vendría después, gota a gota, como la sangre sobre las raíces. Pero sí el principio: las Rosas de Sangre, la simbiosis, el elixir. Habló de pie, con las manos detrás de la espalda y los ojos fijos en las plantas como si fuera más fácil hablar de siglos si no miraba a la persona que lo escuchaba. Habló con frases cortas y precisas, sin adornos, con la gramática de un hombre que ha contado esta historia muy pocas veces y no ha encontrado todavía la forma de hacerla sonar normal.

No sonaba normal. No podía sonar normal. Pero sonaba verdadera. Y Leonor, sentada en un bancal de piedra manchado de sangre, con el vestido arruinado y el pelo suelto y las manos sucias y el corazón golpeándole las costillas como algo que quiere salir, escuchó. Hizo preguntas. Tomó notas mentales. Catalogó lo que oía con la precisión de una científica y la voracidad de una escritora y la atención feroz de una mujer que ha decidido que este hombre —

este hombre que no es un hombre, o que es más que un hombre, o que es exactamente un hombre más una rosa más tres siglos de soledad — merece que alguien lo escuche sin salir corriendo.

El miedo podía esperar.

Las rosas, no.

Capítulo 7

La fiesta en Blackwood Hall

Blackwood Hall parecía una casa diseñada para que la gente se perdiera dentro de ella. Y Leonor, que llevaba doce horas intentando no perderse, estaba empezando a sospechar que esa era exactamente la intención.

La invitación había llegado cinco días después del invernadero, en papel negro con letras doradas que olía a gardenia y a intención. Lady Seraphina Blackwood solicitaba el placer de la compañía del Marqués y la Marquesa de Ravenscar para un fin de semana en su casa de campo en Surrey. El tono era impecable. La caligrafía, exquisita. Y la amenaza, invisible para cualquiera que no supiera leer entre líneas de tinta dorada sobre papel de luto.

Damián no quería ir.

Lo dijo con la boca, con los hombros, con la forma en que dejó la invitación sobre el escritorio del estudio como si fuera algo muerto que no quería seguir tocando.

—Es una trampa.

—Todo lo que hace Lady Blackwood es una trampa —dijo Leonor, que había aprendido eso en Almack's y lo había confirmado en la recepción de boda—. La cuestión no es si es una trampa sino qué quiere atrapar.

—A mí. A usted. A los dos. —Damián se pasó la mano por la cara con el gesto de un hombre que tiene demasiados frentes abiertos y manos insuficientes—. Seraphina no invita por cortesía. Invita para maniobrar.

Héctor apareció en la puerta del estudio con la materialización silenciosa que ya no sobresaltaba a Leonor — o que la sobresaltaba menos, lo cual era un progreso considerable dado que el hombre se movía como una corriente de aire con opiniones.

—Rechazar sería un error —dijo, sin preámbulo ni saludo, porque Héctor consideraba que las formalidades eran un derroche de sílabas —. Dentro de la Cofradía, una invitación de Seraphina equivale a una convocatoria. Si no asistís, parecerá que tenéis algo que esconder.

—Tenemos algo que esconder —dijo Damián.

—Más razón para ir y fingir que no.

Leonor miró a Héctor. Héctor la miró a ella. Por un instante — medio segundo, quizá menos — algo pasó entre ellos que no era simpatía pero se le parecía: el reconocimiento mutuo de dos personas que ven las cosas como son y no como el marqués quisiera que fueran.

—Iremos —dijo Leonor.

Damián la miró con una expresión que oscilaba entre la exasperación y algo que Leonor empezaba a reconocer como lo que él sentía cuando ella tomaba decisiones que él no podía impedir: una mezcla de miedo y admiración que le hacía apretar la mandíbula de forma visible.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—Porque quiero ver a Seraphina en su terreno. En Almack's y en nuestra boda estaba de visita. En su propia casa estará cómoda. Y la gente cómoda comete errores.

—Seraphina no comete errores.

—Entonces será la primera vez. — Leonor recogió la invitación del escritorio —. ¿Qué ropa lleva una a un fin de semana con vampiros? ¿Algo con cuello alto?

—No he dicho la palabra vampiro —dijo Damián.

—No la ha dicho nadie. Pero las tres personas en esta habitación la están pensando, y el esfuerzo de evitarla me resulta más agotador que la palabra en sí.

Héctor emitió un sonido que podría haber sido una tos o podría haber sido una risa que había muerto al nacer.

—Me cae bien la señora —le dijo a Damián, como si Leonor no estuviera presente—. Póngale un cuello alto de todos modos.

El carruaje los dejó en Surrey al atardecer — siempre al atardecer; Leonor empezaba a entender que la vida social de Damián estaba calibrada al minuto para coincidir con la retirada del sol, y el esfuerzo logístico que esto requería era, en sí mismo, impresionante. La casa apareció al final de una avenida de olmos cuyas copas formaban un túnel que la luz crepuscular convertía en una garganta verde y dorada, y la primera impresión de Leonor fue que Blackwood Hall no era una casa sino una declaración de intenciones.

Era isabelina. Ladrillo oscuro, torretas, ventanales emplomados que reflejaban el cielo gris como ojos muertos, chimeneas suficientes para calentar un regimiento, y una entrada porticada con columnas retorcidas que parecían huesos tallados en piedra. Los jardines formales se extendían a ambos lados de la fachada con la geometría agresiva de alguien que cree que la naturaleza existe para ser domesticada: setos recortados en figuras, parterres simétricos, y al fondo, visible desde la avenida como una amenaza verde, un laberinto de boj que debía tener dos metros y medio de alto y la extensión de un campo de cricket.

Leonor miró el laberinto. El laberinto no la miró a ella, pero le dio la impresión de que lo hacía.

—Parece Udolpho —murmuró.

—Udolpho era ficticio —dijo Damián—. Esto es peor. Esto es real y tiene servicio de habitaciones.

Era un chiste. Un chiste malo, seco, ofrecido con la torpeza de alguien que ha perdido la práctica. Pero era un chiste, y Leonor lo archivó como evidencia de que debajo de tres siglos de contención existía un hombre capaz de humor, aunque el humor estuviera tan oxidado como las bisagras de una puerta que no se ha abierto en décadas.

Los recibió un mayordomo que no era Héctor pero que tenía la misma cualidad desconcertante: movimiento silencioso, palidez

constitutiva, y unos ojos que parpadeaban con una frecuencia que a Leonor le pareció insuficiente. Los condujo por un vestíbulo cubierto de retratos — cuatro siglos de Blackwoods aparentes, aunque Leonor sospechaba que varios de esos «ancestros» seguían con vida en alguna parte del Continente — hasta un salón donde los demás invitados tomaban el té.

Eran doce. Leonor los contó mientras Damián hacía las presentaciones, y mientras contaba, catalogaba.

Lord y Lady Ashworth-Vane — sin relación con Héctor, o eso le aseguró Damián, aunque el apellido la hizo levantar una ceja. Ella era menuda, él era inmenso, y los dos se movían con esa gracia excesiva que Leonor ya reconocía: la elegancia que sobrepasa lo humano, que no tiene la torpeza residual de los cuerpos que envejecen y se cansan y tropiezan con los muebles.

El coronel Fitz-Rawdon, retirado, con un bigote magnífico y una palidez que atribuía a la malaria contraída en la India. No tenía malaria. Leonor lo supo porque un hombre con malaria tiene temblores, sudores y un color amarillento que no se parece en nada a la blancura de mármol pulido que exhibía el coronel.

La condesa de Morley, que aparentaba cuarenta años con una convicción tan absoluta que solo podía significar que tenía muchos más. Hablaba con acento francés, bebía champán con una frecuencia que habría alarmado a cualquier médico, y no se había quitado los guantes en toda la tarde, lo cual era una excentricidad o una precaución.

Y tres más — un barón irlandés, una viuda escocesa, un caballero de Northumberland — que compartían, con variaciones de estatura y acento, las mismas características: palidez, quietud, elegancia que no pertenecía del todo a este siglo. Leonor los miró y pensó en los rosales del invernadero: diferentes variedades de la misma especie, plantados en distintos bancales, alimentándose de la misma tierra oscura.

Los otros cuatro invitados eran humanos. Leonor lo supo con la misma certeza con la que distinguía una damascena de una gallica:

por los defectos. Los humanos parpadeaban demasiado, se tropezaban con las alfombras, sudaban, enrojecían. Lord Phillip Cavendish — que no estaba invitado, gracias a Dios — habría encajado con ellos como un guante: normal, saludable, imperfecto. Los otros no encajaban. Los otros eran algo más.

Seraphina apareció a las ocho, cuando la luz había terminado de morir y los candelabros gobernaban la casa con su imperio de cera y llama. Llevaba un vestido de seda verde oscuro que le caía por el cuerpo como musgo sobre una piedra, y el pelo recogido con peinetas de esmeralda que habrían pagado las deudas de Sir Edmund dos veces. Sonrió al verlos — esa sonrisa suya que era la de un gato frente a un cuenco de nata — y les dio la bienvenida con la hospitalidad expansiva de quien sabe que todo en esa casa le pertenece, incluidos los invitados.

—Damián. Querido. — Le tomó ambas manos y le besó las mejillas con una familiaridad que atravesó el salón como una puñalada envuelta en perfume —. Qué alegría tenerte aquí. Y Lady Ravenscar. — La mirada que le dirigió a Leonor era la de un entomólogo examinando un espécimen que todavía no ha decidido si clavar con un alfiler o soltar —. Bienvenida a mi casa. Espero que sea de su agrado. Es antigua, un poco oscura, y tiene sus caprichos. Como todos los que vivimos en ella.

—Es magnífica —dijo Leonor, con la sinceridad calibrada de quien reconoce el mérito del enemigo sin bajar la guardia—. Me recuerda a los castillos de las novelas que leo. Solo le falta una doncella en apuros y un pasadizo secreto.

—Oh, tenemos ambos —dijo Seraphina—. Solo hay que saber dónde mirar.

La cena fue un ejercicio de observación que agotó a Leonor más que una jornada en el invernadero. Veinte personas sentadas a una mesa de caoba bajo un candelabro de cristal que proyectaba prismas de luz sobre los platos de porcelana, y Leonor dedicó las dos horas de cena a catalogar quién comía y quién fingía.

Los humanos comían. Los otros no.

La técnica era variada y casi imperceptible: la condesa de Morley cortaba la carne en trozos pequeños que movía por el plato sin llevarse ninguno a la boca; el coronel Fitz-Rawdon masticaba pan con la dedicación de un hombre que lleva siglos practicando un gesto que no necesita; Lord Ashworth-Vane sostenía la copa de vino, la olía, la posaba. Damián hacía exactamente lo mismo que hacía en casa: aceptar, sostener, no consumir. Un teatro colectivo de alimentación simulada, ejecutado con la precisión de un ballet que llevan siglos ensayando.

—Es fascinante —le dijo Leonor a Damián en voz baja, aprovechando que la conversación general había subido de volumen con el segundo plato.

—¿El qué?

—El esfuerzo. Llevar siglos fingiendo que coméis. Tiene que ser agotador.

—Lo es —dijo Damián, y algo cruzó su cara que se parecía al alivio de ser visto—. Pero la alternativa es peor.

Después de la cena, Seraphina propuso un paseo por los jardines. «La luna está espléndida», dijo, lo cual era cierto — la luna menguante colgaba sobre Surrey como una moneda recortada, y bajo su luz las geometrías del jardín adquirían una belleza mineral que no tenían de día. Los invitados salieron en grupos. Damián fue interceptado por el coronel Fitz-Rawdon y Lord Ashworth-Vane, que lo llevaron hacia la terraza con la insistencia educada de quienes necesitan hablar de algo que no puede decirse delante de humanos.

Leonor se quedó sola. O más precisamente, se quedó sin Damián, que no era lo mismo, porque en una casa llena de gente que no era del todo gente, «sola» adquiría un significado distinto.

Caminó por los jardines formales. Los setos recortados proyectaban sombras que parecían más sólidas que los propios setos, y el aire de la noche de agosto olía a boj, a tierra húmeda, y a ese fondo de putrefacción dulce que produce un verano que se niega a ser verano. Las rosas del jardín — rosas normales,

damascenas y albas — estaban cerradas, apretadas contra sí mismas como puños.

El laberinto la atrajo.

No de forma sobrenatural — no hubo voces ni luces ni ninguno de los trucos que las novelistas góticas usaban para justificar que sus heroínas entraran en lugares peligrosos. La atrajo de la forma en que los laberintos atraen a las mentes curiosas: como un problema que pide ser resuelto. Leonor era botánica. Los setos de boj eran su territorio. Y la curiosidad, como había descubierto en las últimas semanas, era más fuerte que la prudencia y más tenaz que el miedo.

Entró por la abertura principal y giró a la derecha, tocando las hojas con la mano mientras caminaba. La técnica clásica — seguir siempre la pared derecha — funcionaba en laberintos simples, pero este no era simple. Los senderos se bifurcaban, se curvaban, se doblaban sobre sí mismos con una lógica que Leonor sospechaba no era geométrica sino caprichosa, diseñada por alguien que quería que los visitantes se perdieran y se quedaran a merced de lo que hubiera en el centro.

Se perdió.

No de golpe — gradualmente, como se pierde una en una conversación que cambia de tema sin aviso. Giró una esquina que debería haberla llevado de vuelta y encontró un callejón sin salida. Retrocedió, tomó el otro sendero, y terminó en una glorieta con un banco de piedra que no había visto antes. La luna iluminaba el interior del laberinto con una luz blanquecina que convertía el boj en plata y las sombras en tinta, y el silencio era total: ni grillos, ni viento, ni voces de los otros invitados. Un silencio de fondo de pozo.

Y entonces lo oyó.

Un sonido que no era sonido — o que era un sonido que el oído humano registraba como sensación antes que como información. Algo húmedo, rítmico, orgánico. Como alguien bebiendo de un cuenco muy despacio. O como un corazón que late fuera del pecho.

Leonor siguió el sonido. No porque fuera valiente — era curiosa, que es distinto y que cuesta lo mismo pero duele diferente — sino

porque la alternativa era quedarse en la glorieta esperando a que alguien la encontrara, y Leonor Ashworth, ahora Leonor Valderas, Marquesa de Ravenscar, no esperaba a que la encontraran. Buscaba.

Giró la última esquina del laberinto.

La escena que encontró no era de horror. Ese fue el problema. Si hubiera sido horror — violencia, sangre en las paredes, un cuerpo desgarrado —, Leonor habría podido reaccionar con el repertorio que la ficción gótica le había enseñado: gritar, huir, desmayarse decorosamente contra un seto. Pero lo que vio no era horror. Era algo peor. Era intimidad.

Seraphina estaba de pie en un nicho del laberinto, recortada contra el boj bajo la luna, con un hombre entre los brazos. Un sirviente, por la librea. Joven, alto, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados y una expresión en la cara que Leonor había leído en sus novelas pero no había visto nunca en la vida real: éxtasis. Un placer tan absoluto que borraba todo lo demás — voluntad, miedo, identidad. El hombre suspiraba con la cadencia lenta de un durmiente que sueña algo hermoso, y el cuerpo le colgaba entre los brazos de Seraphina con la docilidad de un muñeco de trapo.

Y Seraphina tenía la boca en su cuello.

No besándolo. No mordiéndolo en el sentido que Leonor habría esperado: salvaje, animal, con la brutalidad de un depredador sobre una presa. Lo que hacía era más parecido a beber: los labios sellados contra la piel, la garganta moviéndose con tragos lentos y medidos, los ojos cerrados con una expresión de concentración que era casi devota. Una gota de sangre le resbalaba por la barbilla — una sola, brillante bajo la luna como un rubí líquido — y los colmillos, cuando Seraphina giró levemente la cabeza, eran visibles: blancos, curvos, más largos que los caninos normales, encajados en el cuello del hombre con la precisión de una herramienta diseñada para ese propósito exacto.

Leonor no gritó. No huyó. No se desmayó.

Se quedó de pie al final del sendero, con la mano derecha agarrada al seto de boj y la izquierda cerrada en un puño, y el corazón golpeándole las costillas con la fuerza de algo que quiere salir de una habitación cerrada. La imagen le entró por los ojos y se le clavó en la memoria con la claridad de una lámina botánica: cada detalle nítido, clasificable, imposible de desclasificar después.

Seraphina levantó la cabeza.

Sus ojos encontraron los de Leonor a través de la oscuridad del laberinto con esa precisión que ya no la sorprendía — la misma que tenía Damián, la misma que tenían todos los invitados que no comían ni parpadeaban lo suficiente. Los labios de Seraphina estaban manchados de sangre. No se los limpió. Sonrió.

—Ah, la mujercita de Damián. — La voz era suave, sin prisa, la de una mujer a la que han interrumpido en algo placentero pero que no considera la interrupción una molestia sino una oportunidad —. Ahora empiezas a entender en qué te has metido.

El sirviente abrió los ojos. Parpadeó. Miró a su alrededor con la confusión de alguien que despierta de un sueño y no recuerda dónde se ha quedado dormido. Seraphina le pasó una mano por la cara — un gesto que era casi tierno, casi maternal — y el hombre cerró los ojos de nuevo, se enderezó, y se alejó por el sendero del laberinto con el paso lento de un sonámbulo que sabe el camino de vuelta a su cama.

Leonor se dio la vuelta y caminó.

No corrió. Correr habría sido darle a Seraphina la satisfacción del miedo, y Leonor Ashworth no le daba satisfacciones a nadie que no las mereciera. Pero caminó deprisa, con los puños cerrados y la mandíbula apretada y las piernas temblándole con un temblor que no era de frío, y la imagen de los colmillos en el cuello y la sangre en los labios y el éxtasis en la cara del sirviente le ardía detrás de los ojos como una vela que alguien se ha olvidado de apagar en una habitación vacía.

Encontró la salida del laberinto por instinto o por suerte — no supo cuál, y no le importó — y cruzó los jardines hacia la casa con la

determinación de una mujer que tiene preguntas que ya no puede aplazar. La terraza estaba vacía. El salón, medio vacío. Subió la escalera del ala este, donde los criados les habían asignado habitaciones, y encontró a Damián en la biblioteca del primer piso.

No estaba solo. Estaba con el coronel Fitz-Rawdon, de pie junto a la chimenea, y la conversación que mantenían se apagó en el instante en que Leonor abrió la puerta. Lo que alcanzó a oír antes de que el silencio lo devorara fue:

—...la reserva de Londres. Tres semanas, cuatro como mucho. Después...

Silencio. Los dos hombres la miraron. Fitz-Rawdon con incomodidad. Damián con algo que a Leonor, en su estado actual, le resultó imposible de leer.

—Coronel —dijo Leonor, con una cortesía que le costó cada gramo de disciplina social que tenía—, ¿me disculpa un momento a solas con mi marido?

Fitz-Rawdon miró a Damián. Damián asintió. El coronel salió de la biblioteca con pasos que, por primera vez en toda la velada, hicieron algo de ruido — probablemente a propósito, probablemente para darle a Leonor la ilusión de normalidad.

La puerta se cerró.

Leonor miró a Damián. Damián la miró a ella. La chimenea crepitaba entre los dos con el entusiasmo inconsciente de un fuego que no sabe que la habitación está a punto de arder.

—He visto a Lady Blackwood beber la sangre de un hombre en el laberinto —dijo Leonor.

No lo dijo con voz temblorosa ni con dramatismo ni con el pánico de una heroína gótica al borde del colapso. Lo dijo con la voz que usaba para comunicar datos en el invernadero: clara, firme, con la precisión de quien ha visto algo, lo ha clasificado, y necesita confirmar la clasificación.

Damián cerró los ojos. Los mantuvo cerrados durante cinco latidos — Leonor los contó, porque contaba todo, porque era lo

único que podía hacer cuando el mundo se abría bajo sus pies como una trampa que llevaba semanas preparándose.

—Dime qué eres —dijo Leonor.

Damián abrió los ojos.

—¿Recuerdas las rosas del invernadero?

—Sí.

—¿Cómo revivieron con mi sangre?

—Sí.

—Lo que Seraphina hace con ese hombre es lo que yo haría sin las rosas. — La voz era baja, controlada, pero el control le costaba algo visible: un temblor en la mandíbula, una tensión en las manos que colgaban a los costados como si no supieran dónde ponerse —. Lo que yo *soy* sin las rosas.

El fuego crepitó. Una chispa saltó de la leña y murió en la alfombra. Leonor la miró caer y pensó, con la parte de su cerebro que nunca dejaba de escribir, que una chispa era una metáfora terrible para lo que estaba ocurriendo. Esto no era una chispa. Esto era un terremoto silencioso, el tipo que no derrumba edificios sino que cambia la topografía entera del mundo y deja a los supervivientes preguntándose si el suelo que pisan es el mismo que pisaban antes.

No era el mismo. No lo sería nunca.

—¿Cuántos hay? — preguntó.

La pregunta lo sorprendió. Lo vio en el parpadeo, en la fracción de segundo en que la máscara se le soltó y dejó ver al hombre que había debajo: agotado, aterrorizado, esperando que ella saliera por la puerta.

—¿Cuántos como tú? —repitió.

—En esta casa, esta noche, sin contarme a mí... ocho.

—Los que no comen.

—Los que no comen.

—¿Y Seraphina?

—Seraphina es de los que no quieren fingir que comen. — La amargura que cargaba la frase era antigua, densa, de un peso que no correspondía a una relación de una temporada —. Cree que lo que somos... lo que soy... no debería esconderse. Cree que las rosas son una jaula y que la sed es lo que nos hace reales.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que la sed es lo peor que me ha pasado en tres siglos. Y creo que las rosas son lo único que me separa de lo que viste en ese laberinto. — Se acercó un paso. Solo uno. Lo suficiente para que Leonor pudiera ver que los ojos de ámbar tenían un cerco más oscuro alrededor de la pupila, como una luna rodeada de su propio eclipse —. Si las rosas mueren, Leonor, yo seré eso. No quiero ser eso. No he querido serlo en trescientos años.

Trescientos años. Ahí estaba. Dicho al fin, sin metáfora ni eufemismo ni la protección de un «debido tiempo» que ya se había agotado. Trescientos años. El hombre que tenía delante llevaba tres siglos caminando por el mundo, cambiando de nombre, fingiendo que comía en mesas ajenas, alimentándose de rosas que se estaban muriendo, y eligiendo — cada día, cada noche, cada vez que el hambre le subía por la garganta — ser algo mejor que lo que su sangre le pedía.

Leonor pensó en las heroínas de sus novelas. Pensó en Arabella, en su castillo de los Cárpatos, enfrentada al monstruo del ala este. Arabella habría gritado. Arabella habría huido escaleras abajo con el camisón al viento y la virtud intacta.

Pero Leonor no era Arabella. Leonor era una botánica con un cuaderno lleno de datos y una hipótesis que acababa de confirmarse y un marido que necesitaba sus rosas como los humanos necesitan el aire. Y las rosas se estaban muriendo. Y había ocho personas en esta casa que dependían de ellas. Y fuera, en un laberinto de setos bajo la luna de agosto, una mujer con colmillos y sangre en los labios representaba lo que ocurriría si fallaba.

No dijo nada durante un minuto entero. Lo necesitó — el minuto, el silencio, el espacio para que las piezas encajaran y el suelo dejara

de moverse bajo sus pies. Damián la dejó tomar ese minuto. No habló, no se movió, no intentó llenar el silencio con explicaciones ni disculpas. Se quedó de pie junto a la chimenea con las manos a los costados y la expresión de un hombre que espera un veredicto y ha decidido aceptarlo sea cual sea.

—Nos vamos mañana temprano —dijo Leonor.

—¿Nos vamos?

—Nos vamos a Londres. Tengo trabajo que hacer en el invernadero y no puedo hacerlo desde Surrey. —Le sostuvo la mirada—. ¿O esperaba que dijera otra cosa?

—Esperaba... —Damián tragó. El gesto fue visible, humano, el de un hombre que tiene un nudo en la garganta que tres siglos de contención no consiguen deshacer—. No sé qué esperaba.

—Esperaba que huyera.

—Sí.

—No huyo. Ya se lo he dicho. Lo que hago es trabajar. Y sus rosas necesitan que trabaje.

La chimenea crepitó. La luna entró por la ventana de la biblioteca y dibujó un rectángulo de plata sobre la alfombra, entre los dos. Leonor lo miró y pensó que la luna, para Damián, no era un astro sino un aliado: la luz que no quemaba, la lámpara que permitía ver sin destruir. Vivir bajo la luna en lugar de bajo el sol. Tres siglos sin un amanecer que no le doliera.

—Mañana — dijo ella —. Temprano. Antes de que Seraphina se despierte.

—Seraphina no se despierta temprano.

—Entonces antes de que decida no dormir. — Se dirigió a la puerta. Se detuvo con la mano en el pomo —. Damián.

—¿Sí?

—No sé qué eres. No sé cómo llamar a lo que eres, y francamente la taxonomía me importa menos que la botánica. Pero sé lo que vi en el invernadero cuando su sangre tocó las raíces. Vi

algo que quiere vivir. Y lo que quiere vivir merece que alguien luche por ello.

Salió de la biblioteca. Cerró la puerta. Se apoyó en la pared del pasillo con el corazón desbocado y los ojos secos — porque las lágrimas no estaban en el menú esta noche; esta noche el menú era datos, conclusiones y un plan de trabajo — y se permitió treinta segundos de temblor antes de enderezarse, alisarse la falda, y caminar hacia su habitación con los hombros rectos.

Durmió tres horas. Mal. Soñó con laberintos.

El carruaje partió al amanecer. Damián iba con la capucha del capote subida y los guantes puestos y las cortinas del carruaje cerradas, y la luz del amanecer que se filtraba por los bordes de la tela le hacía apretar los ojos con la incomodidad de alguien al que la mañana le duele como un ruido demasiado fuerte. No hablaron. Surrey se alejó detrás de ellos con su laberinto y su mansión isabelina y sus invitados que no comían, y Londres los esperó delante con su niebla y sus faroles de gas y un invernadero lleno de rosas que se morían.

En algún momento del viaje — Leonor no supo cuándo exactamente porque la luz era tenue y el silencio era espeso y el traqueteo del carruaje producía una intimidad involuntaria que las conversaciones no conseguían —, la mano de Damián buscó la suya.

No la tomó. No la agarró. La buscó, como se busca algo en la oscuridad: con los dedos extendidos, despacio, tanteando el espacio que los separaba. Los nudillos de él rozaron los nudillos de ella. El frío de su piel fue un dato más para la lista — excepto que ya no era una lista, era un inventario de todo lo que hacía que este hombre fuera lo que era, y el frío de sus manos era parte de ese inventario igual que las rosas y la música y los trescientos años y la elección, cada día, de no ser un monstruo.

Leonor no retiró la mano.

La giró. Abrió los dedos. Y dejó que los de él se entrelazaran con los suyos, fríos contra cálidos, muertos contra vivos, en el interior

oscuro de un carruaje que atravesaba un amanecer que a él le dolía y que a ella, a partir de hoy, le dolería también.

No hablaron en todo el camino. No necesitaban hacerlo. La mano de Damián en la suya decía más que trescientos años de palabras, y Leonor, que era escritora y que conocía el poder de las frases, supo que a veces el silencio es la prosa más valiente.

Capítulo 8

Confesiones a la luz de la luna

La primera noche después de Blackwood Hall, Leonor cenó sola.

Esto no era nuevo — llevaba cenando sola desde la boda, en el comedor pequeño, con la vajilla para una y el silencio para dos. Lo que era nuevo era lo que hizo después: en lugar de subir a su dormitorio con el cuaderno y las preguntas sin respuesta, cruzó el pasillo, subió un tramo de escaleras, y llamó a la puerta del estudio de Damián.

No tocó con timidez. Tocó con los nudillos, tres golpes secos, con la cadencia de alguien que no pide permiso sino que anuncia su llegada.

—Adelante.

El estudio era una habitación que Leonor no había explorado en profundidad — la había visto de pasada, la puerta siempre entornada, con la luz de una lámpara de aceite filtrándose por el marco como una invitación que nadie aceptaba. Era más pequeña que la biblioteca, más privada: un escritorio de caoba, dos butacas frente a una chimenea sin fuego, estanterías con los libros que Damián leía ahora y no los que había acumulado en siglos. Mapas en las paredes — Europa, con líneas trazadas a mano que conectaban ciudades como si alguien hubiera dibujado su propia biografía en rutas y paradas. Y sobre el escritorio, la taza. Vacía, con un cerco oscuro en el fondo que olía a lo que Leonor ya sabía que olía.

Damián estaba de pie junto a la ventana — cerrada, con la cortina descorrida por una vez, porque era de noche y la luna no hacía daño. Se volvió cuando ella entró. Tenía ojeras. Leonor no le había visto ojeras antes, y el detalle la golpeó con la fuerza de algo que no debería ser posible: un hombre que no duerme no debería tener ojeras. Un hombre que no envejece no debería parecer cansado. Pero Damián parecía las dos cosas, y Leonor entendió que

el cansancio no era del cuerpo sino de algo más hondo — el agotamiento de quien lleva días esperando que la persona que importa salga por la puerta.

—He venido a hacer preguntas — dijo Leonor.

—Lo sé.

—Van a ser muchas.

—Lo sé.

—Y espero respuestas. No evasivas, no «a su debido tiempo», no metáforas bonitas sobre rosas y confianza. Respuestas.

Damián señaló la butaca frente a la chimenea sin fuego. Leonor se sentó. Él se sentó en la otra. La distancia entre las dos butacas era de medio metro — lo suficiente para la cortesía, lo insuficiente para la indiferencia.

—Pregunte — dijo.

Y Leonor preguntó.

Esa primera noche habló durante tres horas. No fue un interrogatorio sino algo más parecido a una excavación: Leonor hacía una pregunta, Damián respondía con una frase contenida, y ella cavaba debajo de esa frase hasta encontrar la siguiente capa, y debajo de esa capa la siguiente, como una arqueóloga que sigue el rastro de una raíz hasta dar con el bulbo enterrado.

Empezó por lo práctico — siempre empezaba por lo práctico; era su forma de acercarse a lo que daba miedo, por el lado del dato antes que por el lado de la emoción.

—¿Cuántos son?

—En Londres, aproximadamente cuarenta. En Europa, varios centenares. En el mundo, no lo sabemos con certeza. La comunicación no siempre es eficiente cuando algunos de los corresponsales llevan un siglo dormidos.

—¿Dormidos?

—Hay vampiros ancestrales que entraron en hibernación voluntaria hace siglos. Duermen en criptas bajo ciudades europeas.

Roma, Praga, Estambul.

El corazón le dio un golpe seco contra las costillas. No por la palabra — Damián la había dicho sin énfasis, como quien dice «mayordomo» o «carruaje» — sino por la naturalidad con la que la usaba. *Vampiro.* Dicha en voz alta, en una habitación de Mayfair, a las once de la noche de un miércoles de agosto, la palabra perdía su peso de ficción gótica y adquiría otro: el peso de lo real. Como si alguien hubiera tomado un personaje de Polidori y lo hubiera sentado en la butaca de enfrente.

—La palabra no es exacta —añadió Damián, como si le hubiera leído el pensamiento—. Nosotros nos llamamos «los no-marchitos». Es un término que viene del latín, *immarcescibilis*. Los que no se marchitan.

—Los que no se marchitan — repitió Leonor, y pensó en las rosas del invernadero, en los pétalos que no se caían, en los tallos que no se doblaban mientras tuvieran sangre. La ironía era casi elegante: inmortales que se llamaban a sí mismos como plantas.

—La palabra vampiro viene de los Balcanes. Llegó a Europa occidental en el siglo XVIII, con los informes austriacos sobre los *vrykolakas* de Serbia. Es imprecisa porque agrupa fenómenos distintos bajo una misma etiqueta. Lo que somos no es lo que cuentan las leyendas. No dormimos en ataúdes. No nos repele el ajo. La cruz no nos hace daño. Y la luz del sol no nos destruye.

—Pero les duele.

—Nos duele. — La pausa fue breve, confesional —. Como un ruido demasiado fuerte duele al oído, o una luz demasiado brillante duele a la vista. Es sensorial, no letal. Podemos caminar de día si el cielo está cubierto, con incomodidad. Un día despejado de julio sería... difícil. Un día despejado de julio en Castilla sería insoportable.

—De ahí el Año Sin Verano.

—El mejor año de nuestra existencia, meteorológicamente hablando. —La comisura izquierda. El fantasma—. Lo cual es profundamente irónico, dado que está matando nuestras rosas.

Leonor sacó el cuaderno. No pidió permiso — el cuaderno era una extensión de su brazo, un órgano externo de procesamiento que necesitaba para pensar igual que necesitaba los pulmones para respirar. Apoyó el cuaderno en la rodilla, mojó la pluma en el tintero que había en la mesilla, y empezó a tomar notas con la velocidad de una mujer que tiene demasiadas preguntas y muy pocas páginas.

—Organización. ¿Cómo se gobiernan?

—La Cofradía de la Rosa Eterna. Existe desde la época romana, organizada en logias que operan dentro de la estructura masónica. Hay un Consejo de cinco ancianos que gobierna la orden. Tenemos vampiros en el Parlamento, en los clubs de caballeros de St. James's, en el ejército, en la Iglesia.

—¿En la Iglesia?

—El obispo de Bath es uno de los nuestros desde 1723. Oficia misa los domingos con una dedicación admirable para alguien que no ha sentido la presencia de Dios en doscientos años.

Leonor levantó la vista del cuaderno.

—¿Eso es un chiste?

—Es un dato. Los datos a veces son cómicos.

—Continúe.

Continuó. Noche tras noche, durante las semanas que siguieron a Blackwood Hall, Leonor bajaba al estudio después de cenar y Damián abría un cajón más del armario de trescientos años que era su memoria. Le habló de la Cofradía — su estructura, sus facciones, sus leyes internas. Le habló de las Rosas de Sangre — la simbiosis, la dependencia mutua, el equilibrio frágil entre la sed y el elixir. Le habló del Sueño de Sangre: el vínculo telepático que se forma cuando un vampiro bebe sangre de una persona, la conexión que permite compartir sueños, íntima e invasiva. Le habló de la Entrega de la Rosa — el intercambio mutuo de sangre que crea una conciencia compartida, que extiende la vida del humano y une a los dos seres de forma permanente — con una reverencia en la voz que Leonor reconoció como la que se reserva para las cosas sagradas.

—¿Cuántas veces se ha hecho? —preguntó.

—En toda la historia de la Cofradía, menos de una docena.

—¿Usted la ha hecho?

—No.

La palabra fue un bloque de piedra depositado entre los dos con el peso de lo que no decía. *No. Nunca. En tres siglos, nadie.* Leonor la recogió, la guardó, y pasó a la siguiente pregunta.

Lo que la sorprendió no fue lo que Damián contaba sino cómo lo contaba. Las primeras noches habló con cautela — frases medidas, silencios estratégicos, la dosificación calculada de un hombre que lleva siglos controlando la información. Pero a medida que los días pasaron y Leonor volvía cada noche con el cuaderno y las preguntas y la obstinación tranquila de una mujer que no se asusta, algo cambió en él. La cautela se fue. En su lugar quedó algo que Leonor tardó tres noches en identificar.

Alivio.

El alivio vasto y abrumador de alguien que ha cargado un secreto durante trescientos años y que por fin puede dejarlo en el suelo. Damián hablaba y el peso se le iba de los hombros con cada frase, con cada detalle que Leonor anotaba en su cuaderno, con cada pregunta que demostraba que ella no solo no huía sino que quería saber más. Era como ver a un hombre salir de una habitación a oscuras después de siglos: el parpadeo, la desorientación, y después la gratitud muda de quien vuelve a ver la luz.

—Nunca has contado todo esto — le dijo Leonor la quinta noche. Ya lo tuteaba en privado. El «usted» se había caído en algún momento entre la tercera noche y la cuarta, sin ceremonia, como una hoja que cae de un árbol porque ya no la sostiene nada.

—Héctor lo sabe. Pero Héctor lleva doscientos años conmigo. No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque Héctor es como yo. Contarle mis secretos es contárselos a un espejo. Contártelos a ti es... — buscó la palabra, no

la encontró, siguió buscando — distinto. Es hablar con alguien que está vivo de la forma en que yo no lo estoy. Alguien que envejece, que come, que duerme, que puede morir. Alguien real.

—Tú eres real.

—Soy real. Pero soy real de otra manera. Y llevaba mucho tiempo sin que alguien me hiciera sentir que mi realidad merece ser contada.

Leonor dejó el cuaderno en la rodilla. Lo miró por encima de la pluma. La luz de la lámpara de aceite le iluminaba medio rostro — el izquierdo, el de la comisura que a veces casi sonreía — y la sombra le cubría el otro como si Damián estuviera siempre partido en dos: lo que mostraba y lo que guardaba, lo que contaba y lo que todavía no se atrevía.

—Merece ser contada — dijo —. Toda.

La tensión entre ellos creció durante esas noches como una planta que alguien riega sin darse cuenta.

No fue un crecimiento espectacular — no hubo declaraciones, no hubo besos, no hubo ninguno de los gestos que las novelas de Leonor habrían requerido para avanzar la trama. Fue algo más lento y más tenaz: la intimidad que produce compartir un espacio pequeño con la misma persona noche tras noche, con la luz baja y las voces bajas y el mundo reducido a dos butacas frente a una chimenea sin fuego.

Damián le contó cosas que no le había contado a nadie. Le habló de Castilla — el sol blanco, las piedras doradas de Ávila, el olor del tomillo en los campos de la Meseta. Le habló de la Inquisición — no con el horror de las historias que Leonor había leído sino con la extrañeza de un hombre que lo vivió y que todavía no entiende del todo cómo sobrevivió a lo que vino después. Le habló de los primeros años: la transformación, la sed, el aprendizaje brutal de un cuerpo nuevo que hacía cosas que el antiguo no hacía y que dejaba de hacer cosas que el antiguo necesitaba. «Tardé veinte años en dejar de intentar comer», dijo una noche, con una sonrisa que era más triste que cualquier llanto. «El sabor no era lo que echaba de

menos. Era el acto. Sentarse a una mesa con otras personas, compartir pan, beber vino. Es lo más humano que existe, comer juntos. Y fue lo primero que perdí.»

Leonor descubrió que debajo del control de hielo había un hombre que sentía — que había sentido durante trescientos años con una intensidad que el tiempo no atenuaba sino que acumulaba, como una cisterna que recoge agua de lluvia sin tener desagüe. Damián no era frío. Damián era un volcán sellado: toda la lava por dentro, toda la roca por fuera, y los tres siglos de presión acumulada temblando bajo la superficie cada vez que Leonor hacía una pregunta que lo obligaba a abrir una grieta.

La sexta noche, Leonor le pidió que le enseñara los colmillos.

Lo dijo sin preámbulo, en medio de una conversación sobre la tolerancia al sol, como si fuera la extensión lógica de una pregunta científica. Que lo era.

Damián la miró.

—No.

—Necesito verlos para entender la mecánica de la alimentación. Si voy a estudiar la relación entre la sangre y las rosas, necesito comprender cómo funciona la extracción. Es anatomía.

—Es anatomía que muerde.

—Todo lo que merece estudiarse muerde, tarde o temprano. Enséñamelos.

La resistencia le duró diez segundos. Leonor los contó. Al undécimo, Damián cerró los ojos, y cuando los abrió algo había cambiado en su boca — sutil, casi imperceptible si no estabas mirando con la atención que Leonor dedicaba a todo lo que él hacía. Los caninos se habían alargado. No grotescamente, no como los colmillos de los grabados de Varney que Leonor conocía de las novelas de a penique. Eran una extensión natural, elegante, del diente humano: más largos, más curvos, con un filo que la punta de la lengua acariciaba de forma involuntaria.

Leonor se levantó de la butaca. Se acercó. Se arrodilló frente a él, porque la altura desde la butaca no le daba el ángulo que necesitaba, y le puso los dedos en la barbilla.

—Abre la boca.

—Leonor.

—Abre la boca, Damián. Estoy mirando un diente, no desarmando una bomba.

Abrió la boca. Leonor le examinó los colmillos con la concentración de una botánica que examina una estructura vegetal nueva: inclinó la cabeza, los miró desde diferentes ángulos, evaluó la curvatura y la longitud. Después, sin pensarlo — o pensándolo con la parte del cerebro que no pasaba por el filtro de la prudencia —, levantó un dedo y tocó la punta del colmillo izquierdo.

El contacto duró un segundo.

Fue suficiente.

Damián dejó de respirar. El cambio fue visible: la caja torácica se detuvo, los hombros se inmovilizaron, y los ojos — que habían sido ámbar durante toda la conversación — adquirieron un tono que Leonor no les había visto antes. Dorado. No ámbar, no miel: oro puro, líquido, como si alguien hubiera encendido una vela detrás de las pupilas. Las manos de Damián se cerraron sobre los brazos de la butaca con una fuerza que hizo crujir la madera.

Leonor retiró el dedo. Le temblaba el pulso. No de miedo.

—Gracias — dijo, con una voz que le salió más baja de lo que pretendía —. Fascinante.

Damián cerró la boca. Los colmillos se retrajeron. Los ojos volvieron al ámbar despacio, como una llama que se apaga por falta de oxígeno. Tragó con dificultad.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque la próxima vez no podré quedarme quieto.

La frase cayó entre los dos con el peso de algo que no era amenaza sino confesión. Leonor volvió a su butaca. Abrió el cuaderno. Intentó escribir. La pluma le tembló sobre la página y dejó un borrón de tinta que parecía, bajo la luz de la lámpara, una gota de sangre.

No escribió notas técnicas esa noche. Lo que escribió, dos horas después, sola en su dormitorio, con el pulso todavía acelerado y la yema del dedo donde había tocado el colmillo todavía cosquilleándole, fue otra cosa:

Sus ojos cambiaron de color cuando le toqué. Ámbar a oro. Como las rosas cuando reciben sangre: el mismo despertar, la misma urgencia. No era hambre. O no solo. Era algo que tiene la estructura del hambre pero la textura del deseo. Y lo sentí. Lo sentí en mi propio cuerpo, como un eco, como una vibración que va de un diapasón a otro.

¿Esto es lo que sería el Sueño de Sangre? ¿Esta resonancia? ¿Esta sensación de que lo que él siente se filtra en mí a través de algo que no es la piel ni el aire sino algo más fino, más antiguo?

Tengo miedo. No de él. De lo que quiero hacer la próxima vez que sus ojos se vuelvan dorados.

La octava noche, Leonor le leyó su novela.

No fue un plan. Fue un accidente de confianza: llevaban horas hablando — él sobre la Cofradía, ella sobre los injertos que estaba diseñando para las rosas — y la conversación había derivado, como derivan las conversaciones a las dos de la madrugada, hacia territorio personal. Damián le preguntó por la escritura. No por las láminas botánicas, que ya conocía, sino por la otra escritura. La secreta. La que guardaba bajo llave.

—¿Puedo leerla? — preguntó.

—Es ficción gótica. De la mala. Con castillos, heroínas en apuros y villanos que no se explican lo suficiente.

—Me gustan los villanos que no se explican lo suficiente. Son los más honestos.

Leonor dudó. El cuaderno de Arabella era lo más privado que tenía — más que el diario, más que las cartas a Charlotte, más que la lista de anomalías de Damián. Las novelas eran donde vivía la Leonor que nadie conocía: la que imaginaba mundos imposibles, la que escribía heroínas más valientes de lo que ella se atrevía a ser, la que buscaba en la ficción lo que la realidad no le daba.

Hasta ahora.

Sacó el cuaderno del bolsillo del vestido — lo llevaba encima siempre, como un amuleto de papel — y lo abrió en el capítulo que había escrito la semana anterior. El capítulo donde Arabella, la huérfana de los Cárpatos, encontraba al señor del castillo en un jardín de rosas a medianoche y descubría que las rosas florecían con su sangre.

La ironía no se le escapó.

Leyó en voz alta. La voz le tembló al principio — no de nervios sino de la vulnerabilidad particular de leer algo propio a alguien que importa — y después se asentó, encontró su registro, y las palabras fluyeron con la cadencia de alguien que lleva años practicando esta música en silencio.

Damián escuchó sin moverse. Sin parpadear. Con esa quietud suya que ya no era una máscara sino atención pura, la concentración de un hombre que ha leído todo lo publicado desde la invención de la imprenta y que descubre, a las dos de la madrugada en un estudio de Mayfair, algo que no ha leído antes.

Cuando terminó, el silencio duró lo que duran las cosas importantes: lo suficiente para pesar.

—Tu heroína es más valiente que la mayoría de las personas reales que he conocido — dijo Damián —. ¿Está basada en alguien?

—Empieza a estarlo.

La frase salió antes de que Leonor pudiera detenerla. No la habría detenido aunque hubiera podido — era demasiado cierta, demasiado necesaria, y la noche era demasiado larga y la distancia

entre las dos butacas demasiado corta para seguir fingiendo que lo que crecía entre ellos era curiosidad profesional.

Damián la miró con los ojos de ámbar — ámbar ahora, no oro; controlado, contenido, con todo el volcán sellado debajo de la roca — y dijo:

—Si tu heroína se queda en el castillo, ¿cómo termina la historia?

—No lo sé todavía. — Leonor cerró el cuaderno —. Estoy esperando a que la realidad me dé un final.

—¿Y si la realidad no tiene final feliz?

—Entonces lo escribiré yo. Para eso soy escritora.

La comisura izquierda. El fantasma. Pero esta vez, por primera vez en ocho noches de conversación y tres semanas de matrimonio y un mundo entero puesto del revés, el fantasma no se fue. Se quedó. Creció. Y Damián Valderas, Marqués de Ravenscar, vampiro de trescientos años y hombre que no sonreía desde que Leonor lo conocía, sonrió.

No fue una sonrisa grande. No fue la sonrisa de un hombre que ríe a carcajadas ni la de un niño que recibe un regalo. Fue la sonrisa de alguien que creía que había perdido algo para siempre y lo encuentra en un cajón que no recordaba haber abierto: lenta, asombrada, tan frágil que Leonor tuvo la sensación de que si respiraba demasiado fuerte se rompería.

Le cambió la cara. Le suavizó la mandíbula, le abrió los ojos, le quitó veinte años — o trescientos, según se mirara. Por un segundo, bajo la luz de la lámpara de aceite, Leonor vio al hombre que Damián había sido antes de todo: un castellano de treinta y tres años con una sonrisa que podía iluminar una habitación sin velas.

Le dolió el pecho. Le dolió como duelen las cosas hermosas cuando sabes que no van a durar — como un atardecer, como una flor cortada, como la última nota de una pieza de Cabezón tocada en un salón a oscuras.

—Ven conmigo — dijo Damián, levantándose de la butaca con un movimiento que era urgencia controlada —. Quiero enseñarte algo.

La condujo escaleras abajo. No al invernadero — más abajo, al sótano, a una puerta que Leonor no había visto antes porque estaba disimulada detrás de una estantería de vinos que era real pero también era fachada. Damián movió dos botellas en una secuencia específica y la estantería giró sobre un eje con un mecanismo que olía a aceite y a siglos.

Detrás había una escalera de piedra que bajaba.

—¿Tiene esta casa un sótano debajo del sótano? — preguntó Leonor.

—Tiene una cripta debajo del sótano. — Le ofreció la mano. El contacto fue frío, firme, y Leonor lo aceptó sin vacilar—. Cuidado con los escalones. Tienen cuatrocientos años y las arañas son considerables.

La cripta era pequeña, abovedada, con paredes de piedra que rezumaban humedad y un frío que no tenía nada que ver con el clima sino con la profundidad — el frío mineral de lo que está enterrado. En el centro, sobre una mesa de piedra que podría haber sido un altar o un sarcófago o ambas cosas, una caja de madera. Y dentro de la caja, frascos. Los mismos frascos del invernadero — cristal, líquido carmesí, el elixir de las rosas —, alineados en una fila que Leonor contó por instinto.

Cuatro.

No seis. Cuatro. Dos menos que la última vez que los vio, y la diferencia de dos frascos representaba dos días, dos mañanas, dos tazas de líquido oscuro que ya no existían y que no se podían reponer porque las rosas producían cada vez menos.

—Cuando se acaben —dijo Damián, sin dramatismo, sin la arquitectura emocional que otro hombre habría construido alrededor de la frase, con la desnudez de quien dice una verdad que ya no tiene energía para empaquetar—, tendrás que irte de esta casa. No serás segura a mi lado.

Leonor soltó su mano. No por rechazo sino porque necesitaba las dos para lo que iba a hacer. Se acercó a la mesa de piedra. Examinó los frascos uno por uno, sosteniéndolos contra la luz de la vela que

Damián había encendido al bajar. El líquido era más oscuro que la última vez — más concentrado, como si las rosas, al morir, produjeran un elixir más potente pero menos abundante. La desesperación botánica de una especie que gasta sus últimas reservas en una floración final.

—Cuatro días — dijo.

—Cuatro días.

—Y los injertos necesitan al menos tres semanas más.

—Lo sé.

—Entonces necesitamos más tiempo. — Se volvió hacia él. La vela le iluminaba la cara desde abajo, y en la cripta, rodeada de piedra y humedad y frascos de sangre destilada, Leonor parecía, pensó Damián con la parte de su cerebro que todavía era capaz de registrar belleza, una pintura flamenca: claroscuro, determinación, las manos sucias.

—¿Cómo? — dijo él.

—Hay una opción que no hemos discutido. Si el elixir se agota pero las rosas del invernadero todavía producen pétalos — aunque sean pocos, aunque sean de los injertos jóvenes —, se puede hacer una destilación concentrada. No durará un día entero. Durará horas. Pero si complementamos con riego frecuente de sangre fresca, las plantas producirán más pétalos, y cada lote de elixir durará un poco más. Es una carrera, no una solución. Pero nos dará las semanas que necesitamos.

—Eso requiere sangre. Más sangre de la que yo puedo dar sin debilitarme.

—Lo sé. — Le sostuvo la mirada. Cuatro frascos de elixir entre ellos, una vela, una cripta, y la verdad en el aire como el olor a humedad—. Por eso mañana voy a hablar con Héctor. Y con cualquier miembro de la Cofradía que esté dispuesto a contribuir. Necesito sangre de vampiros que todavía sientan. Sangre con contenido emocional. Tú me dijiste que la sangre fría no alimenta las

rosas. Bien. Entonces necesitamos sangre caliente. Sangre de vampiros que todavía quieran ser algo más que lo que son.

La frase quedó suspendida en la cripta como el eco de una campana en una iglesia vacía. Damián la miraba con esa expresión que Leonor conocía ya: asombro y dolor y esperanza en proporciones que no deberían poder coexistir en un solo rostro pero que coexistían en el suyo porque trescientos años de práctica enseñan a la cara a sostener contradicciones.

—¿Por qué haces esto? — dijo. Y la pregunta no era retórica ni cortés. Era la pregunta de un hombre que no entiende por qué alguien que podría irse se queda.

Leonor bajó los ojos hacia los frascos. Los cuatro frascos que contenían lo que quedaba de la humanidad de su marido, medida en mililitros de elixir, en días antes de que el control se rompiera y el hombre que tocaba a Cabezón a las tres de la mañana se convirtiera en lo que había sido antes de las rosas.

—Porque te quiero con el cuaderno y los colmillos y las tres de la mañana y los trescientos años — dijo, y la voz le salió firme porque no era una confesión improvisada sino algo que llevaba creciendo desde Almack's, desde la rosa en el jardín de Wiltshire, desde la primera vez que olió a rosas imposibles en un hombre imposible y supo, con la certeza de quien reconoce una especie nueva, que era algo que no había visto antes y que no vería nunca en ningún otro lugar —. Y porque las rosas de alguien a quien quiero no se mueren mientras yo tenga manos para salvarlas.

La cripta quedó en silencio. La vela parpadeó. Damián no dijo nada durante un tiempo que Leonor no midió porque el reloj interno se le había detenido junto con todo lo demás.

Después Damián dio un paso. Uno solo. Le tomó la mano — la izquierda, la que tenía la mancha de tinta del cuaderno en el dedo índice — y se la llevó a los labios. El beso fue breve, frío, y le quemó la piel como solo quema el hielo cuando se sostiene el tiempo suficiente.

—Cuatro días — dijo contra sus nudillos.

—Cuatro días — repitió ella.

Y subieron las escaleras juntos, con las manos entrelazadas, hacia una casa que olía a rosas moribundas y a algo que no se estaba muriendo sino al contrario — algo que empezaba a florecer en el peor momento posible, sin sol, sin garantías, con raíces tan profundas que ya no se podían arrancar sin destruir la tierra entera.

ACTO SEGUNDO

La verdad

Capítulos 9–16

Capítulo 9

La botánica y la bestia

El microscopio llegó de Wiltshire en una caja de madera que Charlotte envió con una nota breve y alarmada: «No sé para qué necesitas el microscopio en Londres, pero espero que no estés diseccionando a tu marido. Escríbeme. Estoy preocupada. Tu hermana que te quiere y que no entiende nada.»

Leonor instaló el microscopio en la mesa de trabajo del invernadero a las seis de la mañana del primer día de septiembre, con el pelo recogido de cualquier manera, un delantal de jardinera que había encontrado en la cocina y que le quedaba tres tallas grande, y la determinación opaca de una mujer que tiene cuatro días para salvar una especie botánica imposible y ningún plan que no sea trabajar hasta que las manos o las rosas se rindan, lo que ocurra primero.

El invernadero la recibió con su calor húmedo y su olor a dulce y a hierro, y Leonor entró como quien entra en un quirófano: con respeto, con urgencia, y con la certeza absoluta de que lo que iba a hacer era lo correcto aunque no tuviera la menor idea de si iba a funcionar.

Empezó por el inventario.

Recorrió cada bancal con el cuaderno abierto, contando lo que quedaba. De los cincuenta rosales originales, veintidós estaban muertos — muertos de verdad, con los tallos ennegrecidos y las raíces secas como cables de cobre viejo, más allá de cualquier intervención. Catorce estaban agonizando: hojas amarillentas, capullos cerrados, una turgencia que se iba como el aire de un globo pinchado. Y catorce, los más cercanos a la cisterna, los que recibían el riego más concentrado, estaban vivos. Vivos pero débiles. Vivos como se está vivo cuando se tiene gripe y se sigue yendo a trabajar: de pie por obstinación, no por salud.

De esos catorce, solo seis producían pétalos.

Seis rosales. Seis fuentes de elixir. Seis vidas vegetales de las que dependía la humanidad de Damián y de cualquier miembro de la Cofradía que usara las rosas. Leonor los contó, los numeró en el cuaderno, les puso nombre — porque una científica que pone nombre a sus especímenes no los abandona — y se arremangó las mangas del delantal hasta los codos.

—¿Necesita algo la señora?

Héctor Vane estaba en la puerta del invernadero con una bandeja que contenía una taza de té, dos tostadas, y una expresión que oscilaba entre el escepticismo y algo que podría haber sido curiosidad si Héctor fuera el tipo de persona que admite curiosidad, que no lo era.

—Un asistente — dijo Leonor, sin levantar la vista del microscopio —. Alguien que sepa manejar un alambique, que no le tenga miedo a la sangre, y que esté disponible las próximas tres semanas a jornada completa.

—Tengo otras responsabilidades.

—Sus otras responsabilidades incluyen preparar el elixir de un hombre que se queda sin suministro en cuatro días. Si las rosas mueren, no habrá elixir que preparar. Y si no hay elixir, tampoco habrá plata que limpiar, porque esta casa dejará de necesitar un mayordomo y empezará a necesitar un carcelero.

Héctor dejó la bandeja sobre la mesa de trabajo, junto al microscopio, con el cuidado de un hombre que maneja porcelana cerca de instrumental científico y no aprueba ninguno de los dos.

—Las rosas han sobrevivido tres siglos sin botánicas entrometidas — dijo.

—Y ahora se están muriendo. Así que quizá necesitaban una.

El silencio que siguió fue el de dos voluntades que se miden como dos perros que se encuentran en un callejón estrecho: sin prisa, sin hostilidad, con la evaluación fría de quién cederá el paso.

Héctor cedió. Lo hizo con la dignidad de un hombre que elige sus batallas y que ha decidido que esta — la de la mujer con el delantal demasiado grande y la determinación demasiado obstinada — no merece el esfuerzo de ganarla.

—¿Qué necesita? — dijo.

—Muestras de sangre. De usted, de Damián, y de cualquier miembro de la Cofradía que esté dispuesto a contribuir. Quiero comparar la composición bajo el microscopio. Y necesito saber el historial de riego: cuánta sangre, de quién, con qué frecuencia, desde cuándo.

—El historial de riego tiene trescientos años.

—Entonces va a ser una mañana larga. Siéntese.

Héctor se sentó. Y durante las tres semanas que siguieron, se convirtió — a su pesar, con la reluctancia de un gato al que obligan a nadar — en el asistente de laboratorio más eficiente y más malhumorado que Leonor había tenido jamás.

Trabajaban de día, cuando Damián dormía. El ritmo era el de un invernadero en crisis: Leonor llegaba al amanecer, con el cuaderno y las manos limpias, y salía al atardecer, con el cuaderno lleno y las manos manchadas de sustrato, de savia, de la sangre diluida que goteaba de los tubos de riego y que ya no le producía nada más que interés científico. Entre medias, Héctor le traía muestras, le sostenía frascos, le proporcionaba datos con la eficiencia seca de un hombre que ha gestionado las provisiones de un vampiro durante doscientos años y que considera la logística una forma de arte.

—¿Cuánta sangre usa Damián al mes? — preguntó Leonor el segundo día, midiendo la concentración del elixir con un densímetro improvisado.

—Medio litro. Menos que un cirujano medio y más que un párroco.

—¿De dónde la saca? Antes de las rosas, quiero decir.

—¿De verdad quiere saberlo?

—No pregunto cosas que no quiera saber.

—De personas. Voluntarias, la mayoría. La Cofradía tiene un sistema de donantes humanos que se remonta al siglo XV. Discreto, bien compensado, con reglas estrictas sobre cantidad y frecuencia. No somos salvajes, señora. Somos organizados.

—¿Y los que no son organizados?

—Esos son el problema.

Héctor no dijo más. No necesitaba decir más. Leonor pensó en Seraphina en el laberinto de Blackwood Hall, con la boca en el cuello del sirviente y los colmillos encajados como llaves en una cerradura, y entendió lo que Héctor no decía: el sistema funcionaba mientras todos lo siguieran. Los que no lo seguían — los que preferían la sed al elixir, la caza al cultivo, el instinto a la civilización — eran la amenaza que mantenía despierta a la Cofradía.

El microscopio fue la herramienta que abrió la puerta.

Leonor examinó la sangre de Damián el tercer día. Había conseguido una muestra durante la sesión nocturna de riego — Damián se cortaba la palma cada atardecer, dejaba caer la sangre sobre las raíces de los rosales supervivientes, y Leonor había recogido tres gotas en un portaobjetos antes de que las raíces las absorbieran — y lo que vio bajo la lente la detuvo en seco.

La sangre de Damián no era sangre. O no era solo sangre.

Bajo el microscopio, la muestra mostraba glóbulos que Leonor reconoció — rojos, redondos, bicóncavos, exactamente como los que había visto en las láminas de Leeuwenhoek — pero entrelazados con otra estructura que no pertenecía a ningún manual de anatomía. Filamentos. Delgados, translúcidos, con una luminosidad propia que el microscopio captaba como hilos de luz entre los glóbulos. Se movían. No al azar — con dirección, como raíces buscando agua, estirándose hacia los bordes del portaobjetos con la urgencia de algo que busca alimento.

Eran idénticos a las raíces de las rosas. La misma estructura, la misma dirección de crecimiento, la misma luminosidad. Bajo el microscopio, la sangre de Damián parecía una rosa líquida que buscaba tierra.

—Héctor — dijo, sin levantar la vista del ocular —. Necesito una muestra de tu sangre. Ahora.

Héctor no protestó. Se arremangó la manga con la eficiencia de un hombre que ha dado sangre más veces de las que recuerda y se cortó el dedo con un cuchillo de laboratorio que Leonor había dejado sobre la mesa. Tres gotas. Portaobjetos. Microscopio.

La sangre de Héctor tenía los mismos filamentos. Pero eran distintos: más cortos, menos luminosos, con un movimiento que Leonor solo podía describir como lento. Si los filamentos de Damián eran raíces jóvenes buscando tierra con urgencia, los de Héctor eran raíces viejas que se habían estancado — seguían ahí, seguían vivas, pero habían dejado de buscar.

—¿Cuándo fue la última vez que sentiste algo? — preguntó Leonor, y la pregunta era tan directa y tan inadecuada y tan necesaria que Héctor la miró como si le hubiera dado una bofetada con un pez.

—¿Disculpe?

—Emoción. Alegría, tristeza, amor, ira, cualquier cosa que te hiciera sentir humano. ¿Cuándo fue la última vez?

Héctor abrió la boca. La cerró. La expresión que cruzó su cara de madera de boj fue la de un hombre al que le han preguntado algo que no le han preguntado en un siglo y que no sabe si la respuesta le va a gustar.

—No lo recuerdo — dijo. Y la honestidad de la frase le cambió la voz, le quitó un grado de sequedad, la dejó desnuda como un tronco al que le han arrancado la corteza —. No recuerdo cuándo dejé de sentir. Fue gradual. Como quedarse sordo: un día oyes menos, y al año siguiente no oyes nada, y no puedes señalar el momento exacto en que el silencio se lo tragó todo.

Leonor apartó el ojo del microscopio. Lo miró. Por primera vez desde que lo conocía, no vio al mayordomo sarcástico que aparecía en los rincones y hacía comentarios lacónicos sobre la plata y la mortalidad. Vio a un hombre de doscientos años que había olvidado

cómo sentir y que acababa de darse cuenta, en un invernadero lleno de rosas moribundas, de que le importaba.

—Tus filamentos están dormidos — dijo —. Los de Damián, no.

—¿Qué significa eso?

—Significa que la sangre que alimenta estas rosas no es solo sangre. Es emoción hecha biología. Y la tuya ha dejado de producirla.

Pasó los tres días siguientes verificando la hipótesis.

Solicitó muestras a los miembros de la Cofradía a los que Damián tenía acceso — cinco vampiros de la logia de Londres que, con mayor o menor reluctancia, accedieron a dejarse pinchar un dedo en nombre de la ciencia. Las muestras llegaron en frascos etiquetados que Héctor recogía y Leonor analizaba con la voracidad de una mujer que ha encontrado un patrón y necesita confirmarlo antes de que se le escape.

Los resultados fueron inequívocos.

Los filamentos variaban. De los cinco vampiros, tres tenían filamentos cortos, opacos, estancados — iguales a los de Héctor. Llevaban más de un siglo sin sentir nada que mereciera el nombre de emoción. Uno tenía filamentos intermedios: activos pero débiles, como una planta que recibe luz pero no suficiente. Y el quinto — Lord Ashworth-Vane, que Leonor recordaba de Blackwood Hall como el marido inmenso con la mujer menuda — tenía filamentos luminosos, activos, casi tan brillantes como los de Damián. Lord Ashworth-Vane llevaba cuatrocientos años casado con Lady Ashworth-Vane. Cuatrocientos años de matrimonio que aparentemente mantenían su sangre emocionalmente viva.

La correlación era perfecta. Cuanto más sentía un vampiro, más activos eran sus filamentos. Cuanto más activos los filamentos, mejor alimentaban a las rosas. Los rosales que recibían sangre de Damián florecían. Los que recibían sangre de donantes emocionalmente muertos se marchitaban.

Las rosas no se alimentaban de sangre. Se alimentaban de la emoción que la sangre transportaba.

Leonor cerró el cuaderno la noche que confirmó la hipótesis y se quedó sentada en el bancal de piedra, con el delantal manchado y el pelo cayéndole sobre la cara y la magnitud del descubrimiento aplastándole el pecho como una losa de mármol.

Porque la implicación era devastadora.

Si las rosas necesitaban emoción para sobrevivir, y la mayoría de los vampiros de la Cofradía habían dejado de sentir — siglos de existencia erosionando la capacidad emocional como el agua erosiona la piedra, gota a gota, hasta que no queda forma reconocible —, entonces las rosas estaban condenadas. No por falta de sangre sino por falta de lo que hacía que la sangre valiera. No por el Año Sin Verano sino por la muerte emocional de los seres que las alimentaban. La crisis no era meteorológica. Era existencial.

Y Damián era la excepción.

Damián, que tocaba a Cabezón a las tres de la mañana con los ojos cerrados. Damián, que le regalaba primeras ediciones de Radcliffe con notas que decían que sus heroínas merecían finales más valientes. Damián, que elegía cada día — cada noche, cada vez que la sed le subía por la garganta — ser algo más que lo que su sangre le pedía. Damián sentía. Después de trescientos años, todavía sentía. Y eso, esa capacidad de amar que en un humano sería normal y en un vampiro era milagrosa, era lo que mantenía vivas las rosas.

No era especial a pesar de su vulnerabilidad. Era especial por ella.

Y Leonor, sin saberlo — o sabiéndolo a medias, con esa intuición que no pasa por el microscopio sino por el latido —, estaba despertando en él emociones que habían estado dormidas durante décadas. Cada noche de conversación, cada pregunta sin miedo, cada vez que lo miraba con los ojos grises y le decía que sus rosas merecían ser salvadas: cada una de esas interacciones era una gota

de sangre emocional que alimentaba algo más profundo que las raíces del invernadero.

Le contó el descubrimiento a Damián esa noche, en el estudio, con el cuaderno abierto y los diagramas desplegados sobre el escritorio.

Damián la escuchó en silencio. El silencio de un hombre que acaba de enterarse de que lo que lo hace vulnerable es también lo que lo mantiene vivo.

—¿Estás diciéndome que las rosas sobreviven porque yo... siento?

—Estoy diciéndote que las rosas sobreviven porque tu sangre todavía transporta emoción. La de Héctor, no. La de la mayoría de los vampiros que he analizado, no. La tuya, sí. Y la de Lord Ashworth-Vane, que lleva cuatrocientos años enamorado de su mujer. La correlación es directa: los vampiros que sienten producen sangre que alimenta rosas. Los que no sienten producen sangre que no alimenta nada.

—¿Y si dejo de sentir?

—Las rosas morirán.

—¿Y si siento más?

Leonor levantó la vista del cuaderno. La pregunta le latió en las costillas como un segundo corazón.

—Si sientes más, las rosas producirán más. Mejores pétalos, mejor elixir, mayor rendimiento. Pero eso no resuelve el problema de escala. No puedes alimentar cincuenta rosales con tu sangre sola, por emocionalmente rica que sea. Necesitamos que otros vampiros recuperen la capacidad de sentir. O necesitamos encontrar otra fuente de emoción.

—¿Otra fuente?

—Sangre humana.

La frase cayó en el estudio con el peso de algo que los dos habían estado pensando y ninguno había dicho. Sangre humana. La sangre que los vampiros habían dejado de beber cuando las rosas

les ofrecieron una alternativa. La sangre que Seraphina seguía bebiendo en laberintos de Surrey porque consideraba que era su derecho.

—No — dijo Damián. La palabra fue un muro —. No voy a usar sangre humana.

—No estoy proponiendo que muerdas a nadie. Estoy proponiendo un experimento: si una gota de sangre humana, voluntaria, donada, cae sobre las raíces, ¿qué efecto tiene? Es una pregunta científica.

—Es una pregunta peligrosa.

—Todas las preguntas importantes lo son.

No resolvieron la discusión esa noche. Leonor volvió al invernadero al amanecer con la determinación intacta y una idea que no le había contado a Damián porque sabía lo que diría, y lo que diría sería no, y ella no estaba dispuesta a aceptar un no que podía costar vidas.

El accidente ocurrió el séptimo día de trabajo.

No fue un accidente dramático. Fue lo que ocurre cuando una mujer lleva siete días trabajando dieciséis horas diarias en un invernadero con herramientas afiladas y plantas que tienen espinas del tamaño de un diente: un error de cálculo, un gesto torpe, un momento de fatiga que la mano paga con la piel.

Estaba podando un tallo muerto del rosal número tres — el que había bautizado como Constancia, porque era el más resistente y el más terco, y Leonor admiraba la terquedad en todas sus formas — cuando la podadera resbaló. La espina le abrió el dedo índice de la mano derecha con la limpieza de un bisturí. No dolió — los cortes limpios nunca duelen en el primer segundo; es después cuando el aire toca el nervio expuesto y el cerebro recibe el mensaje con un segundo de retraso.

Una gota de sangre cayó sobre el pétalo de Constancia.

Lo que pasó después fue tan rápido que Leonor casi no lo procesó en tiempo real — lo reconstruyó después, en el cuaderno,

con la minuciosidad de alguien que sabe que lo que ha visto cambia todo.

El pétalo absorbió la gota. No se manchó — absorber no es mancharse; mancharse es pasivo, y lo que hizo el pétalo fue activo: se la bebió. El carmesí del pétalo se intensificó en el punto de contacto, como si alguien hubiera añadido una capa de barniz rojo sobre una superficie que ya era roja, y la intensificación se extendió desde el punto de la gota hacia los bordes del pétalo como una onda en un estanque. El tallo se enderezó. Las hojas vecinas, que llevaban días amarillentas, recuperaron un verde que Leonor no les había visto desde que entró en el invernadero por primera vez.

Un mililitro de sangre humana había hecho en un segundo lo que medio litro de sangre vampírica hacía en un día.

Leonor no tuvo tiempo de registrar la implicación.

Damián estaba a su lado.

No lo oyó llegar — nunca lo oía llegar, pero esta vez la ausencia de sonido fue distinta: no la discreción habitual sino la velocidad. Había estado al otro lado del invernadero, a quince metros, revisando el sistema de riego de la cisterna. Y ahora estaba aquí, a un palmo de ella, con una mano cerrada alrededor de su muñeca y los ojos cambiados.

No eran ámbar. Eran oro.

Oro puro, líquido, encendido desde dentro como si alguien hubiera vertido metal fundido en las cuencas de sus ojos. Las pupilas estaban dilatadas — no como se dilatan con la oscuridad sino como se dilatan con el hambre, con el deseo, con algo que tiene la estructura de ambos y la intensidad de ninguno. Le sostenía la muñeca con una fuerza que no dolía pero que Leonor sabía que no podría romper ni con las dos manos, y la miraba — no a ella: a la gota de sangre que todavía brillaba en la punta de su dedo índice, roja, cálida, absurdamente pequeña para el efecto que estaba produciendo.

Tres latidos.

Leonor los contó. El primero fue el suyo — fuerte, acelerado, bombeando sangre caliente a través de un cuerpo que estaba haciendo exactamente lo que no debía hacer en presencia de un vampiro: sangrar. El segundo fue un silencio — el espacio donde debería haber estado el latido de Damián y donde no había nada, porque el corazón de Damián no latía, no en el sentido convencional, y ese silencio era más elocuente que cualquier pulso. El tercero fue algo que Leonor no supo nombrar: no un latido del corazón sino del aire entre los dos, una pulsación que los conectaba a través del centímetro que separaba su dedo sangrante de los labios de él.

Porque estaba cerca. Tan cerca que Leonor podía ver las motas de color en el iris dorado, los anillos concéntricos de ámbar y miel y oro viejo que componían sus ojos cuando la sed — o lo que se parecía a la sed — se los encendía. Tan cerca que podía sentir el frío que irradiaba su piel como una corriente de agua subterránea. Tan cerca que habría bastado un movimiento — un milímetro, una respiración, la inclinación de una cabeza — para que la gota de sangre tocara los labios de él.

Damián le soltó la muñeca.

El gesto fue brusco, casi violento — no contra ella sino contra sí mismo, contra lo que estaba sintiendo, contra lo que tres siglos de control estaban conteniendo a duras penas detrás de los dientes apretados y los ojos dorados y las manos que ahora temblaban a los costados como si les hubiera pedido que hicieran algo imposible.

—Perdona — dijo, y la palabra salió rota, con grietas en cada sílaba —. Lo siento. No debería...

—¿No deberías qué?

—Acercarme así. Cuando tú... cuando la sangre...

—¿Cuando sangro?

—Cuando sangras, eres lo más... — se detuvo. Cerró los ojos. Los puños le blanquearon los nudillos —. Tengo que irme.

Se fue. No caminó: se movió, con esa velocidad que no era caminar sino desplazarse, como agua que corre cuesta abajo, y la

puerta del invernadero se cerró detrás de él con un golpe que hizo temblar los cristales del techo.

Leonor se quedó sola.

El invernadero volvió a su silencio vegetal: el goteo de los tubos, el crujido de un tallo que crece, el susurro húmedo de las hojas que transpiran. La rosa Constancia brillaba en su bancal con los pétalos más rojos que nunca, alimentada por un mililitro de sangre humana que había caído por accidente y que había encendido los ojos de un vampiro de trescientos años como una cerilla enciende un bosque seco.

Le temblaba el pulso. Le temblaba la mano. Le temblaba algo en el centro del pecho que no era miedo.

Porque lo que había visto en los ojos de Damián — dorados, abiertos, con las pupilas dilatadas y los colmillos a medio extender detrás de los labios apretados — no era hambre. O no era solo hambre. Era hambre transformada en otra cosa, hambre que había pasado por el filtro de tres siglos de humanidad elegida y había salido del otro lado convertida en algo que Leonor, escritora de novelas góticas y botánica de rosas imposibles, reconoció con la certeza de un diagnóstico: deseo. Deseo desesperado, aterrorizado, contenido con el esfuerzo de un hombre que preferiría arrancarse los colmillos antes que hacerle daño a la mujer que los estaba mirando como si fueran hermosos en lugar de monstruosos.

Se sentó en el bancal. Se chupó el dedo herido — la sangre sabía a hierro, como toda sangre humana, sin la dulzura metálica de las rosas — y escribió en el cuaderno con la mano que no temblaba, que era la izquierda, que escribía peor pero que al menos escribía:

«Hipótesis confirmada: las rosas responden a la emoción transportada por la sangre, no a la sangre en sí. La sangre vampírica con contenido emocional alto (Damián, Ashworth-Vane) produce filamentos activos y alimenta los rosales. La sangre vampírica emocionalmente empobrecida (Héctor, la mayoría de la Cofradía) no los alimenta.

»Dato nuevo: la sangre humana produce una respuesta exponencialmente mayor. Un mililitro de sangre humana equivale a un día de riego vampírico. Implicación: la sangre humana es emocionalmente más rica por defecto, porque los humanos no dejan de sentir. La mortalidad intensifica la emoción. Lo que se puede perder se quiere más.

»Si puedo replicar artificialmente el componente emocional — aislar los filamentos activos y cultivarlos como se cultiva un fermento, alimentándolos con estímulos emocionales controlados — podría crear un sustrato que mantuviera las rosas sin necesidad de sangre fresca. Es una hipótesis. Necesita meses de trabajo. No tenemos meses. Tenemos días.»

Cerró el cuaderno. Lo abrió otra vez. Debajo del texto científico, con otra letra — más suelta, más blanda, la letra que usaba cuando no escribía ciencia sino verdad —, añadió:

«Su mirada cuando vio mi sangre. No era un monstruo mirando a su presa. Era un hombre hambriento de algo más que sangre. Y lo peor — o lo mejor, o las dos cosas a la vez, que en esta historia son indistinguibles — es que yo quería dárselo.»

Capítulo 10

El baile de máscaras

El antifaz era de plumas de faisán, doradas y marrones, con un borde de terciopelo negro que se ajustaba a la cara con la precisión de algo que ha sido hecho a medida. Leonor se lo puso frente al espejo del dormitorio y la mujer que le devolvió la mirada no era del todo ella — era una versión con los ojos enmarcados como joyas en un estuche, los pómulos acentuados por las sombras del terciopelo, y una boca que, sin el contexto completo de la cara, parecía más vulnerable de lo que Leonor estaba dispuesta a admitir.

El vestido era de seda color marfil. No era nuevo — Leonor no tenía dinero para vestidos nuevos, ni siquiera con la solvencia de Ravenscar, porque había decidido que el dinero de su marido se destinaba al invernadero y no a su guardarropa, y esta decisión, que Charlotte habría considerado una locura y Lady Jersey un escándalo, le parecía la única posible. La seda era de su madre. Cortada y recosida por Marta, que además de ser silenciosa y desconcertante era una costurera de una precisión que sugería décadas de práctica, el vestido le caía por el cuerpo con la fluidez de algo que conoce la forma que debe tener.

Damián la esperaba al pie de la escalera.

Llevaba máscara veneciana — blanca, con un borde dorado, del estilo que se usaba en el Carnevale. La máscara le cubría la mitad superior de la cara, y el efecto era extraordinario: debajo de la máscara, la mandíbula, la boca, la línea de la garganta donde el corbatín se ceñía con su precisión habitual. Encima, el anonimato. Como si la máscara le devolviera algo que la vida en sociedad le quitaba — la libertad de no tener que fingir que era como los demás, porque detrás de una máscara todo el mundo finge y la diferencia deja de existir.

Parecía más él mismo. Esa fue la observación que Leonor se llevó al carruaje y que le dio vueltas durante el trayecto a Vauxhall: que Damián, detrás de un disfraz, parecía más real que sin él. Como si el anonimato le permitiera soltar el control que mantenía en sociedad — la postura calculada, la cortesía dosificada, el cuidado milimétrico de no mirar demasiado, no moverse demasiado rápido, no dejar que los ojos brillaran con ese dorado que no pertenecía a ningún pigmento humano.

—Estás preciosa — dijo en el carruaje, en castellano, porque los cumplidos en castellano le salían sin la arquitectura del que los planea y con la verdad del que no puede evitarlos.

—Estoy disfrazada.

—Exacto. — La comisura izquierda, debajo de la máscara —. Estás disfrazada de ti misma. Es el mejor disfraz posible.

Vauxhall Gardens de noche era un escenario que parecía diseñado por alguien que hubiera leído todas las novelas góticas de Leonor y hubiera decidido construirlas en tres dimensiones.

Los jardines se extendían al sur del Támesis como un sueño que no se decide entre lo hermoso y lo peligroso. Faroles de colores colgaban de los árboles — centenares, miles, pequeñas lunas cautivas que convertían las avenidas en ríos de luz ámbar y los senderos laterales en promesas de oscuridad. La música llegaba desde el pabellón central, una orquesta que tocaba airs y valses con la energía de quien sabe que su público está medio borracho y todo disfrazado, lo cual es la combinación más peligrosa para una orquesta. El olor era a hojas mojadas, a ponche, a perfumes que competían entre sí como luchadores en un ring, y debajo de todo, el olor del río — limoso, orgánico, el aliento del Támesis en septiembre.

Y la gente. Centenares de personas enmascaradas que se movían entre los faroles como peces de colores en un acuario iluminado. Damas con antifaces de plumas, caballeros con dominós negros, figuras que podían ser cualquiera — un duque o un cochero, una condesa o una actriz — porque Vauxhall de noche era el único lugar

de Londres donde las clases sociales se mezclaban detrás de tiras de terciopelo y nadie preguntaba nombres.

—Es perfecto para ti — le dijo Leonor a Damián mientras cruzaban la avenida principal, con faroles a ambos lados que les iluminaban los disfraces y les dejaban las caras en la sombra de las máscaras —. Un lugar donde todo el mundo finge. Por una vez no tienes que hacerlo solo.

—Por una vez no tengo que hacerlo en absoluto. — Damián le puso la mano en la base de la espalda — el gesto de la noche de Almack's, pero más firme, más deliberado, con los dedos abiertos sobre la seda de marfil como si estuviera escribiendo algo en su columna —. Aquí nadie sabe quién soy.

—Yo sí.

—Tú eres la excepción. Tú siempre eres la excepción.

La orquesta atacó un vals.

No el vals rígido de Almack's, ejecutado bajo la vigilancia de las patronesas y con la distancia de corsé que dictaba el decoro. Este era un vals de Vauxhall: más suelto, más rápido, con una melodía que invitaba al cuerpo a hacer cosas que las reglas de la buena sociedad prohibían y que las máscaras permitían.

Damián le ofreció la mano. Leonor la tomó. Y bailaron.

Bailaron como no habían bailado nunca — porque nunca habían bailado juntos, Leonor se dio cuenta con una punzada que no era dolor sino su hermano feroz: la única vez que Damián había bailado en su presencia había sido con Seraphina, en Almack's, con la familiaridad antigua de dos cuerpos que se conocen de siglos. Este baile era nuevo. Este baile era el primero.

La mano de Damián se posó en su cintura — no donde dictaba el decoro sino más abajo, en la curva de la cadera, con una presión que atravesó la seda como un pensamiento que no se puede detener. La otra mano sostenía la de Leonor con la firmeza de alguien que sabe guiar y el temblor de alguien que no quiere soltar. El frío de su palma contra la calidez de la de ella producía un

contraste que Leonor sentía con cada nervio: hielo y fuego, muerto y viva, bailando juntos bajo faroles de colores mientras una orquesta tocaba algo que sonaba a Strauss antes de que Strauss existiera.

La acercó. Más de lo decoroso. Más de lo prudente. Lo suficiente para que Leonor sintiera el frío que irradiaba su cuerpo a través de la seda, a través del corsé, a través de todas las capas de tela y convención que los separaban. Lo suficiente para que pudiera oler las rosas y la tinta y ese fondo de antigüedad que Damián llevaba en la piel como otros llevan colonia. Lo suficiente para que, cuando él inclinó la cabeza hacia su oído, los labios le rozaran el borde de la oreja con un contacto que fue accidente o fue intención o fue las dos cosas a la vez.

—Bailé el primer vals que se bailó en Viena — dijo, y la voz le vibró contra la piel de Leonor como una cuerda que alguien pulsa —. En 1786. En el Redoutensaal del Hofburg, con una condesa húngara que olía a violetas y que nunca supo que su pareja de baile era mayor que el edificio.

—¿Y cómo fue?

—Una obligación. — La giró, despacio, con una fluidez que no era práctica sino memoria muscular de siglos de bailes en salones que ya no existían —. Esto se parece a algo que elegí.

Leonor le apretó la mano. No como respuesta a la frase sino como incapacidad de no hacerlo — el cuerpo respondiendo antes que la mente, los dedos cerrándose alrededor de los de él con la urgencia de una raíz que encuentra agua.

Bailaron hasta que la música terminó y después siguieron bailando en el silencio, medio compás más, porque soltarse era volver al mundo donde él tenía trescientos años y ella tenía veinticuatro y las rosas se morían, y medio compás más de no ser nada de eso era un lujo que ninguno de los dos estaba dispuesto a devolver.

Se separaron. Los faroles les devolvieron las sombras. La gente enmascarada fluía a su alrededor como un río de seda y secretos, y Leonor pensó que aquí, en Vauxhall, bajo faroles de colores y un

cielo gris de septiembre que no se decidía entre la lluvia y la tregua, era la primera vez que se sentía como la heroína de una de sus novelas en lugar de como su autora.

Caminaron. Los senderos de Vauxhall se ramificaban como venas desde la avenida central, y cada bifurcación llevaba a un rincón distinto: aquí un cenador con músicos que tocaban para nadie, allí un puesto de ponche con un vendedor que gritaba precios al aire, más allá una fuente cuyo chorro de agua se iluminaba desde abajo con faroles sumergidos que le daban al agua un color de ámbar líquido.

Y al fondo, más allá de los faroles, los Dark Walks.

Los senderos oscuros de Vauxhall eran famosos por las mismas razones por las que eran peligrosos: no había faroles, no había vigilancia, y la oscuridad que proporcionaban los olmos centenarios era lo bastante densa para esconder cualquier cosa — una cita, un robo, un beso, un asesinato — con la misma indiferencia democrática. La buena sociedad los evitaba. La mala sociedad los frecuentaba. Y las máscaras hacían imposible distinguir cuál era cuál.

Damián la guio hacia los Dark Walks con la seguridad de un hombre que ve en la oscuridad. Lo cual era literal.

Los faroles desaparecieron. La oscuridad los envolvió como agua tibia, y Leonor descubrió que caminar del brazo de un vampiro por un sendero a oscuras producía una sensación contradictoria: miedo de lo que no podía ver y seguridad absoluta de que lo que no podía ver no podría tocarla mientras él estuviera a su lado. Los ojos de Damián, debajo de la máscara veneciana, brillaban levemente en la oscuridad — ámbar con un hilo de dorado, como luciérnagas detrás de porcelana.

—Es la primera vez que tu mundo me parece una ventaja — dijo Leonor, apretándole el brazo —. Puedes ver en la oscuridad.

—Puedo ver muchas cosas en la oscuridad. — La voz de Damián tenía una textura distinta aquí, sin los faroles y sin los testigos: más baja, más suelta, con las sílabas cayendo como gotas lentas —. Veo tu pulso en la garganta. Veo el calor que irradia tu piel. Veo cómo te

mueves entre los árboles, con la seguridad de alguien que confía en la persona que lleva al lado más de lo que debería.

—¿Más de lo que debería?

—Más de lo que sería prudente. Estás en un sendero oscuro con un hombre que no es un hombre, y no tienes miedo.

—Tengo curiosidad. Es más útil.

La risa de Damián fue un sonido que Leonor no le había oído antes — baja, genuina, con una calidez que no debería existir en un cuerpo que irradiaba frío. La risa le vibró en el brazo que ella sostenía y le subió por la piel como una corriente eléctrica.

—Eres imposible — dijo.

—Soy botánica. Es lo mismo.

Doblaron una esquina del sendero. Y Seraphina estaba ahí.

No estaba sola. Tenía un brazo enlazado con el del coronel Fitz-Rawdon y un antifaz de encaje negro que le cubría lo justo para cumplir con el disfraz y dejaba al descubierto lo suficiente para que nadie tuviera dudas de quién era. Llevaba un vestido rojo — rojo oscuro, del color de las Rosas de Sangre, y Leonor se preguntó si la elección era deliberada o si Seraphina simplemente vestía el color de lo que era.

—Damián. — La voz salió de la oscuridad como seda que se desgarra —. Qué sorpresa encontrarte aquí. Y con tu mujercita. — La mirada que le dirigió a Leonor atravesó la oscuridad con la precisión de algo que no necesita luz para ver —. Qué antifaz tan encantador, Lady Ravenscar. Las plumas de faisán le dan un aire casi salvaje. Casi.

—Lady Blackwood — dijo Leonor —. Qué vestido tan rojo. Espero que no sea profético.

Seraphina sonrió. Los dientes brillaron bajo el antifaz.

Fitz-Rawdon murmuró una excusa y se esfumó entre los árboles con la discreción de un hombre que sabe cuándo una conversación va a convertirse en un campo de batalla y prefiere la retaguardia. Quedaron los tres: Damián, Leonor, Seraphina, en un sendero oscuro

de Vauxhall, con las máscaras puestas y las verdades a punto de quitárselas.

—He recibido noticias de París — dijo Seraphina, y el tono cambió. Ya no era el ronroneo social de los salones. Era algo más duro, más urgente, con un filo que cortaba el aire nocturno como una hoja —. Las rosas del jardín de la Rue de Rivoli están muertas. Todas. La última se marchitó hace una semana.

La información cayó en la oscuridad con el peso de una piedra en un pozo.

—¿Y Venecia? — preguntó Damián.

—Venecia agoniza. El jardín de Ca' Rezzonico tiene tres rosales vivos. Tres. De sesenta. — Seraphina dio un paso hacia ellos. La oscuridad le daba al movimiento una fluidez depredadora que la luz de los salones disimulaba —. Londres es el último jardín, Damián. El último invernadero con rosas viables. ¿Lo entiendes? Si las tuyas mueren, se acabó. Para todos.

—Lo entiendo perfectamente.

—¿Y tu solución es una botánica humana? — La palabra «humana» llevaba una carga que no era descriptiva sino despectiva, como si «humana» fuera un defecto de fabricación —. ¿Tu mujercita con sus láminas y sus lupas va a salvar tres siglos de tradición? ¿Una mortal que lleva un mes jugando con microscopios va a resolver lo que la Cofradía no ha podido resolver en generaciones?

—Mi esposa — dijo Damián, y la voz cambió.

Leonor lo sintió antes de oírlo: un cambio en la textura del aire, una bajada de temperatura que no era el frío habitual de Damián sino algo más concentrado, más cortante, como el filo de un cuchillo que se desenvaina. La mano que ella sostenía se tensó. Los hombros se cuadraron. Y la voz — la voz medida y cortés que Damián usaba en sociedad como un guante que le queda justo — se rompió, y debajo apareció otra: más grave, más antigua, con un acento castellano que normalmente controlaba y que ahora dejó salir como quien suelta una correa.

—Mi esposa ha descubierto en un mes más de lo que la Cofradía ha aprendido en tres siglos. Ha identificado el mecanismo de alimentación de las rosas, ha encontrado la correlación entre la sangre emocional y la floración, y ha diseñado un programa de injertos que podría salvar la especie si le damos el tiempo suficiente. — La pausa fue breve, letal —. Ten cuidado con cómo hablas de ella, Seraphina.

El silencio que siguió fue el de un bosque después de un trueno: cargado, eléctrico, con los ecos todavía vibrando en las ramas.

Seraphina lo miró. Bajo el antifaz de encaje, sus ojos eran dos puntos de luz que no necesitaban faroles. Algo se movió en su expresión — no miedo, Seraphina no tenía miedo de Damián; algo más complejo, una recalibración, el ajuste de alguien que ha subestimado a un adversario y acaba de recibir la corrección.

—Vaya — dijo, con una suavidad que era el preludio de algo peor —. Te has enamorado de ella. De verdad. — La risa que soltó fue corta, cristalina, con un fondo amargo que el cristal no conseguía disimular —. Después de todo lo que pasamos, después de dos siglos, te enamoras de una humana que va a morirse antes de que tú cambies de peinado.

—Lo que yo sienta no es asunto tuyo.

—Es asunto de la Cofradía. Todo lo que afecta a las rosas es asunto de la Cofradía. Y si tu capacidad emocional — esa cosa tan preciosa que alimenta las flores — está siendo consumida por una mortal que se marchitará en cincuenta años, entonces sí es mi asunto. — Se acercó otro paso. La oscuridad se estrechó entre los tres como una garganta —. Las rosas necesitan a alguien que dure, Damián. No a alguien que se pudra.

—Las rosas necesitan emoción — dijo Leonor.

Seraphina giró la cabeza hacia ella. El movimiento fue demasiado rápido — no humano, con la velocidad de un pájaro que localiza una presa — y los ojos bajo el antifaz la encontraron con una precisión que produjo en Leonor un escalofrío que le bajó por la columna como agua helada.

—¿Perdona?

—Las rosas se alimentan de la emoción contenida en la sangre vampírica. Es un hecho medible. Los vampiros que todavía sienten producen sangre que alimenta los rosales. Los que no sienten — los que llevan siglos sin amar, sin temer, sin querer nada — producen sangre muerta que no alimenta nada. — Le sostuvo la mirada a Seraphina con una calma que le costaba cada gramo de control que tenía, porque mirar a una vampira a los ojos en un sendero oscuro de Vauxhall requería el tipo de valentía que no se practica sino que se improvisa —. ¿Cuándo fue la última vez que sentiste algo, Lady Blackwood?

Seraphina no respondió. La pregunta le borró la sonrisa como un trapo borra una mancha, y lo que quedó debajo no era la máscara social ni la depredadora ni la ex amante venenosa. Era algo más desnudo. Algo que se parecía, en la oscuridad de un sendero de Vauxhall, bajo un antifaz de encaje negro, a la misma soledad que Leonor había visto en Damián la noche del piano.

—Cuidado, mujercita — dijo Seraphina, y la voz había perdido el terciopelo —. Las preguntas que haces tienen respuestas que no te gustarán.

Se dio la vuelta. Desapareció entre los árboles con un movimiento que no fue caminar sino disolverse, como humo que se dispersa entre las hojas, y la oscuridad se la tragó entera.

Leonor y Damián se quedaron solos en el sendero. El corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo — podía oírlo, y probablemente podía oler la adrenalina que le corría por las venas como un río crecido después de la lluvia. Le temblaban las manos. Le temblaban las rodillas. Le temblaba algo detrás del esternón que no era miedo sino la descarga de haberle dicho la verdad a una criatura que llevaba siglos sin oírla.

—Eso ha sido — empezó Damián.

—Imprudente. Lo sé.

—Iba a decir magnífico.

Le apretó la mano. Ella le apretó la suya. Y caminaron de vuelta hacia los faroles sin hablar, porque lo que acababa de pasar — la defensa, la confrontación, la verdad lanzada a la cara de Seraphina como una piedra contra un espejo — había movido algo entre ellos que ya no podía volver a su sitio.

Lord Phillip Cavendish estaba junto al pabellón de la orquesta.

Llevaba un dominó azul — azul como sus levitas, azul como su alma, pensó Leonor con una punzada que no era amor sino su eco — y un antifaz simple que no le cubría la sonrisa. La sonrisa de Phillip era lo primero que aparecía y lo último que se iba: amplia, franca, con todos los dientes, la sonrisa de un hombre que no tiene nada que esconder porque no tiene nada que esconder.

—Lady Ravenscar. — La reconoció al instante, antifaz o no, porque Phillip la reconocería en cualquier parte, con cualquier disfraz, a cualquier distancia, y esa certeza era lo más tierno y lo más triste de todo —. ¿Me concede un baile?

Leonor miró a Damián. Damián le soltó la mano con un gesto que era permiso y renuncia en partes iguales.

Bailó con Phillip. Un vals corto, educado, con la distancia correcta y las manos en los lugares adecuados y la conversación que Phillip siempre ofrecía: cálida, inteligente, ligeramente intrascendente. Le preguntó por la casa. Le preguntó por el verano. Le preguntó si era feliz con una casualidad en la voz que no engañaba a nadie.

—Soy — dijo Leonor, buscando la palabra que contuviera la verdad sin destruirla — complicadamente feliz.

—¿Complicadamente?

—Feliz de formas que no esperaba, con un hombre que es más de lo que esperaba. Y complicada porque lo que nos complica no es algo que se pueda resolver con buenas intenciones.

Phillip la miró por encima del antifaz. Los ojos eran azules, humanos, llenos de cosas que Leonor no podía corresponder y que él no iba a dejar de sentir.

—¿Y hay algo que yo pueda hacer?

—Seguir siendo exactamente lo que eres. — Le apretó la mano, y el gesto fue una despedida y los dos lo supieron —. Es más importante de lo que crees.

La pieza terminó. Phillip le besó la mano con una corrección que era, en sí misma, un acto de valentía: besar la mano de la mujer que amas sabiendo que su mano estará en otra mano antes de que acabe la noche. Se alejó hacia los faroles con los hombros rectos y el dominó azul ondeando detrás de él, y Leonor lo vio irse con la certeza de que acababa de ver al hombre más decente de toda Inglaterra caminar en dirección contraria a su propia felicidad.

Damián apareció a su lado. No dijo nada sobre Phillip. No necesitaba decirlo. La forma en que le ofreció el brazo — con una urgencia que los guantes no disimulaban — lo decía todo.

El carruaje los esperaba en la puerta de Vauxhall. Subieron. Las cortinas se cerraron. La oscuridad del interior los envolvió como un tercer pasajero que lleva semanas esperando su turno.

Leonor habló primera.

—No le preguntes si me arrepiento de no haber elegido a Phillip. Te ahorro la pregunta y la respuesta.

—No iba a preguntarte eso.

—Ibas a decirme que debería haberlo elegido a él.

El silencio le dio la razón.

—Debería haberle dejado elegirte — dijo Damián, y la voz le salió raspada, como un instrumento que se toca después de mucho tiempo sin afinar —. Debería haberme quedado en Wiltshire la noche de Almack's. Debería no haber propuesto el acuerdo. Debería haberte dejado libre para Cavendish, que es humano, y cálido, y puede darte todo lo que yo no puedo: un marido que envejezca contigo, que coma a tu mesa, que se siente al sol sin dolor.

Los faroles de la calle pasaban al otro lado de las cortinas: luz, sombra, luz, sombra. El traqueteo de las ruedas sobre el adoquinado marcaba un ritmo que se parecía a un corazón.

Leonor levantó las manos. Le puso los dedos en el borde de la máscara veneciana. La seda blanca y dorada estaba tibia por las horas que llevaba contra su piel — la piel fría de Damián, que calentaba las cosas tan despacio que para cuando las calentaba ya formaban parte de él.

Le quitó la máscara.

Debajo estaba el rostro que conocía: los ojos de ámbar, la mandíbula, la boca que casi nunca sonreía y que cuando lo hacía cambiaba la topografía entera de su cara. Estaba mirándola con esa expresión que Leonor había aprendido a leer como se lee un manuscrito en un idioma que ya no es ajeno: dolor, deseo, y el miedo de alguien que tiene algo frágil entre las manos y no sabe si lo que siente es suficiente para no romperlo.

—¿Y si ya he elegido? — dijo Leonor.

Los dedos de Damián le encontraron el antifaz. Le desataron la cinta que lo sujetaba detrás de la cabeza — despacio, con un temblor en las yemas que tres siglos de control no conseguían eliminar. Las plumas de faisán le rozaron la mejilla al caer. La cara de Leonor quedó al descubierto: los ojos grises, la nariz con la peca que odiaba, la boca que había dicho más verdades en un mes que la mayoría de las personas dicen en una vida.

—No sabes lo que estás eligiendo — dijo Damián.

—Entonces enséñamelo.

La besó.

O ella lo besó a él. O se besaron con la simultaneidad de dos personas que llevan semanas cayendo hacia el mismo punto y que por fin dejan de resistir la gravedad. La boca de Damián era fría — fría como sus manos, fría como todo lo que él era — y Leonor sintió el frío como se siente la primera bocanada de aire en la cima de una montaña: un shock que el cuerpo rechaza un instante antes de descubrir que es exactamente lo que necesitaba. Los labios se encontraron con una torpeza que fue humana y hermosa — no la perfección de un beso de novela sino el temblor real de dos bocas que no se conocen y que aprenden la geografía del otro en tiempo

real, con el corazón de ella latiendo contra el silencio de él y las manos de él en su cara y las de ella en la suya.

Sabía a elixir de rosas. Dulce, metálico, con un fondo que no era desagradable sino extraño — el sabor de algo que no pertenece a la comida ni a la bebida sino a una categoría propia, el sabor de lo que mantiene vivo a un hombre que no debería estarlo. Y debajo del elixir, debajo del dulce y el metal, sabía a tres siglos de soledad. A noches de piano sin público. A Cabezón tocado en habitaciones vacías. A la decisión, cada día, de ser algo mejor que lo que eres, sin que nadie lo sepa, sin que nadie lo agradezca, hasta que una noche una mujer con un cuaderno y una horquilla fuerza la cerradura de tu invernadero y decide que tus rosas merecen vivir.

El beso duró el tiempo que dura un relámpago o una eternidad — Leonor no supo cuál, y la diferencia le pareció irrelevante.

Se separaron. La distancia entre sus bocas fue un centímetro, después dos, y el aire que llenó ese espacio estaba cargado de algo que no era oxígeno.

Los ojos de Damián brillaban.

Dorado. No ámbar — oro, intenso, líquido, con las pupilas dilatadas y algo moviéndose en el fondo del iris que era la sed y era el deseo y era todo lo que tres siglos de control mantenían debajo de la superficie y que un beso había hecho subir como la sangre sube a la piel de una herida. Leonor vio los colmillos — a medio extender, asomando entre los labios que acababan de besarla, blancos y curvos y hermosos de una forma que no debería ser hermosa pero que lo era, como son hermosas las espinas de una rosa cuando entiendes que la espina y la flor son la misma planta.

—No sabes lo que estás eligiendo — repitió Damián, y la frase sonó distinta la segunda vez: no como una advertencia sino como una oración, la de un hombre que le pide a algo más grande que él que la mujer que tiene delante no se arrepienta.

Leonor le puso la mano en la mejilla. Fría. Siempre fría. La piel de mármol de un hombre que no era un hombre y que era más hombre que cualquiera que ella hubiera conocido.

—Enséñamelo — dijo otra vez.

El carruaje traqueteó sobre el puente. El Támesis brilló debajo como un río de tinta bajo la luna. Y las manos de Damián, frías y temblorosas y vivas de una forma que contradiría todo lo que la ciencia dice sobre los cuerpos que no laten, le rodearon la cara y la besaron otra vez — despacio esta vez, sin la urgencia del primer impacto sino con la deliberación de alguien que quiere recordar cada segundo de esto porque lleva trescientos años sin besar a nadie y quiere que esta vez, esta única vez, la memoria sea perfecta.

Leonor cerró los ojos. Le devolvió el beso con la boca y con las manos y con la certeza feroz de que lo que estaba eligiendo no era un hombre ni un vampiro ni un misterio botánico sino todo eso junto, inseparable, como la raíz es inseparable de la tierra y la espina es inseparable de la rosa.

Cuando llegaron a Half Moon Street, las cortinas del carruaje seguían cerradas y la luna seguía brillando y Leonor tenía los labios fríos y el corazón ardiendo y la certeza de que el mundo acababa de partirse en dos — el de antes y el de después — y que el de después, por aterrador que fuera, era el único en el que quería vivir.

Capítulo 11

El Sueño de Sangre

Damián desapareció.

No de la casa — seguía ahí, en alguna parte, detrás de alguna puerta cerrada, en algún rincón de Half Moon Street que la oscuridad le reservaba como territorio privado. Pero desapareció de ella. De las noches en el estudio, de los tés de la tarde que no bebía, de los pasillos donde antes la esperaba con esa quietud suya que era presencia más que ausencia. Después del beso — después de los besos, porque habían sido dos y Leonor los contaba como un astrónomo cuenta eclipses: fenómenos raros que lo cambian todo — Damián se retiró a una distancia que no era física sino peor.

Era como si alguien hubiera abierto una ventana en una habitación que empezaba a calentarse.

El primer día, Leonor lo atribuyó a la prudencia. El segundo, a la discreción. El tercero, cuando bajó al estudio a las diez de la noche y encontró la puerta cerrada con llave — la puerta que llevaba semanas entornada, invitándola, esperándola con la lámpara encendida y las butacas frente a la chimenea —, dejó de atribuirlo a nada que no fuera lo que era: rechazo.

No era rechazo. Leonor lo sabría después, cuando tuviera los datos suficientes para entender que lo que Damián hacía cuando se alejaba no era rechazarla sino protegerla — protegerla de lo que el beso había despertado, del hambre que el elixir no podía suprimir cuando el objeto del hambre dormía a veinte metros y olía a sangre caliente y a jazmín. Pero Leonor no tenía los datos todavía. Lo que tenía era orgullo, y el orgullo herido de una mujer que ha ofrecido su boca y ha recibido silencio es un animal peligroso: no ataca, pero muerde si lo acorralas.

Se refugió en el invernadero. Trabajó dieciséis horas al día, dieciocho, con una ferocidad que preocupó a Héctor lo suficiente

para que rompiera su política de no-intervención emocional.

—¿Va a matarse trabajando para castigar al amo por ser idiota, o hay un plan detrás de esto? —preguntó el quinto día, dejando la bandeja del almuerzo sobre la mesa de trabajo con más fuerza de la necesaria.

—Hay un plan. Se llama salvar las rosas.

—Se llama no dormir, no comer, y parecer un fantasma con delantal. Y lo digo yo, que sé de fantasmas.

—No necesito consejos domésticos.

—No le estoy dando consejos domésticos. Le estoy diciendo que Damián lleva cinco noches encerrado en el estudio bebiendo el doble de elixir porque el beso le ha activado una sed que no tenía desde el siglo XVIII, y que se aleja de usted no porque no la quiera sino porque teme que si se acerca demasiado, la sed le gane al control. —Héctor hizo una pausa—. Ahí tiene su dato, señora. Haga con él lo que le parezca.

Se fue. Leonor se quedó con la bandeja intacta y la información procesándose en el cerebro como un ácido que disuelve lo que toca: el orgullo, la ira, la certeza de que el silencio era un castigo. No era un castigo. Era una trinchera. Damián no la había abandonado; se había encerrado con su propio hambre como un hombre que encierra a un animal peligroso en una habitación y se queda dentro para asegurarse de que no salga.

Esa noche, Leonor subió a su dormitorio a las once. Se lavó la cara. Se puso el camisón. Se metió en la cama con el Tournefort que ya no leía porque las clasificaciones de Tournefort le parecían triviales comparadas con las rosas que tenía en el sótano. Cerró los ojos. Y el sueño la arrastró como una corriente de agua negra que no avisa antes de tragarte.

No fue un sueño normal.

Leonor sabía lo que eran los sueños normales: imágenes sueltas, escenarios absurdos, la lógica elástica de una mente que se reorganiza mientras duerme. Esto no era eso. Esto tenía la nitidez de

la vigilia — cada detalle afilado, cada color saturado, cada olor tan preciso que Leonor habría jurado que estaba despierta si no fuera porque lo que veía no existía en ningún lugar del mundo que conocía.

Una plaza.

Española. Lo supo por la luz — blanca, vertical, la luz de un sol que no ilumina sino que aplasta — y por la arquitectura: piedra dorada, arcos de medio punto, una iglesia con una torre cuadrada que proyectaba una sombra corta sobre el empedrado porque el sol estaba en lo más alto y las sombras en lo más hondo. El calor era una presencia física, un muro de aire que le apretaba la piel y le secaba los labios y olía a polvo, a tomillo, a algo que se quemaba.

Gente. La plaza estaba llena de gente vestida con ropas que Leonor reconoció por las láminas de historia que había visto en la biblioteca de su padre: jubones, gorgueras, sayas de tela gruesa, colores oscuros a pesar del calor. Rostros serios, cerrados, con la expresión de quien asiste a algo que es a la vez espectáculo y castigo. Había niños. Había mujeres con cestas. Había un cura con hábito negro que sostenía un crucifijo del tamaño de un brazo.

Y en el centro de la plaza, una hoguera.

No ardía todavía. La leña estaba apilada con una geometría que delataba práctica — alguien había hecho esto antes, muchas veces, con la eficiencia de un oficio que tiene su propio manual. Junto a la hoguera, un poste. Junto al poste, un hombre.

Joven. No más joven que el Damián que Leonor conocía — tenía la misma cara, la misma mandíbula — pero más humano, más frágil, con la vulnerabilidad desnuda de un hombre mortal. Treinta y pocos, quizá treinta y tres, con la cara afeitada y el pelo oscuro y la piel morena por un sol que ya no le haría daño porque dentro de poco el sol sería lo de menos. Los ojos eran los mismos. Ámbar, abiertos, con una inteligencia que el terror no había apagado sino afilado. Vestía una túnica amarilla con cruces rojas — el sambenito, lo reconoció Leonor con la parte de su cerebro que funcionaba incluso en sueños: el uniforme de la vergüenza, la marca del hereje, la tela

que la Inquisición les ponía a los condenados para que el público supiera lo que eran antes de ver lo que les hacían.

Le habían atado las manos al poste. Los nudillos estaban blancos de apretar.

Leonor intentó moverse. No pudo. El sueño la tenía clavada al borde de la plaza como un insecto en un cristal, con los ojos abiertos y la boca sellada y el horror subiéndole por el cuerpo como agua que llena una bañera — despacio, inexorable, sin dejarle espacio para respirar.

El hombre — el muchacho, porque parecía un muchacho, porque treinta y tres años en el siglo XVI era la edad en que se empieza a vivir y a él le estaban a punto de quitarle todo — levantó la cabeza. Miró a la multitud. Y la multitud no le devolvió la mirada porque la multitud había aprendido que devolver la mirada a un condenado era peligroso, era contagioso, era atraer sobre uno mismo la atención de los hombres de negro que decidían quién era el siguiente.

Pero uno de los hombres de la multitud sí lo miró.

Estaba al fondo de la plaza, a la sombra de un arco, con un sombrero de ala ancha que le cubría la cara y una capa que no correspondía al calor. Leonor no podía verle los rasgos pero veía sus ojos — oscuros, antiguos, con una fijeza que no era humana. El hombre de la capa miró al muchacho del sambenito. El muchacho lo miró a él. Y algo pasó entre ellos — no visible, no audible, algo que ocurrió en un plano que el sueño permitía percibir y que la vigilia habría ocultado: un acuerdo, una promesa, un pacto hecho con la mirada que decía *te sacaré de aquí, pero lo que te dé a cambio te cambiará para siempre*.

La hoguera se encendió.

Leonor gritó.

Se despertó gritando.

La oscuridad de su dormitorio en Half Moon Street la recibió como un puñetazo: el techo bajo, las cortinas gruesas, el olor a cera y a rosas que impregnaba toda la casa como una fragancia que se

ha metido en las paredes. Estaba empapada de sudor. El camisón se le pegaba al cuerpo. El corazón le latía con la violencia de algo que intenta romper una jaula.

Y Damián estaba en la puerta.

No dentro del dormitorio — en el umbral, con una mano en el marco y el cuerpo inclinado hacia delante como un hombre que ha corrido hasta la puerta y se ha detenido en el último centímetro porque cruzar ese umbral significaba entrar en la habitación de la mujer cuya sangre podía oler desde el otro lado de la casa, y el beso de Vauxhall le había dejado la resistencia en carne viva.

La miraba con una expresión que Leonor, todavía temblando, todavía con el olor a humo y a tomillo y a miedo español pegado a la nariz, reconoció.

Devastación.

—Lo has visto — dijo.

No era una pregunta.

Leonor se sentó en la cama. Las manos le temblaban. La imagen del muchacho atado al poste — los ojos de ámbar, la gorguera manchada, el sambenito amarillo con sus cruces rojas — se le había grabado en la retina con la precisión de una lámina botánica, y sabía, con la certeza de quien ha pasado semanas catalogando los detalles de un hombre imposible, que el muchacho era Damián.

—La plaza — dijo —. España. La hoguera. Eras tú.

Damián cerró los ojos. El gesto le apretó la cara entera, como si la piel le doliera.

—Ávila. 1525. El auto de fe de la Inquisición contra los alumbrados. — Abrió los ojos —. ¿Cómo lo has visto?

—No lo sé. He soñado. Pero no era un sueño. Era...

—El Sueño de Sangre.

La frase cayó en el dormitorio como una piedra en agua quieta: sin violencia, con ondas que se expandieron hasta las paredes.

—No hemos compartido sangre — dijo Leonor, porque la mente científica no paraba ni en medio de un terremoto emocional, y el Sueño de Sangre, según lo que Damián le había explicado en las noches del estudio, requería intercambio de sangre para activarse.

—No. — Damián seguía en el umbral. No entraba. No se iba. Se quedaba en el límite como un hombre al borde de un precipicio que no sabe si quiere caer o retroceder —. El Sueño de Sangre se activa con la sangre. Siempre. En toda la historia de la Cofradía, siempre ha sido así. No existe ningún registro de activación por otro medio.

—Entonces...

—Entonces lo que ha pasado entre nosotros es algo que no ha pasado nunca.

El silencio que siguió fue largo, espeso, cargado con el peso de las palabras que Damián no había dicho: *nunca, en tres siglos de historia vampírica, un beso ha activado un vínculo telepático*. La anomalía era tan grande que llenaba la habitación como un tercer cuerpo.

—Entra — dijo Leonor.

—No debería.

—Entra, Damián.

Cruzó el umbral. Fue un paso, quizá dos, pero Leonor los sintió como el sonido de una cerradura que se abre — el mismo clic metálico, la misma sensación de irreversibilidad. Damián entró en su dormitorio a las tres de la mañana con los ojos devastados y las manos a los costados y la postura de un hombre que ha pasado cinco noches luchando contra algo y que acaba de perder.

Se sentó en la silla junto a la ventana. No en la cama. La distancia era deliberada, necesaria, un último bastión de control que Leonor respetó porque entendía lo que costaba.

—Cuéntamelo — dijo —. Todo. No lo que me contaste en el estudio. Lo que no me has contado.

Y Damián le contó lo que no le había contado a nadie en trescientos años.

Le habló de Ávila. No la Ávila de las guías de viaje ni la de los tratados de historia — la Ávila de un hombre de treinta y tres años que leía demasiado, preguntaba demasiado y rezaba de formas que la Inquisición consideraba sospechosas. Le habló de su padre, un converso de Ávila que vendía paños de lana y que mantenía un altar secreto en el sótano de la casa — no un altar judío, le aclaró, porque su padre hacía tiempo que no sabía qué creer, sino un altar a la duda, que era lo más peligroso que un hombre podía tener en la Castilla de Carlos V.

Le habló de la denuncia. Un vecino, un amigo de la infancia, un hombre que comía en su mesa los domingos y que un lunes por la mañana entregó al Santo Oficio el nombre de la familia Valderas junto con la descripción del altar del sótano. Así de fácil. Así de doméstico. El horror no llegó con trompetas ni con ejércitos; llegó con un vecino que quería la tienda de paños para su cuñado.

Le habló del calabozo. Semanas, quizá meses — perdió la cuenta porque en la oscuridad los días se funden como cera, y el hambre y el miedo tienen su propia cronología que no corresponde con el calendario. Le habló de los interrogatorios — no con detalle, no con la minuciosidad que el tema merecía, sino con frases cortas, secas, que se rompían antes de terminar como ramas que soportan demasiado peso. «Me preguntaron cosas que no podía contestar. Y cuando no contestaba, me ayudaban a recordar.» La palabra «ayudar» le salió con un filo que cortaba.

Le habló del auto de fe. La plaza de Ávila, la hoguera que Leonor había visto en el sueño, el sambenito que le raspaba la piel. Le habló de la multitud — la misma gente que compraba paños en su tienda, que saludaba a su madre en la iglesia, que jugaba a los bolos con su hermano en la plaza mayor los sábados por la tarde. Esa gente, ahora, mirando cómo le ataban las manos al poste con la curiosidad de quien asiste a una función de títeres.

—No me quemaron — dijo, y la frase tenía la simplicidad brutal de los hechos que no se adornan porque adornarlos sería insultarlos —. Don Rodrigo me sacó antes. La misma noche. Entró en la plaza,

sobornó al guardia, me llevó a un sótano donde ya no olía a tomillo sino a sangre, y me ofreció una elección.

—¿Qué elección?

—Morir en la hoguera o morir de otra manera. — La pausa fue larga —. Lo que no me dijo es que la segunda muerte no era una muerte. Era un cambio. Y que lo que yo sería después no moriría nunca.

Leonor escuchó. No interrumpió, no preguntó, no tomó notas en el cuaderno que estaba en la mesilla a un brazo de distancia y que sus dedos querían alcanzar por instinto. Escuchó con el cuerpo entero — los ojos en su cara, las manos quietas sobre las sábanas, la respiración acompasada al ritmo de una historia que tenía quinientos años y que él no había contado completa hasta esta noche.

Le habló de la transformación. No como en las novelas — no hubo colmillos dramáticos ni gritos ni una escena iluminada por relámpagos. Fue sucio, lento y aterrador. Tres días de fiebre que no era fiebre sino el cuerpo reconfigurándose desde dentro, cada célula cambiando de propósito, cada órgano aprendiendo una función nueva o desaprendiendo una vieja. El corazón, que dejó de latir al tercer día con un silencio que Damián describió como «lo más ruidoso que he oído nunca». Los colmillos, que crecieron como raíces buscando tierra, con un dolor que no estaba en la boca sino en todo el cuerpo, como si cada nervio participara en la construcción de algo que el cuerpo humano no estaba diseñado para tener.

Le habló de la primera sed. Sin eufemismos, sin la protección de la metáfora. La sed no era hambre. La sed era un imperativo que borraba todo lo demás — pensamiento, voluntad, compasión, memoria — y lo sustituía por una sola necesidad que rugía como un incendio en un bosque seco. Le habló de lo que hizo la primera vez que la sed le ganó, y su voz se rompió al decirlo, y Leonor no le pidió detalles porque la grieta en su voz decía más que cualquier descripción.

Le habló de los primeros siglos. El aprendizaje de una vida nueva que no era vida sino otra cosa — más larga, más fuerte, más sola. Aprender a no comer. Aprender a no dormir. Aprender a fingir que el corazón late cuando alguien te pone la mano en el pecho. Aprender a cambiar de nombre cada treinta años, de país cada cincuenta, de idioma cada vez que el acento dejaba de sonar contemporáneo. Aprender que las personas a las que quieres se mueren — no de golpe, no de una vez, sino una detrás de otra, como velas que se apagan en una habitación que cada vez es más oscura.

Le habló de las rosas. De cómo las encontró en el siglo XVII, en un monasterio de los Pirineos donde un monje que era como él — un no-marchito que había elegido la tonsura en lugar de la espada — cultivaba un jardín que cambiaba todo. La primera vez que bebió el elixir, la sed se calló. No desapareció — nunca desaparecía del todo, como un zumbido de fondo que aprendes a ignorar pero que sigue ahí — pero se calló. Y el silencio de la sed fue la primera paz que Damián conoció en dos siglos.

Habló durante horas. Leonor perdió la cuenta del tiempo — la oscuridad no cambiaba, la noche no avanzaba, y las velas se consumían sin que ninguno de los dos se levantara a reemplazarlas. Cuando se apagó la última, el dormitorio quedó a oscuras excepto por los ojos de Damián, que brillaban en la silla junto a la ventana con un ámbar tenue que no necesitaba luz para existir.

—Has pasado trescientos años convencido de que eres un monstruo — dijo Leonor, cuando el silencio le indicó que él había terminado.

—Soy lo que soy.

—Eres un hombre con una condición que no elegiste. No elegiste la transformación. No elegiste la sed. No elegiste nada de lo que te convierte en lo que eres. Lo único que has elegido, durante tres siglos, es cómo reaccionar. Y has elegido las rosas en lugar de la sangre, el piano en lugar del silencio, y una botánica con opiniones en lugar de una esposa que no hiciera preguntas. — Se incorporó en la cama. La oscuridad era tan densa que lo veía solo por los ojos, y

los ojos eran todo lo que necesitaba ver —. ¿Y si simplemente eres un hombre con una enfermedad que no eligió?

El silencio que siguió fue tan largo que Leonor pensó que se había quedado dormido — lo cual era absurdo, porque no dormía, pero la oscuridad y el cansancio y la magnitud de lo que acababan de compartir le estaban jugando trucos a la percepción.

—Nadie me ha dicho eso — dijo Damián, y la voz le salió rota de una forma que Leonor no le había oído: no la rotura controlada de un hombre que elige cuándo mostrar la grieta, sino la rotura real, la de algo que lleva mucho tiempo bajo presión y que por fin cede —. En trescientos años, nadie.

—Entonces llevas trescientos años rodeado de las personas equivocadas.

—Hasta ahora.

La palabra quedó suspendida en la oscuridad con la fragilidad de un pétalo recién abierto.

—Ven aquí — dijo Leonor.

—No debería.

—Damián. Llevo cinco noches durmiendo sola en una casa donde las rosas beben sangre y mi marido toca el piano a las tres de la mañana al otro lado de una puerta cerrada. Ya hemos pasado el punto del «debería» hace mucho. Ven aquí.

Se levantó de la silla. Cruzó la habitación en la oscuridad — sin hacer ruido, sin tropezar, sin ninguna de las concesiones que la negrura le exige al cuerpo humano. Se sentó en el borde de la cama. A un palmo de ella.

—Si me acerco más — dijo, y la voz le temblaba, y Leonor supo que el temblor no era del frío que él irradiaba sino del esfuerzo de contenerse —, el control se hace más difícil. El beso... el beso ha cambiado algo. La sed reacciona a ti de una forma que no reacciona a nadie más. No es hambre. Es...

—Lo sé lo que es.

—No, no lo sabes. Es hambre y es deseo y es algo que no tiene nombre porque en tres siglos nadie lo ha sentido de esta forma, y si me acerco más voy a querer cosas que un hombre en mi situación no tiene derecho a querer de una mujer que todavía puede elegir irse.

—No me voy a ir.

—Lo sé. Y eso es lo que me aterroriza.

Leonor extendió la mano. Le encontró la cara en la oscuridad — la mandíbula, la mejilla, la piel fría de mármol que bajo sus dedos se sentía como piedra de río: lisa, mineral, con una temperatura que el contacto humano no conseguía alterar pero que la intención sí.

—Túmbate conmigo — dijo —. No te pido nada más. Solo que estés aquí. Esta noche, esta cama, esta oscuridad. Mañana veremos.

Se tumbó. El colchón se hundió con su peso — más peso del que aparentaba, como si la inmortalidad le hubiera dado al cuerpo una densidad que no correspondía al volumen. Se quedó boca arriba, rígido, con los brazos a los costados y la mandíbula apretada y los ojos abiertos en la oscuridad mirando el techo que no necesitaba ver.

Leonor se acercó. Le puso la cabeza en el pecho.

El silencio que encontró ahí era absoluto. No había latido. No había el ritmo subterráneo que cualquier cabeza encuentra cuando se apoya en cualquier pecho humano — esa percusión suave que dice *estoy vivo, estoy aquí, mi sangre se mueve*. El pecho de Damián era un campo en calma: quieto, frío, silencioso como una habitación vacía. Como una iglesia a medianoche. Como un pozo sin fondo.

No le dio miedo. Le dio pena. Una pena limpia, sin condescendencia, la pena de alguien que entiende lo que es vivir sin el sonido que todos los demás dan por sentado.

—No late — dijo Damián, como si necesitara advertirla.

—Lo sé.

—No late desde 1525.

—Lo sé. — Le pasó un brazo por la cintura. El frío de su cuerpo le atravesó el camisón como agua de montaña, y Leonor tembló, y no se apartó, y el temblor se convirtió en calor porque el cuerpo humano es obstinado y se adapta a lo que necesita —. Duérmete.

—No duermo.

—Entonces quédate quieto mientras yo duermo. Es lo más parecido.

La risa de Damián fue un sonido pequeño, quebrado, que le vibró en el pecho silencioso como una piedra que cae en un pozo y tarda mucho en llegar al fondo.

Le rodeó los hombros con un brazo. El contacto fue deliberado, lento, con la precaución de alguien que maneja algo que podría romperse — no ella; él. Lo que podría romperse era él, su control, la línea que había trazado entre lo que quería y lo que se permitía. La línea se estaba borrando. Leonor lo sentía en la tensión de sus músculos, en la forma en que la mano que le rodeaba el hombro temblaba con un temblor tan fino que solo se detectaba por contacto directo.

Se quedó dormida. Sobre un pecho sin latido, rodeada por brazos fríos que no le pertenecían a un hombre vivo, en una cama que olía a rosas y a tinta y a trescientos años de soledad que por fin, esa noche, se interrumpían.

Y soñó.

El sueño fue distinto del anterior. No hubo hoguera, no hubo plaza, no hubo el horror de la Inquisición quemando lo que no entendía. Este sueño era verde.

Un jardín. En las montañas — Leonor sentía la altitud en la presión del aire, en la claridad excesiva de los colores, en el frío que le mordía la cara pero que no llegaba al jardín porque el jardín tenía su propio clima, su propia atmósfera, un microuniverso botánico que existía al margen de la montaña que lo contenía.

Rosas. Cientos de rosas. Más rosas de las que Leonor había visto nunca en un solo lugar — ni en Kew, ni en los jardines de lord

Burlington, ni en las láminas más ambiciosas de Redouté. Cubrían el suelo, trepaban por muros de piedra antigua, se enredaban en arcos de hierro forjado que habían desaparecido bajo décadas de crecimiento. Los pétalos eran del mismo carmesí arterial que conocía del invernadero de Half Moon Street, pero aquí — aquí, donde las rosas tenían espacio y luna y sangre suficiente — el carmesí era más profundo, más vivo, con una luminosidad que no necesitaba sol para existir.

El jardín estaba bajo la luna llena. Y la luna hacía algo que Leonor solo había visto en los grabados alquímicos de la biblioteca de Damián: las rosas brillaban. Cada pétalo irradiaba una luz propia, un resplandor sanguíneo que convertía el jardín en un mar de rubíes encendidos. El aire olía a dulce y a hierro y a algo más — a antigüedad, a poder, a la determinación obstinada de algo que se niega a morir.

Leonor caminó entre los rosales. El suelo bajo sus pies descalzos era tierra húmeda, y la tierra estaba tibia, y la tibieza tenía un pulso — un latido lento y vasto que subía desde las raíces como si la tierra misma tuviera corazón.

Al fondo del jardín, detrás de un arco de piedra cubierto de rosales, había algo que no debería existir.

Una rosa blanca.

Blanca no como la ausencia de color sino como la presencia de todos los colores — un blanco que contenía plata y perla y luna y nieve y la luz de las estrellas vistas desde un lugar donde no hay atmósfera que las filtre. La rosa era grande — más grande que cualquiera de las rojas, con pétalos del tamaño de una mano abierta — y brillaba con una luz propia que no era la del carmesí arterial de las demás sino algo distinto: frío, puro, como la luz de un faro en la niebla.

Leonor se arrodilló ante la rosa blanca. La miró con el ojo de la botánica y con el ojo de la escritora y con algo más que no tenía nombre técnico. La rosa la miraba a ella. No con ojos — las rosas no tienen ojos — sino con una atención que Leonor sentía en la piel

como se siente el sol: una presencia, un calor, el peso de algo que te observa y te reconoce.

Extendió la mano. Tocó un pétalo.

Y el pétalo le devolvió algo que no era tacto sino conocimiento: una certeza que le entró por la yema del dedo y le subió por el brazo y le llenó el pecho como agua que llena un vaso: *aquí, esta rosa, esta es la clave. Encuéntrame.*

Se despertó.

La luz gris del amanecer se filtraba por las cortinas. El dormitorio olía a rosas. Damián seguía a su lado, con los ojos abiertos — porque no dormía, no podía dormir, y había pasado toda la noche inmóvil con ella sobre su pecho sin latido, mirando el techo, sintiendo el calor de su cuerpo humano como un hombre que se calienta las manos junto a un fuego después de un invierno muy largo.

—He visto un jardín — dijo Leonor, con la voz espesa del sueño —. En las montañas. Con rosas que brillaban bajo la luna.

Damián se incorporó. El movimiento fue brusco — la primera brusquedad que le había visto, la primera rotura del control que no era contención sino urgencia.

—¿Qué jardín?

—El jardín de la Cofradía. En los Pirineos. El que me describiste.

—No te he descrito cómo era. Solo te dije que existía.

—Lo he visto, Damián. Lo he visto entero. Cada rosal, cada arco, cada piedra. Y al fondo, detrás de un arco, una rosa blanca que no se parecía a ninguna otra. Una rosa que brillaba con luz propia.

La expresión de Damián fue un derrumbe en cámara lenta: la mandíbula se le aflojó, los ojos se le abrieron, y algo que Leonor no supo nombrar — miedo, asombro, esperanza, las tres cosas trenzadas como raíces bajo la tierra — le cruzó la cara en un segundo.

—La Rosa Alba — dijo —. La rosa madre. La que creó todas las demás.

—¿Existe?

—Existió. Desapareció hace dos siglos. Nadie sabe dónde está. Nadie la ha visto desde 1620.

—Yo la he visto esta noche. — Se sentó en la cama, con el camisón arrugado y el pelo suelto y los ojos grises ardiendo con la luz de alguien que acaba de encontrar la respuesta a una pregunta que todavía no había formulado —. Y me ha dicho que la encuentre.

El amanecer avanzó sobre Londres con su gris habitual, su luz enferma de un otoño que no conseguía ser otra cosa que la extensión de un verano que nunca llegó. Damián cerró las cortinas con la incomodidad de quien siente la mañana como un ruido demasiado fuerte. Leonor se levantó, se vistió, se recogió el pelo con las horquillas que quedaban. La normalidad de los gestos era absurda y necesaria — los rituales de la mañana como ancla en un mundo que acababa de cambiar de forma.

Bajaron juntos al estudio. Héctor los esperaba con la bandeja del desayuno — para una, como siempre — y una expresión que sugería que sabía exactamente dónde había pasado la noche el amo y que tenía opiniones al respecto que se reservaba.

—El Sueño de Sangre se ha activado — dijo Damián, sin preámbulo.

Héctor dejó la bandeja sobre el escritorio. La dejó despacio, con la deliberación de alguien que está procesando información y necesita las manos libres para hacerlo.

—¿Con intercambio de sangre?

—Sin intercambio. Solo el beso.

Héctor miró a Damián. Miró a Leonor. Miró a Damián otra vez. Su cara de madera de boj no cambió de expresión — Héctor no tenía expresiones, tenía variaciones de la misma impasividad —, pero algo detrás de los ojos negros se movió.

—Esto no ha pasado nunca — dijo —. La Cofradía querrá saber por qué.

—La Cofradía querrá muchas cosas. De momento, lo que necesitan saber es que Leonor ha visto la Rosa Alba.

La taza de té que Héctor estaba sirviendo se detuvo a medio camino entre la tetera y la taza. El líquido cayó sobre la bandeja con un chorrito que manchó el mantel y que Héctor, por primera vez desde que Leonor lo conocía, no limpió.

—La Rosa Alba desapareció en 1620 — dijo.

—Y esta noche mi esposa la ha visto en un sueño compartido que no debería haber existido, en un jardín que no le he descrito, brillando con una luz que no se parece a nada de lo que hay en nuestro invernadero. — Damián se sentó en la silla del escritorio con la pesadez de un hombre que lleva una noche sin dormir y trescientos años sin descansar —. Si la Rosa Alba todavía existe, si se puede encontrar, es la clave para salvar las rosas de toda Europa.

—Y si la Cofradía se entera de que una humana puede ver cosas que no debería ver...

—La Cofradía se enterará cuando yo decida que se entere. No antes.

Héctor recogió la bandeja. Limpió el mantel. Enderezó la taza. Los gestos eran mecánicos, de mayordomo, pero la mirada que le dirigió a Leonor al salir no era mecánica: era la mirada de un hombre de doscientos años que acaba de recalibrar su opinión sobre una humana con horquillas y delantal.

—Coma algo, señora — dijo desde la puerta —. Va a necesitar fuerzas.

La puerta se cerró. Leonor se sentó frente al desayuno. Damián se sentó frente a ella, con la taza de elixir en las manos, y por primera vez desde la boda compartieron una mesa por la mañana — ella comiendo, él no; ella con tostadas, él con sangre destilada de rosas; ella viva, él no; los dos, a pesar de todo, ahí.

Juntos. Sin puerta cerrada entre los dos.

Capítulo 12

La verdad completa

La iglesia de St. Clement Danes no tenía nada de extraordinario por fuera. Piedra gris, torre cuadrada, un reloj que daba las horas con la puntualidad de quien tiene siglos de práctica. Estaba en el Strand, entre un bufete de abogados y una imprenta, y la gente pasaba por delante sin mirarla dos veces porque las iglesias de Londres son como los paraguas: están en todas partes y nadie les presta atención hasta que las necesita.

Damián la condujo por una puerta lateral a las diez de la noche. No la puerta principal — una puerta estrecha, sin letrero, con una cerradura que necesitó tres llaves giradas en un orden específico y que, cuando se abrió, reveló una escalera de piedra que bajaba.

—¿Bajo una iglesia? — dijo Leonor.

—Las iglesias son los mejores escondites. Nadie busca monstruos donde reza la gente.

—Eso es lo más cercano a un chiste que te he oído decir en un lugar público.

—No es un lugar público. — Encendió una lámpara de aceite que esperaba en un nicho de la pared. La llama tembló, se asentó, y la escalera se iluminó hacia abajo con una luz que parecía tragada por la piedra antes de llegar al fondo —. Es el lugar más privado de Londres. Ningún humano ha bajado estas escaleras desde 1603.

Leonor procesó la información — 1603, el año en que murió Isabel I y en que Jacobo VI de Escocia se convirtió en Jacobo I de Inglaterra, y en que, aparentemente, la Cofradía de la Rosa Eterna decidió que los humanos habían dejado de ser bienvenidos en su sede subterránea. Bajó las escaleras detrás de Damián, con una mano en la pared húmeda y la otra en el bolsillo del vestido donde guardaba el cuaderno, porque Leonor bajaba a la guarida de los

vampiros de Londres con lo mismo con lo que había bajado al invernadero de Half Moon Street: curiosidad, un cuaderno y la obstinación ciega de quien cree que los datos son más útiles que el miedo.

La escalera terminó en una cámara.

No una habitación — una cámara, del tipo que se encuentra bajo las catedrales medievales: abovedada, con columnas de piedra que sostenían un techo de arcos apuntados, y una extensión que no correspondía con la iglesia de arriba. El espacio era más grande, más viejo, con una acústica que convertía cada paso en un eco y cada susurro en una declaración. Olía a piedra húmeda, a cera vieja, a la ausencia de ventilación que produce siglos de encierro. Y a rosas. Debajo de todo, como un bajo continuo que nunca se apagaba, olía a rosas.

Las paredes estaban cubiertas de retratos.

Leonor los vio antes de que la lámpara de Damián los iluminara del todo — marcos dorados que captaban la luz y la devolvían como ojos en la oscuridad. Se acercó al primero. Un hombre con gorguera y jubón negro, siglo XVI, con la mandíbula recta y los ojos de ámbar. El siguiente: el mismo hombre — no, no el mismo; uno diferente, con barba y pelo más largo, siglo XVII, vestido de caballero con espada al cinto. El siguiente: otra vez, ahora con peluca empolvada y levita de seda, siglo XVIII, sin barba, con una sombra de sonrisa que Leonor conocía.

—Eres tú — dijo.

—Todos.

—¿Cuántos nombres has tenido?

—Once. Damián Valderas es el primero y el último. Los de en medio fueron préstamos.

Recorrió la galería. Once retratos, once épocas, once versiones del mismo hombre con ropas diferentes, peinados diferentes, nombres diferentes. Pero los ojos no cambiaban. Los ojos eran ámbar en todos, con la misma profundidad, la misma quietud, la

misma melancolía que no era tristeza sino acumulación — la mirada de alguien que ha visto demasiado y no ha podido olvidar nada.

La cámara principal se abría al fondo de la galería. Más grande, con una mesa de piedra en el centro que era ovalada y antigua y que tenía talladas en la superficie rosas entrelazadas con raíces — el símbolo de la Cofradía, supuso Leonor, aunque se parecía sospechosamente a los grabados alquímicos que había visto en la biblioteca. Candelabros de hierro en cada columna. Sillas de roble alrededor de la mesa. Y ocupando cinco de esas sillas, con la inmovilidad de quien lleva siglos practicando el arte de no necesitar moverse, el Consejo.

Cinco rostros la miraron cuando entró.

La primera impresión de Leonor fue que la habitación contenía más tiempo del que debería caber en un espacio cerrado. No era una impresión lógica — el tiempo no tiene volumen, no ocupa metros cúbicos —, pero la sensación era tan fuerte que le presionó los oídos como un cambio de altitud. Cada persona sentada a esa mesa arrastraba siglos detrás de sí, y los siglos pesaban en el aire como polvo acumulado en una biblioteca que nadie ha abierto en demasiado tiempo.

Los conocía por las descripciones de Damián. Lord Ashworth-Vane, inmenso y silencioso, con su mujer diminuta a su lado como un gorrión junto a un oso. El coronel Fitz-Rawdon, bigote magnífico, espalda de soldado, manos cruzadas sobre la mesa con una disciplina que delataba campañas que no figuraban en ningún libro de historia. Un hombre que Leonor no había visto antes — enjuto, calvo, con una barba blanca que le llegaba al pecho y unos ojos tan oscuros que parecían agujeros en la cara: el Conde de Wexford, irlandés, seiscientos años, según Damián el miembro más antiguo del Consejo después de la Condesa.

La Condesa.

La Condesa de Moravia ocupaba la cabecera de la mesa con la autoridad de alguien que no necesita anunciar que está al mando porque el mando es una extensión natural de su presencia. Era —

Leonor buscó la palabra y no la encontró, porque las palabras que tenía eran para humanos y esta mujer había dejado de serlo antes de que Colón naciera. Aparentaba cuarenta y cinco años. Pelo negro recogido en un moño que podría haber sido del siglo XVIII o del XV o de cualquier época intermedia. Ojos de un gris más oscuro que los de Leonor, con una densidad mineral que hacía pensar en piedra pulida. Y una quietud que no era la de Damián — cuidadosa, contenida, aprendida — sino la de algo que ha trascendido la necesidad de moverse. La quietud de una montaña.

Setecientos años. Damián se lo había dicho. Setecientos años de existencia sentados en una silla de roble bajo una iglesia de Londres, mirando a Leonor con una atención que la hacía sentir como un libro abierto en un idioma que la Condesa leía mejor que ella.

—Así que esta es — dijo la Condesa. La voz era grave, sin acento identificable, como si los siglos le hubieran pulido la pronunciación hasta dejarla sin origen —. La botánica.

—Leonor Valderas, Marquesa de Ravenscar — dijo Damián a su lado, con una formalidad que era escudo y presentación a partes iguales.

—Sé quién es. — La Condesa no apartó los ojos de Leonor. La examinaba con una intensidad que no era hostil pero tampoco era cálida; era la atención de una científica frente a un espécimen inesperado —. Siéntense.

Y el quinto miembro del Consejo, sentada al otro extremo de la mesa con un vestido de seda negra y una sonrisa que era una navaja envuelta en terciopelo: Seraphina.

Leonor la miró. Seraphina le devolvió la mirada con la cortesía de una gata que observa un ratón entrar en su territorio.

—Bienvenida a la familia, Lady Ravenscar — dijo Seraphina —. Espero que no le moleste la humedad. Las criptas no ventilan bien.

—He trabajado en invernaderos peores — dijo Leonor, y se sentó.

La reunión duró dos horas. Dos horas que condensaron una crisis de tres siglos en frases que sonaban a informes militares y que

contenían el tipo de información que habría hecho que cualquier gobierno de Europa convocara una sesión de emergencia, si los gobiernos de Europa hubieran sabido que la mitad de sus aristócratas eran inmortales con un problema de suministro.

El coronel Fitz-Rawdon habló primero. Mapas sobre la mesa — mapas reales, de pergamino, con los jardines de la Cofradía marcados en tinta roja como puntos de sangre sobre la piel de Europa.

—París: extinto. Las últimas rosas murieron en agosto. Madame Laurent, la custodia del jardín, ha entrado en aislamiento voluntario. Traducción: se ha encerrado en su cripta porque sin elixir no confía en sí misma.

—Venecia: tres rosales. Producción insuficiente para sostener a la logia local. Hemos enviado frascos de reserva desde Londres, pero la reserva se agota.

—Praga: el jardín del castillo sigue en pie pero la producción ha caído un setenta por ciento. El custodio estima cuatro semanas de viabilidad.

—Estambul, Roma, Viena: extinto, extinto, agonizante.

Cada nombre era una derrota. Cada punto rojo en el mapa era un jardín que se apagaba, una fuente de elixir que dejaba de fluir, un grupo de vampiros que se quedaba sin la sustancia que los separaba de lo que habían sido antes de las rosas. Leonor miró el mapa y vio lo que un general vería al examinar un frente que se desmorona: las líneas retrocediendo, las posiciones cayendo una tras otra, y al final un único punto que todavía resistía.

Londres.

—Si el invernadero de Half Moon Street cae — dijo Fitz-Rawdon, con la cadencia de un hombre que ha dado partes de bajas en campos de batalla y que sabe que las cifras son la forma más limpia de decir lo que no se quiere oír —, la Cofradía pierde su último suministro de elixir. Los vampiros que dependen de él tendrán dos opciones: el aislamiento voluntario o la caza. Y si los que eligen la

caza son suficientes, el secreto que hemos mantenido durante tres siglos se rompe.

—Hay una tercera posibilidad — dijo el Conde de Wexford, con una voz que sonaba a turba quemada y a lluvia irlandesa —. Si las rosas mueren, los Dormidos despertarán.

El silencio que siguió fue el más pesado que Leonor había experimentado en su vida. No era silencio: era el sonido de cinco inmortales conteniendo la respiración que no necesitaban.

—¿Los Dormidos? — preguntó Leonor, porque nadie más parecía dispuesto a explicar y ella no iba a quedarse con la duda.

—Vampiros ancestrales — dijo la Condesa de Moravia, y la voz le bajó medio tono, como si el volumen fuera una forma de respeto o de miedo —. Seres que entraron en hibernación voluntaria hace siglos, bajo las ciudades de Europa. Duermen en criptas selladas, alimentados por las raíces de las rosas que crecen sobre sus tumbas. Si las rosas mueren, el vínculo que los mantiene dormidos se rompe. Y despertarán hambrientos.

—¿Cuántos? — preguntó Leonor.

—Demasiados — dijo la Condesa, y no añadió más.

Leonor abrió el cuaderno. Lo puso sobre la mesa de piedra, entre los mapas de Europa y las marcas rojas de los jardines muertos, y habló.

Habló como hablaba en el invernadero: con datos, con diagramas, con la precisión de una mujer que ha pasado semanas midiendo lo inmensurable y que ha encontrado un patrón que nadie más ha visto. Les habló de los filamentos en la sangre. De la correlación entre emoción y alimentación. De las rosas que florecían con la sangre de Damián y morían con la sangre de vampiros que habían olvidado cómo sentir.

—Las rosas no necesitan sangre — dijo, y cinco pares de ojos inmortales la miraron con variaciones de incredulidad —. Necesitan lo que la sangre transporta. Emoción. Conexión con lo humano. La sangre es el vehículo; la emoción es el combustible. Y la razón por la

que las rosas están muriendo en toda Europa no es el Año Sin Verano. Es que la mayoría de los vampiros que las alimentan llevan siglos sin sentir nada.

La frase cayó en la cripta como una piedra en un pozo. El eco tardó en morir.

—¿Está diciendo — dijo el Conde de Wexford, con la lentitud de alguien que quiere asegurarse de que ha entendido antes de decidir si se ofende — que nuestras rosas se mueren porque nosotros estamos emocionalmente muertos?

—Estoy diciendo que sus rosas responden a la vitalidad emocional de la sangre que las alimenta, y que esa vitalidad ha disminuido proporcionalmente a la antigüedad y el aislamiento de sus donantes. Es un dato medible. Tengo las muestras.

—Y la solución — dijo Seraphina, desde el otro extremo de la mesa, con una dulzura que era la antesala de algo venenoso — es, supongo, que todos nos enamoremos de una humana para recuperar los sentimientos. Qué práctico.

—La solución — dijo Leonor, sosteniéndole la mirada con la calma de quien ha pasado semanas enfrentando cosas peores que el sarcasmo — es un cruce botánico. Crear un híbrido entre las Rosas de Sangre y las damascenas inglesas. Las damascenas son resistentes, adaptables, capaces de florecer sin sol directo. Si puedo cruzarlas con las Rosas de Sangre, el híbrido combinará la resistencia de la damascena con las propiedades del original. Rosales que sobrevivan sin luz solar directa y que necesiten menos sangre emocional para prosperar.

—¿Y eso es posible? — preguntó Lord Ashworth-Vane, que había guardado silencio hasta ahora con la paciencia de un hombre que lleva cuatrocientos años escuchando antes de hablar.

—Lo es. Pero el proceso de cruce requiere un catalizador biológico. La polinización tradicional no funciona con las Rosas de Sangre porque su sistema reproductivo no responde a polen convencional. Responde a sangre. Y no cualquier sangre. Para crear el híbrido necesito sangre humana mezclada voluntariamente con

sangre vampírica. Aplicada directamente al pistilo de la rosa durante la fase de polinización.

—La Entrega de la Rosa — dijo la Condesa de Moravia.

—Una versión botánica. No el vínculo completo. Solo la mezcla de sangre suficiente para catalizar el cruce.

—¿Y de quién sería la sangre humana? — preguntó la Condesa, y la pregunta no era inocente. La pregunta era un bisturí que abría la conversación hasta el hueso.

Leonor no miró a Damián. Si lo hubiera mirado, habría visto lo que él estaba sintiendo — el terror, la resistencia, la necesidad de protegerla de lo que ella estaba a punto de ofrecer — y si lo hubiera visto, podría haberlo dejado influir en su respuesta. No lo miró.

—Mía — dijo.

Seraphina se echó hacia atrás en la silla. El gesto fue lento, deliberado, con la teatralidad de una mujer que disfruta del drama ajeno como otros disfrutan del champán.

—La humana quiere darnos su sangre — dijo, mirando a Damián con una sonrisa que era una herida abierta —. Qué romántico.

—Es ciencia — dijo Leonor —. Mi sangre ha demostrado una respuesta exponencialmente mayor en las rosas que cualquier sangre vampírica analizada. Un mililitro de sangre humana produce el efecto de un día completo de riego vampírico. Es la opción más eficiente.

—Y la más peligrosa — dijo Damián, hablando por primera vez desde que se sentaron.

—Todo lo que merece hacerse es peligroso. Es la definición de merecer la pena.

—Dejad que las rosas mueran.

La voz de Seraphina cortó la discusión como una hoja corta un tallo. Se había levantado de la silla. De pie, con el vestido negro y la luz de las velas lanzándole sombras sobre la cara, parecía lo que era: una depredadora que ha dejado de fingir que no lo es.

—Llevamos tres siglos dependiendo de una flor — dijo —. Tres siglos alimentando plantas en lugar de alimentarnos de lo que somos. Las rosas no son la solución. Las rosas son la jaula. Si mueren, seremos libres. Libres para ser lo que fuimos antes de que un monje cobarde decidiera que la sed era una enfermedad y no un don.

—Libres para matar — dijo Damián.

—Libres para vivir. Que no es lo mismo, aunque tú lleves tres siglos confundiéndolo.

La temperatura de la cripta bajó. No metafóricamente — Leonor sintió el frío envolverla como agua que sube, y supo que era Damián, que la ira le enfriaba el cuerpo como la emoción le calentaba la sangre, y que lo que estaba conteniendo debajo de la mandíbula apretada era algo que los demás en esa mesa reconocían y respetaban.

—La moción de Lady Blackwood queda registrada — dijo la Condesa de Moravia, con la neutralidad de quien ha presidido siglos de debates y ha aprendido que la neutralidad es la única posición que sobrevive a todos —. Y rechazada. Tres contra dos. La Cofradía apoya el plan de la Marquesa de Ravenscar. — Miró a Leonor —. Tendrá los recursos que necesite. Sangre, materiales, acceso a los archivos de la Cofradía. Y protección.

—¿Protección de qué? — preguntó Leonor.

—De quienes prefieran que las rosas mueran — dijo la Condesa, sin mirar a Seraphina. No necesitaba mirarla. Todo el mundo en la cripta sabía a quién se refería.

La reunión terminó. Los miembros del Consejo se levantaron — algunos con la lentitud de quien tiene siglos de práctica en no apresurarse, otros con la eficiencia militar de Fitz-Rawdon. Seraphina salió sin despedirse. La ausencia de despedida era, en sí misma, un mensaje.

Leonor se quedó junto a la mesa, recogiendo el cuaderno. La Condesa de Moravia se acercó. Se movía sin hacer ruido — como Damián, como todos ellos, pero con una calidad distinta: no la

discreción de quien se esconde sino la gravedad de quien no necesita anunciarse.

—Marquesa.

Leonor levantó la vista. De cerca, la Condesa era más impresionante que de lejos: la piel tirante sobre los pómulos, los ojos de granito, y una boca que no sonreía pero que tampoco estaba cerrada — una boca que esperaba.

—Tiene la sangre antigua — dijo la Condesa, mirándola con esa atención mineral que hacía sentir a Leonor como un fósil bajo una lupa —. No lo sabe, pero su linaje... interesante.

—¿Mi linaje?

—Los Ashworth de Wiltshire. Una familia muy antigua. Más antigua de lo que su padre sabe. Hay sangre en esa línea que no es del todo... — buscó la palabra con la paciencia de quien tiene setecientos años para encontrarla — ordinaria.

—¿Qué significa eso?

—Significa que el Sueño de Sangre que comparte con Damián sin intercambio no es un accidente. Significa que las rosas responden a su sangre con una intensidad que no es normal. Y significa que debería tener cuidado con quién sabe estas cosas. — La Condesa le puso una mano en el brazo. El contacto fue frío, breve, con la firmeza de alguien que da un consejo y espera que se siga —. Cuide las rosas, Marquesa. Y cuídese usted.

Se fue. Leonor se quedó con la frase y con las preguntas y con el cuaderno apretado contra el pecho como un escudo que no protegía de nada pero que al menos contenía los datos.

Damián la esperaba al pie de la escalera. No habló durante la subida. No habló durante el trayecto en carruaje. No habló hasta que estuvieron en el estudio de Half Moon Street, con la puerta cerrada y la chimenea encendida y la distancia de medio metro entre las dos butacas que ya no era suficiente para lo que necesitaban decirse.

—No puedo pedirte eso — dijo.

—No me lo has pedido. Me ofrezco.

—Tu sangre, Leonor. Tu sangre mezclada con la mía, vertida sobre una rosa. ¿Entiendes lo que implica?

—Entiendo la botánica. Si lo que te preocupa es la intimidad del gesto, te recuerdo que ya hemos compartido un beso que activó un vínculo telepático sin precedentes y una cama en la que no pasó nada excepto que tu pecho sin latido fue la mejor almohada que he tenido en mi vida.

—Es peligroso.

—Todo lo que hago desde que te conocí es peligroso. Forzar tu cerradura fue peligroso. Entrar en tu invernadero fue peligroso. Besarte en un carruaje fue probablemente lo más peligroso que he hecho en veinticuatro años de existencia, y lo haría otra vez ahora mismo si no estuvieras sentado a medio metro de distancia con cara de haber tragado un erizo.

La comisura izquierda. El temblor. Y debajo del temblor, algo que no era el fantasma de sonrisa sino la sonrisa entera intentando salir a pesar del miedo.

—Es mi investigación — dijo Leonor —. Mi descubrimiento. Mi decisión. No me quites la agencia de esto, Damián. He pasado veinticuatro años sin que nadie me dejara tomar decisiones sobre mi propia vida — mi padre decidía las finanzas, la sociedad decidía mi valor, y hasta tú decidiste que necesitabas una esposa antes de preguntarme si yo quería ser una. Esto lo decido yo. Mi sangre, mis rosas, mi elección.

Damián la miró. La lámpara le iluminaba medio rostro, y el medio que estaba en sombra parecía más viejo — no más arrugado sino más hondo, como si las sombras revelaran las capas de tiempo que la luz ocultaba.

—Eres lo mejor que me ha pasado en trescientos años — dijo, y la frase no sonó a declaración de amor sino a rendición —. Y tengo un miedo atroz de romperte.

—No me rompo. — Se levantó de la butaca. Cruzó el medio metro. Se arrodilló frente a él — no como acto de sumisión sino como acto de cercanía, porque arrodillarse era la forma más rápida de poner su cara a la altura de la suya —. Me doblo, me rayo, me abollo. Pero no me rompo. Para eso habría que quitarme las preguntas, y todavía no ha nacido el hombre ni el vampiro que pueda hacer eso.

Damián le puso las manos en la cara. Frías. Siempre frías. Pero las yemas de los dedos le temblaban con algo que no era temperatura sino todo lo demás — lo que sentía, lo que contenía, lo que tres siglos de control le impedían soltar y que Leonor, arrodillada entre sus piernas con las manos sobre sus rodillas y los ojos a la altura de los suyos, estaba desarmando pieza a pieza como se desarma una cerradura con una horquilla.

La besó. El segundo beso — no, el tercero, o el cuarto; había perdido la cuenta de los besos del carruaje, que se habían fundido unos con otros como notas de una misma pieza. Pero este fue distinto. Este no tenía la urgencia del primero ni la deliberación del segundo. Este tenía la calma de lo inevitable: la boca de él encontrando la de ella con la certeza de que esto iba a pasar, de que llevaba semanas pasando en cámara lenta, y de que resistirse era tan inútil como pedirle a una rosa que no se abra cuando le llega la sangre.

Le besó la boca. La mandíbula. La línea del cuello donde el pulso latía con la velocidad de algo que no quiere parar. Se detuvo ahí — en el pulso, con los labios contra la arteria y los ojos cerrados y la respiración que no necesitaba contenida como un grito que se traga — y Leonor sintió los colmillos. No clavados. Posados. El filo contra la piel como una pregunta que ninguno de los dos formulaba.

—Arriba — dijo Leonor.

Subieron la escalera con las manos entrelazadas y el corazón de ella — solo el de ella; el de él seguía en su silencio de tres siglos — golpeando las costillas con la insistencia de un pájaro que quiere salir de una jaula. La puerta del dormitorio de Leonor se abrió. Se

cerró. Y la oscuridad los recibió como un tercer cuerpo que llevaba semanas esperando su turno.

No hubo prisa. No la hubo porque Damián se movía con la lentitud de alguien que quiere recordar cada segundo y porque Leonor no tenía intención de apurarse: llevaba semanas construyendo esto — en el invernadero, en las noches del estudio, en el carruaje de Vauxhall, en la cama sin latido — y no iba a desperdiciar la construcción con un derrumbe precipitado.

Él le desabrochó el vestido con dedos que conocían los botones de cada siglo pero que temblaban ante los de este. Ella le quitó la levita, el chaleco, el corbatín que siempre estaba perfecto y que esta noche se rindió sin resistencia. Debajo de las capas de ropa había piel — la de ella caliente, la de él fría, y el contraste cuando se tocaron fue un shock que los dos sintieron como algo eléctrico, algo que subía por los nervios y borraba el pensamiento y dejaba solo la sensación: hielo contra fuego, piedra contra agua, tres siglos contra veinticuatro años.

La piel de Damián se calentaba. Leonor lo descubrió con la certeza de una científica y el asombro de una mujer: donde la tocaba, el frío retrocedía. No desaparecía — seguía ahí, debajo, como la corriente fría de un río bajo una capa de agua tibia —, pero la superficie se templaba con el contacto, como si el calor humano pudiera hacer lo que trescientos años de chimeneas no habían logrado. Le pasó las manos por el pecho — el pecho silencioso, sin latido, con una topografía de músculos que no envejecían y una cicatriz en el costado izquierdo que tenía la forma de una quemadura antigua — y la piel bajo sus palmas se entibió como piedra al sol.

—Estás caliente — dijo, y la observación científica le salió con voz de otra cosa.

—Tú me calientas. — La frase fue literal. Era ciencia. Y era todo lo demás.

En la oscuridad, los ojos de Damián brillaban. Dorados. El ámbar se había encendido como se enciende una vela — desde dentro,

despacio, hasta que la llama era estable y constante y lo iluminaba todo con esa luz que no era humana y que a Leonor, en la oscuridad del dormitorio, le parecía lo más hermoso que había visto nunca. Dos luces de oro en la negrura, mirándola con una intensidad que habría sido aterradora si no fuera lo contrario del terror: era reverencia. Era la mirada de un hombre que lleva trescientos años solo y que por fin tiene a alguien entre los brazos y no sabe si merece tenerla.

—Deja de pensar que no me mereces — dijo Leonor, porque lo leía en los ojos como leía los manuscritos: con práctica.

—Tú deja de leerme la mente.

—No te leo la mente. Te leo la cara. Es más fácil.

La risa de Damián vibró contra su cuerpo — baja, rota, la risa de un hombre que redescubre el sonido después de un silencio muy largo. Y después no hubo más risa, porque lo que vino después no era para reír sino para algo que no tiene nombre en ningún idioma que Leonor conociera: la fusión de dos cuerpos que no deberían encajar — uno caliente, otro frío; uno vivo, otro no; uno con latido, otro sin él — y que encajaban con la perfección imposible de un injerto que prende.

Damián mantuvo el control. Leonor lo sintió: la tensión constante de sus músculos, la contención detrás de cada gesto, la vigilancia de un hombre que monitoriza su propio cuerpo como un astrónomo monitoriza un cielo que podría producir una tormenta en cualquier momento. Se movía despacio. La tocaba con las manos abiertas, los dedos extendidos, como si quisiera maximizar la superficie de contacto y minimizar la presión. La besaba con la boca cerrada sobre los colmillos, porque los colmillos estaban ahí — los sentía contra sus labios, la curva lisa del esmalte, el filo contenido — y cada beso era un acto de equilibrio entre lo que quería y lo que se permitía.

Y entonces, un segundo. Un solo segundo en que el control resbaló.

Fue cuando Leonor le pasó los dedos por la nuca y le echó la cabeza hacia atrás y lo besó en la garganta — en el punto exacto

donde, en un humano, habría latido el pulso, y donde en él no latía nada. El gesto le hizo algo. Le rompió algo. Y durante un segundo — un solo segundo que Leonor registró con la precisión de quien ha pasado semanas midiendo lo inmensurable — los ojos dorados se dilataron, la boca se abrió, y los colmillos se extendieron del todo: blancos, curvos, con un filo que la piel de Leonor sintió antes de que él la tocara, como una descarga eléctrica que precede al rayo.

No la mordió.

Los colmillos le rozaron el hombro — el arco entre el cuello y la clavícula, donde la piel es fina y el pulso cercano — con una presión que no rompió la superficie pero que dejó una marca: dos líneas paralelas, rojas, como el trazo de un pincel fino sobre un lienzo. La marca ardía. No con dolor — con algo que estaba entre el dolor y el placer y que no tenía nombre porque nadie lo había sentido antes o porque quienes lo habían sentido no habían tenido palabras para describirlo.

Damián se apartó. Los colmillos se retrajeron. Los ojos volvieron al ámbar — despacio, como una llama que se apaga por falta de combustible. El temblor le recorría el cuerpo entero: brazos, manos, mandíbula, todo vibrando con la frecuencia de un diapasón golpeado demasiado fuerte.

—Lo siento — dijo, con voz de ceniza.

—No lo sientas. — Leonor le tomó la cara entre las manos. Las mejillas de él estaban tibias — calentadas por ella, por la cercanía, por lo que acababan de hacer y por lo que él había contenido por un margen tan fino que Leonor podía sentirlo vibrar bajo la piel como una cuerda a punto de romperse —. No lo sientas. Nunca lo sientas.

Se quedaron así. En la oscuridad, en la cama revuelta, con la marca en el hombro de Leonor ardiendo como una promesa y los ojos de Damián volviendo al ámbar como una tormenta que se retira.

La marca le ardió durante horas. Leonor la tocó en la oscuridad — dos líneas, paralelas, calientes al tacto — y supo que lo que significaban no era una amenaza. Era un mapa. El mapa de un lugar

al que todavía no habían llegado pero hacia el que se dirigían con la inevitabilidad de una rosa que se abre cuando la sangre llega a las raíces.

Capítulo 13

El jardín de medianoche

Noviembre llegó a Londres con la cortesía de un invasor que se limpia los pies antes de entrar: despacio, sin alardes, dejando su humedad en cada superficie y su gris en cada ventana. Las calles de Mayfair amanecían con escarcha y se acostaban con niebla, y entre medias, las horas pasaban con la luz turbia de un acuario sucio. El Año Sin Verano no había terminado; simplemente había mutado en un otoño que era su continuación natural, como si las estaciones hubieran olvidado cómo cambiarse de ropa.

En el invernadero de Half Moon Street, Leonor trabajaba.

Trabajaba con una disciplina que habría impresionado a un cirujano militar y que escandalizaba a Héctor, que la encontraba cada mañana al amanecer ya en su bancal con las herramientas dispuestas, los guantes manchados de sustrato, y el pelo recogido con las horquillas que ya eran parte de su leyenda doméstica — los instrumentos que forzaron la cerradura que cambió todo.

El cruce botánico era, en términos técnicos, una locura.

Lo que Leonor intentaba hacer — fundir dos especies que no deberían poder fundirse, una rosa sobrenatural que se alimentaba de sangre y una damascena inglesa que se alimentaba de sol y agua — era el equivalente botánico de cruzar un caballo con un pez. Las Rosas de Sangre tenían un sistema reproductivo que no respondía a polen convencional; los estambres producían algo que parecía polen pero que bajo el microscopio resultaba ser otra cosa: cristales diminutos, translúcidos, con la misma estructura de los filamentos que Leonor había encontrado en la sangre de Damián. No era polen. Era sangre seca hecha semilla.

—Los estambres producen hemocristales — le explicó a Héctor el tercer día de experimentos, con la voz de alguien que lleva tres horas hablando con plantas y necesita un interlocutor que no sea

fotosintético —. El sistema reproductivo de estas rosas no usa polen sino un derivado sanguíneo cristalizado. Para que la fecundación funcione, el pistilo de la damascena necesita recibir los hemocristales en un medio que active su disolución. Y ese medio es sangre fresca.

—Me lo está explicando como si yo hubiera pedido que me lo explicara — dijo Héctor, que sostenía una maceta con la expresión de un hombre al que han ascendido a un cargo que no solicitó.

—Lo estoy explicando porque necesito decirlo en voz alta para comprobar que tiene sentido.

—¿Y lo tiene?

—Todavía no. Pero lo tendrá.

El proceso era este: Leonor seleccionaba un pistilo maduro de una damascena — Rosa damascena, la reina de las rosas inglesas, robusta, fragante, capaz de florecer en las condiciones más adversas — y lo injertaba en un tallo de Rosa de Sangre usando una técnica de aproximación que había adaptado de los métodos de Tournefort. El punto de injerto se sellaba con una mezcla de cera y sustrato del invernadero. Y después, el paso crítico: la aplicación de sangre.

La sangre de Damián no bastaba. Alimentaba las rosas existentes, sí, pero no catalizaba el cruce. Los hemocristales se disolvían en su sangre pero no fecundaban el pistilo de la damascena; se quedaban flotando, inactivos, como semillas que no encuentran tierra. Leonor lo intentó nueve veces. Nueve fracasos que anotó en el cuaderno con la precisión de una mujer que sabe que los fracasos son datos y que los datos, acumulados, construyen respuestas.

La décima vez, usó la suya.

No se lo dijo a Damián. No se lo dijo a Héctor. Se cortó el dedo con la podadera — el mismo dedo, la misma herida que ya tenía una cicatriz fina como un hilo de plata — y dejó caer tres gotas sobre el punto de injerto donde los hemocristales esperaban en la sangre de Damián.

La reacción fue inmediata.

Los hemocristales se disolvieron. No como se disuelve la sal en agua — pasivamente, por difusión — sino activamente, con urgencia, como si la sangre humana fuera la señal que llevaban esperando. Los cristales penetraron el pistilo de la damascena, y bajo el microscopio Leonor vio lo que nadie había visto en tres siglos de historia vampírica: fecundación. Los filamentos luminosos de la sangre de Damián entrelazándose con las células del pistilo de la damascena, creando algo nuevo — una estructura híbrida que no era ni rosa sobrenatural ni rosa inglesa sino las dos a la vez, como un acorde que contiene dos notas que no deberían sonar bien juntas y que suenan mejor que cualquiera de las dos por separado.

Anotó los resultados. Se vendó el dedo. Se guardó el secreto.

Las noches eran otra cosa.

Las noches eran Damián.

Llegaba al invernadero al atardecer, cuando la luz se iba y su cuerpo dejaba de protestar, y se quedaba con ella hasta el amanecer. Trabajaban juntos — él proporcionando sangre para las rosas, ella manipulando injertos con una concentración que Damián observaba con la fascinación de un hombre que descubre que ver trabajar a alguien que ama es una forma de arte. Hablaban de todo: de botánica, de los registros de la Cofradía que Damián le traía cada noche en carpetas de cuero viejo, de la Rosa Prima que Leonor había visto en el sueño y que se creía extinta desde el siglo XIII.

—Los registros mencionan un jardín en los Pirineos aragoneses — dijo Damián una noche, desplegando un mapa sobre la mesa de trabajo del invernadero, entre macetas y frascos de sangre diluida —. El Monasterio de San Juan de la Peña. El hermano Aurelio, uno de los nuestros, cultivó las rosas de sangre allí hasta 1623, cuando desapareció.

—¿El hermano Aurelio o la rosa?

—Los dos. Al mismo tiempo. Los registros dicen que el monasterio fue destruido por un incendio, pero los registros de la Cofradía mencionan algo distinto: una facción dentro de la orden

que quería destruir las rosas porque creía que la dependencia del elixir debilitaba a los vampiros.

—Los Espinos.

—No se llamaban así entonces. Pero sí. La misma facción. Llevan siglos queriendo lo mismo: que las rosas mueran para que la sed los libere.

Leonor miró el mapa. Los Pirineos trazados en tinta marrón, con las montañas marcadas como ondas de un mar petrificado. En algún lugar de esas montañas, según un sueño que no debería haber existido, brillaba una rosa blanca que podía salvarlo todo.

—Si la Rosa Prima sobrevivió al incendio — dijo —, si está en alguna parte de esos montes, sus raíces podrían llevar seiscientos años creciendo. Una rosa con seiscientos años de acumulación de sangre emocional sería... — calculó, y la cifra le cerró la garganta — inagotable. Un solo injerto de la Prima en nuestros híbridos los haría autosuficientes. No necesitarían riego de sangre. Se alimentarían de las raíces de la madre.

—Si existe.

—Existe. La he visto.

—La has visto en un sueño.

—Un sueño que no debería haber existido y que me mostró un jardín que no me habías descrito. La anomalía no invalida el dato; lo hace más confiable. Si el Sueño de Sangre me conectó con algo real — y los registros de la Cofradía confirman que el jardín de los Pirineos existió —, entonces lo que vi no fue un sueño sino una ubicación.

Damián la miró por encima del mapa. La luz de la lámpara de aceite le iluminaba la mitad de la cara, y en la mitad iluminada Leonor vio lo que ya sabía reconocer: asombro y miedo y esperanza, trenzados como raíces bajo la tierra.

Pero el trabajo no era solo ciencia. El trabajo era también la intimidad que crece cuando dos personas comparten un espacio pequeño noche tras noche, con las manos en la misma tierra y la

conversación fluyendo entre datos botánicos y confesiones personales con la naturalidad de un río que no distingue entre agua limpia y agua turbia.

Le enseñó a preparar té.

No porque él pudiera beberlo — no podía; el líquido le sabía a nada, como todo lo que no fuera sangre o elixir — sino porque el ritual le interesaba. «Llevo trescientos años viendo a la gente preparar té», dijo una noche, con las manos rodeando la taza caliente que no iba a beber, «y nunca lo he hecho yo mismo. Siempre hay alguien que lo prepara. Siempre hay un Héctor.» Leonor le enseñó: calentar la tetera, medir las hojas, verter el agua justo antes de que hierva porque el agua hirviendo quema las hojas y produce un té amargo. Damián siguió las instrucciones con la concentración de un alumno que sabe que la lección importa más de lo que parece. El resultado fue un té mediocre que Leonor bebió entero porque el hombre que lo había preparado tenía trescientos años y lo había hecho con las manos temblorosas de quien descubre que un gesto doméstico puede ser un acto de humanidad.

Él le enseñó esgrima.

A las dos de la mañana, en el salón vacío, con dos espadas que sacó de un baúl del sótano y que olían a aceite de linaza y a otro siglo. «Si vas a enfrentarte a los Espinos», dijo, «necesitas saber cómo sostener una espada. No para luchar. Para sobrevivir el tiempo suficiente hasta que yo llegue.» Le enseñó la guardia del siglo XVI — más baja que la moderna, con el peso en la pierna trasera y la punta de la espada apuntando al cuello del adversario. Leonor era torpe al principio y precisa después, con la velocidad de aprendizaje de alguien que entiende la mecánica de los cuerpos porque entiende la mecánica de las plantas: todo es estructura, todo es equilibrio, todo es saber dónde poner el peso.

Le leía su novela.

Cada noche, después de las rosas y antes del amanecer, se sentaban en las butacas del estudio — las mismas butacas, la misma distancia que ya no era distancia sino territorio compartido — y

Leonor leía el último capítulo de Arabella. La novela había cambiado. Arabella ya no era una huérfana aterrorizada en un castillo de los Cárpatos; era una mujer que enfrentaba al misterio con preguntas en lugar de gritos, que exigía respuestas en lugar de esperar rescates, y que se enamoraba del señor del castillo no a pesar de lo que era sino por lo que elegía ser.

—Tu heroína se me parece demasiado — dijo Damián una noche, después de un capítulo donde el señor del castillo confesaba que llevaba siglos alimentando un jardín secreto de rosas con su propia sangre.

—Tu vida se parece demasiado a mi novela. No es culpa mía que la realidad plagie la ficción.

Damián corregía los detalles históricos con la autoridad irritante y fascinante de un testigo. «Los candelabros del siglo XVI no tenían esa forma; eran más bajos, con base de hierro forjado.» «Los carruajes de 1525 no tenían suspensión; el viaje de Ávila a Madrid tardaba tres días y destrozaba los riñones.» «La Inquisición no quemaba a los acusados dentro de las iglesias; los autos de fe eran al aire libre, en plazas públicas, con tribunas para los espectadores y vendedores de empanadas en las esquinas.»

—Vendedores de empanadas — repitió Leonor, con el horror limpio de quien descubre un detalle que la ficción no se atrevería a inventar.

—El horror es siempre más mundano de lo que las novelas sugieren. La gente compraba empanadas y miraba cómo quemaban a los herejes con la misma cara con la que miraba una corrida de toros. No porque fueran malvados sino porque el horror, cuando se repite lo suficiente, se convierte en espectáculo.

Charlotte llegó un martes a las tres de la tarde, con un sombrero nuevo, un paraguas roto y un embarazo de siete meses que le dificultaba subir los tres escalones de la entrada con la dignidad que consideraba apropiada para visitar a una marquesa.

—¿No tienes criadas? — fue lo primero que dijo al entrar, mirando el vestíbulo vacío con la alarma de una mujer para quien la

ausencia de servicio doméstico era una señal de catástrofe más fiable que un terremoto.

—Tengo a Héctor. Y a Marta.

—¿Dos personas? ¿Para una casa de cuatro plantas? — Charlotte se quitó el sombrero y lo dejó en la mesa del vestíbulo con la autoridad de una mujer que ha decidido que esta casa necesita su supervisión —. ¿El marqués no puede permitirse más servicio?

—El marqués tiene preferencias específicas sobre quién entra en su casa.

—Preferencias específicas. — Charlotte la miró con los ojos que compartían — grises, directos, con la capacidad de la familia Ashworth de ver a través de las excusas como se ve a través de un cristal limpio —. Leonor, ¿eres feliz?

—Soy complicadamente feliz.

—No existe la felicidad complicada. Existe la felicidad y existen los problemas. ¿Cuáles tienes?

Leonor le preparó té — del que ella sabía preparar, no del de Damián — y le enseñó la casa con la edición selectiva de alguien que tiene un invernadero lleno de rosas sobrenaturales en el sótano y un marido que no come en el primer piso. Charlotte aprobó la biblioteca. Desaprobó las cortinas. Se enamoró del Caravaggio con la rapidez de una mujer que sabe de arte aunque finja que no. Y cuando llegó al primer piso, donde el estudio de Damián estaba cerrado con llave y las ventanas cubiertas con cortinas lo bastante gruesas para bloquear un cañón, arrugó la nariz.

—Huele raro.

—Es incienso.

—No es incienso. Huele a... — Charlotte buscó la palabra — flores. Pero no como flores normales. Como flores de iglesia. Flores que ya no son flores sino otra cosa.

Rosas de Sangre, pensó Leonor. *Hueles a tres siglos de secreto que se filtra por debajo de la puerta.*

Charlotte no insistió. Habló del embarazo, del médico de Wiltshire que le había recomendado caminar una hora al día y no tomar más de una taza de té, de la finca que empezaba a recuperarse gracias al dinero de Damián. Habló de su padre, que había dejado de beber o que bebía menos o que al menos ya no bebía antes del mediodía, lo cual era un progreso o una ilusión, según quién lo midiera. Habló de la primavera que vendría y que sería, según todos los almanaques, mejor que este verano que no había sido verano.

—¿Vendréis a Wiltshire para el parto? — preguntó, con la voz de una mujer que necesita a su hermana y que no sabe cómo pedirlo sin parecer débil.

—Vendré — dijo Leonor, y supo que era una promesa que tendría que cuadrar con un invernadero lleno de rosas moribundas y un marido que no podía viajar de día y una Cofradía que dependía de sus manos.

Charlotte se fue a las cinco, antes de que oscureciera, con el sombrero roto y el paraguas nuevo y un beso en la mejilla de Leonor que olía a agua de lavanda y a normalidad — la normalidad que Leonor ya no habitaba pero que todavía podía visitar, como quien visita el pueblo donde creció y descubre que las calles son más estrechas de lo que recordaba.

Lord Phillip Cavendish se presentó al día siguiente. A las cuatro de la tarde, hora de visitas, con un ramo de flores — no rosas, nunca rosas; margaritas, que eran inofensivas y honestas y que no tenían ningún secreto que guardar.

Leonor lo recibió en el jardín trasero, porque el salón formal estaba demasiado cerca del estudio y el estudio olía a lo que Charlotte había olido y que Phillip no debía oler. El jardín de noviembre era un espectáculo menor: setos descoloridos, un banco de piedra que la lluvia había convertido en una escultura de musgo, y el cielo gris de siempre, que a estas alturas era menos un cielo y más un techo bajo que alguien había olvidado pintar.

—Se te ve bien — dijo Phillip, sentándose en el banco con las margaritas sobre las rodillas, como un niño que no sabe qué hacer

con un ramo que ha comprado con más esperanza que estrategia.

—Estoy bien.

—No. Estás distinta. Estás... — buscó la palabra con la misma torpeza con la que buscaba todo lo que tuviera que ver con Leonor: con demasiado esfuerzo y demasiada sinceridad — encendida. Como si hubieras encontrado algo. O como si algo te hubiera encontrado a ti.

—Trabajo mucho. Las rosas del invernadero requieren atención constante.

—¿Es solo el trabajo?

La pregunta fue suave. Phillip era siempre suave — su voz, sus gestos, sus preguntas que nunca presionaban pero que siempre encontraban el punto exacto donde la respuesta dolía. Leonor lo miró en el banco, con las margaritas y la levita azul y la cara abierta de un hombre que no sabe disimular porque nunca ha necesitado hacerlo, y pensó que Phillip Cavendish era todo lo que Damián no podía ser a plena luz del día: cálido, humano, simple. Un hombre que envejece, que come, que se sienta al sol sin dolor.

La tentación de lo normal fue breve y precisa, como una punzada. No la tentación de Phillip — no lo deseaba, no de esa forma; lo que deseaba era la facilidad que Phillip representaba, la vida sin secretos ni criptas ni sangre en las raíces.

La rechazó.

La rechazó con la misma certeza con la que rechazaba un injerto que no prendía: no por falta de mérito sino porque el resultado que producía no era el que necesitaba.

—Es más que el trabajo — dijo —. Es el hombre con el que trabajo.

Phillip asintió. El gesto fue lento, contenido, con el peso de un hombre que recibe una confirmación que ya conocía pero que necesitaba escuchar para poder cerrar la puerta.

—Envidio al marqués — dijo —. Envidio todo lo que tiene.

—Tiene menos de lo que crees. Y más de lo que merece.

—¿Y tú? ¿Tienes lo que mereces?

—Tengo lo que he elegido. Que es mejor.

Phillip se levantó. Le dejó las margaritas en el banco — un regalo que ya no tenía destinataria, o que la tenía pero que ella no podía aceptar sin mentir. Se despidió con la corrección que era su marca personal: una inclinación de cabeza, un apretón de manos con guante, y esa sonrisa suya que era la de un hombre que pierde con elegancia porque no conoce otra forma de perder.

Se fue por la puerta del jardín. Leonor lo vio irse con la misma pena limpia que sintió la noche de Vauxhall: la pena de ver al hombre más decente de Inglaterra caminar en la dirección contraria a su propia felicidad, y saber que era necesario, y saber que dolía.

Damián estaba en la ventana del primer piso.

Leonor lo supo antes de levantar la vista — lo supo por la sensación que producía su mirada, que no era como la mirada de otras personas sino algo más denso, más gravitacional, como si sus ojos tuvieran masa y la masa atrajera la atención de Leonor con la inevitabilidad de la física.

Lo miró. La cortina estaba descorrida un centímetro — lo justo para que un par de ojos de ámbar pudieran ver el jardín sin que la luz de la tarde, por enferma que estuviera, le doliera demasiado. La expresión en esos ojos no era la que Leonor esperaba. No era la calma calculada del depredador ni la indiferencia ensayada del aristocráta. Era algo más desordenado, más humano, más crudo.

Celos.

No los celos fríos de un vampiro que vigila su territorio. Los celos desordenados e irracionales de un hombre enamorado que ha visto a otro hombre darle flores a su mujer en un jardín donde él no puede salir porque el sol le duele, y que sabe — lo sabe con la certeza de trescientos años de autoconocimiento — que el otro hombre es todo lo que él no puede ser y que la mujer que ama podría haberlo elegido y habría sido más feliz.

Leonor subió al primer piso. Encontró la puerta del estudio abierta por una vez.

—No tienes que mirar por la ventana — dijo.

—No estaba mirando.

—Estabas mirando con la intensidad de un hombre que lleva tres siglos sin saber qué hacer con los celos y que acaba de descubrir que los celos no se gestionan con control sino que se gestionan solos, y mal.

El silencio de Damián fue el de un hombre atrapado entre la dignidad y la verdad.

—No tengo derecho a tener celos — dijo, despacio —. Te casaste conmigo por un contrato, no por amor. Si Cavendish...

—Phillip me ha traído margaritas. Tú me has traído una primera edición de Radcliffe, una espada del siglo XVI, y la verdad sobre lo que eres. Las margaritas se marchitan en tres días. Lo tuyo dura siglos. — Se acercó. Le puso la mano en el pecho, donde el corazón no latía pero donde algo respondía a su contacto: un calor que subía desde dentro, despacio, como la sangre sube a las raíces de una rosa cuando la alimentan —. No tengas celos de un hombre que envejece, Damián. Ten celos de la botánica que se lleva más horas de mi día que tú.

La risa. Baja, rota, con la textura del óxido y la suavidad de algo que se usa después de mucho tiempo sin usarse. Damián se rió, y la risa le vibró bajo la mano de Leonor como un terremoto diminuto que cambiaba la geografía sin mover las montañas.

El primer injerto exitoso ocurrió la noche del decimoctavo día.

Leonor lo vio a las tres de la mañana, con los ojos ardiendo de cansancio y las manos manchadas de sustrato y sangre — la de Damián y la suya, mezcladas, aplicadas al punto de injerto con la precisión de una cirujana. El capullo había aparecido al atardecer: una protuberancia en el punto exacto donde el tallo de la damascena se fusionaba con el tallo de la Rosa de Sangre, hinchada,

con un color que no era ni el verde de la primera ni el negro rojizo de la segunda sino algo intermedio.

A las tres de la mañana, el capullo se abrió.

No bajo la luna — no había luna esa noche; el cielo estaba cubierto con la opacidad de un párpado cerrado. No bajo el sol — el sol no existía, no a las tres de la mañana, no en noviembre, no en el Año Sin Verano. Se abrió bajo la luz de una vela.

Una vela. Una llama. Luz humana, fabricada, ordinaria, del tipo que cualquier persona puede encender con un fósforo y una mecha de algodón.

El pétalo era rosa pálido con vetas carmesí. Como sangre diluida en agua de rosas. Como el color que la piel adquiere cuando te ruborizas. Como la primera luz del amanecer cuando el sol todavía no se ha decidido entre el rosa y el rojo.

Leonor lo miró abrirse. Pétalo a pétalo, despacio, con la deliberación de algo que sabe que es nuevo y que quiere tomarse su tiempo para existir. La rosa no brillaba como las del invernadero — no tenía esa luminosidad arterial de las Rosas de Sangre. Pero estaba viva. Viva bajo una vela, sin luna, sin sangre fresca, alimentada por el injerto y por las dos sangres mezcladas en su raíz y por algo más que Leonor no podía medir pero que sentía con la certeza de una mujer que lleva semanas mezclando su sangre con la de un vampiro al que quiere y que ha creado, sin proponérselo, algo que no existía antes en ningún jardín del mundo.

Lloró.

No con dramatismo ni con los sollozos estéticos de una heroína de novela. Lloró como llora una mujer que lleva semanas sin dormir lo suficiente y que acaba de ver algo que creía imposible hacerse posible delante de sus ojos: con la nariz roja, con las lágrimas cayéndole por la barbilla, con un hipido que le sacudía los hombros y que no podía controlar porque el alivio era más grande que el control y el cansancio era más grande que el orgullo.

Damián la sostuvo. Le rodeó los hombros con los brazos fríos que ella ya no sentía como fríos sino como suyos, y la dejó llorar contra

su pecho sin latido, y la rosa híbrida siguió abriéndose entre las dos sangres que la habían creado como un testigo vegetal de algo que la botánica no tenía nombre para clasificar.

Héctor apareció en la puerta del invernadero. Miró la rosa. Miró a Leonor llorando. Miró a Damián sosteniéndola. La expresión de su cara de madera de boj no cambió — nunca cambiaba — pero algo detrás de los ojos se movió, y lo que dijo fue lo más cercano a la ternura que Héctor Vane había producido en doscientos años:

—Bien. Ahora solo necesitan cultivar tres mil antes de que las originales mueran.

Y se fue a limpiar la plata.

Capítulo 14

La traición de los espinos

La noticia llegó a las cuatro de la madrugada, con forma de hombre ensangrentado que se desplomó en el vestíbulo de Half Moon Street como un árbol que alguien ha talado de raíz.

Leonor lo oyó desde el invernadero — el golpe de un cuerpo contra el suelo de mármol, el sonido húmedo de una herida que no ha dejado de sangrar, y después la voz de Héctor, que no gritaba nunca pero que esa noche pronunció el nombre de Damián con una urgencia que era más alarmante que cualquier grito.

Subió las escaleras corriendo. El vestíbulo estaba iluminado por la única lámpara que Héctor dejaba encendida por las noches — una concesión a la inquilina humana que necesitaba luz para no tropezar con los muebles — y bajo esa luz, en el suelo de mármol blanco que Marta pulía cada martes, un hombre yacía boca arriba con los ojos abiertos y la camisa empapada de algo que no era agua.

Era Lord Ashworth-Vane. El inmenso. El silencioso. El vampiro de cuatrocientos años que llevaba cuatro siglos enamorado de su mujer y cuya sangre, bajo el microscopio de Leonor, había mostrado filamentos tan luminosos como los de Damián. Estaba tendido en el suelo con una herida en el pecho que no debería haber podido hacerle daño — los vampiros no sangraban así, no de forma sostenida, no con esa abundancia que convertía el mármol en un charco oscuro — y los ojos, abiertos, tenían un brillo que Leonor reconoció como pánico.

—Los Pirineos — dijo Ashworth-Vane, con voz de grava mojada —. El jardín. Lo han quemado. Todo.

Damián apareció. No desde arriba ni desde abajo — desde algún lugar intermedio de la casa, con la velocidad que ya no sorprendía a Leonor pero que esta noche tenía una cualidad distinta: no era

discreción sino urgencia, el movimiento de un hombre que ha oído algo que temía y que llega tarde y lo sabe.

Se arrodilló junto a Ashworth-Vane. Le abrió la camisa. La herida era un corte diagonal que le cruzaba el pecho desde el hombro izquierdo hasta el costado derecho, y los bordes de la herida eran negros — no del negro de la sangre coagulada sino de algo más: un negro que se extendía por la piel como tinta en agua, con un olor que Leonor captó desde las escaleras y que le cerró la garganta.

Espino. La herida olía a espino.

—Le han clavado una estaca de espino negro — dijo Héctor, desde algún lugar detrás de Leonor, con la voz del que informa sin conmocionarse porque la conmoción es un lujo que los mayordomos de vampiros no se permiten —. Es lo único que puede herir a uno de los nuestros de esta forma. Madera de endrino, cortada en luna nueva. Veneno para nuestra sangre.

—¿Se recuperará? — preguntó Leonor.

—Si la herida no alcanza el corazón. — Héctor se arrodilló junto a Damián, examinó el corte con dedos que tenían la práctica de doscientos años de medicina de campo —. No lo ha alcanzado. Por dos centímetros. Lord Ashworth-Vane tuvo suerte o tuvo reflejos.

—Tuve a mi mujer — dijo Ashworth-Vane, y la frase le costó una mueca de dolor que le atravesó la cara de lado a lado —. Ella se puso entre la estaca y yo. — La voz se le quebró —. Damián. Lady Ashworth-Vane... Margaret... la tienen ellos.

El silencio que cayó sobre el vestíbulo fue el de un mundo que cambia de forma.

Damián se levantó. El movimiento fue lento — no por falta de velocidad sino por exceso de control, el tipo de lentitud que un hombre adopta cuando lo que quiere hacer es destruir algo y lo que necesita hacer es pensar.

—¿Quiénes?

—Los Espinos. Seis. Liderados por alguien que yo no conocía. — Ashworth-Vane tragó sangre —. Un hombre con acento castellano.

Pelo oscuro, ojos negros. Dijo que se llamaba Don Rodrigo.

La temperatura del vestíbulo bajó.

No metafóricamente. Leonor sintió el frío envolverla como agua que sube por las piernas, y supo que era Damián — que la mención del nombre había hecho algo en él que la furia normal no hacía, algo que le enfriaba la sangre y la piel y el aire alrededor de su cuerpo como un generador de invierno.

—Don Rodrigo está muerto — dijo Damián, y la voz no era la suya. Era una voz más antigua, más grave, con un acento castellano que normalmente controlaba y que ahora salía sin filtro como lava que rompe la roca —. Murió en 1620. Lo maté yo.

—Entonces alguien lo ha devuelto — dijo Ashworth-Vane —. O no lo mataste lo suficiente.

La noche que siguió fue un desastre organizado.

Héctor curó a Ashworth-Vane con una eficiencia que delataba práctica: limpió la herida con elixir — que, aplicado externamente, actuaba como antiséptico para sangre vampírica —, extrajo las astillas de endrino con unas pinzas de plata, y vendó el pecho con la precisión de un cirujano militar que ha cosido cuerpos durante dos siglos de guerras que no figuran en los libros de historia.

Damián envió mensajes. Leonor no vio a quién — las notas salieron de la casa en manos de Héctor, que desapareció y reapareció tres veces en una hora con la eficiencia de alguien que conoce Londres de noche mejor que los faroles — pero el contenido lo imaginó: alerta, convocatoria, emergencia. La Cofradía entraba en guerra.

Las respuestas llegaron antes del amanecer. Fitz-Rawdon primero, con uniforme militar y expresión de combate, como si hubiera estado esperando este momento con la paciencia de un soldado que sabe que la paz es siempre temporal. El Conde de Wexford después, envuelto en un capote irlandés que olía a turba y a siglos. Y otros — vampiros que Leonor no conocía, miembros de la logia de Londres que aparecían en el vestíbulo de Half Moon Street con la discreción de sombras que han decidido hacerse visibles.

El informe fue breve y devastador.

El jardín de los Pirineos — el más grande de Europa, el que Leonor había visto en el Sueño de Sangre, con sus rosales brillantes bajo la luna y su Rosa Prima al fondo — había sido destruido. Los Espinos lo habían quemado en una sola noche: aceite, fuego, y la eficiencia de quien lleva años planeando un acto de destrucción. Los dos vampiros guardianes habían muerto — muertos de verdad, con estacas de endrino en el corazón, la única forma de matar a un inmortal de forma permanente. Y Lady Margaret Ashworth-Vane había sido capturada como rehén o como trofeo o como ambas cosas.

—¿Y la Rosa Prima? — preguntó Leonor, porque la pregunta era necesaria aunque la respuesta fuera la que temía.

—Si estaba ahí, ha ardido con el resto — dijo Fitz-Rawdon.

—No estaba ahí.

Todos la miraron. Siete vampiros en un vestíbulo de Mayfair, con la sangre de Ashworth-Vane todavía manchando el mármol, mirando a la humana con el delantal de invernadero que acababa de contradecir a un coronel con cuatrocientos años de experiencia.

—La Rosa Prima desapareció en 1620 — dijo Leonor, con la voz que usaba para los datos: firme, clara, sin espacio para la duda —. Los registros de la Cofradía confirman que no estaba en el jardín de los Pirineos desde entonces. Si los Espinos han quemado ese jardín buscándola, no la han encontrado. Y si no la han encontrado, sigue existiendo en alguna parte.

—¿En qué te basas? — preguntó Fitz-Rawdon.

—En un sueño. Y en el hecho de que las rosas de ese sueño brillaban con una intensidad que las del jardín de los Pirineos no tenían. Lo que vi no era el pasado. Era el presente. Un lugar donde la Rosa Prima sigue viva, ahora, en este momento. Solo tenemos que encontrarlo.

Damián la miró. La mirada decía: *eres imposible y te quiero y esto es un desastre y no sé si admirarte o encerrarte en el*

invernadero donde estás a salvo.

—Encontrar la Rosa Prima es un objetivo a largo plazo — dijo, dirigiéndose al grupo pero mirándola a ella —. El objetivo inmediato es defender lo que tenemos. El invernadero de esta casa es ahora el único suministro viable de elixir en Europa. Si los Espinos lo destruyen, se acabó.

—¿Y Lady Ashworth-Vane? — dijo el Conde de Wexford.

—Margaret es una prioridad — dijo Ashworth-Vane desde el diván donde Héctor lo había instalado, con la voz de un hombre que tiene una herida en el pecho y cuatrocientos años de amor en la garganta —. No es negociable.

La reunión duró hasta el amanecer. Leonor escuchó, tomó notas, y entendió lo que estaba ocurriendo: Damián estaba siendo empujado hacia un papel que no quería. El Consejo lo miraba como se mira a un líder — no porque lo hubiera pedido sino porque era el único que tenía las rosas, la botánica, y la capacidad de mantener la cabeza fría cuando todo lo demás ardía. Fitz-Rawdon le cedía la estrategia militar con la deferencia de un soldado que reconoce a un comandante. Wexford le cedía la autoridad política con la resignación de un anciano que sabe que los tiempos han cambiado. Y Ashworth-Vane lo miraba con la gratitud desesperada de un hombre que necesita que alguien salve a su mujer.

Damián aceptó porque no había nadie más. Y Leonor vio, en el momento en que aceptó — en la forma en que le cambiaron los hombros, en la tensión nueva que le apareció en la mandíbula, en la sombra que le cruzó los ojos —, que lo que estaba aceptando lo alejaría de ella.

Las semanas que siguieron confirmaron lo que Leonor temía.

Damián salía al atardecer y no volvía hasta el amanecer. A veces no volvía en dos días. Las noches en el invernadero, las conversaciones en el estudio, las horas compartidas que habían sido el tejido de su relación — todo eso se evaporó como agua en una estufa, y en su lugar quedó una casa vacía donde Leonor trabajaba sola con Héctor y el silencio.

El invernadero se convirtió en su refugio y su trinchera. Los injertos necesitaban atención constante — riego de sangre, control de temperatura, monitorización de los hemocristales — y Leonor se la daba con la obsesión de una mujer que sabe que el trabajo es lo único que la mantiene cuerda cuando lo demás se desmorona. Multiplicó los cruces: damascena con Rosa de Sangre, alba con Rosa de Sangre, centifolia con Rosa de Sangre. Cada combinación producía un resultado distinto, y cada resultado se anotaba en el cuaderno con la precisión de una mujer que construye un ejército de rosas para ganar una guerra que no eligió.

Los híbridos funcionaban. Lentos, frágiles, necesitados de la mezcla de sangre que Leonor les daba cada noche — la suya y la de Damián, extraída antes de que él saliera y almacenada en frascos que Héctor guardaba en la cripta como munición —, pero funcionaban. Cada capullo que se abría era una victoria. Cada pétalo rosa con vetas carmesí era una prueba de que la ciencia podía hacer lo que la tradición no conseguía.

Mientras tanto, Londres se oscurecía.

No el cielo — el cielo llevaba oscuro desde junio, y a estas alturas el gris permanente era tan normal como el oxígeno. Lo que se oscurecía era la ciudad misma. Aparecieron cuerpos en Whitechapel: tres en la primera semana, cinco en la segunda, drenados de sangre con dos marcas en el cuello que los forenses atribuían a mordeduras de perro y que Leonor sabía que no eran de ningún perro. Vampiros sin elixir que habían perdido el control. Vampiros que elegían la caza porque las rosas ya no les daban alternativa.

Héctor le traía las noticias con la crudeza que lo caracterizaba:

—Dos más en Limehouse. Un marinero y una prostituta. El coronel ha enviado gente a limpiar las escenas. ¿Le pongo más agua caliente?

—¿Limpiar las escenas?

—Eliminar las marcas, sobornar al forense, recolocar los cuerpos donde las autoridades los atribuyan a causas naturales. La Cofradía lleva siglos haciendo esto. Es una maquinaria bien engrasada. El

problema es que la maquinaria no estaba diseñada para esta frecuencia.

—¿Cuántos vampiros han perdido el control?

—En Londres, que sepamos, once. De la logia de cuarenta. Los que llevaban más tiempo sin elixir, los que tenían menos reservas emocionales. — Héctor dejó la tetera en la mesa con la precisión de un hombre que mide sus gestos porque medir sus emociones se le ha olvidado —. Los que nunca sintieron mucho.

—¿Y tú?

—Yo tengo reservas. No emocionales. De elixir. Suficientes para tres meses si raciono.

—¿Y después?

Héctor no respondió. No necesitaba.

Fue durante una de esas noches solas en el invernadero — Damián llevaba dos días fuera, rastreando un nido de Espinos en los muelles del Támesis — cuando Héctor se sentó en el bancal de piedra, se quitó los guantes de mayordomo, y le dijo a Leonor algo que Damián le había ocultado.

—Hay algo que el amo no le ha contado sobre la Entrega de la Rosa.

Leonor dejó la podadera. Se limpió las manos en el delantal. Se sentó frente a él con la atención de una mujer que ha aprendido que cuando Héctor habla sin que le pregunten, lo que dice importa.

—Háblame.

—La Entrega completa — el intercambio mutuo de sangre entre un vampiro y un humano — no es solo un vínculo. Es una transformación. Parcial, no total. Usted no se convertiría en lo que somos. Pero cambiaría. Su sangre cambiaría. Su esperanza de vida se extendería siglos. Y la mezcla de su sangre con la de Damián — la sangre de una humana con sangre antigua y la de un vampiro que todavía siente — podría ser el catalizador para recrear la Rosa Prima. No un injerto, no un híbrido. La rosa original. La que lo resolvería todo.

Leonor procesó la información con la velocidad de un cerebro que lleva semanas trabajando al límite y que ha aprendido a separar datos de emociones como se separa la paja del trigo.

—¿Y el coste?

—Viviría siglos. — La pausa de Héctor fue larga —. Pero perdería cosas. La capacidad de envejecer naturalmente. De tener hijos humanos. De morir cuando llegue su hora. Su reloj se detendría. No del todo — seguiría siendo humana, seguiría comiendo, durmiendo, sintiendo — pero el reloj que marca la distancia entre el nacimiento y la muerte se pararía, y usted viviría en un tiempo que ya no sería el suyo.

—¿Damián lo sabe?

—Damián lo sabe desde antes de pedirle que se casara con él. — La honestidad de la frase fue un bisturí —. Es la razón por la que se lo pidió a usted y no a otra. Su sangre, señora. La sangre antigua de los Ashworth. La Condesa de Moravia la reconoció. Damián la reconoció antes.

La frase cayó entre los rosales como una piedra en un estanque. Las ondas se expandieron: hacia atrás — hasta la noche de Almack's, hasta la propuesta en Wiltshire, hasta cada gesto de Damián que Leonor había interpretado como interés y que ahora se recontextualizaba como cálculo — y hacia delante, hacia un futuro donde su sangre no era solo suya sino una herramienta, un ingrediente, una pieza en un plan que Damián había trazado antes de conocerla.

No. Antes de quererla. Ese era el matiz que importaba.

—Me eligió por mi sangre — dijo, y la frase no fue una pregunta.

—La eligió por su sangre. Se enamoró de usted después. Y el enamoramiento complicó el plan original hasta hacerlo irreconocible. — Héctor la miró con esos ojos negros que no parpadeaban lo suficiente —. El plan original era un contrato: su sangre a cambio de su solvencia. Lo que tiene ahora no es un contrato. Es un desastre emocional con consecuencias botánicas.

Leonor se quedó en silencio durante un tiempo que midió en respiraciones: doce, trece, catorce. Cada una más lenta que la anterior, como si los pulmones necesitaran tiempo para procesar lo que el cerebro ya había procesado y lo que el corazón todavía estaba rechazando.

No estaba furiosa. Debería estarlo — la Leonor de hace un mes, la del orgullo herido y las preguntas sin respuesta, habría estado furiosa. Pero la Leonor de ahora tenía datos que la de hace un mes no tenía: un invernadero lleno de rosas que dependían de su sangre, un marido que la quería con la desesperación de tres siglos de soledad, y una guerra que no le dejaba el lujo de la indignación.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque él no se lo va a contar. Y porque usted merece tomar la decisión con toda la información, no con la versión editada que Damián le ofrece para protegerla de lo que él cree que la lastimaría. — Héctor se puso los guantes. Se levantó del bancal —. Le dije una vez que me caía bien, señora. Lo mantengo. Me cae usted lo suficientemente bien como para no dejar que tome la decisión más importante de su vida a ciegas.

Se fue. El invernadero quedó en silencio excepto por el goteo de los tubos de riego y el crujido de las rosas que crecían en la oscuridad. Leonor se quedó sentada en el bancal con las manos en el regazo y la información instalándose en su cerebro como una semilla que todavía no ha decidido si germinar.

La rosa negra llegó al día siguiente.

Marta la encontró en el buzón de la puerta principal — un buzón que nadie usaba porque Half Moon Street no recibía correspondencia convencional, o no la recibía hasta ahora. La rosa estaba seca, marchita, con los pétalos rizados como papel quemado y el tallo roto en dos lugares. Atada al tallo, con un hilo de seda roja, una nota.

Leonor reconoció la caligrafía antes de leer el contenido — la misma letra exquisita de la invitación a Blackwood Hall, con el mismo olor a gardenia y la misma intención envuelta en elegancia:

Las flores mueren, querida. Los que dependemos de ellas, no. Ven a Blackwood Hall sola si quieres saber lo que tu marido no te ha contado sobre Don Rodrigo.

Leonor leyó la nota dos veces. La tercera vez la sostuvo contra la luz de la ventana, buscando marcas de agua, tinta invisible, cualquier detalle adicional que Seraphina pudiera haber escondido en el papel como una araña esconde veneno en la seda. No encontró nada. Solo la invitación y la amenaza y el nombre que hizo que algo en su memoria se moviera como una criatura que despierta en un sótano oscuro.

Don Rodrigo.

El hombre del sueño. La figura con la capa al fondo de la plaza de Ávila, con los ojos oscuros y antiguos, mirando al muchacho del sambenito con una promesa que era un pacto que era una condena. El hombre que había transformado a Damián. El hombre que Damián decía haber matado en 1620.

Si Don Rodrigo estaba vivo — si había sobrevivido a lo que fuera que Damián le hubiera hecho hacía doscientos años —, entonces el hombre que había creado al vampiro que Leonor amaba estaba de vuelta. Y estaba con Seraphina. Y juntos habían quemado el jardín más grande de Europa, capturado a Lady Ashworth-Vane, y enviado una rosa muerta a su puerta como declaración de intenciones.

Leonor guardó la nota en el bolsillo del delantal. No se la enseñó a Héctor. No se la enseñaría a Damián hasta tener tiempo de pensar — no porque fuera a ir a Blackwood Hall sola, porque no era idiota y las trampas de Seraphina tenían la sutileza de un cepo envuelto en seda, sino porque el nombre de Don Rodrigo había activado algo que necesitaba procesar antes de compartirlo.

En el Sueño de Sangre — el que compartía con Damián sin necesidad de sangre, el vínculo sin precedentes que la Cofradía no sabía explicar —, Leonor había visto al joven Damián arrastrado hacia una hoguera y a Don Rodrigo observando desde las sombras. Había visto el pacto: *te sacaré de aquí, pero lo que te dé a cambio te cambiará para siempre*. Había sentido, con la claridad vicaria del

sueño compartido, el momento exacto en que un hombre de treinta y tres años decidió que la inmortalidad era mejor que la hoguera y dijo que sí a algo que no entendía.

Y ahora Don Rodrigo había vuelto.

No como un fantasma del pasado. Como una amenaza del presente. Un hombre — un vampiro — que había creado a Damián y que ahora quería destruir lo que Damián había construido: las rosas, la Cofradía, el frágil equilibrio entre la sed y la civilización.

Leonor tocó la nota en el bolsillo. El papel crujió contra sus dedos como una hoja seca.

Sabía que era una trampa. Sabía que ir a Blackwood Hall sola sería exactamente lo que Seraphina quería: aislarla, separarla de Damián, ponerla en una habitación con Don Rodrigo y dejar que el hombre que había destruido la vida de Damián hace trescientos años le contara su versión de la historia.

Pero también sabía algo más: que las preguntas que no se hacen son más peligrosas que las respuestas que se temen. Y que un hombre que vuelve de entre los muertos después de doscientos años no lo hace por nostalgia.

Lo hace por venganza.

Y la venganza, como las rosas, necesita sangre para crecer.

Capítulo 15

El fantasma de Castilla

Damián volvió a las tres de la madrugada con sangre en la camisa que no era suya y una expresión que Leonor, después de meses de aprender a leer su cara como se lee un mapa de terreno difícil, identificó como derrota disfrazada de control.

No le preguntó de quién era la sangre. No le preguntó dónde había estado. Le dejó quitarse la levita manchada, lavarse las manos en la palangana del vestidor, cambiarse la camisa en silencio. Y cuando se sentó en la butaca del estudio con la taza de elixir entre las manos y el cansancio de tres siglos cayéndole sobre los hombros como una capa de plomo, Leonor sacó la nota de Seraphina del bolsillo del delantal y la puso sobre el escritorio.

—Explícame quién es Don Rodrigo — dijo.

La taza se detuvo a medio camino de su boca. El líquido carmesí tembló en el borde de la porcelana como un lago antes de un terremoto.

—¿Dónde has conseguido eso?

—Seraphina me lo envió. Con una rosa negra. Hace dos días.

—¿Hace dos días?

—Hace dos días. No te lo dije antes porque estabas fuera cazando Espinos por los muelles y porque necesitaba tiempo para decidir cómo preguntarte algo que llevas ocultándome desde antes de nuestra boda.

El silencio que siguió fue del tipo que precede a los terremotos: denso, cargado, con una presión que se acumulaba en las paredes del estudio como vapor en una caldera. Damián dejó la taza en el escritorio. Los ojos de ámbar estaban fijos en la nota con la intensidad de un hombre que mira algo que podría matarlo.

—¿Qué más te ha dicho Seraphina?

—Seraphina no me ha dicho nada más. Pero Héctor sí.

El segundo terremoto fue visible. Le cruzó la cara como una grieta cruza un muro: desde la mandíbula hasta la frente, pasando por los ojos que se cerraron un instante — un parpadeo que era rendición — y que se abrieron con algo que Leonor no le había visto nunca: miedo. No el miedo contenido de un hombre que controla todo lo que siente. Miedo desnudo, sin control, el miedo de alguien que sabe que lo han descubierto.

—¿Qué te ha contado Héctor?

—Todo. La Entrega. El coste. Mi sangre antigua. Y el hecho de que me elegiste por ella antes de saber que me querrías después.

Leonor no alzó la voz. No necesitaba alzarla — la precisión de las frases, cortadas como diamantes, hacía más daño que cualquier grito. Se quedó de pie frente a él, con el delantal manchado de sustrato y las manos a los costados y la postura de una mujer que ha ordenado los hechos en su cabeza durante dos días y que ahora los presenta con la claridad implacable de un fiscal.

—Leonor...

—No. No «Leonor» con esa voz. No me hables con la voz de alguien que intenta calmarme porque no estoy alterada. Estoy furiosa. Que es distinto, y que tú, con tres siglos de experiencia en emociones humanas, deberías saber diferenciar.

—Tenía mis razones...

—Tus razones. — La palabra le salió afilada, con un filo que cortaba el aire del estudio como una espina corta la piel —. Tus razones para ocultarme que mi sangre era la mitad de la ecuación que buscabas cuando te presentaste en Wiltshire con tu oferta de caballero generoso. Tus razones para no contarme que la Entrega de la Rosa me cambiaría para siempre. Tus razones para dejar que me enamorara de ti sin saber que parte de lo que te atraía de mí era un componente biológico de mi linaje que ni yo conocía. — Respiró —. ¿He olvidado algo?

—La parte en la que me enamoré de ti — dijo Damián, y la voz le salió raspada, con la textura de algo que se ha usado demasiado y que amenaza con romperse —. Esa parte no estaba en el plan. Esa parte lo destruyó.

—¡Me casé contigo creyendo que era un trato de negocios!

—Lo era.

—¡Ya no lo es y lo sabes! — La voz le subió sin permiso, sin el control que Leonor mantenía siempre como un corsé emocional que la sostenía erguida. El corsé se rompió —. No me protejas ocultándome la verdad. Eso es exactamente lo que hacen los héroes estúpidos de las novelas góticas malas, y mi marido es muchas cosas pero no es un cliché.

La frase rebotó en las paredes del estudio. Damián la miró con una expresión que era dolor y admiración y vergüenza trenzados en una sola mirada, y Leonor pensó que si algún día escribía esta escena en una novela, nadie creería que un hombre pudiera contener tantas emociones en una sola cara sin que la cara se rompiera.

—Don Rodrigo — dijo Leonor, bajando la voz no por calma sino porque la garganta se le había cerrado de la fuerza del grito anterior —. Cuéntamelo. Todo. No la versión editada para proteger mi sensibilidad. La verdad.

Damián se levantó de la butaca. Se acercó a la ventana — cerrada, como siempre, con las cortinas echadas contra una noche de diciembre que no necesitaba cortinas para ser oscura. Se quedó de pie con la espalda hacia ella, y Leonor vio lo que la espalda decía cuando la cara no podía: tensión en los hombros, rigidez en la columna, las manos cerradas a los costados con los nudillos blancos.

—Don Rodrigo de Ávila — dijo, y el nombre le salió en castellano, con el acento de la Meseta que normalmente controlaba y que esta noche dejó salir sin filtro, como sangre de una herida que se ha reabierto —. Lo conocí en la cárcel de la Inquisición. No era un prisionero. Era un visitante. Tenía permiso de los inquisidores para entrar y salir — no sé cómo lo consiguió, no quiero saber qué les

hizo, pero entraba en los calabozos como quien entra en un mercado: a elegir.

—¿A elegir?

—A elegir a quién transformar. — Se volvió. Los ojos de ámbar estaban oscurecidos por algo que no era la sed ni el cansancio sino algo más viejo: vergüenza. La vergüenza antigua, mineral, de un secreto que lleva tres siglos pudriéndose bajo la superficie —. Don Rodrigo me eligió. No me rescató. Me compró. Como se compra un caballo o un esclavo o un mueble que uno necesita. Fue al calabozo, me miró, evaluó lo que vio — joven, fuerte, con un linaje de converso que le interesaba por razones que no me explicó —, y me ofreció la salida.

—La transformación.

—Me ofreció más que eso. — La pausa fue larga, y Leonor la dejó existir porque entendía que lo que vendría después costaba más que cualquier cosa que Damián le hubiera dicho hasta ahora —. Me ofreció poder. Eternidad. Libertad de la Inquisición, de la pobreza, de la muerte. Me dijo que lo que yo era — un converso acusado de herejía, un hombre sin futuro, un condenado a la hoguera — podía convertirse en algo más. Algo mejor. Algo que nunca moriría.

—Y dijiste que sí.

—Dije que sí. — Las dos palabras cayeron en el estudio como piedras en un pozo sin fondo —. No me arrastró. No me forzó. Me ofreció la inmortalidad y yo la acepté porque tenía treinta y tres años y me iban a quemar vivo y la alternativa era el fuego. Pero la alternativa no era solo el fuego. La alternativa era morir como un hombre o vivir como... otra cosa. Y elegí vivir. — La voz se le quebró —. Elegí vivir, Leonor. Voluntariamente. Con ambición. Con la arrogancia de un joven que creía que la eternidad era un regalo y no una condena.

El silencio del estudio fue tan completo que Leonor oyó la cera de la vela derretirse en el candelabro — un goteo suave, regular, el

único reloj que funcionaba en una habitación donde el tiempo se había detenido.

—Has cargado con esa culpa tres siglos — dijo.

—He cargado con la vergüenza de haber dicho que sí. De no haber sido una víctima inocente. De haber querido lo que me ofrecían antes de entender lo que significaba. — Los ojos se le llenaron de algo que no eran lágrimas — los vampiros no lloran, le había dicho una noche; la transformación seca los conductos; es una de las cosas que se pierden — pero que se parecía tanto que la diferencia era crueldad —. Don Rodrigo me sedujo. No sexualmente. Intelectualmente. Me prometió que el mundo era más grande de lo que la Inquisición me dejaba ver, y tenía razón. Y me prometió que nunca volvería a tener miedo, y en eso mintió. Porque he tenido miedo cada día de estos trescientos años. Miedo de lo que soy. Miedo de la sed. Y ahora miedo de perderte porque te he ocultado la parte de mi historia que me hace menos héroe y más cobarde.

Leonor lo escuchó. Dejó que las palabras se depositaran en el aire del estudio como polvo que cae después de un derrumbe: despacio, en silencio, cubriendo todo con una capa fina de verdad que cambiaba el color de las cosas sin cambiar su forma.

Lo miró. Al hombre que había sido un muchacho en un calabozo de Ávila, que había aceptado un trato con un monstruo porque la alternativa era el fuego, que había cargado con la vergüenza de esa aceptación durante tres siglos como quien carga una piedra atada al cuello y que nunca, en trescientos años, había encontrado a nadie a quien contárselo sin esperar que lo juzgaran.

—Tenías treinta y tres años — dijo Leonor — y te ofrecieron la inmortalidad.

—Sí.

—Yo tengo veinticuatro y me ofreciste pagar las deudas de mi padre. — Le sostuvo la mirada —. Los dos aceptamos tratos con el diablo por desesperación. La diferencia es que yo no voy a pasarme tres siglos sintiéndome culpable por ello.

La frase le quitó algo de los hombros. Leonor lo vio: un aflojamiento de la tensión, una fracción de centímetro en la postura, como si alguien hubiera cortado uno de los hilos que lo mantenían erguido por obligación en lugar de por voluntad.

—¿No me juzgas?

—Te juzgo por lo que has hecho con la eternidad, no por cómo la conseguiste. Has pasado tres siglos eligiendo las rosas en lugar de la sangre, el piano en lugar del silencio, y a una botánica con opiniones en lugar de la obediencia. Eso no es cobardía. Es lo contrario de cobardía. Es valentía lenta. La que no se ve porque no tiene público.

—Leonor...

—Pero — le cortó, porque la ternura no anulaba la furia y la furia no anulaba la ternura, y Leonor era lo bastante compleja para sentir las dos a la vez y lo bastante honesta para expresar ambas — si vuelves a ocultarme algo que afecta a mi vida, a mi cuerpo, o a mis decisiones, me iré de esta casa con el microscopio bajo el brazo y no volveré. ¿Está claro?

—Está claro.

—¿Don Rodrigo está vivo?

—No debería estarlo. Lo maté en 1620. Le clavé una estaca de endrino en el corazón y quemé su cuerpo en una pira. Vi cómo ardía. — La mandíbula se le apretó —. Pero Ashworth-Vane lo vio en los Pirineos. Y Seraphina lo nombra como si fuera un invitado a cenar y no un cadáver de doscientos años.

—Entonces volvió. Como tú volviste de la hoguera de Ávila. Alguien lo sacó.

—Alguien lo reconstruyó. Los vampiros ancestrales... los que llevan milenios... tienen capacidades que el resto no entendemos. Si uno de los Dormidos despertó lo suficiente para regenerar a Don Rodrigo a partir de cenizas...

—Entonces los Dormidos ya están despertando.

La implicación cayó sobre el estudio como un bloque de piedra. Si los Inmortales Dormidos bajo Roma, Praga y Estambul se estaban

agitando — si la muerte de las rosas estaba aflojando el vínculo que los mantenía en hibernación lo suficiente para que uno de ellos pudiera actuar —, entonces la cuenta atrás no era de semanas. Era de días.

—Necesito más tiempo — dijo Leonor —. Los híbridos funcionan pero son lentos. Si pudiera encontrar la Rosa Prima...

—La Rosa Prima puede estar en cualquier lugar de los Pirineos. O puede no existir. Un sueño no es un mapa.

—Mi sueño te mostró Ávila con detalles que no me habías contado. Mi sueño me mostró un jardín que los registros confirman que existió. Si me he equivocado en algo hasta ahora, me lo dices.

No se lo dijo. No podía.

La discusión se apagó. No con una resolución limpia ni con un abrazo conciliador — se apagó como se apagan los fuegos que han quemado lo que tenían que quemar: dejando brasas, dejando calor, dejando ceniza que todavía arde si la tocas.

Leonor estaba de pie junto al escritorio. Damián estaba de pie junto a la ventana. La distancia entre los dos era de tres metros, y en esos tres metros cabía todo lo que se habían dicho y todo lo que no — la vergüenza de él, la furia de ella, la verdad de ambos, y debajo de todo, como una raíz que no se rompe aunque la tormenta arranque el árbol, lo que sentían el uno por el otro.

—Ven aquí — dijo Damián.

Esta vez fue él quien lo dijo. Con la voz rota. Con las manos abiertas a los costados, vacías, sin control ni contención ni nada que no fuera la necesidad desnuda de tocarla después de días sin hacerlo y de una pelea que le había arrancado la última capa de protección.

Leonor cruzó los tres metros. No despacio — los cruzó con la misma velocidad con la que cruzaba el invernadero cuando una rosa se marchitaba: con urgencia, con las manos por delante, con la certeza de que lo que tenía delante necesitaba atención ahora y no después.

Se besaron con la boca abierta y la honestidad de dos personas que acaban de gritarse la verdad y que descubren que la verdad, cuando se grita, deja la garganta expuesta y la piel sensible y el cuerpo hambriento de algo que no es comida ni elixir sino contacto. El beso tuvo el sabor de la pelea — sal, adrenalina, el fondo metálico del elixir en la boca de él — y la textura de la reconciliación: más desesperado que los anteriores, más deshecho, sin la arquitectura cuidadosa de los besos de Vauxhall. Este era un beso construido con escombros.

Subieron al dormitorio. O llegaron al dormitorio — Leonor no recordaría después cómo, si por la escalera o por las paredes o por el aire, porque el trayecto fue un borrón de manos y bocas y la incapacidad física de separarse más de un centímetro. La puerta se cerró. La oscuridad los recibió.

Esta vez fue diferente. Todo fue diferente — la velocidad, la honestidad, la cantidad de control que Damián soltó y que Leonor no pidió pero aceptó con las manos abiertas. Lo que la primera noche había sido deliberado y contenido, esta fue urgente y crudo: las manos de él en su cintura sin la precaución de quien maneja algo frágil sino con la presión de quien necesita sostener algo que se le escapa; las manos de ella en su espalda, en sus hombros, en la cicatriz del costado que le había contado era de una espada del siglo XVII y que bajo sus dedos se sentía como un mapa en relieve de todo lo que había sobrevivido.

En la oscuridad, los ojos de Damián eran oro. No el ámbar contenido de las noches en el estudio — oro puro, fundido, con las pupilas dilatadas hasta tragarse el iris. Los colmillos estaban extendidos. Leonor los vio cuando él le besó el cuello — el filo blanco contra la piel, la presión que no cortaba pero que prometía, que preguntaba, que esperaba.

No la mordió.

Pero no se apartó. Por primera vez en todo el tiempo que llevaban juntos — en todas las noches, en todos los besos, en todos los momentos en que el deseo y la sed se trenzaban en su cuerpo

como dos corrientes de un mismo río —, Damián no se apartó. Le sostuvo la garganta con la boca, con los labios cerrados sobre el pulso y los colmillos posados contra la piel como una pregunta escrita en un idioma que los dos entendían y que ninguno pronunciaba.

La pregunta quedó ahí. Suspendida entre sus cuerpos, entre la piel de ella y los colmillos de él, entre lo que podían hacer y lo que todavía no se atrevían.

Después, en la quietud, con las sábanas revueltas y el frío de él mezclado con el calor de ella y la oscuridad del dormitorio envolviendo todo como una manta que no juzga, Leonor le pasó los dedos por la cara.

—¿Don Rodrigo te prometió que nunca volverías a tener miedo?

—Sí.

—Te mintió.

—Lo sé.

—Pero yo no te voy a mentir. — Le sostuvo la cara entre las manos. Fría. Siempre fría, excepto donde ella la tocaba, excepto donde el calor de sus palmas creaba islas de temperatura sobre la piedra de su piel —. Voy a encontrar la Rosa Prima. Voy a salvar las rosas. Y si Don Rodrigo viene a buscarte, va a tener que pasar por mí.

—Eso es exactamente lo que me aterroriza.

—Bien. El miedo te mantiene honesto. Y la honestidad te mantiene humano. Y la humanidad mantiene vivas las rosas.

Durmieron. Leonor durmió; Damián se quedó inmóvil con ella sobre el pecho, con los ojos abiertos mirando el techo, con los colmillos retrayéndose despacio como las espinas de una rosa que se cierra cuando la noche es demasiado fría.

Y soñaron.

El sueño fue el mismo para los dos.

Un salón. Leonor lo reconoció con la precisión del Sueño de Sangre, que le daba a cada detalle la nitidez de una lámina grabada: las paredes de roble oscuro, los retratos isabelinos, las chimeneas de piedra con los dragones tallados en las jambas. Blackwood Hall. El salón principal de Blackwood Hall, donde meses atrás — ¿meses? ¿siglos? el tiempo en los sueños no se medía igual — había cenado rodeada de vampiros que fingían comer y humanos que no sabían que fingían.

Seraphina estaba de pie junto a la chimenea, con un vestido negro que absorbía la luz y un collar de rubíes que la devolvía. A su lado, sentado en una butaca de cuero con la calma de quien no tiene prisa porque no tiene límite, un hombre.

El hombre del sueño de Ávila. Pero distinto.

La figura oscura de la plaza tenía una capa y un sombrero y la silueta de alguien que se esconde. Este hombre no se escondía. Este hombre exhibía. Vestía ropas modernas — levita oscura, chaleco de seda, corbatín impecable — con la elegancia de alguien que ha visto la moda cambiar doscientas veces y que ha aprendido a llevar cada versión como si la hubiera inventado. Pelo negro, peinado hacia atrás. Piel del color de la cera vieja. Y ojos que no eran ámbar ni dorados sino negros — negros como pozos, como tinta, como la ausencia de luz en un lugar donde la luz ha decidido no entrar.

Don Rodrigo de Ávila.

Miró a la cámara del sueño. Los miró a los dos — a Leonor y a Damián, que en el Sueño de Sangre compartían la visión como se comparte un par de ojos, viendo lo mismo desde el mismo ángulo, sintiendo el mismo frío que emanaba de la figura del sillón como un invierno portátil.

Sonrió.

Los dientes eran blancos, regulares, con los colmillos extendidos en una sonrisa que no era una sonrisa sino una declaración: *estoy aquí, estoy vivo, y sé que me estáis viendo*. La sonrisa de un hombre que ha vuelto de la muerte — o de algo peor que la muerte — y que quiere que el mundo lo sepa.

Dijo una sola palabra.

Pronto.

Leonor se despertó. Damián estaba sentado en la cama a su lado, con los ojos abiertos y la mandíbula apretada y la misma palabra en los labios como un eco que no se apaga.

—Lo has visto — dijo Leonor.

—Lo he visto.

—Es él.

—Es él.

El amanecer gris de diciembre se filtraba por las cortinas. Londres despertaba abajo con su ruido de carruajes y su olor a carbón y su ignorancia de que debajo de sus iglesias y sus calles y sus casas de Mayfair, algo que llevaba doscientos años muerto acababa de sonreír y de decir «pronto» con la confianza de quien tiene un plan y el tiempo del mundo para ejecutarlo.

—Pronto — repitió Leonor, y la palabra le supo a hierro en la lengua.

—Pronto — dijo Damián.

Y la carrera empezó.

Capítulo 16

Navidad sin sol

La Navidad de 1816 llegó a Londres sin nieve, sin sol y sin ninguna de las cosas que los almanaques asociaban a diciembre excepto el frío — un frío húmedo, gris, persistente, que se metía en los huesos como agua en una grieta y que la gente de la calle soportaba con el estoicismo de quien lleva seis meses sin ver el cielo y ha dejado de esperarlo.

Las tiendas de Bond Street habían puesto sus escaparates navideños con el entusiasmo de quien sabe que el comercio no puede permitirse el mismo desánimo que el clima. Guirnaldas de acebo y muérdago colgaban sobre puertas que abrían a tiendas medio vacías, porque las cosechas habían fallado por tercer año consecutivo y el precio del pan se había triplicado y la gente que solía comprar guantes de seda para regalar ahora compraba harina para comer. Los disturbios del campo habían llegado a las afueras de Londres: granjas quemadas en Kent, motines de pan en Nottingham, una tensión social que la prensa llamaba «descontento» y que los que la vivían llamaban hambre.

El paralelo no se le escapó a Leonor. Dos crisis superpuestas: una visible — el Año Sin Verano, las cosechas muertas, una nación que se quedaba sin comida — y otra invisible — las rosas muriendo bajo las iglesias de Europa, una especie que se quedaba sin la sustancia que la separaba de la monstruosidad. La misma causa profunda: un sol que no calentaba, un cielo que no dejaba pasar la luz, y todo lo que dependía de esa luz marchitándose por falta de lo que necesitaba para crecer.

Damián organizó una cena de Navidad.

Lo hizo con la torpeza conmovedora de un hombre que no celebra la Navidad desde el siglo XVI y que ha decidido celebrarla ahora no porque le importe el nacimiento de Cristo — le importaba,

o le había importado; trescientos años cambian la relación con la fe como cambian la relación con todo lo demás — sino porque Leonor necesitaba algo que no fuera rosas y crisis y vampiros y miedo. Necesitaba normalidad. Y Damián, que no era normal, que no sería normal nunca, que era la antítesis andante de la normalidad, decidió fabricarla como se fabrica un decorado de teatro: con precisión, con esfuerzo, y con la esperanza de que la ilusión fuera lo bastante buena para pasar por real.

Invitó a Charlotte y a su marido, el vicario Thomas Whitfield, que era exactamente lo que uno esperaría de un vicario que se ha casado con la hermana de una marquesa: rubicundo, amable, incapaz de decir algo que no fuera correcto y, por lo tanto, incapaz de decir nada interesante. Invitó a Sir Edmund Ashworth, porque Leonor amaba a su padre a pesar del desastre financiero que era, y porque la Navidad sin familia era un concepto que Damián, huérfano desde 1525, entendía con la precisión dolorosa de quien lleva tres siglos echándola de menos.

La mesa estaba puesta con una perfección que delataba a Héctor: mantel de damasco blanco, porcelana de Sèvres con borde dorado, cristalería de Bohemia que refractaba la luz de los candelabros en arcoíris diminutos sobre los platos. Pavo, budín de Navidad, ostras, cordero asado con salsa de menta, cuatro tipos de vino y un ponche caliente que humeaba en una sopera de plata. Todo para cuatro personas que iban a comer y una que no.

Damián fingió.

Lo hizo con la destreza de trescientos años de práctica — cortó la carne, la llevó al tenedor, la llevó a la boca, masticó con la mandíbula moviéndose en los intervalos correctos, y tragó algo que para él era como tragar aire con textura. Leonor lo observó desde el otro lado de la mesa con una mezcla de ternura y desolación: la ternura de ver a un hombre hacer algo que le repugnaba por amor, la desolación de saber que este esfuerzo — la cena, la mesa, el pavo, la normalidad entera — era un decorado que se desmontaría a medianoche cuando los invitados se fueran y quedaran los dos solos en una casa que olía a rosas sobrenaturales y a secretos.

Charlotte estaba radiante. El embarazo le había puesto un brillo en la piel que hacía innecesarias las velas, y la felicidad doméstica — la casa del vicario, el jardín con rosas normales, las tardes de bordado que Leonor habría encontrado insoportables pero que Charlotte encontraba reconfortantes — le había dado una serenidad que su hermana mayor le envidiaba con la envidia limpia de quien no quiere lo que el otro tiene pero sí quiere la facilidad con que lo tiene.

—La casa es preciosa — dijo Charlotte, mirando el comedor con la aprobación de una mujer que sabe lo que cuesta una cortina de damasco —. Aunque necesitáis más servicio. Héctor no puede solo.

—Héctor puede con todo — dijo Leonor.

—Héctor es un hombre, no una legión romana. ¿Y dónde está Marta? No la he visto.

—Marta tiene la noche libre.

—¿La noche libre en Nochebuena? ¿Qué clase de servicio tiene noche libre en Nochebuena?

—El que trabaja para mi marido — dijo Leonor, y la frase cerró la conversación con la autoridad suave de quien no va a dar más explicaciones.

Thomas Whitfield contribuyó a la velada con observaciones sobre el sermón de Navidad que había preparado — tema: la esperanza en tiempos de escasez, subtema: el deber cristiano de compartir con los necesitados, sub-subtema: su colección personal de citas bíblicas que nadie había pedido — y Damián lo escuchó con la paciencia de un hombre que ha sobrevivido a la Inquisición y que por lo tanto puede sobrevivir a un vicario.

—¿Y usted, Lord Ravenscar? — preguntó Thomas, con la jovialidad del que busca conversación —. ¿Celebraban la Navidad de forma distinta en España?

La pregunta tenía una profundidad que Thomas no sospechaba. Damián la recibió con un parpadeo que duró medio segundo más de lo necesario — el tiempo justo para recalibrar trescientos años de

Navidades en una respuesta que no revelara que las recordaba todas.

—En España la Navidad era más austera — dijo, con la voz medida que usaba en sociedad —. Menos pavo, más liturgia. Pero el ponche caliente es universal.

—Qué razón tiene. ¿Más ponche?

Damián aceptó el ponche. No lo bebió. Lo sostuvo en la mano con la habilidad de un hombre que lleva tres siglos sosteniendo vasos que no piensa vaciar.

Después de la cena, Charlotte se llevó a Leonor a un aparte en el saloncito contiguo. El pretexto fue «ver las cortinas nuevas»; el objetivo real fue el que siempre tenían los apartes de Charlotte: obtener información.

—Tu marido — dijo Charlotte, sin preámbulos, con la eficiencia de una mujer que tiene el tiempo limitado por un vicario que querrá irse a las diez.

—¿Qué pasa con mi marido?

—Te mira como si fueras la última vela en una habitación a oscuras. — Charlotte la miró con los ojos que compartían, grises y directos y con la capacidad genética de los Ashworth de ver lo que otros prefieren que no se vea —. Sea lo que sea que tienes, Leonor, no lo sueltes.

—No pienso soltarlo.

—No me refiero a él. Me refiero a lo que haces que él sea cuando te mira así. — Charlotte le tomó la mano. Los dedos estaban calientes — calientes como los de cualquier persona viva, calientes como Leonor había sido antes de acostumbrarse al frío de Damián hasta el punto de que la temperatura normal le parecía ahora excesiva —. Estás distinta, hermanita. No sé qué ha pasado en esta casa, pero sea lo que sea, te ha cambiado. Estás más... — buscó la palabra — entera.

La palabra le dolió de una forma que Charlotte no podía saber. Entera. Leonor estaba más entera porque las piezas que le faltaban

— la ciencia que nadie tomaba en serio, la escritura que nadie leía, la necesidad de ser útil para algo más grande que una cena de Navidad — las había encontrado en un invernadero subterráneo, entre rosas que bebían sangre y un hombre que llevaba tres siglos esperándola sin saberlo.

En el comedor, Sir Edmund estaba borracho.

No era una novedad. Sir Edmund Ashworth había sido borracho antes de ser padre, antes de ser barón, probablemente antes de ser adulto. La diferencia entre Sir Edmund borracho en Wiltshire y Sir Edmund borracho en la mesa de un marqués era la cantidad de cristalería de Bohemia en riesgo.

Damián lo encontró en el pasillo entre el comedor y el salón, apoyado contra la pared con la dignidad que le quedaba, que no era mucha.

—Ravenscar.

—Sir Edmund.

—Sé que hay algo raro en usted.

La frase cortó el aire del pasillo como una vela mal apagada que suelta una columna de humo. Damián se detuvo. Sir Edmund lo miraba con los ojos inyectados de un hombre que ha bebido demasiado ponche y que, por una vez, ha dejado que el alcohol le quite el filtro que la cobardía le ponía cuando estaba sobrio.

—Un hombre no paga las deudas de un desconocido sin motivo — continuó Sir Edmund, con la lógica impecable que los borrachos exhiben justo antes de perder la coherencia —. Pagó usted todo. Cada libra. Cada chelín de cada acreedor que yo había acumulado en veinte años de ser un desastre. Y después se casó con mi hija, que no tiene dote, que no tiene título, que no tiene nada que ofrecer a un marqués excepto opiniones y libros de plantas. — Se balanceó —. ¿Por qué?

La pregunta era la misma que Leonor le había hecho en Wiltshire meses atrás. La misma que Héctor le había respondido en el invernadero semanas atrás. La misma que Damián se hacía cada

noche cuando la miraba dormir sobre su pecho sin latido y se preguntaba si merecía lo que tenía.

—Mi motivo es su hija, Sir Edmund — dijo, y la respuesta fue la única verdad que podía ofrecer a un hombre que no sabía lo que era y que no podía saberlo —. Es la persona más extraordinaria que he conocido en mi vida.

La frase le salió sin la contención habitual. Sin la cortesía medida, sin el filtro de tres siglos de control, sin nada entre lo que sentía y lo que dijo excepto el aire del pasillo que los separaba. Y Sir Edmund, borracho, patético, ruinoso, con el chaleco manchado de ponche y los ojos acuosos de un hombre que sabe que ha fracasado en todo lo que importaba — Sir Edmund lo miró y lloró.

No fue un llanto dramático. Fueron lágrimas de borracho: las que caen porque el alcohol ha abierto la compuerta que la sobriedad mantiene cerrada, y lo que sale no es tristeza nueva sino tristeza vieja que llevaba años pudriéndose detrás de la puerta. Lloró por las deudas. Por la finca. Por Charlotte embarazada y Leonor casada con un extraño y él mismo incapaz de haber sido el padre que sus hijas merecían.

—Cuídela — dijo, con la voz de un hombre que delega una responsabilidad que debería haber sido suya —. Es lo mejor que he hecho. Lo único bueno.

—La cuido — dijo Damián —. Con todo lo que soy.

Sir Edmund no sabía lo que eso significaba. Damián sí. Y la promesa pesó en el pasillo como piedra en un pozo.

La noche de Navidad terminó con villancicos que Charlotte cantó con su voz de soprano ligeramente desafinada y que Thomas acompañó con un entusiasmo que compensaba su falta de talento. Damián no cantó. Leonor tampoco. Se sentaron juntos en el sofá del salón, con las piernas rozándose debajo de la manta que Héctor había dejado sobre el respaldo, y escucharon a la familia de Leonor celebrar una Navidad que no sabía que era la última de su mundo tal como lo conocían.

A las diez, los invitados se fueron. Charlotte besó a Leonor en ambas mejillas. Thomas le estrechó la mano a Damián con la firmeza de un hombre que ha decidido que su cuñado es excéntrico pero aceptable. Sir Edmund se subió al carruaje con la ayuda de Héctor, que lo manejó con la eficiencia de alguien que ha cargado borrachos más pesados y más nobles.

La puerta se cerró.

La casa quedó en silencio.

Leonor se sentó en el estudio. Damián se sentó frente a ella. La chimenea ardía. Las velas se consumían. Y la normalidad que habían construido durante cuatro horas se deshizo como se deshacen los decorados de teatro: en silencio, pieza a pieza, dejando al descubierto la estructura desnuda que había debajo.

—Quedan seis semanas de elixir — dijo Leonor, porque la ciencia no se tomaba vacaciones y la cuenta atrás no se detenía por Navidad —. Los híbridos necesitan tres meses más para producir suficiente. Los números no cuadran.

—Lo sé.

—Héctor me ha dicho que los Espinos han destruido Venecia. Solo quedamos nosotros.

—Lo sé.

—Y las criptas de Roma se agitan. Los Dormidos...

—Lo sé, Leonor. — La voz de Damián tenía la textura del agotamiento: un cansancio que no era físico sino existencial, el de un hombre que lleva semanas luchando en dos frentes y que acaba de pasar una velada fingiendo que come pavo —. Lo sé todo. Lo que no sé es cómo resolverlo.

—La Rosa Prima.

—Un sueño.

—Un sueño que me ha dado datos que se han confirmado cada vez. — Se inclinó hacia delante en la butaca. Las manos en las rodillas, los ojos grises encendidos con la luz de la chimenea y con algo más: la obstinación de una mujer que no acepta ecuaciones sin

solución —. Si la Rosa Prima existe, si puedo encontrarla, un solo injerto de la madre en nuestros híbridos los haría autosuficientes. No necesitarían riego de sangre. Se alimentarían de las raíces de la original. Producción ilimitada. Fin de la crisis.

—¿Y si no existe?

—Entonces necesitaremos la Entrega. Mi sangre y la tuya. El catalizador completo.

El silencio que siguió fue el de dos personas que saben lo que la otra está pensando y que no quieren ser las primeras en decirlo.

—No esta noche — dijo Damián —. Esta noche es Navidad.

—Esta noche es Navidad — concedió Leonor.

Se levantó. Fue al escritorio — el escritorio donde guardaba el cuaderno, la podadera, los frascos de muestras, y todo lo demás que componía el inventario de su vida en Half Moon Street — y sacó algo del cajón.

Era pequeño. Cabía en la palma de la mano. Envuelto en un pañuelo de seda que había sido de su madre — la misma seda del vestido de Vauxhall, el mismo marfil, cortado y cosido por las manos de Leonor en la mesa del invernadero entre dos injertos y una muestra de sangre.

—Feliz Navidad — dijo.

Damián tomó el paquete. Lo abrió con la delicadeza de dedos que saben que lo frágil no se toca con prisa. La seda se desplegó. Y dentro, sobre el marfil, un retrato en miniatura.

Leonor lo había pintado en las horas muertas — las pocas que existían entre el invernadero y la cama, entre las rosas y el sueño, en esos momentos de madrugada donde el cansancio es tan grande que las manos hacen lo que quieren sin pedir permiso a la cabeza. Acuarela sobre marfil, del tamaño de una medalla. El retrato era Damián.

Pero no Damián como aparecía — no la palidez cuidadosamente humana, no la contención, no la máscara de aristocracia Regency que se ponía cada atardecer como otros se ponían el corbatín. Era

Damián como Leonor lo veía. Con el ámbar de los ojos encendido hasta el dorado. Con las sombras de la cara revelando la arquitectura antigua — los pómulos de castellano, la mandíbula de quien ha sobrevivido a la Inquisición y a la eternidad. Con una expresión que no era la que él mostraba al mundo sino la que le mostraba a ella en las noches del estudio, cuando el control se aflojaba y debajo aparecía el hombre: vulnerable, luminoso, antiguo, hermoso de una forma que no era del todo humana y que era, precisamente por eso, más hermosa.

Damián lo sostuvo.

Lo sostuvo durante un tiempo que Leonor no midió porque medir habría sido romper lo que estaba pasando — un hombre de trescientos años mirando su propio rostro pintado por alguien que lo veía de verdad, quizá por primera vez, quizá la única vez, con los ojos que ven lo que está debajo de la superficie y lo traen a la luz.

—Nadie me ha visto así desde que era mortal — dijo, y la voz le salió con la textura del cristal fino: transparente, frágil, a punto de romperse si la tocabas con demasiada fuerza.

—Quizá nadie te había mirado bien.

Damián levantó los ojos del retrato. La miró a ella. Y en esa mirada — en la transición del marfil pintado a la mujer que lo había pintado — Leonor vio algo que reconoció porque lo había visto en el microscopio, en las rosas, en los filamentos luminosos de la sangre que alimentaba las flores: vida. No la vida biológica que le faltaba — el corazón parado, los pulmones inmóviles, la sangre que no circulaba. Otra vida. La que se enciende cuando alguien te ve como eres y no se aparta.

Le besó la frente. Los labios fríos sobre la piel caliente de Leonor, en el punto exacto donde el pelo empezaba y el pensamiento terminaba. El gesto fue breve, tierno, con la contención de un hombre que sabe que la ternura, cuando llega después de siglos de sequía, puede ser más devastadora que la pasión.

—Feliz Navidad — dijo, con el retrato todavía en la mano.

Fuera, Londres dormía bajo su cielo sin estrellas. Las campanas de medianoche sonaron en alguna iglesia — St. Clement Danes, quizá, la iglesia bajo la cual se reunía la Cofradía y bajo la cual, en criptas más profundas que las que Leonor había visitado, cosas antiguas se agitaban en su sueño.

Pronto, había dicho Don Rodrigo en la visión.

Pronto.

Pero esta noche era Navidad, y el retrato estaba en la mano de Damián, y las rosas del invernadero seguían vivas, y la cuenta atrás seguía corriendo, y Leonor tenía seis semanas para hacer lo imposible.

Seis semanas. Cuarenta y dos días. Mil horas.

Le parecieron suficientes. Le parecieron una eternidad. Le parecieron lo que siempre parecen los plazos cuando tienes la obstinación de una botánica, el amor de un inmortal, y la certeza de que las rosas de alguien a quien quieres no se mueren mientras tú tengas manos para salvarlas.

ACTO TERCERO

La entrega

Capítulos 17–22

Capítulo 17

La emboscada

El cristal del invernadero estalló a las dos de la mañana.

No fue el sonido de algo que se rompe — fue el sonido de algo que se destroza con intención: el impacto concentrado, salvaje, de un cuerpo lanzado contra una estructura que no estaba diseñada para resistir el tipo de fuerza que solo produce algo que no es humano. La primera ventana reventó hacia dentro en una lluvia de esquirlas que cayeron sobre los rosales como granizo de cristal. La segunda siguió un segundo después, al otro extremo del invernadero, y el frío de la noche de enero entró por las dos brechas con la voracidad del agua que encuentra una grieta en un dique.

Leonor estaba en el bancal siete. Tenía las manos en un injerto — el vigésimo tercero de la semana, un cruce de damascena con Rosa de Sangre que llevaba cuatro días desarrollando un capullo del tamaño de una avellana y que necesitaba riego de sangre cada seis horas — y el sonido del cristal le llegó al cerebro medio segundo antes que las esquirlas. Se tiró al suelo. El instinto — no el de una dama Regency sino el de un animal que reconoce un peligro antes de entenderlo — le dobló las rodillas y le aplastó la cara contra la tierra húmeda del bancal, y los cristales le pasaron por encima con el zumbido de proyectiles de artillería miniatura.

Héctor gritó algo desde arriba. No un grito de pánico — un grito de alerta, militar, el tipo de grito que un hombre suelta cuando ha detectado al enemigo y necesita que los demás lo sepan. El sonido bajó por la escalera del sótano como una piedra rodando cuesta abajo: rápido, duro, inevitable.

Leonor levantó la cabeza. Por la primera ventana rota entró una figura.

No entró como entra una persona — cruzando el marco, evitando los cristales, con la lógica del cuerpo que sabe dónde poner los pies.

Entró como entra un animal: de un salto, aterrizando en cuclillas entre los rosales con una ligereza que desmentía la violencia de su entrada. Era un hombre. O lo había sido. Tenía los ojos abiertos de par en par — no ámbar, no dorados, sino rojos, de un rojo sucio que parecía sangre vieja vista a contraluz — y los colmillos extendidos del todo, asomando por debajo del labio superior con la obscenidad de algo que ya no se molesta en esconderse. La ropa estaba sucia, rota, con manchas que Leonor identificó con la parte del cerebro que funcionaba incluso en mitad del terror: sangre. Sangre humana. Fresca.

Un vampiro sin control. Un Espino.

El segundo entró por la otra ventana. Más grande, más lento, con la musculatura de un hombre que había sido fuerte antes de la transformación y que ahora era algo más que fuerte — era la versión destilada de la fuerza, toda función y nada de forma, como un arma que ha dejado de fingir que es una herramienta. Llevaba una estaca de endrino en la mano. La madera era negra, con un brillo aceitoso que la luz de la lámpara convertía en irisaciones de petróleo.

El tercero no entró. Todavía.

El primero miró los rosales. Los miró con una inteligencia que el frenesí de sus ojos desmentía — calculando, evaluando, decidiendo por dónde empezar la destrucción. Leonor entendió, con la claridad helada de un cerebro que procesa datos incluso cuando el cuerpo quiere huir: no habían venido a matarla. Habían venido a matar las rosas.

La destrucción de los injertos. La orden de Seraphina ejecutada por soldados de ojos rojos y colmillos sucios. Si destruían las plantas — los veintitrés injertos viables, los seis rosales originales que todavía producían elixir, el bancal entero de damascenas preparadas para el cruce siguiente — la cuenta atrás se acababa. No habría más híbridos. No habría más elixir. No habría nada entre la Cofradía y el caos excepto la sed y la oscuridad y el despertar de los Dormidos.

Damián cayó del techo.

No «bajó», no «descendió», no ninguno de los verbos que una persona normal usaría para describir el tránsito entre una planta superior y una inferior. Cayó. Como cae un halcón sobre una presa — vertical, silencioso hasta el último segundo, con una velocidad que el ojo humano registraba como un borrón y que el cerebro procesaba un instante después como un impacto. Aterrizó entre los dos Espinos con un golpe que hizo temblar el suelo del invernadero y que Leonor sintió en los huesos de las rodillas, todavía pegadas a la tierra.

Lo que siguió fue la primera vez que Leonor vio a Damián como lo que era.

No el aristocrática medido de Almack's. No el pianista melancólico del estudio. No el amante que se contenía en la oscuridad con el cuidado de quien maneja cristal de Bohemia. Lo que desplegó en el invernadero de Half Moon Street a las dos de la mañana de un enero sin luna fue otra cosa: la versión completa, sin filtro, sin contención, sin las capas de civilización que llevaba tres siglos poniéndose encima como abrigos sobre un cuerpo que no siente frío.

Era rápido. No rápido como un espadachín ni como un boxeador ni como ninguna de las comparaciones humanas que Leonor podría hacer — rápido como algo que no pertenece a las categorías de lo humano, que se mueve en un registro que los ojos no pueden seguir y que el cerebro traduce como: estaba aquí y ahora está allí y no he visto el tránsito. Le agarró el brazo al primer Espino y el crujido fue el de una rama que se parte — hueso, cartílago, algo que cedió bajo una presión que no admitía negociación. El Espino gritó. El grito no era humano: un chillido agudo, animal, con un fondo de metal raspado que le perforó los oídos a Leonor como una aguja.

El segundo Espino atacó con la estaca. La estaca de endrino — la madera que envenena la sangre vampírica, la única arma que puede herir de verdad a un inmortal. El golpe fue directo, hacia el pecho, y Damián lo esquivó con un movimiento que no fue esquivar sino desaparecer: estaba en la trayectoria de la estaca y un milisegundo después no estaba, y la estaca cortó el aire donde su corazón había

estado y se clavó en un bancal de damascenas con un sonido blando que fue el de la madera entrando en la tierra.

Damián le golpeó. No con un puño — con la palma abierta, en el pecho, y la fuerza del golpe lanzó al segundo Espino contra la pared del invernadero. La pared cedió. Ladrillos, mortero, polvo — la estructura que llevaba décadas sosteniendo el cristal se agrietó bajo el impacto de un cuerpo que pesaba demasiado para ser humano lanzado por algo que era demasiado fuerte para ser real. El Espino se desplomó entre los escombros con la estaca todavía en la mano.

Damián se volvió hacia el primero. El del brazo roto se había recuperado — la regeneración vampírica, rápida pero no instantánea, le estaba soldando el hueso mientras Leonor miraba: la forma del brazo reorganizándose bajo la manga rota como una serpiente que se recoloca después de un golpe. Los ojos rojos seguían abiertos, y lo que había en ellos no era inteligencia sino hambre: pura, ciega, sin la modulación que el elixir proporcionaba.

Lucharon. Leonor se quedó en el suelo, detrás del bancal siete, con la espalda contra la pared y los injertos a su espalda y la vista clavada en algo que no se parecía a nada que hubiera visto ni leído ni imaginado: dos vampiros luchando en un invernadero lleno de rosas, con la ferocidad concentrada de dos animales disputándose un territorio que vale más que la vida. Damián era más fuerte, más controlado, con la precisión de un luchador que ha tenido tres siglos para aprender cada forma de matar y cada forma de no hacerlo. El Espino era más desesperado, más errático, con la ventaja impredecible de alguien que no tiene nada que perder porque ya lo ha perdido todo.

Damián le arrancó la estaca de la mano. Se la clavó en el hombro. El Espino se desplomó con un aullido que hizo temblar las macetas en las estanterías. No estaba muerto — la estaca no había llegado al corazón — pero el veneno del endrino le corría por las venas como tinta negra, visible bajo la piel, ramificándose como raíces de un árbol invertido.

El tercer Espino entró en el invernadero.

Entró por la puerta. No por una ventana rota ni por un agujero en la pared — por la puerta, con la calma de quien llega después de que los otros dos hayan hecho el trabajo sucio. Era una mujer. Joven, o lo que los vampiros llaman joven — transformada recientemente, con los ojos todavía entre el rojo de la sed y el ámbar de lo que había sido, con una confusión en la mirada que no era la locura del hambre sino algo peor: la obediencia de quien cumple órdenes que no entiende.

Fue directa a los injertos.

No a Leonor. No a Damián, que estaba de pie entre los escombros del segundo Espino con la camisa rota y sangre — negra, vampírica — en las manos. Fue a los injertos. Al bancal siete, donde los veintitrés capullos crecían en sus macetas de barro con la fragilidad de algo que todavía no ha decidido si quiere vivir.

Leonor se levantó.

Se levantó con las rodillas temblando y la tierra del invernadero pegada al camisón y el pelo suelto lleno de esquirlas de cristal que le brillaban como diamantes en una corona que nadie se pondría voluntariamente. Agarró lo primero que encontró — un farol de aceite, encendido, que Héctor dejaba cada noche en el gancho junto al bancal porque la señora trabajaba a horas en las que la luz natural no existía — y se puso entre la vampira y los injertos.

La mujer se detuvo. Los ojos entre el rojo y el ámbar la miraron con la confusión de algo que no esperaba encontrar un obstáculo humano y que no sabía cómo procesarlo.

—Si destruyes estas plantas — dijo Leonor, con una voz que le salió más firme de lo que tenía derecho a salir dado que le temblaban las manos y la rodilla izquierda y algo detrás del esternón que no era el corazón sino la adrenalina empujando al corazón a latir más rápido de lo que la fisiología permite —, destruyes a todos los de tu especie que todavía quieren ser algo más que animales.

La vampira parpadeó. El parpadeo fue lento, confuso, como el de alguien que despierta a medias de un sueño y no sabe si lo que ve es real.

—Estas rosas son la única razón por la que tu gente puede elegir — continuó Leonor, alzando el farol. La llama del aceite le iluminó la cara y le calentó la mano y proyectó sombras largas sobre los rosales que temblaban detrás de ella como un público aterrorizado —. Sin ellas, no hay elixir. Sin elixir, no hay control. Sin control, sois lo que Seraphina quiere que seáis: animales. ¿Eso es lo que quieres?

La vampira no respondió. Pero tampoco avanzó.

Damián apareció. El movimiento fue tan rápido que Leonor lo registró como un cambio de presión en el aire — un desplazamiento, un soplo frío, y de pronto estaba entre ella y la vampira con la postura de un hombre que ha decidido que nadie va a tocar a la mujer que tiene detrás mientras él tenga cuerpo que interponer.

La vampira retrocedió. Miró a Damián. Miró a Leonor. Y salió del invernadero por la puerta por la que había entrado, con la lentitud de alguien que ha recibido órdenes y ha decidido, por primera vez en lo que fuera que le quedaba de voluntad, no cumplirlas.

El silencio que siguió fue el de un campo de batalla cuando se acaba el combate: los escombros, el polvo, el frío entrando por las ventanas rotas, y el sonido de la respiración de Leonor — la única persona en el invernadero que necesitaba respirar.

Héctor bajó las escaleras. Traía una estaca de endrino en una mano y un candelabro de plata en la otra, y la combinación habría sido cómica si no fuera por la sangre negra que le manchaba el chaleco y la expresión de su cara, que no era la de un mayordomo sino la de un soldado que ha neutralizado una amenaza en la planta de arriba y que ha bajado a comprobar el estado de la de abajo.

—El tercero era un señuelo — dijo Héctor, mirando la puerta abierta —. Los otros dos venían a destruir. Ella venía a comprobar. Le informará a Lady Blackwood.

—¿Daños? — preguntó Damián. La voz le salió ronca, con la textura del esfuerzo y del control que estaba reconstruyendo pieza a pieza como un muro que una tormenta ha derribado.

Leonor miró los bancales. El inventario le llevó treinta segundos — treinta segundos que le costaron más que cualquier examen

botánico que hubiera hecho en su vida, porque cada maceta rota era un mes de trabajo y cada injerto perdido era una rosa que no existiría.

—Siete injertos perdidos. Tres rosales originales dañados — los otros tres, destruidos. — Se le cerró la garganta —. Nos quedan dieciséis híbridos viables y tres rosales de sangre que no sé si sobrevivirán a las heridas.

—Suficiente — dijo Héctor, porque Héctor respondía a las catástrofes con pragmatismo como otros responden con pánico.

—Insuficiente — dijo Leonor —. Dieciséis híbridos producen elixir para veinte vampiros. En Londres hay cuarenta. Y en Europa...

No terminó la frase. No necesitaba.

Damián se apoyó contra el bancal. El gesto fue el de un hombre que necesita algo sólido donde sostenerse, y Leonor lo vio — lo vio de verdad, con la atención de la botánica y el terror de la esposa — y lo que vio la asustó más que los tres Espinos juntos.

Estaba debilitado. No herido — no había recibido ningún golpe directo, y la sangre negra en sus manos era de los otros, no suya. Pero la pelea le había costado. El elixir que llevaba semanas racionando no era suficiente para alimentar el tipo de esfuerzo que acababa de hacer. Los ojos estaban hundidos — no como los de un hombre cansado sino como los de algo que se está quedando sin combustible, con las órbitas más profundas y el ámbar más apagado. Los colmillos no se retrajeron. Se quedaron ahí, visibles, asomando entre los labios con la impudicia de algo que ya no tiene la energía para esconderse.

—Necesitas sangre — dijo Leonor.

—Necesito elixir.

—No hay suficiente elixir. Lo sabes. Lo que queda en la cripta tiene que ser para las rosas, no para ti. Y lo que acabas de hacer — pelear contra dos vampiros con la fuerza que has usado — ha gastado más de lo que el racionamiento puede reponer.

—Leonor...

—Es mi cuerpo. — Se acercó. Le tomó la cara entre las manos — la cara hundida, los ojos apagados, los colmillos que no se escondían —. Mi sangre. Mi decisión. Deja de protegerme de mí misma.

—Si bebo de ti...

—Si bebes de mí, te recuperas. Si no bebes de mí, te debilitas más cada día, y la próxima vez que los Espinos vengan — porque vendrán — no tendrás fuerza para pelear. Y si no tienes fuerza para pelear, moriremos los dos y las rosas con nosotros. — Le sostuvo la mirada —. Las matemáticas son claras. Soy científica. Las matemáticas siempre son claras.

Héctor se fue. No dijo nada. No pidió permiso ni ofreció opinión. Se fue escaleras arriba con la estaca en una mano y el candelabro en la otra y la discreción de un hombre que sabe cuándo una habitación necesita menos gente.

Quedaron los dos. En el invernadero destrozado, entre los cristales rotos y los rosales volcados y el frío de enero entrando por las brechas como un invitado que no ha sido llamado. Las velas que quedaban encendidas los iluminaban con una luz temblorosa que convertía todo en sombras y destellos.

—Siéntate — dijo Leonor.

Damián se sentó en el bancal de piedra. La rigidez de su cuerpo era la de un hombre que lucha contra algo que no quiere soltar, y Leonor reconoció la postura — la misma contención de las noches del estudio, la misma tensión de los besos donde los colmillos se posaban sin romper la piel. Pero esta vez no había contención suficiente para contener lo que venía.

Leonor se sentó en su regazo. De frente. Las rodillas a cada lado de sus caderas, las manos en sus hombros, el camisón blanco manchado de tierra y esquirlas contra la camisa rota y manchada de sangre negra. El frío de su cuerpo le atravesó la tela con la familiaridad de algo que ya conoce el camino.

Le echó la cabeza hacia atrás. Le expuso el cuello.

No como acto de sumisión. Como acto de ofrecimiento. La diferencia estaba en los ojos — abiertos, fijos en los de él, sin bajar la mirada — y en las manos, que no se aferraron al bancal ni se crisparon sobre sus hombros sino que se posaron con la calma de alguien que ha tomado una decisión y que no va a retractarse.

Damián le miró el cuello. La arteria carótida latía bajo la piel con el ritmo visible de un corazón que no tiene miedo — o que tiene miedo y ha decidido que el miedo no es razón suficiente para detenerse. Los ojos de Damián se encendieron. El ámbar apagado de la pelea se avivó como una brasa que recibe aire: dorado, después oro, después algo más brillante que el oro, algo que no tenía nombre en el espectro visible pero que existía en el espectro de lo que un vampiro ve cuando mira la sangre de la persona que ama.

Le puso una mano en la cintura. Le temblaba.

—No tengas miedo — dijo Leonor.

—No tengo miedo de hacerte daño. Tengo miedo de no querer parar.

—Pararás. Porque me quieres más de lo que quieres mi sangre. Y porque si no paras, yo te lo diré, y tú obedecerás, porque llevas trescientos años entrenándote para que el control sea más fuerte que la sed.

La frase le hizo algo. Le aflojó la mandíbula. Le abrió la boca. Y los colmillos — los que Leonor había visto, tocado, sentido contra su piel sin romperla — se extendieron del todo con la lentitud de algo que emerge de donde ha estado escondido.

Le besó el cuello. Los labios primero — fríos, suaves, con la familiaridad de todas las noches que habían pasado besándose en la oscuridad del dormitorio. Después la lengua — breve, un trazo que le recorrió la línea del pulso y que le arrancó un escalofrío que le bajó desde la oreja hasta la base de la columna. Y después los colmillos.

El dolor fue breve. Agudo, limpio, como el corte de un bisturí — no el desgarro de una bestia sino la incisión precisa de algo que ha

sido diseñado para este momento durante miles de años de evolución. Leonor abrió la boca. No gritó. Soltó un sonido que no era grito ni gemido sino algo intermedio — el sonido de un cuerpo que registra una invasión y que decide, en el mismo instante, que la invasión es una entrega.

Y después el dolor se transformó.

No desapareció. Se convirtió en otra cosa — algo que estaba entre el dolor y el placer y que no tenía nombre en ningún idioma que Leonor conociera, algo que le subió por el cuello y le llenó el pecho y le bajó por los brazos hasta las puntas de los dedos con la velocidad de un rayo y la textura de la miel. Sentía la boca de Damián contra su cuello — los labios, los colmillos, la presión de la succión que era suave, controlada, con la contención de un hombre que bebe de una fuente y que sabe que la fuente no es infinita. Sentía su propia sangre moverse — no circular, no con el flujo pasivo de la fisiología normal, sino responder, acudir al punto donde los colmillos la llamaban con la urgencia de un río que encuentra una salida nueva.

Duró segundos. Cinco, quizá seis. Leonor los contó no con el reloj sino con los latidos de su propio corazón, que golpeaba las costillas con la fuerza de algo que quiere ser oído por alguien que no tiene latido propio.

Damián se separó.

El gesto fue un acto de voluntad que Leonor sintió en cada músculo de su cuerpo — la tensión, la resistencia, el esfuerzo de un hombre que arranca su boca de lo que necesita como un náufrago que suelta la tabla que lo mantiene a flote porque sabe que si no la suelta no aprenderá a nadar.

Los labios estaban manchados de sangre. La sangre de ella — roja, humana, viva, brillando sobre los labios fríos de él con el contraste de un rubí sobre nieve. Los ojos eran completamente dorados: no ámbar con hilos de oro, no un brillo sutil en la oscuridad, sino oro puro, fundido, líquido, como si hubiera tragado una estrella y la estrella le ardiera detrás de los iris.

—Ahora te veo — dijo.

La voz le salió distinta. Más cálida. Más llena. Como si la sangre de Leonor hubiera encendido algo dentro de él que no era solo la sed sino algo más — una conexión, un canal, un puente que la sangre había construido entre los dos en los seis segundos que había durado el mordisco.

—¿Qué ves? — preguntó Leonor.

—Te veo a ti. — Le tocó la cara con dedos que ya no temblaban. El frío de su piel se había templado con la sangre de ella, como se templa la piedra con el sol de la tarde —. Siento lo que sientes. A través de la sangre. Es como... — buscó la palabra, y Leonor vio en su cara la búsqueda de alguien que lleva trescientos años acumulando vocabulario y que no encuentra la palabra correcta porque lo que siente no ha existido antes — es como oír música después de siglos de sordera.

—¿Y qué siento?

Damián la miró. Los ojos de oro miraron los ojos de gris, y en la distancia entre los dos colores — el metal fundido y la piedra de río — algo se completó que llevaba meses construyéndose y que seis segundos de sangre habían sellado.

—Amor — dijo —. Sin condiciones. Sin transacciones. Sin conveniencia. Solo amor. — La voz se le rompió en la última palabra, y Leonor pensó que nunca había oído nada más hermoso que la voz de un hombre de trescientos años rompiéndose contra una palabra de cuatro letras —. ¿Eso es lo que sientes?

—Eso es lo que siento.

—Desde cuándo.

—Desde el invernadero. Desde la primera noche. Desde que te vi cortarte la mano para alimentar una rosa y entendí que un hombre que sangra por una flor es un hombre que merece que alguien sangre por él.

Damián cerró los ojos. La sangre de Leonor le brillaba en los labios. Los colmillos se retrajeron despacio, como espinas que se

pliegan cuando la rosa decide que la amenaza ha pasado. Y la abrazó — un abrazo que no era de vampiro ni de marqués ni de hombre de tres siglos sino de todos a la vez: fuerte, frío, desesperado, con la gratitud de alguien que ha recibido algo que no merecía y que no va a soltarlo aunque el mundo se queme.

En el cuello de Leonor, las dos marcas de los colmillos latían. No con dolor. Con algo que se parecía a un pulso propio — un ritmo nuevo que no era el de su corazón ni el del silencio de él sino el de los dos juntos, sincronizados, como las raíces de dos plantas que se entrelazan bajo la tierra y que ya no pueden separarse sin destruirse.

Capítulo 18

El baile de los inmortales

La entrada a la gran logia estaba debajo de una tienda de sombreros en St. James's Street.

No debajo de una iglesia esta vez — debajo de un establecimiento que vendía sombreros de castor a los caballeros de Mayfair y que cerraba a las seis de la tarde con la puntualidad de un comerciante que no sabe que su sótano alberga a la aristocracia más antigua de Europa. La puerta estaba detrás de un armario de cedro que olía a madera y a fieltro, y que se abría con una llave que Damián llevaba en el bolsillo del chaleco junto al reloj que no necesitaba porque sabía la hora con la precisión de un cuerpo que cuenta los minutos desde 1525.

Bajaron. La escalera era más ancha que la de St. Clement Danes, con peldaños de mármol en lugar de piedra, y candelabros de bronce empotrados en las paredes a intervalos regulares que producían una luz cálida, dorada, del tipo que se diseña para halagar y no para iluminar. Leonor contó treinta y seis peldaños. En el escalón treinta y siete, la escalera se abrió y el suelo dejó de existir y lo que apareció fue un salón.

No una cámara. No una cripta. Un salón, con el énfasis de algo que ha sido construido para impresionar y que lo consigue con la autoridad de cinco siglos de acumulación. El techo era abovedado, con frescos que Leonor reconoció como renacentistas — querubines, nubes, figuras clásicas que se retorcían en postures alegóricas — pintados con una maestría que sugería nombres que se estudian en las academias. Las paredes estaban cubiertas de damasco carmesí. Columnas corintias de mármol veteado sostenían la bóveda a intervalos simétricos. Y el suelo — el suelo era de mosaico, con rosas entrelazadas en tesselas de vidrio rojo y negro que formaban un

patrón que se extendía desde la entrada hasta el fondo del salón como un río de flores petrificadas.

Y las velas. Miles. Candelabros de cristal colgaban del techo en racimos que parecían constelaciones hechas de fuego y de luz, y cada candelabro contenía centenares de velas que ardían con la constancia de algo que no depende del viento. La luz era excesiva, deliberada, con la generosidad de quienes no necesitan ahorrar cera porque el tiempo les ha dado riquezas que los humanos no pueden imaginar. El efecto era el de entrar en un sueño dorado — todo brillaba, todo relucía, y Leonor tuvo que parpadear tres veces antes de que sus ojos se adaptaran a un nivel de iluminación diseñado para pupilas que ven en la oscuridad.

Los vampiros llenaban el salón.

Decenas. Más de los que Leonor había contado en sus estimaciones más ambiciosas — cincuenta, sesenta, quizá setenta figuras vestidas con una elegancia que no pertenecía a una sola época sino a todas a la vez. Vio levitas Regency junto a casacas del siglo anterior, vestidos de muselina junto a brocados que pertenecían a los Borbones, y en un rincón, un hombre con un turbante de seda y una chaqueta otomana que hablaba en un francés del siglo XVII con una mujer vestida de negro que tenía los pómulos de un ícono bizantino.

Todos pálidos. Todos hermosos de una forma que no era del todo humana — una perfección que se pasaba de la raya, que cruzaba la línea que separa lo atractivo de lo inquietante, como una flor de cera que se parece demasiado a una flor real. Todos inmóviles cuando querían y fluidos cuando se movían, con esa calidad líquida que Leonor conocía de Damián pero que aquí, multiplicada por setenta, producía un efecto colectivo que le erizó la piel de los brazos como una corriente eléctrica.

—Almack's para muertos — murmuró Leonor.

Damián le apretó el brazo. La comisura izquierda.

Entraron. El salón los registró como un organismo: setenta cabezas girándose hacia la entrada con una sincronía que no era

ensayada sino instintiva, setenta pares de ojos evaluando a los recién llegados con la precisión de depredadores que catalogan cada presencia nueva en su territorio. Leonor sintió las miradas como peso — no como metáfora, como sensación física, una presión sobre la piel que le recordó que era la única persona en esta habitación cuyo corazón latía.

Reconoció a algunos. Fitz-Rawdon, de uniforme, con el bigote encerado y la espalda de un hombre que lleva la marcialidad como otros llevan perfume. El Conde de Wexford, con su capote irlandés incongruente entre tanto brocado. Lord Ashworth-Vane, recuperado de la herida del pecho, inmenso y silencioso junto a una silla vacía que debía ser de Lady Margaret y que su ausencia convertía en un reproche.

La Condesa de Moravia presidía desde un estrado al fondo del salón. Estaba sentada en un sillón que parecía un trono porque la mujer que lo ocupaba lo convertía en uno con el simple acto de sentarse. El vestido era gris — gris como sus ojos, gris como la piedra, gris como setecientos años de existencia destilados en un color que no es color sino ausencia de frivolidad.

—Marqués de Ravenscar — dijo la Condesa, y la voz cruzó el salón con la claridad de una campana que no necesita volumen para ser oída —. Marquesa. Bienvenidos a la Asamblea.

La Asamblea. La primera en cincuenta años, convocada porque la crisis había alcanzado el punto donde las reuniones de cinco ya no bastaban y se necesitaba la presencia de todos los que quedaban — todos los vampiros de Europa que todavía respondían a la Cofradía, que todavía querían rosas en lugar de sangre, que todavía elegían la civilización sobre el instinto.

Leonor navegó el salón con la inteligencia social que había perfeccionado en tres Temporadas de Almack's, adaptada a un contexto donde los errores no costaban reputación sino vida. Sonrió cuando había que sonreír. Asintió cuando la presentaban a inmortales cuyo nombre había leído en los registros de la Cofradía y cuya edad medía en siglos. Contestó preguntas sobre los injertos

con la precisión de una científica y la diplomacia de una marquesa. Y por debajo de todo, registraba — como siempre, como haría hasta el último día de su vida — cada detalle, cada gesto, cada conversación fragmentada que llegaba a sus oídos entre la música y el murmullo.

Porque había música. Una orquesta de cámara tocaba en una galería elevada — cuatro músicos que Leonor tardó un minuto en confirmar que también eran vampiros, porque la forma en que tocaban no era la de personas que han estudiado un instrumento sino la de personas que han vivido con él durante más años de los que el instrumento lleva existiendo. El violín sonaba como si el músico hubiera conocido a Stradivari. El clave sonaba como si la clavecinista hubiera aprendido de Rameau. La música llenaba el salón con una elegancia que era excesiva y justa a partes iguales.

Y bailaban. Los vampiros bailaban con una gracia que trascendía lo humano — no mejor que los humanos sino de otra forma, con una fluidez que no pertenecía a la biomecánica de un cuerpo que envejece sino a la de un cuerpo que ha tenido siglos para aprender cada paso y cada giro y que los ejecuta con la naturalidad del agua que fluye por un cauce que conoce de memoria. Leonor los miró bailar y pensó en los peces del acuario de Vauxhall: hermosos, ajenos, moviéndose en un medio que no era el suyo pero que fingía serlo.

La música se detuvo.

El silencio fue instantáneo — no gradual, no el silencio que se construye cuando una sala se calla poco a poco, sino el silencio de setenta seres que dejan de hacer ruido al mismo tiempo con la coordinación de un organismo que responde a una sola señal.

Seraphina entró por una puerta lateral.

Vestida de rojo. Del mismo rojo oscuro de Blackwood Hall, del color de las Rosas de Sangre, del color que era su marca y su declaración. El pelo negro recogido con rubíes que brillaban bajo las velas como gotas de sangre cristalizada. Y a su lado, con el brazo ofrecido como quien ofrece un arma envuelta en cortesía, un hombre.

Don Rodrigo de Ávila.

Leonor lo había visto dos veces — en el sueño de la plaza de Ávila y en la visión de Blackwood Hall — pero verlo en persona era otra cosa. La diferencia entre el sueño y la realidad era la misma que entre leer sobre el fuego y quemarse: el sueño le había dado la forma, pero la presencia le daba la temperatura. Y la temperatura de Don Rodrigo era un frío que no tenía nada que ver con la piel.

Era hermoso. Hermoso como Damián era hermoso — con la perfección inmóvil de algo que ha dejado de cambiar — pero donde Damián tenía melancolía, Don Rodrigo tenía certeza. La certeza de un hombre que no duda de sí mismo porque ha dejado de considerar que las dudas sean una opción. Pelo negro peinado hacia atrás. Piel del color de la cera antigua. Ojos negros — negros sin fondo, sin el ámbar de Damián, sin la luz que la emoción enciende. Ojos que miraban el salón con la propiedad de quien mira algo que le pertenece.

Caminó hacia el centro del salón con la elegancia de un hombre que sabe que todos lo están mirando y que ha decidido que merecen el espectáculo. Seraphina lo soltó. Se quedó a un lado, con la sonrisa de quien ha jugado su mejor carta y espera ver el efecto.

—Hermanos — dijo Don Rodrigo.

La voz era castellana. Pura, sin la contaminación de siglos de otros idiomas que tenía la de Damián — una voz que sonaba a la Meseta, a piedra caliente, a la España que Leonor solo conocía por los libros y por los sueños compartidos. Era una voz que sabía llenar un espacio sin alzarse, que encontraba el oído de cada persona en el salón con la precisión de algo que ha sido diseñado para persuadir.

—Hermanos, llevamos tres siglos viviendo de rodillas ante una flor.

El silencio se espesó. Leonor sintió a Damián tensarse a su lado — la mandíbula, los hombros, los dedos que se cerraron alrededor de los suyos con una presión que habría sido dolorosa si no fuera por lo que significaba: *estoy aquí, no me voy, pero lo que viene me va a costar*.

—Las rosas de sangre fueron un regalo — continuó Don Rodrigo, caminando entre las columnas con la cadencia de un predicador que conoce su texto de memoria —. Un regalo del hermano Aurelio, un vampiro que temía lo que era y que inventó una muleta para no tener que caminar con sus propias piernas. Tres siglos después, la muleta se ha convertido en una cadena. Dependemos de una flor para ser lo que deberíamos ser sin ayuda. Nos escondemos en sótanos, fingimos comer pavo, nos casamos con humanas — su mirada encontró a Damián con la precisión de un alfiler que clava una mariposa — para mantener una ilusión de normalidad que nadie nos ha pedido.

—Las rosas mueren — dijo, y la frase tuvo la calma de un médico que anuncia un diagnóstico terminal —. Mueren en París, en Venecia, en Praga, en Roma. Mueren porque están diseñadas para morir: son un parche temporal que un monje cobarde creó para evitar la verdad. Y la verdad es que somos depredadores. Somos lo que la noche produce cuando la naturaleza decide que la cadena alimentaria necesita un eslabón más. No somos enfermos. No somos monstruos. Somos la siguiente especie. Y es hora de comportarnos como tal.

El discurso continuó. Leonor lo escuchó con la atención de una escritora que reconoce el talento narrativo incluso en alguien cuya narrativa quiere destruir todo lo que ella ama: Don Rodrigo era brillante. Cada frase estaba construida para persuadir, cada imagen elegida para resonar, cada pausa calculada para dejar que el silencio hiciera el trabajo que las palabras dejaban pendiente. No era un loco. No era un fanático. Era un hombre con una visión — una visión terrible, coherente y magnéticamente articulada — y eso lo hacía más peligroso que cualquier monstruo de ojos rojos en un callejón de Whitechapel.

El salón escuchaba. Leonor veía las caras — las evaluaba con el ojo de la novelista que cataloga reacciones — y lo que veía la asustaba: no hostilidad ni rechazo sino algo peor. Duda. La duda de seres que llevan siglos dependiendo de una sustancia que se acaba y que escuchan a alguien ofrecerles la alternativa de no necesitarla.

La duda de adictos a los que les dicen que la adicción no es el problema sino la solución.

Don Rodrigo se detuvo. Miró a Damián.

—Mi hijo más querido. — La voz bajó medio tono, y la intimidad de la frase fue una violencia disfrazada de ternura —. Mi mejor creación. Mira lo que te has hecho a ti mismo. — El gesto abarcó a Damián, a Leonor, al salón entero —. Un monstruo que finge ser hombre. Domesticado por una mortal y una flor. — La sonrisa que le cruzó la cara fue la misma del sueño: los colmillos visibles, los ojos negros sin fondo —. Vuelve a lo que eres, Damián. Vuelve a lo que yo te hice.

El silencio que siguió fue el de un duelo antes del primer disparo: cargado, tenso, con la violencia contenida en el espacio entre dos hombres que se miran a través de trescientos años de historia compartida.

Damián soltó la mano de Leonor.

Se levantó. No con prisa — con la lentitud deliberada de un hombre que sabe que cada gesto cuenta y que ha decidido que este gesto va a contar más que cualquier palabra. Se puso de pie en el salón de los inmortales, con la levita impecable y los ojos de ámbar encendidos con un brillo que no era dorado sino algo más duro — acero, quizá, o el filo de una espada que se desenvaina.

—Lo que soy — dijo, y la voz llenó el salón con la misma autoridad que la de Don Rodrigo pero con algo que la de Don Rodrigo no tenía: verdad, la verdad del que ha pagado por cada palabra con tres siglos de dolor — es lo que elijo ser cada día. No lo que tú me hiciste. Lo que yo he hecho conmigo. Cada mañana en que el sol sale y yo no muero es una elección. Cada noche en que bebo elixir en lugar de sangre es una elección. Cada hora que paso con una mujer que me ve como soy y no como tú me diseñaste es una elección. — Lo miró directamente. Los ojos de ámbar contra los ojos negros, como la luz contra el pozo —. Eso es algo que tú nunca entendiste. Porque tú no eliges, Rodrigo. Tú obedeces. Obedeces la

sed como un perro obedece al amo. Y llamas libertad a lo que es servidumbre.

El salón contuvo la respiración que no necesitaba.

Don Rodrigo sonrió. La sonrisa fue lenta, admirativa, con la condescendencia de un padre que ve a un hijo rebelde y que lo encuentra divertido en lugar de amenazante. La sonrisa fue también un error, porque Leonor la vio y supo — con la certeza de una mujer que lleva meses leyendo rostros vampíricos como textos cifrados — que Don Rodrigo no había esperado esta respuesta. Había esperado vacilación. Había esperado al muchacho de Ávila, al hijo obediente, al joven que dijo que sí por desesperación. Lo que encontró era otra cosa.

La votación fue rápida. La Condesa de Moravia la presidió con la eficiencia de quien ha gobernado asambleas durante más siglos de los que la mayoría de las naciones llevan existiendo. La pregunta: ¿mantener las rosas o abandonarlas? La mayoría — cuarenta y tres de setenta — votó mantener. Los Espinos — veintisiete — votaron destruir.

La mayoría había ganado. Pero veintisiete vampiros dispuestos a actuar unilateralmente no eran una minoría derrotada. Eran un ejército.

La Asamblea se disolvió. Los vampiros se dispersaron por el salón con la fluidez de una marea que se retira, dejando charcos de conversación en los rincones. La música volvió. El baile volvió. La normalidad volvió con la insistencia de algo que se niega a morir aunque todo a su alrededor esté muriendo.

Leonor se dirigió hacia la escalera. Necesitaba aire — aire real, no el aire reciclado de un sótano lleno de seres que no lo necesitaban. Damián hablaba con Fitz-Rawdon en el otro extremo del salón, con la postura de dos hombres que planifican una defensa militar, y Héctor vigilaba la puerta con la expresión de un hombre que no confía en nadie que no sea él mismo.

En el primer rellano de la escalera, entre el salón y la tienda de sombreros, una voz la detuvo.

—Marquesa.

Don Rodrigo estaba en las sombras. No las sombras del salón iluminado sino las del hueco de la escalera, donde la luz de los candelabros no llegaba y la oscuridad se acumulaba como agua en un pozo. Estaba apoyado contra la pared con la despreocupación calculada de un hombre que ha elegido este lugar y este momento con la precisión de un cazador que elige su posición.

Leonor se detuvo. El corazón le dio un golpe contra las costillas — uno solo, fuerte, como un puño contra una puerta — y después se estabilizó, porque Leonor no era una mujer que perdiera el control del corazón más de un latido.

—Don Rodrigo.

—Qué valiente. — Se apartó de la pared. Se acercó un paso. En la oscuridad, los ojos negros eran dos ausencias de luz, dos agujeros en la cara donde deberían estar los ojos —. La mayoría de los humanos que me conocen no dicen mi nombre. Les parece que nombrarlo es invocarlo.

—No soy la mayoría de los humanos.

—No. No lo eres. — La sonrisa fue la del sueño y la de la Asamblea: colmillos visibles, certeza invisible —. Eres algo mucho más interesante. — Se acercó otro paso. La distancia entre los dos era de un metro. Leonor olía lo que emanaba de él: no rosas, no tinta — algo más antiguo, más mineral, como el olor de una cueva donde nadie ha entrado en siglos —. Huelo tu sangre en él.

La frase la golpeó. No por su contenido — sabía que el mordisco había creado una conexión — sino por la intimidad de la observación: Don Rodrigo olía en Damián la sangre que Leonor le había dado. Olía la ofrenda. Olía el amor hecho biología.

—Ya has empezado la Entrega sin saberlo — dijo Don Rodrigo. La voz era suave, conversacional, con el tono de quien comparte un dato interesante en una cena —. Cada gota que le das te acerca más a nosotros. Tu sangre en él, su sangre en ti — a través de los besos, a través de los sueños, a través de cada vez que sus colmillos rozan tu piel. El proceso es gradual. Sutil. Pero irreversible. — Se

inclinó. El metro se redujo a medio. El aliento le llegó a Leonor con el frío de algo que no respira sino que simula respirar —. Cuando se complete, serás una de los nuestros. Lo quieras o no.

—Miente.

—¿Estás segura? — La sonrisa se ensanchó. Los colmillos brillaron en la oscuridad como cuchillos de marfil —. Toca la marca de tu cuello. La que te dejó mi hijo. Dime si late.

Leonor no levantó la mano. No tocó la marca. No le dio la satisfacción.

—Lo que haya entre Damián y yo no es asunto suyo.

—Todo lo que concierne a mi hijo es asunto mío. Lo creé. Lo diseñé. Conozco cada filamento de su sangre, cada impulso de su sed, cada debilidad de su control. Y sé — porque lo sé, marquesa, con la certeza de quinientos años — que lo que ha empezado entre ustedes no puede detenerse. La Entrega parcial se convertirá en Entrega completa. Y cuando eso ocurra, la botánica que salva rosas se convertirá en algo que ya no necesitará salvarlas. — Se apartó. Volvió a las sombras con el movimiento silencioso de algo que pertenece a la oscuridad como el agua pertenece al río —. Nos veremos pronto, marquesa. Pronto.

Desapareció. No se fue — desapareció, con la velocidad de algo que deja de estar donde estaba sin que el ojo registre la transición.

Leonor se quedó en el rellano. El corazón le latía con la regularidad de un metrónomo que se niega a perder el compás, y las manos le colgaban a los costados con una calma que era control y no naturalidad.

Levantó la mano. Se tocó el cuello. Las dos marcas del mordisco, cicatrizadas pero no olvidadas, estaban ahí — dos puntos que la yema del dedo encontró con la precisión de una mujer que conoce su propio cuerpo como conoce su invernadero.

Latían. Las marcas latían. No con el ritmo de su corazón — con otro ritmo, más lento, más profundo, como un segundo pulso que no le pertenecía del todo.

¿Verdad o manipulación? Leonor no lo sabía. Pero el pulso bajo sus dedos era real, y lo real no se descarta por incómodo.

Bajó la mano. Enderezó los hombros. Y bajó la escalera hacia el salón, donde Damián la esperaba con los ojos de ámbar y la mano extendida y la ignorancia de que Don Rodrigo acababa de plantar una semilla de duda en el único jardín que él no podía proteger: la mente de su esposa.

Capítulo 19

La Rosa Prima

Las últimas Rosas de Sangre originales se estaban muriendo.

Leonor lo supo antes de que el microscopio se lo confirmara — lo supo por el olor. Las rosas sanas olían a sangre y a miel, a algo dulce con un fondo metálico que era su firma olfativa, tan reconocible ya como el perfume de una persona querida. Las rosas moribundas olían a óxido. A metal que se corroe. A sangre que se seca al sol y pierde todo lo que la hacía sangre para convertirse en costra, en mineral, en la versión muerta de lo que una vez fue vida.

De los tres rosales originales que sobrevivieron al ataque, dos habían empezado a marchitarse. Los pétalos se cerraban hacia dentro — no como se cierran las flores al anochecer, con la confianza de que volverán a abrirse, sino como se cierra un puño cuando el dolor es demasiado grande: apretados, tensos, sin intención de volver. Los filamentos luminosos que Leonor había observado bajo el microscopio — los hilos de luz que conectaban las rosas con la sangre que las alimentaba — se apagaban uno a uno, como velas que una mano invisible fuera pinzando.

—¿Cuántos días? — preguntó Héctor, desde la puerta del invernadero donde se había estacionado con la frecuencia de un hombre que vigila un enfermo terminal.

—Días, no. Horas. Estos dos rosales tienen horas. — Leonor se limpió las manos en el delantal con un gesto que ya era automático, reflejo, parte de la coreografía que su cuerpo había memorizado en meses de invernadero —. El tercero aguantará una semana más, quizá dos, si lo alimento exclusivamente con la mezcla.

—¿Y los híbridos?

—Los dieciséis producen elixir. Poco. Suficiente para diez vampiros, quizá doce si racionamos. Pero no crecen lo bastante

rápido para reemplazar a los originales, y sin los originales como fuente de hemocristales, no puedo crear más híbridos. Es un círculo cerrado. — Se sentó en el bancal. La espalda contra la pared, las rodillas dobladas, la postura de alguien que ha estado de pie demasiadas horas y que no piensa disculparse por sentarse —. Necesitamos la Rosa Prima, Héctor. Sin ella, esto se acaba.

Héctor no respondió. No necesitaba. Los dos sabían que la ecuación no tenía solución dentro de los parámetros actuales. Los híbridos eran un parche. Las rosas originales eran un cadáver en proceso. Y la Rosa Prima — la rosa madre, la original de la que descendían todas las Rosas de Sangre, la que Leonor había visto en un sueño con la nitidez de una fotografía que no existiría hasta dentro de un siglo — era la única variable que podía cambiar el resultado.

Si existía. Si podían encontrarla. Si llegaban a tiempo.

Los Sueños de Sangre habían cambiado desde el mordisco.

Antes — antes de que Leonor ofreciera su cuello y Damián bebiera y la sangre de ella entrara en la sangre de él como un río que se funde con otro río — los sueños eran visiones: imágenes nítidas pero distantes, como mirar a través de una ventana. Ahora eran inmersiones. Leonor no veía los recuerdos de Damián; los habitaba. Sentía la piedra del calabozo de Ávila bajo sus rodillas. Olía el humo de la hoguera. Escuchaba el latido del corazón de un muchacho que todavía tenía corazón que latiera.

Y Damián, a su lado en la cama, veía lo mismo. El vínculo de sangre había convertido los sueños en territorio compartido — un espacio donde sus conciencias se solapaban como dos mapas transparentes superpuestos sobre la misma mesa, mostrando el mismo terreno desde perspectivas que se complementaban.

Fue en uno de esos sueños donde encontraron lo que buscaban.

La noche del tercer día de febrero, con Londres enterrada bajo una niebla que parecía algodón mojado y las rosas del invernadero muriéndose una a una como estrellas en un cielo que se apaga, Leonor y Damián soñaron juntos.

El sueño empezó en un lugar que Leonor no reconoció: un monasterio de piedra gris, con claustros que olían a incienso y a tiempo. Un hombre caminaba por los claustros con la capucha puesta y las manos cruzadas sobre el pecho. No era Damián. Era más bajo, más ancho, con las manos de un hombre que trabaja la tierra — manos de jardinero, no de aristócrata. Caminaba deprisa, con la urgencia de alguien que tiene algo que proteger y poco tiempo para hacerlo.

El hermano Aurelio, supo Leonor. El vampiro-monje que había cultivado la Rosa Prima en San Juan de la Peña. El que había inventado el elixir. El que había dado a los vampiros una alternativa a la sangre humana.

El hermano Aurelio entró en una capilla subterránea. La capilla era pequeña, húmeda, con un altar de piedra donde en lugar de un crucifijo había una rosa. Una rosa blanca. Luminosa. Con los pétalos abiertos como manos que reciben algo y las raíces — visibles, expuestas, creciendo sobre la piedra del altar como venas sobre un cuerpo — pulsando con una luz que no era blanca sino de todos los colores a la vez, como un prisma que descompone la luz del sol en un arcoíris y después la recompone.

La Rosa Prima. Viva. Real. Exactamente como Leonor la había visto en el primer sueño, pero ahora con la nitidez de una visión que no es visión sino recuerdo — un recuerdo que no le pertenecía a ella ni a Damián sino a alguien más, alguien que había enterrado esta imagen en la sangre de la Cofradía como se entierra un tesoro con un mapa que solo los descendientes correctos pueden leer.

El hermano Aurelio arrancó la rosa del altar. Con cuidado, con reverencia, con las manos del jardinero que sabe que una raíz cortada es una herida y que una herida, si se trata a tiempo, puede sanar. Envolvió la rosa en un paño de lino. La puso contra su pecho. Y caminó.

El sueño se aceleró. El hermano Aurelio caminaba a través de paisajes que cambiaban como páginas de un libro: montañas, bosques, ríos, ciudades que Leonor reconoció a medias — Barcelona,

quizá, o Toulouse, o alguna ciudad cuyas murallas medievales ya no existían en 1817. Caminaba de noche, como caminan los vampiros: por caminos oscuros, evitando el sol, con la rosa contra el pecho y la urgencia de un hombre que sabe que lo persiguen.

Y después, el destino.

Una iglesia. Una iglesia grande, gótica, con torres que se perdían en un cielo nocturno que Leonor reconoció con la sacudida de alguien que ve algo familiar en un sueño donde todo es ajeno: la silueta de las torres, la forma de la nave, el río al lado. Westminster. La Abadía de Westminster.

El hermano Aurelio entró. No por la puerta principal — por una entrada lateral, pequeña, que daba a un pasillo estrecho que bajaba. Bajó. Escalones de piedra, húmedos, con el olor de la tierra que lleva siglos sin ver la luz. La cripta. No la cripta que los turistas visitan — otra más profunda, más antigua, con arcos normandos que precedían a la abadía gótica. Una cripta dentro de la cripta, como una muñeca rusa de piedra.

En el fondo, un nicho. El hermano Aurelio abrió el nicho — piedra contra piedra, con un sonido que le llegó a Leonor a través de los siglos con la claridad de algo que acaba de ocurrir — y depositó la rosa dentro. La rosa brilló. La luz blanca iluminó la cripta un instante, y después el nicho se cerró, y la oscuridad volvió, y el hermano Aurelio se arrodilló frente a la piedra sellada y rezó — en latín, en castellano, en un idioma que Leonor no conocía y que sonaba a algo más antiguo que las lenguas romances — y el sueño se disolvió como tinta en agua.

Leonor se despertó. Damián estaba despierto a su lado — los ojos de ámbar abiertos en la oscuridad, brillando con el residuo del sueño como ascuas que se niegan a apagarse.

—Westminster — dijo Leonor.

—Westminster — confirmó Damián.

—La Rosa Prima está debajo de la Abadía de Westminster. Desde 1348. Casi quinientos años en suelo sagrado.

—El hermano Aurelio la escondió en el único lugar donde ningún vampiro querría buscar. Suelo consagrado. Irónico y brillante.

—¿Puedes entrar?

—El suelo sagrado no nos hace daño — dijo Damián, con la paciencia de quien desmonta un mito por centésima vez —. Es una leyenda. Como el ajo, como los crucifijos, como los espejos. Lo que nos hace daño es el endrino, la luz del sol y la inanición. Puedo entrar en Westminster.

—Entonces vamos.

—Leonor. — Se incorporó en la cama. La oscuridad del dormitorio los envolvía, pero los ojos de Damián la veían perfectamente — la veían como la había visto desde el mordisco, con la claridad sobrenatural de un sentido que la sangre de ella había encendido —. El sueño nos ha mostrado dónde está la rosa. Pero el recuerdo del hermano Aurelio no estaba en mi sangre. Estaba en la sangre de la Cofradía — transmitido de generación en generación, de creador a criatura, enterrado tan hondo que ninguno de nosotros sabía que lo tenía. Lo que significa que Don Rodrigo también lo tiene. Y si él tiene el recuerdo...

—Sabe dónde está la rosa. Lo ha sabido siempre.

—Lo ha sabido siempre. Y no la ha destruido.

La implicación se abrió como una grieta en una pared: si Don Rodrigo sabía dónde estaba la Rosa Prima y no la había destruido — él, que quería destruir todas las rosas, que había quemado los Pirineos, que había fundado los Espinos para liberar a los vampiros de la dependencia del elixir —, entonces había una razón. Algo que la Rosa Prima le ofrecía que era más valioso que su destrucción.

—Necesita la Rosa Prima — dijo Leonor, y la deducción le llegó con la velocidad de un cerebro que lleva meses trabajando con datos y que por fin encuentra el patrón que los organiza todos —. No quiere destruirla. Quiere usarla. Para algo.

—¿Para qué?

—No lo sé. Pero si la quisiera muerta, estaría muerta. Lleva quinientos años sabiendo dónde está y no la ha tocado. Eso significa que la necesita intacta. Y si la necesita intacta... — la frase se le formó en la boca con la precisión de una ecuación que se resuelve sola — entonces podemos negociar.

—¿Negociar? ¿Con Don Rodrigo?

—Todo hombre tiene un precio. — Leonor se sentó en la cama. El camisón blanco le caía sobre los hombros con la misma informalidad con la que le caía el delantal en el invernadero — la ropa de trabajo de una mujer que piensa mejor cuando el cuerpo está cómodo —. Averigüemos cuál es el suyo.

Damián se quedó inmóvil. La inmovilidad vampírica, la que no era quietud sino ausencia de movimiento — cada músculo detenido, cada función suspendida, el cuerpo convertido en una estatua de piedra fría que pensaba.

—No — dijo.

—¿No?

—No voy a negociar con el hombre que me creó. No voy a sentarme frente a Don Rodrigo y tratarlo como un igual con el que se cierra un trato. No voy a darle lo que quiere.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ir a Westminster, sacar la rosa y esperar que los Espinos no ataquen mientras tanto? ¿Esperar que Don Rodrigo, que lleva quinientos años sabiendo que la rosa está ahí y que no la ha tocado, se quede de brazos cruzados mientras tú la sacas del lugar donde él ha decidido que esté?

El silencio de Damián fue largo. Los ojos de ámbar la miraban con la intensidad de un hombre que sabe que tiene razón y que sabe que ella tiene más razón.

—Enfrentarte a Don Rodrigo es enfrentar tu trauma más profundo — dijo Leonor, y la voz le salió más suave, no por debilidad sino porque lo que decía era una cuchilla y las cuchillas hacen más daño cuando se usan con delicadeza —. Lo sé. Lo entiendo. El hombre que te quemó, que te transformó, que te sedujo con

promesas que resultaron ser cadenas. — Le tomó la mano. Fría, como siempre. Pero la sangre de ella en las venas de él hizo que los dedos respondieran al contacto con un calor que subía desde dentro —. Pero la persona que eres ahora — la persona que yo amo, la que ha elegido las rosas cada día durante tres siglos — es más fuerte que la que él destruyó. Confía en eso. Confía en mí.

—Confío en ti. No confío en él. — La mandíbula se le apretó —. Si entramos en una negociación con Don Rodrigo, entramos en su terreno. Es un manipulador. Ha tenido cinco siglos para perfeccionar el arte de conseguir lo que quiere de la gente.

—Y yo he tenido veinticuatro años para perfeccionar el arte de no dar a nadie lo que quiere de mí a menos que yo decida que vale la pena. — Le sostuvo la mirada —. Llévame a él, Damián. Déjame hacer lo que sé hacer: observar, analizar, encontrar la debilidad. Tú conoces su pasado. Yo conozco su orgullo. Lo vi en la Asamblea. Lo vi en la escalera cuando me habló a solas. Su debilidad es que cree que es más inteligente que todos los que tiene delante. Y la gente que cree eso comete errores porque no espera que los demás sean tan listos.

Damián la miró. La miró con los ojos que ahora veían lo que ella sentía — la sangre compartida convertida en un canal de emociones que fluía entre los dos como una raíz subterránea — y lo que vio fue lo que Leonor sentía: determinación. No bravuconería. No el valor ciego de alguien que no mide los riesgos. La determinación fría, calibrada, de una científica que ha evaluado las opciones y que ha elegido la que tiene más probabilidades de funcionar, aunque esa opción pase por sentarse frente a un monstruo de quinientos años.

—Si viene con nosotros a Westminster — dijo Damián, despacio, como quien desarma un mecanismo pieza a pieza para ver cómo funciona —, querrá algo a cambio. No nos dará la Rosa Prima por la bondad de su corazón inexistente.

—No. Querrá algo. — Leonor lo sabía. Había pensado en esto durante horas, entre injerto e injerto, entre muestra y muestra, en

los intersticios del trabajo que le dejaban suficiente cerebro libre para calcular —. Y creo que sé lo que querrá.

—¿Qué?

—A ti. — La palabra cayó entre los dos con el peso de lo que era: verdad —. Lo que ha querido durante tres siglos. A su hijo de vuelta. Un encuentro. Una conversación. La oportunidad de convencerte de que vuelvas a lo que fuiste durante las primeras décadas después de la transformación. — Lo miró —. No va a conseguirlo. Pero va a creer que puede. Y mientras lo cree, nosotros tenemos la rosa.

—Es una trampa mutua.

—Es una trampa mutua. Los dos lo sabremos. La pregunta es quién será más rápido.

Damián cerró los ojos. Detrás de los párpados, Leonor supo lo que veía — lo supo porque la sangre compartida se lo decía, como un susurro que viene de dentro: veía Ávila, veía la hoguera, veía al hombre de la capa que le había ofrecido la eternidad y que ahora quería cobrar la deuda. Veía todo lo que había huido durante tres siglos y que ahora tenía que enfrentar no porque quisiera sino porque las rosas se morían y la mujer que amaba tenía un plan y el plan era bueno y el plan pasaba por el infierno.

Abrió los ojos.

—Envía el mensaje.

Héctor lo envió esa misma noche. Una nota — breve, seca, con la economía verbal que Leonor dictó y que Héctor transcribió con su caligrafía impecable de mayordomo del siglo XVII:

Lord Ravenscar propone un intercambio. La ubicación de la Rosa Prima a cambio de un encuentro privado con Don Rodrigo de Ávila. Blackwood Hall. A conveniencia de ambas partes.

La respuesta llegó antes del amanecer. Una sola línea, en una caligrafía que Leonor no conocía pero que reconoció por instinto — antigua, segura, con la presión de una pluma sostenida por alguien que ha escrito en todos los alfabetos de Europa:

Mañana. Medianoche. Trae a tu esposa.

Leonor leyó la nota. El corazón le latía en las marcas del cuello — el segundo pulso, el que no era del todo suyo, el que la sangre de Damián había dejado como un eco de sí mismo en su piel.

Trae a tu esposa. Don Rodrigo quería que ella estuviera presente. No la temía. No la despreciaba. La quería ahí porque algo de ella le interesaba — su sangre, su conocimiento, su linaje antiguo, o algo que Leonor todavía no sabía y que tendría que descubrir antes de medianoche.

Veinticuatro horas. Veinticuatro horas para prepararse. Veinticuatro horas de vida para las últimas rosas originales.

En el invernadero, los dos rosales moribundos cerraron sus pétalos por última vez. El olor a óxido se hizo más fuerte. Y los dieciséis híbridos siguieron brillando en la oscuridad como promesas que necesitaban una madre para cumplirse.

Capítulo 20

La confrontación

Blackwood Hall olía a gardenia y a emboscada.

Leonor lo supo en cuanto el carruaje cruzó la verja de hierro que separaba la finca del camino de Surrey — lo supo con el sentido nuevo que el mordisco le había abierto, un sexto sentido que no tenía nombre pero que funcionaba como una antena sintonizada con el peligro: la piel se le erizó, las marcas del cuello le pulsaron, y algo en el fondo del estómago se contrajo con la precisión de un músculo que se prepara para un impacto.

Damián iba a su lado en el carruaje. Héctor conducía. Detrás, en un segundo carruaje sin insignias, tres vampiros leales de la Cofradía: Fitz-Rawdon con su espada de empuñadura de plata, un vampiro francés llamado Laurent que había sido mosquetero antes de que los mosqueteros dejaran de existir, y una mujer de ojos grises y acento escocés que respondía al nombre de Campbell y que no había dicho una palabra en las dos horas de viaje excepto para afinar la punta de una estaca de endrino con una navaja.

—No eres prescindible, Leonor — había dicho Damián cuando ella anunció que vendría.

—Tampoco tú. Y las rosas me necesitan viva tanto como a ti. Donde vayas, voy.

La discusión duró cuatro frases. Cuatro frases y la mirada de Leonor, que a estas alturas del matrimonio funcionaba como un argumento completo sin necesidad de verbos.

El carruaje se detuvo frente a la fachada isabelina. Leonor la reconoció del capítulo de su vida que había empezado aquí meses atrás — la piedra dorada, las ventanas emplomadas, los dragones tallados en las jambas que la miraban con los ojos ciegos de la heráldica. Pero algo había cambiado. Las ventanas estaban

iluminadas — todas, cada una, como si alguien hubiera encendido cada vela de la casa con la intención deliberada de convertir Blackwood Hall en un faro que brillara en la noche de Surrey como una invitación o como una advertencia.

La puerta estaba abierta. No entreabierta — abierta de par en par, con la hospitalidad ostentosa de quien quiere que sus invitados sepan que los esperaba.

Entraron. Damián primero, Leonor a su lado, Héctor un paso detrás. Fitz-Rawdon y los otros se desplegaron por los flancos con la eficiencia silenciosa de gente que ha ensayado posiciones de combate durante más tiempo del que la mayoría de los ejércitos llevan existiendo.

El vestíbulo. Las escaleras. El pasillo con los retratos isabelinos que Leonor había recorrido en su primera visita con la ingenuidad de una mujer que no sabía que los cuadros retrataban vampiros. Todo igual. Todo distinto, porque esta vez Leonor sabía lo que había detrás de cada puerta y debajo de cada alfombra y dentro de cada sombra.

Llevaba el perfume en el bolsillo del abrigo. Tres frascos de cristal del tamaño de un dedal, sellados con cera, llenos de un líquido transparente que olía a rosas y que era, en términos técnicos, un veneno: esencia concentrada de rosa damascena, destilada en el invernadero durante semanas, con una potencia cien veces superior a la del perfume comercial. Las rosas damascenas eran primas de las Rosas de Sangre — compartían linaje, compartían química — y la esencia concentrada actuaba sobre el sistema nervioso vampírico como un sedante brutal: desorientación, pérdida de velocidad, debilidad muscular. Leonor la había probado en Héctor, que había consentido con la resignación de un hombre que sabe que las mujeres con ideas son más peligrosas que los vampiros con estacas. El efecto había durado cuarenta segundos. Suficiente.

El salón principal. Las chimeneas de piedra con los dragones. Las butacas de cuero. Y en la butaca central, con la misma postura que en el sueño — la pierna cruzada, el brazo en el reposabrazos, la

cabeza ligeramente inclinada como un ave que evalúa a su presa — Don Rodrigo de Ávila.

Seraphina estaba de pie junto a la chimenea. Vestida de negro esta vez, sin los rubíes, con una austeridad que no era sobriedad sino estrategia: quería que la atención fuera para Don Rodrigo. Y lo era. Don Rodrigo llenaba la habitación con su presencia como una tormenta llena un cielo — no por volumen sino por densidad, por la cantidad de cosas que ocurrían dentro de él y que se filtraban al exterior como electricidad antes de un rayo.

—Mi hijo — dijo Don Rodrigo, y la voz castellana cruzó el salón con la suavidad del veneno que se mezcla con el agua —. Y su esposa botánica. Qué feliz reunión.

—Don Rodrigo. — La voz de Damián fue acero. Sin calidez, sin matices, sin ninguna de las capas de emoción que Leonor le conocía. La voz que usaba cuando no podía permitirse sentir —. Hemos venido a negociar.

—Lo sé. He leído vuestra encantadora nota. — Don Rodrigo se levantó. El movimiento fue fluido, sin esfuerzo, con la economía de un cuerpo que ha tenido cinco siglos para aprender a moverse como si la gravedad fuera una sugerencia y no una ley —. Queréis la Rosa Prima. Y a cambio me ofrecéis una conversación privada con mi hijo pródigo. — La sonrisa —. No es suficiente.

—¿Qué es suficiente? — preguntó Leonor.

Don Rodrigo la miró. Los ojos negros la evaluaron con la precisión de un tasador que mira un diamante: calculando quilates, pureza, valor de mercado. La evaluación le duró tres segundos. Leonor los soportó sin parpadear, con la disciplina de una mujer que ha aprendido que frente a depredadores, la inmovilidad es defensa.

—Quiero ver lo que ocurre cuando la botánica se convierte en parte de la simbiosis — dijo Don Rodrigo —. Quiero ver si la rosa y la sangre pueden ser una sola cosa. — Caminó hacia Leonor. Un paso. Dos. La distancia entre ellos se redujo con la deliberación de alguien que mide cada centímetro como un general mide terreno —. Su sangre, marquesa, es la variable que nadie ha probado. Sangre

antigua, sangre Ashworth, sangre que ha activado el Sueño sin intercambio y que ha hecho florecer híbridos que no deberían existir. — Se detuvo a un metro —. Quiero que sea transformada. Completamente. Quiero ver qué produce la fusión de su sangre con la nuestra.

—No — dijo Damián.

—No le he preguntado a usted, hijo. Le he preguntado a ella.

Leonor mantuvo los ojos en Don Rodrigo. No miró a Damián. No buscó permiso ni confirmación ni rescate. Lo que hizo fue lo que hacía en el invernadero cuando un dato no cuadraba: analizar.

Don Rodrigo quería que fuera transformada. ¿Por qué? No por el placer de crear otro vampiro — tenía quinientos años y podría haber transformado a centenares. Quería algo específico: la fusión de su sangre con la sangre vampírica. Quería ver el resultado. Lo cual significaba que no sabía cuál sería el resultado, lo cual significaba que era un experimento, lo cual significaba que Don Rodrigo — por toda su arrogancia, por toda su certeza — tenía miedo de algo que la sangre de Leonor podía producir y quería controlarlo.

—No — dijo Leonor.

Don Rodrigo alzó una ceja. El gesto fue mínimo, elegante, con la economía de un hombre que no necesita aspavientos para expresar sorpresa.

—No voy a ser transformada a cambio de información que usted ya debería haber usado para salvar a su propia especie en lugar de destruirla — continuó Leonor, y la voz le salió con la precisión de un bisturí que encuentra la vena —. La Rosa Prima lleva quinientos años bajo Westminster porque usted la puso allí. O porque usted sabe que está allí y ha elegido no usarla. En ambos casos, la pregunta no es qué quiero yo a cambio de su cooperación. La pregunta es qué necesita usted de la Rosa Prima que no puede conseguir sin mí.

El silencio que siguió fue el de un tablero de ajedrez donde alguien ha movido una pieza que nadie esperaba.

Don Rodrigo la miró. La miró con algo que no era la condescendencia del sueño ni la evaluación de hace un minuto. La miró con interés. Con el interés genuino de un hombre que lleva quinientos años sin encontrar a alguien que le sorprenda y que acaba de encontrarlo.

—Magnífica — dijo, y la palabra fue un diagnóstico, no un cumplido —. Ahora entiendo por qué mi hijo te eligió. No fuiste la primera opción de un plan. Fuiste un accidente que mejoró el plan.

—El accidente está esperando una respuesta.

Don Rodrigo se rió. La risa fue breve, seca, con la textura de algo que no se usa lo suficiente — la risa de un hombre que encuentra genuinamente divertido que una humana de veinticuatro años le exija respuestas en su propia negociación.

—La Rosa Prima es la llave — dijo —. No la llave que salva las rosas, aunque eso también. Es la llave que abre la puerta de las criptas. Los Dormidos, marquesa. Los ancestros que duermen bajo Roma, Praga, Estambul. Las raíces de la Rosa Prima los mantienen dormidos. Si la rosa muere, despiertan. Si despierto a los Dormidos con la rosa en mi poder, los controlo. Si usted tiene la rosa en su invernadero, me los quita.

La verdad cayó sobre el salón como un bloque de piedra que rompe el suelo. Las piezas encajaron en la cabeza de Leonor con la violencia de un rompecabezas que se resuelve de golpe: Don Rodrigo no quería destruir las rosas. Quería controlar lo que las rosas controlaban. Los Dormidos. Los vampiros ancestrales, los más antiguos, los más poderosos, dormidos durante milenios bajo las raíces de la Rosa Prima. Si Don Rodrigo despertaba a los Dormidos y tenía la rosa — la llave que los controlaba —, tendría un ejército de inmortales milenarios a sus órdenes. No quería liberar a los vampiros. Quería gobernarlos.

—La ubicación de la Rosa Prima — dijo Leonor — a cambio de Lady Ashworth-Vane. Viva. Intacta. Entregada esta noche.

Don Rodrigo parpadeó. La negociación había girado — de sus términos a los de Leonor — con la rapidez de un timón que se

mueve un grado y cambia el rumbo del barco entero.

—Eso no estaba en la nota original — dijo.

—Las notas se actualizan. ¿Acepta?

Don Rodrigo miró a Seraphina. El gesto fue breve — una consulta, un cálculo, la geometría rápida de dos aliados que ajustan posiciones. Seraphina asintió con un movimiento casi imperceptible.

—Lady Ashworth-Vane está en el sótano — dijo Don Rodrigo —. Intacta, como pides. Puede irse con vosotros esta noche. — Sonrió —. Y la Rosa Prima está exactamente donde soñasteis: bajo la Abadía de Westminster, en una cripta normanda que ningún humano ha visitado desde 1348. Podéis ir a buscarla. — Abrió las manos en un gesto que era rendición y que no era rendición en absoluto —. Soy un hombre razonable.

La trampa se activó en el instante en que Leonor entendió que Don Rodrigo era un hombre razonable.

Los hombres razonables no ceden.

El primer Espino entró por la ventana del salón. El segundo por la puerta. El tercero, cuarto y quinto desde direcciones que Leonor no registró porque la velocidad con la que se movían convertía su entrada en un borrón de sombras y violencia. Habían estado escondidos — en las habitaciones contiguas, en el sótano, en los rincones de una casa lo bastante grande para ocultar un ejército — y la señal había sido la sonrisa de Seraphina.

El salón estalló.

Fitz-Rawdon reaccionó primero. El coronel tenía los reflejos de un hombre que ha luchado en guerras que ningún historiador conoce, y la espada de plata salió de la funda con un sonido que era música para quien la blandía y sentencia para quien la enfrentaba. Laurent, el mosquetero, sacó dos dagas de algún lugar imposible de su casaca y se lanzó contra el Espino más cercano con la elegancia letal de alguien que pelea como baila. Campbell no sacó nada — usó las manos, los codos, la cabeza, con una brutalidad escocesa que no necesitaba armas.

Héctor se puso delante de Leonor. El gesto fue automático, instintivo, con la prioridad de un hombre que tiene una sola orden programada desde hace dos siglos: proteger a la señora.

Damián se lanzó contra Don Rodrigo.

No fue un ataque — fue una erupción. Toda la contención, toda la medida, toda la civilización que Damián llevaba encima como armadura se rompió en el instante en que los Espinos entraron, y lo que quedó fue la versión original — el vampiro puro, el depredador de tres siglos, la fuerza sin filtro de algo que ha decidido que el control es un lujo que ya no puede permitirse.

Don Rodrigo lo esquivó. Lo esquivó con la facilidad insultante de quinientos años de ventaja — un movimiento lateral, mínimo, con la economía de alguien que no necesita esforzarse para evitar lo que otro lanza con toda su fuerza. Los ojos negros brillaron con algo que podría haber sido placer.

—Así me gusta, hijo. Sin la muleta de las rosas. Sin la correa de la mortalidad.

Lucharon. El salón se convirtió en un campo de batalla que habría sido hermoso si no fuera aterrador: dos vampiros moviéndose a velocidades que el ojo de Leonor solo registraba en fragmentos — un brazo aquí, un cuerpo allí, el sonido de los golpes como truenos secos que hacían temblar las paredes. Los candelabros cayeron. Los espejos se rompieron. La chimenea perdió un dragón de piedra que se estrelló contra el suelo con un estruendo que hizo vibrar las ventanas.

Leonor corrió.

No hacia la puerta — hacia el pasillo. El pasillo que recordaba del capítulo de su vida que había empezado en esta casa: el laberinto de pasillos que Héctor le había descrito, la ruta entre los salones y el sótano, la geografía que había memorizado porque Leonor memorizaba los lugares como memorizaba las plantas — por instinto de supervivencia.

—¡Señora! — gritó Héctor detrás de ella.

—¡Lady Ashworth-Vane! — gritó Leonor sin detenerse —. ¡Está en el sótano!

Corrió por el pasillo. Los sonidos de la batalla le llegaban amortiguados por las paredes de piedra — golpes, cristales, el chillido agudo de un vampiro que ha sido herido. Encontró la escalera del sótano donde la recordaba: una puerta de roble al final del pasillo este, con una cerradura que Leonor forzó con las horquillas del pelo — las mismas horquillas, las mismas manos, la misma mujer que había forzado la cerradura del invernadero meses atrás en otra vida.

El sótano era oscuro, frío, con olor a humedad y a miedo. Lady Margaret Ashworth-Vane estaba encadenada a una columna de piedra con grilletes de hierro que tenían la oxidación de siglos. Estaba pálida — más pálida de lo que un vampiro debería estar, con los ojos hundidos y los labios secos y la postura de alguien que lleva semanas sin alimentarse. Pero estaba viva. Viva en el sentido en que los vampiros están vivos: los ojos abiertos, la conciencia presente, la voluntad intacta.

—¿Lady Ashworth-Vane?

—¿Quién...? — La voz fue un hilo.

—Leonor Valderas. Marquesa de Ravenscar. He venido a sacarla de aquí.

Las horquillas no bastaron para los grilletes. Leonor miró a su alrededor — la oscuridad, las columnas, las paredes de piedra — y encontró lo que necesitaba: una barra de hierro apoyada contra la pared, del tipo que se usa para atizar chimeneas en casas que tienen chimeneas del tamaño de habitaciones. La usó como palanca. Los grilletes cedieron con un crujido que le vibró en los brazos.

Lady Margaret se desplomó. Leonor la sostuvo — la sostuvo con los brazos de una mujer que carga macetas de diez kilos y que tiene la fuerza que da el trabajo físico diario — y la arrastró hacia las escaleras.

Arriba, el mundo se estaba rompiendo.

Leonor emergió del sótano con Lady Margaret apoyada en su hombro y encontró el pasillo lleno de humo. No humo de fuego — humo de velas aplastadas, de candelabros volcados, de cera ardiendo sobre alfombras que habían costado más que la finca de su padre. A través del humo, los sonidos de la batalla: metal contra piedra, cuerpo contra cuerpo, y un sonido más terrible que los demás — un crujido que era hueso rompiéndose.

Sacó un frasco del bolsillo. Le quitó el sello de cera. El olor de la esencia de damascena le golpeó la nariz con la potencia de un puñetazo — dulce, concentrado, con la intensidad de mil rosas comprimidas en un centímetro cúbico de líquido. Se tapó la nariz con el codo. Entró en el salón.

El salón era un desastre de belleza destrozada. Fitz-Rawdon luchaba contra dos Espinos con la economía de un soldado viejo que sabe que cada golpe cuenta. Laurent estaba herido — un corte de endrino en el brazo que le estaba ennegreciendo la piel — pero seguía en pie, con una daga en la mano sana y la determinación en la cara. Campbell tenía a un Espino inmovilizado contra la pared con un antebrazo que funcionaba como barra de hierro.

Héctor estaba de pie junto a la puerta, con la estaca de endrino ensangrentada y la expresión de un hombre que ha neutralizado a alguien sin necesidad de articular una emoción al respecto.

Y Damián.

Damián estaba en el suelo.

Don Rodrigo lo tenía inmovilizado — una rodilla en el pecho, una mano en la garganta, con la autoridad de quinientos años contra trescientos, de creador contra criatura, del padre monstruoso sobre el hijo que había intentado matarlo y que no había podido. La estaca de endrino estaba en la mano libre de Don Rodrigo, apuntando al corazón de Damián con la precisión de un verdugo que ha hecho esto antes.

—Ahora — dijo Don Rodrigo, con la voz que no se alzaba nunca, que no necesitaba alzarse para ser oída y obedecida — vas a ser lo que yo te hice ser.

Leonor lanzó el frasco.

Lo lanzó con la puntería de una mujer que lleva meses arrojando semillas en macetas del tamaño de una taza de té y que ha desarrollado una precisión de lanzamiento que no figura en ningún manual de esgrima. El frasco se estrelló contra la espalda de Don Rodrigo. El cristal se rompió. La esencia de damascena se extendió por su ropa, su piel, el aire a su alrededor.

El efecto fue instantáneo. Don Rodrigo se sacudió — un espasmo que le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica, con la violencia de un sistema nervioso que recibe un estímulo para el que no está preparado. La mano de la garganta de Damián se aflojó. La estaca tembló. Los ojos negros parpadearon — una vez, dos veces — con la confusión de un depredador que descubre que la presa tiene garras.

Cuarenta segundos. Leonor tenía cuarenta segundos.

Pero Don Rodrigo no era un vampiro ordinario. Era quinientos años de evolución, de adaptación, de un cuerpo que había aprendido a resistir lo que mataba a otros. El efecto de la esencia lo ralentizó, lo desorientó — pero no lo inmovilizó. Se recuperó en veinte segundos. No cuarenta. Veinte.

Se levantó. Se volvió hacia Leonor. Los ojos negros estaban inyectados de algo que no era rojo sino un negro más profundo, como un pozo que se traga su propia oscuridad. La esencia de damascena le goteaba por la cara con el olor de mil rosas concentradas, y a través del olor, lo que emanaba de él era rabia — fría, antigua, con la paciencia de quinientos años de no perder nunca.

—Eso — dijo — ha sido un error.

Damián se levantó detrás de él. Pero no del todo. Estaba debilitado — la pelea le había costado lo que le quedaba de reserva, y los ojos de ámbar estaban apagándose como velas a las que les falta oxígeno. Los colmillos estaban extendidos pero la mandíbula temblaba. Se puso entre Leonor y Don Rodrigo, pero la postura era la de un hombre que se sostiene por voluntad, no por fuerza.

Leonor lo vio. Vio lo que le faltaba. Vio que la fuerza se le iba como el elixir se iba de las rosas — despacio, inevitablemente, sin nada que la repusiera.

Excepto una cosa.

Miró a su alrededor. El salón destrozado, los espejos rotos, los fragmentos de cristal y plata que cubrían el suelo como estrellas caídas sobre una alfombra que ya no existía. Vio lo que necesitaba: un fragmento de espejo. Grande, afilado, con el borde cortante de algo que se ha roto con violencia.

Lo cogió.

Se cortó la palma de la mano.

El dolor fue limpio, breve, con la claridad de una decisión que no admite segunda lectura. La sangre le brotó de la palma — roja, humana, viva, con el olor que Leonor ya conocía porque era el olor que las rosas reconocían: sangre Ashworth, sangre antigua, la sangre que activaba lo que otras sangres no podían.

Le ofreció la mano a Damián.

No la ofreció con subterfugios ni con explicaciones ni con el preámbulo de una mujer que pide permiso. La ofreció como se ofrece lo que es tuyo y que decides dar: con la palma abierta, con la sangre cayendo entre los dedos, con los ojos fijos en los de él y la certeza absoluta de que esto era necesario y correcto y suyo.

—Bebe — dijo.

Don Rodrigo los miraba. Seraphina los miraba. Héctor los miraba. Fitz-Rawdon y Laurent y Campbell y los Espinos que quedaban en pie — todos los miraban, inmóviles, con la quietud de quienes presencian algo que no tiene precedente y que cambiará todo lo que viene después.

Damián tomó su mano. Le temblaban los dedos. Los ojos de ámbar apagado la miraron con una expresión que contenía todo lo que habían sido y todo lo que serían: el contrato de Almack's, la primera noche en el invernadero, los sueños compartidos, las rosas que habían creado juntos, y debajo de todo, el amor que Don

Rodrigo había llamado domesticación y que era exactamente lo contrario — era lo más salvaje que cualquiera de los dos había hecho nunca.

Bebió.

La boca contra la palma. Los labios primero, después los colmillos — la incisión precisa que ya conocía, el dolor que se convertía en otra cosa. Pero esta vez fue diferente. No como la intimidad del invernadero, donde el mordisco había sido privado y tierno y medido. Esto fue público. Esto fue urgente. Esto fue la Entrega parcial que Leonor había leído en los registros de la Cofradía y que nadie había hecho delante de testigos en tres siglos: sangre humana dada por voluntad propia, sin coacción, sin ritual, sin nada entre la mujer y el vampiro excepto una mano abierta y la decisión de que vivieran los dos.

Damián se irguió. Los ojos se encendieron. No el ámbar habitual, no el oro de las noches del dormitorio — algo más: un brillo que no tenía nombre en el espectro visible, un fuego que le ardía detrás de los iris con la potencia de una sangre que no era solo sangre sino la destilación de todo lo que Leonor sentía por él concentrado en las gotas que había bebido.

Se volvió hacia Don Rodrigo.

Lo que siguió duró seis segundos. Leonor los contó — los contó con las marcas del cuello que latían al ritmo de Damián, como un metrónomo que registraba cada latido de la fuerza prestada.

Primer segundo: Damián cruzó la distancia. Segundo: la mano en la garganta de Don Rodrigo. Tercero: el impacto contra la pared, que cedió como había cedido todo lo demás en esta casa — espejos, candelabros, dragones de piedra. Cuarto: Don Rodrigo en el suelo. Quinto: la estaca de endrino que había estado en la mano de Don Rodrigo ahora en la mano de Damián. Sexto: la punta de la estaca contra el pecho de Don Rodrigo, en el punto exacto donde estaría el corazón si Don Rodrigo tuviera algo que mereciera ese nombre.

—Termínalo — dijo Don Rodrigo, y la voz le salió rota pero no derrotada, nunca derrotada, con la arrogancia de un hombre que

pierde y que convierte la derrota en desafío —. Mátame como debiste matarme en 1620.

Damián no lo mató.

La estaca se hundió dos centímetros. Lo suficiente para que el veneno del endrino entrara en la sangre de Don Rodrigo y le cortara la conciencia como un cirujano corta un nervio: limpio, preciso, dejando el cuerpo intacto pero la voluntad suspendida. Los ojos negros se cerraron. Los quinientos años de arrogancia y visión y hambre se apagaron como una vela que alguien pinza entre los dedos.

No muerto. Dormido. Neutralizado.

El salón quedó en silencio. Los Espinos que quedaban en pie miraron a su líder caído, miraron a Damián de pie con la sangre de Leonor en los labios y los ojos incandescentes, y hicieron lo que los soldados hacen cuando el general cae: se fueron. Rápido, sin ceremonia, por las ventanas rotas y la puerta destrozada y los agujeros que la batalla había abierto en la arquitectura isabelina de Blackwood Hall.

Seraphina no se fue. Se quedó junto a la chimenea, con el vestido negro intacto y la expresión de una mujer que ha visto perder su mejor carta y que ya está calculando la siguiente. Miró a Leonor con algo que no era odio — era reconocimiento. El reconocimiento de una rival que ha resultado más peligrosa de lo esperado.

Se fue sin decir una palabra. Desapareció por la puerta lateral con la misma elegancia con la que había entrado meses atrás en la vida de Leonor, cuando todo esto había empezado con una cena donde los humanos no sabían que cenaban con monstruos.

Damián soltó la estaca. Se volvió hacia Leonor. Los ojos seguían encendidos — la sangre de ella ardiendo en su sistema como combustible en un motor que lleva meses funcionando con reservas.

—Westminster — dijo Leonor, con la mano todavía sangrando y el corazón latiéndole en las marcas del cuello con un ritmo que ya no era solo suyo —. Las rosas tienen horas. Vamos.

Capítulo 21

La rosa que no debería existir

La Abadía de Westminster a las cuatro de la mañana era un animal dormido.

No muerto — dormido. Leonor lo sintió al cruzar el umbral de la puerta lateral que Héctor había abierto con una llave que llevaba en el bolsillo del chaleco junto a otras tres y que identificó con la naturalidad de un hombre que tiene llaves de la mitad de los edificios sagrados de Londres: «La Cofradía mantiene accesos. Las iglesias no se pagan solas.» La abadía respiraba. No literalmente — no había pulmones ni fuelle ni nada que produjera el sonido — pero el aire se movía dentro de la nave con la cadencia de algo que inhala y exhala: corrientes frías que subían por las columnas, corrientes cálidas que bajaban desde el techo de bóveda de crucería donde los arcos se cruzaban como las manos de un gigante en oración.

Olía a piedra, a cera vieja, a incienso que llevaba siglos impregnando la cantería. Y debajo, algo más — algo que la nariz de Leonor, aguzada por meses de invernadero y por la sangre de Damián que le corría por las venas como un segundo sistema nervioso, detectó con la precisión de un sabueso: rosas. El olor fantasma de rosas, tan débil que podría haber sido imaginación y tan persistente que no lo era.

Damián caminaba a su lado. Los ojos de ámbar barrían la oscuridad con la visión que no necesitaba luz — veía la nave gótica como Leonor veía una habitación a mediodía, con cada detalle nítido, cada sombra legible. La sangre de ella todavía le ardía en las venas; Leonor lo sentía a través del vínculo que el mordisco de Blackwood Hall había profundizado, una conexión que ya no era un hilo sino un cable — grueso, tenso, vibrante con la urgencia de lo que iban a hacer.

Héctor los guiaba. Llevaba un farol de aceite en una mano y la otra mano libre, y caminaba por la nave norte con la familiaridad de alguien que ha recorrido este camino antes, probablemente muchas veces, probablemente durante siglos.

—Aquí.

Se detuvieron frente a una puerta que no parecía una puerta. Parecía un panel de la pared — piedra del mismo color, del mismo grosor, con la misma textura que el resto del muro norte. Pero Héctor puso la mano en un punto específico — a la altura de la cadera, donde una de las juntas entre bloques era un milímetro más ancha que las demás — y empujó. La piedra cedió con un sonido grave, subterráneo, como el primer acorde de un órgano que no se ha tocado en siglos.

Escaleras. Descendían en espiral, estrechas, con peldaños gastados por el centro donde los pies los habían hollado durante generaciones — pies humanos primero, después pies que no lo eran. La piedra estaba húmeda. El farol de Héctor producía sombras que giraban con la espiral como bailarines en un vals que no tenía música.

Bajaron. Leonor contó los peldaños como contaba todo — por disciplina, por costumbre, porque contar era la forma que tenía su cerebro de mantenerse anclado cuando el cuerpo quería dejarse llevar por el vértigo de lo que estaba ocurriendo. Cuarenta y ocho peldaños. Cuarenta y ocho escalones entre el suelo de la abadía y la cripta que ningún turista visitaba y que ningún libro de arquitectura mencionaba.

La cripta era normanda. Leonor lo supo por los arcos — de medio punto, no ojivales, con la robustez militar de una arquitectura que se construía para resistir asedios, no para impresionar a los feligreses. Las columnas eran gruesas, sin ornamento, con capiteles de piedra que no intentaban ser bonitos sino soportar peso. El techo era bajo — Damián tenía que inclinar la cabeza — y el suelo era de losas irregulares que guardaban charcos de humedad en las juntas como monedas de agua.

Y al fondo, el nicho.

Leonor lo reconoció antes de verlo — lo reconoció con el cuerpo, con las marcas del cuello que empezaron a latir con un ritmo nuevo, más rápido, como un corazón que detecta la presencia de lo que busca. El Sueño de Sangre le había mostrado este lugar: el hermano Aurelio arrodillado, la piedra que se cierra, la rosa que brilla un instante antes de desaparecer detrás del muro.

Quinientos años. La Rosa Prima llevaba quinientos años detrás de esa piedra, en la oscuridad de una cripta normanda bajo una abadía gótica bajo el cielo gris de un país que no era el suyo. Quinientos años alimentándose de algo que ninguno de ellos comprendía — no de sangre, no de luz, no de agua, sino de lo que queda cuando se retiran todos los nutrientes y solo permanece la voluntad de seguir viva.

—Ábrelo — dijo Leonor.

Damián puso las manos en la piedra del nicho. La piedra era del mismo tipo que el resto del muro — caliza gris, normanda, con la impasibilidad de algo que lleva ocho siglos siendo pared y que no piensa dejar de serlo. Pero las manos de Damián tenían la fuerza de tres siglos, potenciada por la sangre de Leonor, y cuando empujó, la piedra se movió.

El sonido fue el mismo que Leonor había oído en el sueño: piedra contra piedra, con un grave profundo que le vibró en los dientes y en las costillas y en las marcas del cuello. La piedra se deslizó hacia dentro. La oscuridad del nicho se abrió como una boca.

Y la luz salió.

No la luz del farol de Héctor — otra luz. Blanca. No blanca como la nieve ni como la leche ni como ninguna de las cosas que se llaman blancas y que son en realidad beige o gris o marfil. Blanca como la ausencia de todo color y la presencia de todos a la vez, como un prisma que trabaja al revés y que recompone el espectro en un solo haz que es más que la suma de sus partes.

La Rosa Prima.

Estaba dentro del nicho como una joya dentro de un estuche — o como un corazón dentro de un pecho. Las raíces habían crecido durante quinientos años: se extendían por las paredes del nicho, por las juntas de la piedra, por las grietas que el tiempo había abierto en la caliza normanda, como venas de un sistema circulatorio vegetal que se había expandido en la oscuridad con la paciencia de algo que tiene todo el tiempo del mundo. Las raíces brillaban. No con la luminosidad arterial de las Rosas de Sangre — con una luz más antigua, más profunda, que no pulsaba sino que permanecía: constante, inmutable, con la estabilidad de algo que lleva quinientos años ardiendo sin consumirse.

El tallo era grueso, leñoso, con la textura de la madera de olivo y las espinas del tamaño de garras de gato. Y en lo alto del tallo, abierta, perfecta, imposible — la rosa.

Pétalos blancos. Pero no el blanco vacío de las rosas de jardín — un blanco que contenía sombras, que tenía profundidad, que parecía hecho de capas sucesivas de luz superpuestas como las páginas de un libro. Y en cada pétalo, venas. Venas de oro que recorrían la superficie como ríos en un mapa, como filamentos luminosos en una muestra de sangre bajo el microscopio, como las líneas que la vida traza sobre la materia cuando decide que la materia merece ser bella.

Leonor lloró. Otra vez. Como lloró cuando el primer híbrido se abrió en el invernadero — con la nariz roja, con las lágrimas cayéndole por la barbilla, con un hipido que le sacudía los hombros. No por tristeza. Por reconocimiento. Porque lo que tenía delante era lo que había visto en un sueño que no debería haber existido, y existía, y era real, y brillaba en una cripta bajo Westminster como una promesa que alguien había hecho quinientos años atrás y que nadie había cumplido hasta ahora.

—Es ella — dijo. Y la frase fue innecesaria y fue necesaria y fue lo único que podía decir.

Damián estaba inmóvil. La luz de la Rosa Prima le iluminaba la cara con un brillo que le borró las sombras y los siglos y que lo dejó,

por un instante, como el joven que había sido en Ávila antes de que Don Rodrigo lo encontrara en un calabozo y le ofreciera la eternidad. Los ojos de ámbar reflejaban la luz blanca y dorada de la rosa como espejos, y Leonor pensó que si pudiera pintar este momento — la cara de Damián iluminada por algo que lleva cinco siglos esperando ser encontrado — nunca pintaría otra cosa.

—Hay que trasplantarla — dijo Leonor, y la voz le salió con la eficiencia de la científica que se abre paso a través de la emoción porque el trabajo no espera y las rosas de Half Moon Street se estaban muriendo en este mismo momento —. Las raíces están integradas en la piedra. Si las arrancamos, la mataremos. Necesito cortar las raíces secundarias y conservar la raíz primaria con el máximo de sustrato posible.

—¿Sustrato? — Héctor miró las paredes del nicho —. Es piedra.

—No. — Leonor se acercó. Se arrodilló frente al nicho con la reverencia de una mujer que no reza en iglesias pero que reza en invernaderos, y examinó las raíces con los dedos que llevaban meses trabajando con rosas que no deberían existir —. La piedra está viva. Las raíces la han colonizado. La caliza tiene microorganismos que las raíces de la Rosa Prima han convertido en simbiontes. No es piedra lo que alimenta esta rosa. Es la piedra transformada por la rosa. — Miró a Damián —. Necesito tu podadera. Y necesito que cortes un bloque de piedra de este muro con la raíz dentro.

Damián no preguntó cómo. Metió las manos en la caliza y arrancó un bloque del tamaño de un baúl pequeño con la rosa todavía enraizada, con las raíces principales intactas y colgando como un sistema nervioso de luz, y con el cuidado de un hombre que sabe que lo que sostiene vale más que todo lo que ha poseído en tres siglos.

Héctor traía un cofre de madera forrado de lino húmedo — preparado, porque Héctor preparaba las cosas antes de que se supiera que hacían falta, con la clarividencia logística de un hombre que lleva doscientos años anticipando desastres. Depositaron la rosa

en el cofre con la delicadeza de quienes manipulan un recién nacido que no sabe que acaba de nacer.

Subieron las escaleras. Cruzaron la abadía dormida. Salieron a una noche de febrero que estaba empezando a grisear por el este con la primera luz de un amanecer que todavía no se atrevía a ser amanecer — el cielo del Año Sin Verano, perpetuamente indeciso entre la noche y el día.

El carruaje los esperaba. El cofre con la Rosa Prima iba en el regazo de Leonor, envuelto en lino y en sus brazos, con las raíces brillando a través de la tela como un faro que alguien hubiera envuelto en una sábana.

Half Moon Street. Las cuatro y media de la mañana. El invernadero los recibió con el olor que Leonor temía: óxido. Los dos rosales originales habían muerto durante la noche. Los pétalos estaban en el suelo, cerrados, secos, con la textura del papel viejo. El tercer rosal original tenía un pétalo abierto. Uno solo. El último.

Los dieciséis híbridos seguían vivos. Pero sin los originales como fuente de hemocristales, su muerte era cuestión de semanas. El reloj no se había detenido con el hallazgo de Westminster. Solo había cambiado la forma de medir el tiempo.

Leonor depositó la Rosa Prima en el bancal central del invernadero. El bloque de caliza encajó en la tierra como si hubiera sido diseñado para estar ahí — o como si la tierra lo hubiera estado esperando, con la paciencia de quien sabe que lo que viene merece la espera. Las raíces secundarias, las que Leonor había cortado en la cripta, empezaron a buscar el sustrato del invernadero con la urgencia de dedos que tantean en la oscuridad.

Pero no era suficiente. La rosa necesitaba más que tierra y piedra y la oscuridad templada del invernadero. Necesitaba lo que siempre habían necesitado las Rosas de Sangre: sangre. Pero no cualquier sangre. Sangre compartida. Sangre de vampiro mezclada con sangre humana dada por amor.

La Entrega de la Rosa.

Leonor lo sabía. Lo había sabido desde que Héctor se lo explicó en el invernadero, desde que los registros de la Cofradía lo confirmaron, desde que Don Rodrigo lo insinuó en la escalera de St. James's con la confianza de quien sabe que el destino es un camino con un solo final. Lo había sabido y lo había apartado y lo había pensado y lo había vuelto a apartar, y ahora ya no podía apartarlo más porque la Rosa Prima estaba en su bancal y las raíces buscaban alimento y el alimento era ella.

Sabía lo que costaría.

Viviría siglos. No décadas — siglos. Su reloj se detendría: seguiría respirando, comiendo, durmiendo, sintiendo, pero el tiempo que separa el nacimiento de la muerte se estiraría hasta perder su significado. Vería a Charlotte envejecer. Vería a los hijos de Charlotte crecer y morir. Vería a los hijos de los hijos de Charlotte nacer y crecer y morir mientras ella permanecía joven, o no joven sino detenida, congelada en los veinticuatro años que tenía ahora como un retrato en miniatura que no se decolora.

Perdería la posibilidad de envejecer con naturalidad. De tener hijos humanos — los hijos que Charlotte asumía que tendría, los nietos que Sir Edmund esperaba borracho en su finca restaurada, la familia normal que el mundo normal esperaba de una marquesa normal. Perdería la muerte. La muerte que es el precio de la vida y sin la cual la vida se convierte en otra cosa — no peor, quizá, pero distinta, como una rosa que florece en invierno es distinta de una que florece en primavera: igualmente hermosa, pero fuera de tiempo.

Y ganaría. Ganaría a Damián — no por décadas sino por siglos, no hasta que la muerte los separara sino hasta que eligieran separarse, lo cual no sería nunca porque Leonor no hacía las cosas a medias y el amor no era una excepción. Ganaría la rosa. Ganaría una vida que ninguna mujer de la era Regency había imaginado: la vida de una botánica inmortal que estudia rosas sobrenaturales en un invernadero de Londres mientras el mundo cambia encima de ella como el cielo cambia sobre un jardín.

Damián la miró. La sangre de ella en sus venas le permitía sentir lo que sentía, y lo que sintió fue todo esto — el cálculo, la pérdida, la ganancia, el miedo y la certeza y debajo de todo la decisión que ya estaba tomada, que había estado tomada desde el primer híbrido que se abrió a las tres de la mañana bajo la luz de una vela.

—Puedo encontrar otra forma — dijo.

La frase fue un regalo envenenado: la oferta de una salida que no existía, el gesto de un hombre que prefiere perder lo que más quiere antes que pedirle a lo que más quiere que pague un precio que no merece.

Leonor le tomó la cara entre las manos. La cara fría que se templaba donde ella la tocaba. Los pómulos de castellano, la mandíbula de quien ha sobrevivido a la Inquisición, los ojos de ámbar que la miraban con la desesperación de un hombre que sabe que lo que viene no puede detenerse y que no quiere detenerlo y que necesita que ella le diga que está bien.

—He escrito cien finales para mis heroínas góticas — dijo —. Ninguno se parece a este. — Le sostuvo la mirada. Gris contra ámbar. Piedra de río contra metal fundido. La botánica y el vampiro, en un invernadero a las cinco de la mañana, con una rosa de quinientos años buscando raíces entre los dos —. Ninguno es tan bueno como este. Déjame elegir mi propio final, Damián.

Damián cerró los ojos. Cuando los abrió, estaban dorados.

Se arrodillaron frente a la Rosa Prima. Las raíces de la rosa brillaban en la oscuridad del invernadero con la luz blanca y dorada que era su firma — la luz que había sobrevivido quinientos años bajo Westminster, que había ardido sin consumirse, que había esperado con la paciencia de algo que sabe que lo que viene merece la espera.

Leonor se cortó la palma. La misma palma, la misma herida que ya tenía una cicatriz sobre otra cicatriz — capas de cortes como capas de historia, como los anillos de un árbol que marcan cada año de crecimiento. La sangre le brotó roja, viva, con el olor que las rosas conocían.

Damián se cortó la suya. La podadera — la misma podadera que Leonor usaba para los injertos, que había cortado cien tallos y cien raíces y que ahora cortaba la piel de un inmortal con la misma eficiencia. La sangre le brotó negra, espesa, con los filamentos luminosos visibles a simple vista — hilos de oro en un río de tinta.

Unieron las manos.

La sangre de ella y la sangre de él se mezclaron en el espacio entre las palmas — roja y negra, cálida y fría, humana y otra cosa, fusionándose con la urgencia de dos ríos que se encuentran después de siglos fluyendo por separado. La mezcla cayó sobre las raíces de la Rosa Prima.

La Entrega de la Rosa.

No fue un ritual. No hubo palabras, ni velas, ni la solemnidad de una ceremonia que otros hubieran diseñado. Fue dos personas arrodilladas en la tierra de un invernadero, con las manos unidas y la sangre cayendo y la rosa bebiendo, y entre los dos un silencio que no era silencio sino el sonido de dos conciencias que se encuentran.

Leonor lo sintió.

No como una invasión — como una puerta que se abre. La conciencia de Damián entró en la suya a través de la sangre compartida con la suavidad de la luz que entra por una ventana que alguien acaba de descorrer: despacio, sin violencia, llenando los rincones que la luz no había tocado antes. Y lo que entró fue todo. Tres siglos de memoria: Ávila, la hoguera, el calabozo donde un joven dijo que sí. El primer siglo de sed sin control, de sangre en los labios, de la vergüenza que sigue al hambre como la resaca sigue a la borrachera. El descubrimiento de las rosas en un monasterio de los Pirineos — la paz, la primera paz en doscientos años, el alivio de un hombre que encuentra la alternativa a ser un monstruo. Las décadas de soledad, de nombres cambiados, de casas vacías donde el piano sonaba para nadie. Y debajo de todo, debajo de los siglos y la memoria y el dolor — un amor. No nuevo. Viejo. Viejo como la primera vez que la vio en Almack's con un vestido de muselina que

no le favorecía y una opinión sobre botánica que sí, y que le encendió algo dentro del pecho que llevaba tres siglos apagado.

Y Damián sintió lo de ella. Lo supo porque la sangre se lo dijo — el canal abierto entre los dos se convirtió en un puente de doble sentido, y lo que cruzó en la dirección contraria fue: veinticuatro años de vida humana que pesaban más que tres siglos de inmortalidad porque cada uno de esos años estaba lleno hasta el borde. La infancia en Wiltshire con Charlotte y las rosas del jardín y un padre que bebía y una madre que se fue demasiado pronto. Los libros — cientos, miles, leídos a la luz de velas que no eran suficientes y que nunca lo serían. La primera vez que miró una rosa bajo una lupa y entendió que lo pequeño contiene lo infinito. Y el amor — el que le había crecido dentro como un injerto que prende sin que nadie lo haya plantado, el que la había traído hasta esta habitación y esta rosa y este hombre de rodillas frente a ella con la sangre mezclándose entre sus manos como las raíces de dos plantas que deciden crecer juntas.

La Rosa Prima floreció.

No se abrió — floreció. La diferencia es la misma que entre caminar y bailar: lo primero es función, lo segundo es arte. Los pétalos blancos se desplegaron con una lentitud que no era lentitud sino deliberación, como si cada pétalo supiera exactamente dónde quería estar y se tomara el tiempo necesario para llegar. Las venas de oro se encendieron — primero una, después otra, después todas a la vez, como una constelación que se enciende estrella a estrella hasta que el cielo entero arde. La luz blanca y dorada llenó el invernadero con la intensidad de un amanecer que ocurre bajo tierra.

Y las demás rosas respondieron.

Los dieciséis híbridos — los capullos que Leonor había creado con sangre y ciencia y noches sin dormir — se abrieron. Todos. Al mismo tiempo. Como si la Rosa Prima les hubiera dado una orden que solo las rosas podían oír, como si las raíces de la madre hubieran encontrado las raíces de las hijas a través de la tierra del

invernadero y les hubieran dicho: *ahora, abrid, es hora*. Los pétalos rosa con vetas carmesí se desplegaron en dieciséis macetas distintas con la sincronía de un coro que ataca la primera nota de un acorde que lleva cinco siglos esperando ser cantado.

El invernadero entero estalló en flores.

No solo los híbridos. Las damascenas del bancal tres, que Leonor cultivaba como fuente de material para los cruces. El rosal original superviviente, que tenía un solo pétalo abierto y que ahora tenía veinte. Las semillas que Leonor había plantado la semana anterior y que no habían germinado — germinaron. Salieron de la tierra con la velocidad de algo que ha decidido que esperar ya no es una opción, y buscaron la luz de la Rosa Prima con la urgencia de girasoles que encuentran el sol.

Leonor soltó la mano de Damián. La sangre se había secado entre las palmas — las dos sangres, la roja y la negra, fusionadas en una costra que no era roja ni negra sino de un color que no existía antes: bronce oscuro con hilos de oro, como el pétalo de una rosa que nadie ha clasificado.

Se miró las manos. Temblaban. No de frío ni de miedo — de algo que no tenía nombre y que se parecía al sonido que hace el mundo cuando cambia de forma: silencioso, irreversible, y tan grande que el cuerpo no sabe cómo contenerlo.

—¿Estás bien? — preguntó Damián.

—Estoy distinta.

Lo estaba. Lo sentía en la piel — un grado más fría que antes, o medio grado, la diferencia entre la temperatura de una mano humana y la de una mano que ha dejado de ser del todo humana sin convertirse en otra cosa. Lo sentía en los ojos — la oscuridad del invernadero era menos oscura, los bordes de las cosas más nítidos, como si alguien hubiera limpiado una lente que llevaba veinticuatro años empañada. Lo sentía en el oído — el goteo de los tubos de riego, el crujido de las raíces creciendo, el silencio del pecho de Damián donde un corazón no latía, todo más presente, más cercano, más real.

No era vampira. No era humana. Era lo que sus rosas eran: un híbrido. Algo nuevo que no existía antes y que nadie comprendía del todo.

Héctor apareció en la puerta del invernadero. Miró las rosas — todas abiertas, todas brillando, el invernadero convertido en un jardín de luz que habría sido imposible una hora antes y que ahora era tan real como la tierra bajo sus rodillas. Miró a Leonor — la piel un tono más pálida, los ojos un matiz más claros, las manos con la costra de bronce y oro entre los dedos. Miró a Damián — los ojos dorados todavía encendidos, la mano todavía tendida hacia Leonor como si soltarla fuera perder algo que acaba de encontrar.

—Bien — dijo Héctor, con la voz del hombre que ha visto de todo y que decide que esto también entra dentro de lo gestionable —. Voy a preparar té.

Se fue.

Leonor se rió. La risa le salió con un sonido que no había oído antes — más clara, con un fondo que vibraba como una cuerda de piano, con la resonancia de algo que ha cambiado por dentro y que lo nota primero en la risa. Damián se rió con ella. La risa de él — baja, rota, con la textura del óxido y la suavidad de algo que se usa después de mucho tiempo sin usarse — se mezcló con la de ella en el aire del invernadero como dos notas de un acorde que lleva trescientos años esperando a la segunda voz.

Se quedaron de rodillas entre las rosas. La Rosa Prima brillaba en el centro del invernadero con la constancia de una estrella que ha decidido no apagarse. Los híbridos brillaban a su alrededor como satélites. Las damascenas florecían sin luna, sin sol, alimentadas por las raíces de la madre que se extendían bajo la tierra del invernadero con la velocidad de algo que tiene quinientos años de crecimiento represado y que por fin encuentra espacio.

Leonor apoyó la cabeza en el hombro de Damián. El hombro estaba más cálido que nunca — no cálido como un humano, pero sí como algo que se acerca, que intenta, que responde a la sangre que comparte con la mujer que tiene la cabeza apoyada en él. Las

marcas del cuello de Leonor latían con un ritmo que era el de los dos: ni el suyo ni el de él sino el de ambos, sincronizado, como el pulso de una rosa que tiene dos raíces y un solo tallo.

La primera luz del amanecer se filtró por el tragaluz del invernadero. Gris, tenue, con la timidez de un sol que lleva meses sin atreverse a salir. Pero ahí estaba. Un rayo. Fino, débil, insuficiente para calentar nada y suficiente para iluminar algo: la Rosa Prima, cuyos pétalos blancos atraparon la luz gris y la devolvieron dorada.

Damián no se apartó.

El rayo le tocó la mano — la mano que sostenía la de Leonor, la que tenía la costra de sangre compartida entre los dedos — y Leonor esperó el gesto que había visto cien veces: la retracción, el dolor, el reflejo de un cuerpo que lleva tres siglos quemándose con la luz del día. El gesto no llegó.

La luz le tocó la piel. La piel no se quemó. No ardió, no enrojeció, no hizo nada de lo que la luz del sol había hecho durante trescientos años cada vez que encontraba la superficie de un cuerpo que no estaba diseñado para recibirla.

Damián miró su mano bajo el rayo de sol. La miró como se mira un milagro — no con la fe del creyente sino con el asombro del científico, que es más profundo porque incluye la comprensión de lo imposible.

—No duele — dijo, y la voz le salió con la textura de un hombre que dice algo que no ha dicho en tres siglos y que no sabe cómo suena porque no tiene práctica.

Leonor le apretó la mano. La sangre compartida, la rosa, el amanecer. Todo junto. Todo al mismo tiempo. Todo imposible y todo real y todo suyo.

—No — dijo —. Ya no duele.

Capítulo 22

La rosa del inmortal

La primavera llegó a Londres el catorce de marzo de 1817 con la discreción de alguien que llega tarde a una fiesta y espera que nadie lo note.

No fue un acontecimiento dramático. No hubo fanfarrias ni titulares ni un momento preciso en el que el cielo decidiera cambiar de opinión. Fue más bien un proceso — lento, tímido, con la cautela de una estación que ha visto lo que el invierno ha hecho con su predecesor y que no quiere correr la misma suerte. El gris del cielo se diluyó un tono. Después otro. Las nubes que llevaban nueve meses sellando Londres como la tapa de una olla se separaron un centímetro, y por la grieta se coló un rayo de sol que cayó sobre Hyde Park con la sorpresa de un visitante que no recuerda la dirección pero reconoce el barrio.

La gente lo miró. Literalmente: se pararon en la calle, alzaron la cara, y miraron el sol como se mira a alguien que se creía muerto y que aparece en la puerta. Los niños señalaron. Las mujeres del mercado de Covent Garden se quitaron los chales. Un vendedor de periódicos en Fleet Street gritó «¡Sol!» con la misma urgencia con la que habría gritado «¡Fuego!», y nadie le dijo que se callara porque todos estaban mirando lo mismo.

El Año Sin Verano había terminado.

En el invernadero de Half Moon Street, las rosas lo supieron antes que nadie.

Leonor las observó desde el bancal donde trabajaba — el mismo bancal, la misma posición, con las manos en la tierra y el pelo recogido con las horquillas que ya eran parte de su leyenda personal — y vio cómo respondían al cambio de luz. Los dieciséis híbridos giraron sus capullos hacia el tragaluz con la sincronía de un público que se vuelve hacia el escenario cuando empieza la función. Los

pétalos rosa con vetas carmesí se abrieron un grado más. Las hojas se extendieron. Y la Rosa Prima, en el centro del invernadero, en el bloque de caliza normanda que era su trono y su cuna, brilló.

No más que de costumbre. No menos. Brilló con la misma luz blanca y dorada de siempre — la luz que había sobrevivido quinientos años bajo Westminster y que ahora iluminaba un invernadero de Mayfair con la constancia de algo que ha decidido que brillar es su única obligación y que piensa cumplirla.

Las Rosas de Leonor. Así las llamaba la Cofradía — no ella, que habría preferido un nombre con menos ego y más precisión botánica, pero que había aprendido que los vampiros, como los humanos, necesitan bautizar lo que los salva para poder creer que existe. Las Rosas de Leonor florecían bajo el sol y bajo la luna. Producían elixir en cantidades que los registros de la Cofradía no habían visto en tres siglos. Y crecían — con la velocidad de algo que tiene una madre de quinientos años alimentando sus raíces desde el centro del invernadero, como una reina que nutre a sus hijas a través de la tierra.

La crisis había pasado.

No de forma limpia — las crisis nunca terminan de forma limpia; dejan cicatrices, dejan deudas, dejan el recuerdo del miedo como una mancha que no sale del todo por más que frotes. Los once vampiros de Londres que habían perdido el control habían sido recuperados — nueve mediante racionamiento de elixir y paciencia, dos mediante estacas de endrino y el pragmatismo doloroso de quien sabe que algunos daños no se reparan. Los cuerpos de Whitechapel habían sido atribuidos a perros callejeros, a la criminalidad del East End, a las estadísticas de un invierno que había matado a más londinenses de los que el gobierno quería contar. La Cofradía había limpiado las escenas con la eficiencia de tres siglos de práctica, y la ciudad había seguido adelante con la memoria corta que es el privilegio y la maldición de los mortales.

Don Rodrigo dormía. El Consejo — lo que quedaba de él; Ashworth-Vane recuperado, Fitz-Rawdon con una cicatriz nueva en la

mandíbula, Wexford con la resignación de un anciano que ha visto demasiadas guerras — lo había confinado a un sueño forzado: una cripta bajo St. Clement Danes, sellada con endrino, vigilada por turnos, con el cuerpo de Don Rodrigo de Ávila inmóvil sobre una losa de piedra como una escultura yacente de un caballero medieval que no está muerto sino esperando. La estaca en su pecho mantenía la conciencia suspendida, pero los ojos se movían detrás de los párpados cerrados. Soñaba. Lo que soñaba, nadie quería saberlo.

Seraphina había desaparecido. Sin nota, sin mensaje, sin la cortesía de una rosa negra que anunciara su partida. Blackwood Hall estaba vacío — los dragones de las jambas vigilando salas donde no había nadie a quien vigilar, los espejos rotos todavía en el suelo del salón como los restos de una fiesta que terminó en batalla. Fitz-Rawdon había enviado gente a rastrear su paradero: nada. Seraphina era cinco siglos de experiencia en desaparecer, y cuando cinco siglos de experiencia deciden que no quieren ser encontrados, no se les encuentra.

Los Espinos estaban debilitados. Sin Don Rodrigo como líder y sin Seraphina como estratega, la facción se había fragmentado en grupos aislados — peligrosos todavía, como las ascuas de un incendio que alguien ha apagado sin mojarlo del todo, pero sin la capacidad de actuar como ejército. Amenazas latentes. Problemas para otro día.

Lady Margaret Ashworth-Vane había sido devuelta a su marido con una palidez que tardó semanas en corregirse y un silencio que tardó más. Lord Ashworth-Vane la había recibido en el vestíbulo de su casa con los brazos de un hombre que tiene cuatrocientos años y que los ha vivido todos para este momento: para abrazarla, para sostenerla, para no soltarla. Leonor no estuvo presente en el reencuentro, pero Héctor se lo describió con la economía verbal que lo caracterizaba: «Lloró. Él, no ella. Cuatrocientos años de contención rota en el vestíbulo. Tuve que limpiar el suelo después.»

Charlotte tuvo una niña el veintiuno de marzo — el equinoccio de primavera, como si la hija de Charlotte Whitfield hubiera decidido nacer en la fecha exacta en que la luz y la oscuridad se equilibran, lo

cual era apropiado dado que su tía era un equilibrio andante entre lo humano y lo que ya no lo era del todo.

Leonor viajó a Wiltshire para el parto. Viajó de día, en un carruaje que olía a cuero y a normalidad, con el sol de marzo entrándole por la ventanilla con una tibieza que le calentaba la piel de una forma que ya no era del todo como antes — un grado menos, una fracción de diferencia que solo ella notaba, como una nota en una melodía que está medio tono más baja de lo que debería y que cambia el acorde entero sin que nadie excepto el músico lo perciba.

Charlotte sudó, gritó, insultó al vicario y dio a luz a una niña de tres kilos con los ojos cerrados y las manos abiertas y un llanto que llenó la habitación con la urgencia de algo que acaba de llegar al mundo y que quiere que el mundo lo sepa.

Leonor la sostuvo.

La niña pesaba tres kilos. Era cálida. Tenía el pulso de un colibrí — rápido, frenético, con la prisa de un corazón que tiene toda una vida por delante y que quiere empezar ya. Leonor la sostuvo contra su pecho — el pecho que ahora era medio grado más frío que el de cualquier otra persona en la habitación — y sintió el latido de la vida mortal con una intensidad que era nueva y dolorosa y hermosa a partes iguales.

Esta niña crecería. Envejecería. Moriría. Y Leonor estaría ahí para verlo todo — el primer paso, la primera palabra, el primer amor, la primera pérdida, y después los hijos de esta niña, y los hijos de los hijos, y así durante generaciones que Leonor vería pasar como quien ve pasar las estaciones desde una ventana que no se cierra nunca.

El coste de la Entrega. No un coste abstracto, no un dato en un registro de la Cofradía, sino un peso concreto de tres kilos que le latía contra el pecho con la fragilidad de todo lo que es mortal y que Leonor, que ya no lo era del todo, sostenía con manos que temblaban.

—Es preciosa — dijo, y la voz le salió con la claridad nueva que tenía desde la Entrega: más nítida, con un fondo que vibraba como

una cuerda pulsada.

—Se llamará Eleanor — dijo Charlotte, desde la cama, con la cara brillante de sudor y de felicidad y de la victoria específica de una mujer que acaba de hacer la cosa más difícil del mundo y que quiere que le traigan un té —. Por ti. Porque eres la persona más valiente que conozco y quiero que mi hija lo sepa cada vez que diga su propio nombre.

Leonor no lloró. Las lágrimas le habían cambiado desde la Entrega — venían menos, costaban más, y cuando venían eran más densas, como si la sal se hubiera concentrado. Pero algo se le movió detrás del esternón con la fuerza de una raíz que rompe piedra, y lo que sintió fue gratitud y pérdida y amor, todo junto, todo al mismo tiempo, como las tres notas de un acorde que suena triste y hermoso a la vez.

Sir Edmund visitó Wiltshire al día siguiente. Sobrio.

No sobrio de esa mañana — sobrio desde enero. Dos meses sin beber, que para Sir Edmund Ashworth era el equivalente de dos siglos para un vampiro: una hazaña que nadie esperaba y que nadie se atrevía a celebrar en voz alta por miedo a romper el hechizo. Llegó a la finca restaurada — la finca que el dinero de Damián había rescatado del desastre, con el tejado reparado y las paredes pintadas y los rosales del jardín podados con una competencia que era claramente de Leonor — y sostuvo a su nieta con las manos que ya no temblaban.

—Es perfecta — dijo, con los ojos acuosos de un hombre que llora fácilmente y que por primera vez tiene una razón que no es alcohol ni fracaso.

—Es un bebé, papá. Todos los bebés son perfectos. Es una cuestión estadística.

—No. Esta es perfecta. — La miró. Miró a Leonor con esos ojos que compartían — grises, directos — y lo que vio lo desconcertó: algo en su hija había cambiado, algo que no podía nombrar pero que sentía, como se siente un cambio de presión antes de la tormenta —. Estás distinta, Leonor.

—Estoy mayor.

—No. Estás... — buscó la palabra con la torpeza de un hombre que no está acostumbrado a mirar a sus hijas con atención — más quieta. Antes eras un huracán. Ahora eres... algo más lento. Más permanente.

Más permanente. La palabra le dio un escalofrío que le bajó por la columna con la familiaridad de algo que ya conoce el camino.

La nota de Lord Phillip llegó a Half Moon Street dos semanas después, entregada por un mensajero con librea de los Cavendish y un sello de cera azul que Leonor rompió con la podadera porque estaba en el invernadero y no tenía abrecartas.

Querida Lady Ravenscar:

Tengo la felicidad de informarle de mi compromiso con la señorita Anne Crawford, hija del Vizconde de Hadley. Miss Crawford es encantadora, inteligente, y tiene la virtud de no saber nada de botánica, lo cual me ahorra la humillación de la comparación.

Le deseo toda la felicidad del mundo, que en su caso sospecho que viene en formas que la sociedad no imagina y que usted no necesita que nadie le explique.

Con afecto sincero y permanente,

Phillip Cavendish

Leonor leyó la nota entre dos injertos. Sonrió — una sonrisa que era alivio y pena limpia y la alegría específica de saber que el hombre más decente de Inglaterra había encontrado a alguien que lo merecía. Guardó la nota en el cuaderno, entre una muestra de hemocristales y una anotación sobre la tasa de crecimiento de las raíces de la Rosa Prima.

Héctor la encontró en el invernadero ese mismo atardecer. Estaba limpiando la plata — siempre limpiando la plata, como si la plata fuera su mecanismo de meditación, su rosario secular, la actividad que le permitía pensar sin que nadie sospechara que estaba pensando. Se detuvo en la puerta. Miró el invernadero: las Rosas de Leonor floreciendo en sus bancales, la Rosa Prima brillando

en el centro, los híbridos de segunda generación — los que Leonor había creado después de la Entrega, usando la sangre compartida como catalizador permanente — creciendo con la velocidad de algo que tiene prisa por existir.

—Señora — dijo.

—Héctor.

—La casa estaba muerta antes de que llegaras.

Leonor dejó la podadera. Miró a Héctor — al hombre de cara de madera de boj que no mostraba emoción porque había decidido que la emoción era un lujo que los mayordomos de vampiros no necesitaban, y que ahora estaba de pie en la puerta del invernadero con un paño de plata en la mano y algo en los ojos que no era brillo pero que se le parecía.

—Ahora está viva — dijo Héctor —. Incluso para los que ya no lo estamos.

Se fue. El paño de plata se quedó en la puerta, olvidado, que era lo más cerca que Héctor Vane había estado de un gesto descontrolado en doscientos años.

Leonor terminó la novela un martes a las tres de la mañana.

Las sombras de Ravenmoor Castle, por una Dama de Calidad. Trescientas doce páginas manuscritas en tinta negra sobre papel de algodón, con la caligrafía apretada de una mujer que escribe deprisa porque las ideas le llegan más rápido que la mano. Había reescrito los últimos seis capítulos tres veces — la primera versión era cobarde, la segunda era excesiva, y la tercera era lo que siempre debió haber sido: honesta.

Arabella ya no gritaba en castillos. Arabella investigaba. Arabella preguntaba. Arabella se enamoraba del señor del castillo no a pesar de sus secretos sino por la forma en que los guardaba: con cuidado, con vergüenza, con la esperanza irracional de que alguien llegara y le dijera que no hacía falta esconderse más.

El último párrafo de la novela lo escribió sentada en el invernadero, con la Rosa Prima brillando a su espalda y el

manuscrito sobre las rodillas y la pluma moviéndose con la velocidad de algo que sabe adónde va:

Arabella se quedó en el jardín. Las rosas florecían a su alrededor con la exuberancia de algo que ha sobrevivido a una temporada larga y oscura y que celebra la luz con la generosidad de quien sabe lo que es la ausencia. A su lado, el señor del castillo miraba el amanecer con los ojos de un hombre que ha vivido mil amaneceres y que ha temido cada uno de ellos, y que esta mañana, por primera vez, no tenía miedo. El sol le tocó la cara. No se apartó. Y Arabella pensó que si esto era un final, era el tipo de final que las novelas no se atreven a escribir porque parece inventado: un final donde el monstruo descubre que nunca fue un monstruo, y la heroína descubre que el valor no es la ausencia de miedo sino la decisión de quedarse a pesar de él.

Dejó la pluma. Sopló la tinta. Miró el párrafo con la satisfacción específica de una escritora que sabe que lo que acaba de escribir es bueno — no perfecto, nunca perfecto, pero bueno, con la bondad de lo que es verdadero.

—Buen final.

La voz llegó desde detrás de su hombro. Damián estaba de pie a su espalda, leyendo por encima de su cabeza con la descortesía encantadora de un hombre que ha leído cada capítulo de esta novela en progreso y que no piensa dejar de hacerlo ahora que está terminada.

—Aunque el héroe es demasiado guapo — añadió.

Leonor sonrió. La sonrisa le salió con la facilidad de algo que se ha vuelto costumbre — no la sonrisa irónica de Almack's, no la sonrisa defensiva de la botánica que nadie tomaba en serio, sino la sonrisa de una mujer que es feliz y que no necesita analizar la felicidad para saber que es real.

—Es ficción, milord. Puedo permitirme la exageración.

—¿Exageración? — Se sentó a su lado en el bancal. El movimiento fue fluido, sin ruido, con la gracia de tres siglos de práctica en ocupar espacio sin perturbarlo. Le pasó un brazo por los

hombros. El brazo estaba templado — no caliente como el de un humano pero tampoco frío como el de antes, sino en un punto intermedio que era nuevo, que era de los dos, que era la temperatura que produce la sangre compartida cuando fluye entre dos cuerpos que ya no son lo que eran pero que son más de lo que fueron —. Tu héroe no llega ni a la suela de mi zapato.

—Mi héroe no tiene tres siglos ni un mayordomo que limpia plata como terapia.

—Defectos menores de la ficción.

Rieron. La risa de ella — clara, con ese fondo nuevo que vibraba — se mezcló con la risa de él — baja, con la textura del óxido y la suavidad de algo que ya no está oxidado porque alguien lo ha limpiado con paciencia —, y las rosas del invernadero las oyeron. No metafóricamente: los pétalos se abrieron un milímetro más, las hojas se orientaron hacia el sonido, y la Rosa Prima brilló con un pulso que coincidió exactamente con la cadencia de la risa, como si la risa fuera un tipo de luz que las rosas también saben beber.

Damián sacó algo del bolsillo del chaleco. Una rosa. Blanca, con venas de oro, del tamaño de una moneda de corona. La primera Rosa Prima nacida en el invernadero de Half Moon Street — la primera hija de la madre, la primera generación de algo que no había existido antes y que ahora existía porque dos personas habían mezclado su sangre sobre una raíz de quinientos años y habían decidido que el amor era un catalizador tan válido como cualquier compuesto químico.

Le puso la rosa en el pelo. Con los dedos que ya no temblaban, con la precisión de un hombre que ha tenido tres siglos para aprender cada gesto y que ha decidido que este — poner una rosa en el pelo de la mujer que ama — es el gesto que más le importa.

La rosa se acomodó entre las horquillas. Blanca con venas de oro contra el pelo castaño oscuro de Leonor. Brillaba. Despacio, con la constancia de algo que no necesita prisa porque tiene todo el tiempo del mundo.

El sol entró por el tragaluz.

No el sol enfermo del Año Sin Verano — el sol de verdad, el de marzo, el que calienta y dora y hace que las cosas crezcan. Entró por el cristal del tragaluz con la generosidad de algo que ha estado ausente demasiado tiempo y que quiere compensar: un rayo ancho, cálido, dorado, que cayó sobre el invernadero como una bendición que nadie había pedido pero que todos necesitaban.

Le dio en la cara a Damián. Le iluminó los pómulos, la mandíbula, los ojos de ámbar que no se cerraron ni se apartaron ni hicieron nada de lo que habían hecho durante tres siglos cada vez que la luz del día encontraba la superficie de un cuerpo que no estaba diseñado para recibirla.

Se quedó. Con el sol en la cara. Con los ojos abiertos. Con la rosa en la mano de Leonor y la mano de Leonor en la suya y el invernadero lleno de flores que brillaban bajo una luz que solía ser un castigo y que ahora, gracias a una botánica con opiniones que había mezclado su sangre con la de un monstruo que nunca fue un monstruo, era un regalo.

La besó bajo el rayo de sol.

Los labios ya no estaban fríos. No calientes — templados, con el calor intermedio de la sangre compartida, con la temperatura de algo que se ha construido entre los dos a lo largo de meses de rosas y secretos y noches en un invernadero y una guerra que no eligieron y un amor que sí. El beso sabía a té y a elixir y a algo nuevo que no era ni lo uno ni lo otro sino los dos juntos: el sabor de una vida que iba a durar siglos y que empezaba ahora, en este invernadero, bajo este sol, entre estas rosas.

Después de tres siglos, el sol ya no le dolía.

FIN

~

Nota de la autora

Esta novela nació de dos obsesiones: las rosas y los monstruos que eligen no serlo.

El Año Sin Verano existió. En 1816, la erupción del volcán Tambora en Indonesia lanzó a la atmósfera suficiente ceniza para oscurecer los cielos de Europa durante más de un año. Las cosechas se perdieron. Los ríos se helaron en julio. Y en una villa junto al lago Ginebra, un grupo de escritores —entre ellos Mary Shelley, Lord Byron y John Polidori— se reunió a contar historias de terror para pasar las noches sin sol. Shelley escribió Frankenstein. Polidori escribió El vampiro. Yo me pregunté: ¿qué más podría haber florecido en esa oscuridad?

La Cofradía de la Rosa es ficción. Pero la idea de que existen criaturas que eligen la ciencia sobre la sed, la botánica sobre la sangre, y el amor sobre la eternidad me parece, con perdón, la más humana de las historias sobrenaturales.

Las rosas de sangre no existen. Todavía.

Gracias por leer.

Sobre la autora

Clara del Valle escribe ficción para mujeres que prefieren sus héroes con colmillos y sus heroínas con microscopio. Cuando no está en un invernadero (real o imaginario), se la puede encontrar investigando la intersección entre botánica, historia y lo sobrenatural.

La Rosa del Inmortal es su primera novela.